



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



6-6-1914

COLECCION GENERAL
de comedias escogidas.

TOMO I.

DE DON FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.

COMEDIAS ESCOGIDAS
DE DON FRANCISCO
DE ROJAS ZORRILLA.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía, 1827.

Span 5322.5

0.0117, 0.0117, 0.0117, 0.0117

1.1777, 1.1777, 1.1777, 1.1777

DEL REY ABAJO NINGUNO,

Y LABRADOR MAS HONRADO

GARCIA DEL CASTAÑAR.

PERSONAS.

Don Garcia, labrador.

Doña Blanca, labradora.

Teresa, labradora.

Belardo, viejo.

El Rey.

La Reina.

Don Mendo.

Bras.

El Conde de Orgaz, viejo.

Tello, criado.

Dos caballeros.

Músicos labradores.

La escena es en Toledo y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

El Rey con banda roja leyendo un memorial, y don Mendo.

Rey.

Don Mendo, vuestra demanda
he visto.

Don Mendo.

Dicid querella; que me hagais, suplico en ella, el
caballero de la banda.
Dos meses há que otra vez
esta merced he pedido;
diez años os he servido
en palacio, y otros diez
en la guerra; que mandais
que esto preceda primero
á quien fuere caballero
de la insígnia que ilustrais.
Hallo, señor, por mi cuenta,
que la puedo conseguir;
que si no, fuera pedir
una merced para afrenta.
Respondiome lo verás,
merezco vuestro favor,
y está en opinion, señor,
sin ella la sangre mia.

Rey.

Don Mendo, al Conde llamad.

Don Mendo.

Y á mi suegro á que responde?

Rey.

Está bien llamado al Conde?

Don Mendo.

El Conde viene á to no?

Rey.

Apartad.

ESCENA II.

Dichos y el Conde con un papel.

Don Mendo.

*Pedí con satisfacción
la banda, y no la pidiera,
si primero no me hiciera
yo propio mi información.*

Rey.

¿Qué hay de nuevo?

Conde.

En Algecira

*temiendo están vuestra espada
contra vos de Granada
toda el Africa conspira.*

Rey.

¿Hay dineros?

Conde.

Reducido.

*en este, veréis, señor,
el donativo mayor
con que el reyno os ha servido.*

Rey.

¿La información como está?

que os mandé hacer en secreto,
 Conde, para cierto efecto
 de don Mendo? ¿Hizose ya?

Conde.

Si señor,

Rey.

¿Cómo ha salido?
 La verdad, ¿qué resultó?

Conde.

Que es tan bueno como yo.

Rey.

La gente con que ha servido
 mi reyno, ¿será bastante
 para aquesta empresa?

Conde.

Freno

sereis, Alfonso el onceno,
 con él del moro arrogante.

Rey.

Quiero ver, Conde de Orgaz,
 á quien debo hacer merced
 por sus servicios: leed.

Conde.

El reyno os corone en paz
 adonde el genil felice
 arenas de oro reparte.

Rey.

Guardeos Dios, cristiano Marte:
 leed, Don Mendo.

Don Mendo.

Así dice:

Lo que ofrecen los vasallos
 para la empresa á que aspira,
 vuestra Alteza, de Algecira,
 en gente, plata, y caballos.

Don Gil de Albornoz dará
 diez mil hombres sustentados;
 el de Orgaz dos mil soldados;
 el de Astorga llevará
 cuatro mil; y las ciudades
 pagarán diez y seis mil:
 con su gente hasta el Genil
 irán las tres hermandades
 de Castilla; el de Aguilar,
 con mil caballos ligeros,
 mil ducados en dineros;
 García del Castañar
 dará para la jornada
 cien quintales de cecina,
 dos mil fanegas de harina,
 y cuatro mil de cebada,
 catorce cubas de vino,
 tres hatos de sus ganados,
 cien infantes alistados,
 cien quintales de tocino;
 y doy esta poquedad,
 porque el año ha sido corto;
 mas ofrezcole, si importo,
 también á su Magestad,
 un rústico cerazon
 de un hombre de buena ley,
 que aunque no conoce al Rey,
 conoce su obligacion.

Rey

¡Grande lealtad, y riqueza!

Don Mendo.

Castañar, humilde nombre.

Rey.

¿Donde reside este hombre?

Conde.

Oiga quien es, vuestra Alteza.
Cinco leguas de Toledo,
corte vuestra, y patria mia,
hay una debesa, á donde
este labrador habita,
que llaman el Castañar,
que con los montes confina
que de esta imperial de España
son posesiones antiguas.
En ella un convento yace,
al pie de una sierra fria,
del Caballero de Asís,
de Cristo efigie divina,
porque es tanta de Francisco
la humildad, que le entroniza,
que aun á los pies de una sierra
sus edificios fabrica.
Un valle el término incluye
de castaños, y apellidan
del Castañar, por el valle,
al convento, y á García,
adonde, como Abraham,
la caridad ejercita;
porque en las cosechas andan
el cielo, y él á porfia.
Junto del convento tiene
una casa compartida
en tres partes; una es
de su rústica familia,
copioso alvergue de fruto
de la vid, y de la oliva,
tesoro donde se encierra
el grano de las espigas;
que es la abundancia tan grande

del trigo que Dios le embia,
 que los pósitos de España
 son de sus troges hormigas.
 Es la segunda un jardín,
 cuyas flores repartidas,
 fragantes estrellas son
 de la tierra, y del Sol hijas,
 tan varias, y tan lucientes,
 que parece cuando brillan,
 que bajó la cuarta esfera
 sus estrellas á esta Quinta.
 Es un cuarto la tercera,
 en forma de galería,
 que de jaspes de san Pablo
 sobre tres arcos estriva.
 Ilústranle unos balcones
 de verde, y oro, y encima
 del tejado de pizarras,
 globos de esmeraldas finas.
 En él vive con su esposa
 Blanca, la mas dulce vida,
 que vió el amor, compitiendo
 sus bienes con sus delicias;
 de quien no copio, señor,
 la beldad que el Sol envidia,
 porque ahora no conviene
 á la ocasion, ni á mis dias;
 haste deciros, que siendo
 sus riquezas infinitas,
 con su esposa comparadas,
 es la menor de sus desdichas.
 Es un hombre bien dispuesto
 que continuo se egercita
 en la caza, y tan valiente,
 que vence á un toro en la lidia.

Jamas os ha visto el rostro,
y huye de vos, porque afirma,
que es solo el Rey, y no tiene
para tantos rayos vista.

Garcia del Castañar
es este, y os certifica
mi fe, que si le llevais
á la guerra de Algecira,
que lleveis á vuestro lado
una prudencia que os rija,
una verdad sin embozo,
una agudeza advertida,
un rico sin ambicion,
un parecer sin porfia,
un valiente con discurso,
y un Labrador sin malicia.

Rey.

¡Notable hombre!

Conde.

Os prometo,
que en él las partes se incluyen,
que en Palacio constituyen
á un caballero perfecto.

Rey.

¿No me ha visto?

Conde.

Eternamente.

Rey.

Pues yo le tengo de ver,
de él experiencia he de hacer.
Yó, y don Mendo solamente,
y otros dos hemos de ir;
pues es el camino breve,
La cetreria se lleve,
porque podamos fingir,

que vamos á caza ; que hoy
de esta suerte le he de hablar ;
y en llegando al Castañar,
ninguno dirá quien soy.
¿ Qué os parece ?

Conde.

La agudeza
á la ocasion corresponde.

Rey.

Prevenid caballos, Conde.

Conde.

Voy á serviros.

ESCENA III.

El Rey, la Reyna, y don Mendo.

Don Mendo.

Su Alteza.

Reyna.

¿ Dónde, señor ?

Rey.

A buscar
un tesoro sepultado,
que el Conde ha manifestado.

Reyna.

¿ Lejos ?

Rey.

En el Castañar.

Reyna.

¿ Volveréis ?

Rey.

Luego que ensaye
en el crisol su metal.

Reyna.

Es la ausencia grave mal.

Rey.

Antes que los montes raye
el Sol, volveré, señora,
á vivir la esfera mia.

Reyna.

Noche es la ausencia.

Rey.

Vos dia.

Reyna.

Vos mi Sol.

Rey.

Y vos mi Aurora.

ESCENA IV.

El Rey y don Mendo.

Don Mendo.

¿Qué decís á mi demanda?

Rey.

De vuestra nobleza estoy
satisfecho, y pondré hoy
en vuestro pecho esta banda:
que si la doy por honor
á un hombre indigno, don Mendo,
será en su pecho remiendo,
y mudará de color,
y al noble seré importuno,
si á su desigual permito;
porque si á todos admito,
no la estimará ninguno.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON GARCÍA.

Don Garcia.

Fabrica hermosa mia,

habitacion de un infeliz dichoso,
 oculto desde el dia,
 que el Castellano pueblo victorioso,
 con lealtad oportuna,
 al niño Alfonso coronó en la cuna.
 En tí vivo contento,
 sin desear la Corte, ó su grandeza,
 al ministerio atento
 del campo, donde encuentro mi nobleza,
 en quien fui peregrino,
 y extraño huesped, y quedé vecino.
 En tí, de bienes rico,
 vivo contento con mi amada esposa,
 cubriendo su pellico
 nobleza, aunque ignorada, generosa;
 que aunque su ser ignoro,
 sé su virtud, y su belleza adoro.
 En la casa vivia
 de un Labrador de Orgaz prudente y cano:
 víla, y dejóme un dia,
 como suele quedar en el verano,
 del rayo á la violencia,
 ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
 Mi mal consulté al Conde,
 y asegurando, que en mi esposa bella
 sangre ilustre se esconde,
 caséme amante, y me ilustré con ella;
 que acudí, como es justo,
 primero á la opinion y luego al gusto.
 Vivo en feliz estado,
 aunque no sé quien es, y ella lo ignora:
 secreto reservado
 al Conde que la estima, y que la adora;
 ni jamas ha sabido
 que nació noble el que eligió marido.

Mi Blanca , esposa amada ,
 que divertida entre sencilla gente ,
 de su jardín traslada
 puros jazmines á su blanca frente :
 mas ya todo me avisa
 que sale Blanca , pues que brota risa ,

ESCENA VI.

*Don García , Doña Blanca de Labradorá , con flores,
 Bras , Teresa , Belardo viejo , y músicos pastores.*

Música.

Esta es Blanca como el sol ,
 que la nieve no :
 esta es hermosa , y lozana ,
 como el Sol ,
 que parece á la mañana ,
 como el Sol ,
 que aquestos campos alegra
 como el Sol ,
 con quien es la nieve negra ,
 y del almendro la flor :
 esta es Blanca como el Sol
 que la nieve no.

García.

Esposa , Blanca querida ,
 injustos son tus rigores ,
 si por dar vida á las flores ,
 me quitas á mi la vida :

Blanca.

Mal daré vida á las flores ,
 cuando pisarlas suceda ;
 pues mi vida ausente queda
 adonde animas , amores :
 porque así quiero , García ,

sábiendo cuanto me quieres,
que si tu vida perdieras,
puedas vivir con la mia.

García.

No habrá merced, que sea mucha,
Blanca, ni grande favor
si le mides con mi amor.

Blanca.

¿Tanto me quieres?

García.

Escucha :

No quiere el segador el aura fria,
ni por abril el agua mis sembrados,
ni yerva en mi dehesa mis ganados,
ni los pastores la estación humbria,
ni el enfermo la alegre luz del dia,
la noche los gañanes fatigados,
blandas corrientes los amenos prados,
mas que te quiero, dulce esposa mia;
que si hasta hoy su amor desde el primero
hombre juntaran, cuando así te ofreces
en un sugeto á todos los prefiero:
y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,
y no puedo querer mas que te quiero,
aun no té quiero, como tu mereces.

Blanca.

No quieren mas las flores al rocío,
que en los fragantes vasos el sol bebe,
las arboledas la desecha nieve,
que es cima de cristal, y despues rio:
el índice de piedra al Norte frio,
el caminante al iris cuando llueve,
la oscura noche la traicion aleve,
mas que te quiero, dulce esposo mio;
porque es mi amor tan grande, que á tu nombre,

como á cosa divina , construyera
 aras donde adorarle ; y no te asombre ,
 por que si el sér de Dios no conociera ,
 dejára de adorarte como hombre ,
 y por Dios te adorara , y te tuviera .

Bras.

Pues están Blanca , y Garcia ,
 como palomos de bien ,
 resquiebrémonos tambien ;
 porque desde ellotro dia
 tu carilla me engarrucha .

Teresa.

Y á mí tu talle , mi Bras .

Bras.

¿ Mas que te quiero yo mas ?

Teresa.

¿ Mas que no ?

Bras.

Teresa , escucha .

Desde que te ví , Teresa ,
 en el arroyo á pracer ,
 ayudándote á torcer
 los manteles de la mesa ;
 y torcidos , y lavados
 nos dijo cierto estudiante ,
 así á un pobre pleiteante
 suelen dejar los letrados :
 eres de mí tan querida ,
 como lo es de un logrero
 la vida de un caballero ,
 que dió un juro de por vida .

ESCENA VII.

Dichos y Tello.

Envidie, señor Garcia,
vuestra vida el mas dichoso:
solo en vos reina el reposo.

Doña Blanca.

¿Qué hay Tello?

Tello.

¡Ó señora mia!
¡Ó Blanca hermosa, de donde
proceden cuantos jazmines
dan fragancia á los jardines!
Vuestras manos besa el Conde.

Doña Blanca.

¿Cómo está el Conde?

Tello.

Señora,
á vuestro servicio está.

Don Garcia.

¿Pues Tello, qué hay por acá?

Tello.

Escuchad aparte agora:
hoy con toda diligencia
me mandó que este os dejase
y respuesta no esperase:
con esto dadme licencia.

Don Garcia.

¿No descansareis?

Tello.

Por vos
me quedára hasta otro dia;
mas no han de verme, Garcia,
los que vienen cerca; á Dios.

ESCENA VIII.

Dichos menos Tello.

Don Garcia.

El sobrescrito es á mí :

¿ mas que me riñe , porque
corto el donativo fue,
que hice al Rey ? mas dice así.

“El Rey , señor don Garcia,
que su ofrecimiento vió ,
admirado preguntó ,
quién era V. señoría.

Dígele , que un Labrador
desengañado , y discreto ,
y á examinar vá en secreto
su prudencia , y su valor.

No se dé por entendido ,
no diga quien es al Rey ;
porque aunque estime su ley ,
fue de su padre ofendido ;
y sabe cuanto le enoja

quien su memoria despierta.
Quede á Dios ; y el Rey , advierta,
que es el de la vanda roja.

El Conde de Orgaz su amigo”

¿ Rey Alfonso , si supieras
quien soy , como previnieras
contra mi sangre el castigo
de un difunto padre !

Doña Blanca.

Esposo ,

silencio , y poca reposo
indicios de triste son ;
¿ qué tienes ?

Don Garcia.

Mandame , Blanca ,

*

en este el Conde, que hospeda
á unos señores.

Doña Blanca.

Bien puede,
pues tiene esta casa franca.

Bras.

De cuatro rayos con crines,
generación española,
de unos cometas con cola,
ó aves, y al fin rocines,
que andan bien, y vuelan mal;
cuatro bizarros señores,
que parecen cazadores,
se apean en el portal.

Don Garcia.

No te des por entendida
de que sabemos que vienen.

Teresa.

¡Qué lindos talles que tienen!

Bras.

Par diez que es gente llocida.

ESCENA IX.

*Dichos, el Rey sin vanda, don Mendo con ella, y dos
cazadores.*

Rey.

Guardeos Dios, los labradores.

Don Garcia.

Ya veo al de la divisá. *ap.*

Caballeros de alta guisa,
Dios os de bienes, y honores:

¿qué mandais?

Don Mendo.

¿Quién es aquí?

Garcia del Castañar ?

Don Garcia.

Yo soy, á vuestro mandar.

Don Mendo.

Galan sois.

Don Garcia.

Dios me hizo así.

Bras.

Mayoral de sus porqueros
so, y porque mucho valgo,
miren si los mando en algo
en mi oficio, caballeros ;
que lo haré de mala gana,
como verán por la obra.

Don Garcia.

Quita, bestia.

Bras.

El bestia sobra.

Rey.

¡ Qué simplicidad tan sana !
guérdeos Dios.

Don Garcia.

Vuestra persona,
aunque vuestro nombre ignoro,
me aficiona.

Bras.

Es como un oro ;
á mi tambien me inficiona.

Don Mendo.

Llegamos al Castañar
volando un cuervo, supimos
de vuestra casa, y venimos
á verla, y á descansar
un rato, mientras que pasa
el Sol de aqueste Orizonte.

Don García.

Para Labrador de un monte,
grande juzgareis mi casa ;
y aunque alérgue pequeño
para tal gente será ,
sus defectos suplirá
la voluntad de su dueño.

Don Mendo.

¿ Nos conocéis ?

Don García.

No en verdad ;
que nunca de aquí salimos.

Don Mendo.

En la cámara servimos
los cuatro á su Magestad ,
para serviros. ¿ García ,
quién es esta Labradora ?

Don García.

Mi muger.

Don Mendo.

Goceis, señora,
tan honrada compañía
mil años ; y el Cielo os dé
mas hijos, que vuestras manos
arrojan al campo granos.

Doña Blanca.

No serán pocos á fe.

Don Mendo.

¿ Cómo es vuestro nombre ?

Doña Blanca.

Blanca.

Don Mendo.

Con vuestra beldad conviene.

Doña Blanca.

No puede serlo quien tiene

la cara á los ayres franca.

Rey.

Yo tambien, Blanca, deseo,
que vivais siglos prolijos
los dos, y de vuestros hijos
veais mas nietos, que veo
arboles en vuestra sierra;
siendo á vuestra sucesion,
breve para habitacion,
cuanto descubre esa sierra.

Bras.

No digan mas desatinos.
¡Qué poco en hablar reparan!
¡si todo el campo pobráran,
donde han de estar mis cochinos?

Don Garcia.

Rústico entretenimiento;
será para vos mi gente;
pues la ocasion lo consiente,
recibid, sin cumplimiento,
algun regalo en mi casa:
tu dispónlo Blanca, mia.

Don Mendo.

Ilámala fuego, Garcia,
pues el corazon me abrasa.

ap.

Rey.

Tan hidalga voluntad
es admitirla nobleza.

Don Garcia.

Con esta misma llanza
sirviera a su Magestad;
que aunque no le he visto, intento
servirle con aficion.

Rey.

¿Para no verle hay razon?

Don Garcia,
 O señor , ese es gran cuento ;
 dejádle para otro dia.
 Tú , Blanca , Bras , y Teresa ,
 id á prevenir la mesa
 con alguna niñería.

FSCENA X.

Dichos , menos Doña Blanca , Bras y Teresa.

Rey.
 Pues yo sé que el Rey Alfonso
 tiene noticias de vos.

Don Mendo.
 Testigos somos los dos.

Don Garcia.
 ¿ El Rey dé un villano intonso ?

Rey.
 Y tanto el servicio admira
 que hicisteis á su coroná ,
 ofreciendo ir en persona
 á la guerra de Algecira ,
 que si la corte seguís ,
 os ha de dar á su lado
 el lugar mas envidiado
 de palacio.

Don Garcia.
 ¿ Qué decís ?
 Mas precio entre aquellos cerros
 salir á la primer luz ,
 prevenido el arcabuz ,
 y que levanten mis perros
 una vanda de perdices ;
 y codicioso en la empresa
 seguir las por la dehesa ,

con esperanzas felices
 de verlas caer al suelo ;
 y cuando son á los ojos
 pardas nubes con pies rojos
 batir sus alas al buelo ,
 y derribar esparcidas
 tres ó cuatro ; y anhelando ,
 mirar mis perros buscando
 las que cayeron heridas ,
 con mi voz , que los provoca ;
 y traer las que palpitan
 á mis manos, que las quitan
 sin disgusto de su boca :
 levantarlas , ver por donde
 entró entre la pluma el plomo ,
 volverme á mi casa , como
 suele de la guerra el Conde
 á Toledo , vencedor ;
 pelarlas dentro en mi casa ,
 perdigarlas en la brasa ,
 y puestas al asador ,
 con seis dedos de un pernil ,
 que á cuatro vueltas , ó tres
 pastilla de lumbré es ,
 y canela del brasil ;
 y entregárselo á Teresa ,
 que con vinagre , su aceite ,
 y pimienta , sin afeite
 las pone en mi limpia mesa ,
 donde en servicio de Dios ,
 una yo , y otra mi esposa
 nos comemos ; que no hay cosa
 como á dos perdices , dos :
 y levantando una presa
 dársela á Teresa , mas

porque tenga envidia Bras,
 que por darsela á Teresa;
 y arrojar á mis sabuesos
 el esqueleto roído,
 y oír por tono el crugido
 de los dientes y los huesos,
 y en el cristal transparente
 brindar, y con mano franca,
 hacer la razon mi Blanca,
 con el cristal de una fuente;
 levantar la mesa, dando
 gracias á quien nos envía
 el sustento cada día,
 varias cosas platicando;
 que aquesto es el Castañar,
 que en mas estimo, señor,
 que cuenta hacienda, y honor
 los reyes me pueden dar.

Rey.

¡Pues como al Rey ofreceis
 ir en persona á la guerra,
 si amais tanto vuestra tierra!

Don Garcia.

Perdonad, no lo entendeis.
 El Rey es de un hombre honrado,
 en necesidad sabida,
 de la hacienda, y de la vida
 acreedor privilegiado.
 Agora con pecho ardiente
 se parte á la Andalucía,
 para estirpar la heregía,
 sin dineros, y sin gente;
 así le envié á ofrecer
 mi vida, sin ambición,
 por cumplir mi obligacion,

y por que me ha menester;
que como hacienda debida
al Rey, le ofrecí de nuevo
esta vida, que le debo
sin esperar que la pida.

Rey.

¿Pues concluida la guerra,
no os quedareis en palacio?

Don Garcia.

Vívese aquí mas despacio,
es mas segura esta tierra.

Rey.

Posible es que os ofrezca
el Rey lugar soberano.

Don Garcia.

¿Y es bien que le dé á un villano,
el lugar que otro merezca?

Rey.

Elegir el Rey amigo
es distributiva ley:
bien puede.

Don Garcia.

Aunque pueda el Rey,
no lo acabará conmigo,
que es peligrosa amistad,
y sé que no me conviene;
que á quien ama, es el que tiene
mas poca seguridad:
que por acá siempre he oido,
que vive mas arriegado
el hombre del Rey amado,
que quien es aborrecido;
porque el uno se confia,
y el otro se guarda de él.
Tuve yo un padre muy fiel,

que muchas veces decía,
dándome buenos consejos,
que tenia certidumbre
que era el Rey como la lumbre,
que calentaba de lejos,
y desde cerca quemaba.

Rey.

Tambien dicen mas de dos,
que suele hacer, como Dios,
del lodo que se pisaba,
un hombre ilustrado, á quien
le venere el mas bizarro.

Don Garcia.

Muchos le han hecho de barro,
y le han desecho tambien.

Rey.

Seria el hombre imperfecto.

Don Garcia.

Sea imperfecto, ó no sea:
el Rey, á quien no desca,
¿qué puede darle en efectó?

Rey.

Daráos premios.

Don Garcia.

Y castigos.

Rey.

Daráos gobierno.

Don Garcia.

Y cuidados.

Rey.

Daráos hienes.

Don Garcia.

Envidiados.

Rey.

Daráos, favor.

Don García.

Y enemigos:
y no os teneis que cansar ,
que yo sé no me conviene ,
ni daré por cuanto tiene
un dedo del Castañar :
esto , sin que un punto ofenda
á sus reales resplandores.
Mas lo que importa , señores ,
es prevenir la merienda.

ESCENA XI.

Dichos menos don García.

Rey.

Poco el Conde lo encarece :
mas es de lo que pensaba.

Don Mendo.

La casa es bella.

Rey.

Estremada :

¿cuál lo mejor os parece ?

Don Mendo.

Si ha de decir la fe mia
la verdad á vuestra Alteza ;
me parece la belleza
de la muger de García.

Rey.

Es hermosa.

Don Mendo.

Es celestial ;
es ángel de nieve pura.

Rey.

¿Ese es amor ?

Don Mendo.

¿La hermosura
á quién le parece mal?

Rey.

Cubrios , Mendo , ¿qué haceis ?
que quíero en la soledad
deponer la magestad.

Don Mendo.

Mucho , Alfonso , recogéis
vuestros rayos , satisfecho
que sois por fe venerado
tanto , que os habeis quitado
la roja banda del pecho
para encubriros , y dar
aliento nuevo á mis brios.

Rey.

No nos conozcan , cubrios ;
que importa disimular.

Don Mendo.

Rico - hombre soy , y de hoy mas
grande es bien que por vos quede.

Rey.

Pues ya lo dije , no puede
volver mi palabra atras.

ESCENA XII.

Dichos y doña Blanca.

Doña Blanca.

Entrad , si quereis , señores ,
merendar , que ya os espera ,
como en verde primavera ,
la mesa llena de flores.

Don Mendo.

¿Y que teneis que nos dar ?

Doña Blanca.

¿ Para que saberlo quieren ?
 comeran lo que les dieran ,
 pues que no lo han de pagar :
 ó quedaránse en ayunas :
 mas nunca faltan , señores ,
 en casa de labradores
 queso , arrope , y aceytunas ;
 y blanco pan les concierto ,
 que amasamos yo , y Teresa ;
 que pan blanco , y limpia mesa
 abren las ganas á un muerto.
 Tambien hay de las tempranas
 uvas de un majuelo mio ,
 y en blanca miel de rocío
 berengenas toledanas ;
 perdices en escabeche ;
 y de un javalí , aunque fea ,
 una cabeza en jalea ,
 porque todo se aproveche :
 cocido en vino un jamon ,
 y un chorizo , que prevoque
 á que con el vino aloque
 hagan todos la razon :
 dos ánades , y cecinas
 cuantas los montes ofrecen ,
 cuyas hebras me parecen
 deshojadas clavellinas ,
 que cuando vienen á estar
 cada una de por sí ,
 como seda carmesí ,
 se pueden al torno hilar ;

*Rey.**Vamos , Blanca.*

Doña Blanca.

Hidalgos , ca
merienden , y buena pro.

ESCENA XIII.

Dichos menos el Rey y los dos cazadores.

Don Mendo.

Labradora , ¿quién te vió
que amante no te desea?

Doña Blanca.

Venid , y callad señor.

Don Mendo.

Cuanto previenes , trocará
á un plato , que sazónára
en tu voluntad amor.

Doña Blanca.

Pues decidme , cortesano:
el que trae la vanda roja ,
¿qué en mi casa se os antoja
para guisárle?

Don Mendo.

Tu mano.

Doña Blanca.

Una mano de almodrote
de baca os sabrá mas bien :
guarde Dios mi mano , amen ;
no se os antoje gigote :
que harán , si la tienen gana ,
y no hay quien los replique ,
que se píque , y se repique
la mano de una villana ,
para que un señor la coma.

Don Mendo.

La voluntad la sazone

para mis labios.

Doña Blanca.

Perdone,

bien se está san Pedro en Roma;
y si no lo habéis sabido,
sabed, señor, en mi trato,
que solo sirve ese plato
al gusto de mi marido;
y me lo paga muy bien,
sin lisonjas ni rodeos.

Don Mendo.

Yo con mi estado, y deseos
te lo pagaré también.

Doña Blanca.

En mejor mercadería
gastad los intentos vanos,
que no engañarán gitanos
á la muger de García;
que es muy ruda, y montana.

Don Mendo.

Y bella como una flor.

¿Que
para

Que
y en

¿Son
Merendad y buen provecho.

Don Mendo.

¿No me entiendes, Blanca mía?

Doña Blanca.

Bien entiendo vuestra trepa;

porque no es del todo boba
la de Orgaz, por vida mia.

Don Mendo.

Pues por tus ojos amados,
que has de oirme, la de Orgaz.

Doña Blanca.

Tengamos la fiesta en paz:
entrad ya, que están sentados,
y tened mas cortesía.

Don Mendo.

Tu menos riguridad

Doña Blanca.

Si no quereis, aguardad.
¡ Ah marido! Oja, García.

ESCENA XIV.

Dichos y don García.

Don García.

¿Qué quereis, ojos divinos?

Doña Blanca.

Haced al señor entrar,
que no quiere hasta acabar
un cuento de calainos.

Don García.

¡ Si el cuento fuera de amor *ap.*
del Rey, que Blanca me dice,
para ser siempre infelice?
mas si viene á darme honor
Alfonso, no puede ser:
cuando no de mi linage,
se me ha pegado del trage
la malicia, y proceder.
Sin duda no quiere entrar,
por no estar con sus criados

en una mesa sentados ;
 quiéroselo replicar
 de manera , que no entienda ,
 que le conozca! Señor ,
 entrad , y haréisme favor ,
 y alcanzad de la merienda
 un bocado , que os le dán
 con voluntad , y sin paga ;
 y mejor provecho os haga
 que no el bocado de Adán.

ESCENA XV.

*Dichos y Bras que saca algo de comer y un jarro
 cubierto.*

Bras.

Un caballero me envia
 á decir como os espera.

Don Mendo.

¿Como Blanca eres tan fiera ?

Doña Blanca.

Así me quiere García.

ESCENA XVI.

Dichos menos don Mendo y doña Blanca poco despues.

Don Garcia.

¿ Es el cuento ?

Doña Blanca.

Proceder

con él quiere pertinaz :
 mas déjala á la de Orgaz ,
 que ella sabrá responder.

Bras.

Todos estan en la mesa,
quiero á solas, y sentado,
mamarme lo que he arrugado
sin que me viese Teresa.

¡Qué bien que se satisface
un hombre sin compañía!

Bebed, Bras, por vida mia.

Dentro.

Bebed vos.

B.as.

¿Yo? Que me place.

ESCENA XVII.

*Dichos, el Rey, don Mendo, doña Blanca y los dos
cazadores.*

Rey.

Caballeros, ya declina
el sol al mar Occano.

Don Garcia.

Comed mas, que aun es temprano;
ensanchad bien la petrina.

Rey.

Quieren estos caballeros
una ave en tierra rasa
volarla.

Don Garcia.

Pues á mi casa
os volved.

Rey.

Obedeceros
no es posible.

Don Garcia.

Cama blanda

ofrezco á todos, señores;
y con almohadas de flores,
sábanas nuevas de Holanda.

Rey.

Vuestro gusto fuera ley,
García, mas no podemos;
que desde mañana hacemos : Y
los cuatro semana al Rey,
y es fuerza estar en palacio.
Blanca, á Dios : á Dios, García.

Don García.

El cielo os guarde.

Rey.

Otro día
hablaremos mas despacio.

Don Mendo.

Labradora hermosa mia,
tén de mi dolor memoria.

Doña Blanca.

Caballero, aquesa historia
se ha de tratar con García.

Don García.

¿Qué decís?

Don Mendo.

Que dé á los dos
el cielo vida, y contento.

Doña Blanca.

A Dios, señor, el del cuenta.

Don Mendo.

Muerto voy. A Dios.

ESCENA XVIII.

Don Garcia y doña Blanca.

Don Garcia.

A Dios.

Y tú, bella, como el cielo,
ven al jardín, que convida
con dulce paz á mi vida,
sin consumirla el anelo
del pretendiente; que aguarda
el mal seguro favor;
la sequedad del señor,
ni la provision que tarda
ni la esperanza que yerra,
ni la ambicion arrogante
del que armado de diamante
busca al contrario en la guerra;
ni por los mares del norte,
que envidia pudiera dar
á cuantos del Castañar
vân esta tarde á la corte:
mas por tus divinos ojos,
adorada Blanca mia,
que es hoy el primero dia
que he tropezado en enojos.

Doña Blanca.

¿De qué son tus descontentos?

Don Garcia.

Del cuento del cortesano.

Doña Blanca.

Vamos al jardín, hermano;
que esos son cuentos de cuentos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y el Conde.

Reyna.

Vuestra estraña relacion
me ha enternecido; y prometo,
que he de alcanzar con efecto
para los dos el perdon;
porque de Blanca, y García
me ha encarecido su Alteza,
en el uno la belleza,
y en el otro gallardía.
Y pues que las dos se unieron
con sucesos tan prolijos,
como los padres, los hijos
con una estrella nacieron.

Conde

Del Conde nadie concuerda
bien en la conspiracion:
salió al fin de la prision,
y don Sancho de la Cerda
huyó con Blanca, que era
de dos años, á ocasion,
que era yo contra Aragon
general de la frontera,
donde el Cerda con su hija
se pretendió asegurar;

y en un pequeño lugar,
~~con la~~ jornada prolija,
 adolesció de tal suerte,
 que aunque le acudí en secreto,
 en dos dias en efecto,
 cobró el tributo la muerte.
 Hícele dar sepultura
 con silencio, y apiadado
 mandé, que á Orgáz un soldado
 la inocente criatura
 llevase; y un labrador
 la crió, hasta que un dia
 la casaron con García
 mis consejos, y su amor:
 que quiso, sin duda alguna,
 el cielo, que ambos se viesen,
 y de los padres, tuviesen
 junta la sangre, y fortuna.

Reyna.

Yo os prometo de alcanzar
 el perdón.

ESCENA II.

Dichos y Bras.

Bras

Buscandole,

pardiolre que me colé,
 como fraile, sin llamar;
 topéle: su Sonseria
 me dé las manos, y pies.

Conde.

Bien venido, Bras.

Reyna.

¿Quién es?

Conde.

Un criado de García.

Reyna.

Llegad.

Bras.

¿Qué brava hermosura!

Esta sí que el ojo abunda;
pero si vos sois la Conda,
tendreis muy mala ventura.

Conde.

¿Y qué hay por allá, mancebo?

Bras.

Como al Castañar no van
estafetas de Milan,
no he sabido qué hay de nuevo:
y por acá, ¿qué hay de guerra?

Conde.

Juntando dineros voy.

Bras.

De buena gana los doy
por gozar en paz mi tierra;
porque el corazon me ensancha
cuando duermo mas seguro,
que en Flandes detras de un muro,
en un carro de la Mancha.

Reyna.

Escribe bien, breve, y grave.

Conde.

Es sabio.

Reyna.

A mi parecer,
mas es que serlo, tener
en palacio quien le alaba.

ESCENA III.

Dichos y don Mendo. La Reyna se va poco despues.

Don Mendo.

Su Alteza espera.

Reyna.

Muy bien
la vanda está en vuestro pecho.

Don Mendo.

Por vos su Alteza me ha hecho
aquesta honra.

Conde.

Tambien
tuve parte en esta accion.

Don Mendo.

Vos me disteis esta vanda,
que mia fue la demanda,
y vuestra la informacion.
Ayer con su Alteza fui,
y dióme esta insignia, Conde,
yendo al Castañar (adonde *ap.*
libre fui, y otro volví).

ESCENA IV.

Dichos y Tello.

Tello.

El Rey llama.

Conde.

Espera, Bras.

Bras.

El billorete leed.

Conde.

Este hombre entretened

mientras vuelvo.

Bras.

Estoy de mas,
desempachadme temprano;
que el Palacio, y los olores
se hicieron para señores,
no para un tosco villano.

Conde.

Ya vuelvo.

ESCENA V.

Dichos menos el Conde y Tello.

Don Mendo.

Conocer quiero
este hombre.

Bras.

¿No hay habrar?
¿Cómo fue en el Castañar
ayer tarde, caballero?

Don Mendo.

Daré á tus aras mil veces
holocáustos, Dios de amor,
pues en este Labrador
remedio á mí mal ofreces.
¡Ay Blanca! ¡con qué de enojos
me tienes! ¡con qué pesar!
¡Nunca fuera al Castañar!
¡nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera á Dios, que primero,
que fuera Alfonso á tu tierra,
muerte me diera en la guerra
el corbo Africano acero!
¡Pluguiera á Dios, Labrador,
que al aspid fiero, y hermoso,

que sirves , y cauteloso
 fue causa de mi dolor ,
 sirviera yo , y mis estados
 te dicra , la renta mia ;
 que por ver á Blanca un día ,
 fuera á guardar sus ganados !

Bras.

¿ Qué diabros tiene , señor ,
 que salta , brinca , y recula ?
 Sin duda la tarantúla
 le ha picado , ó tiene amor.

Don Mendo.

Amor , pues norte me das , *ap.*
 de este tengo de saber
 si á Blanca la podré ver :
 ¿ Cómo te llamas ?

Bras.

Yo , Bras.

Don Mendo.

¿ De dónde eres ?

Bras.

De la villa
 de Ajofrin , si sirvo en algo.

Don Mendo.

¿ Y eres muy gentil hidalgo ?

Bras.

De los Brases de Castilla.

Don Mendo.

Ya lo sé.

Bras.

Decís verdad ,
 que so antiguo , aunque no rico ;
 pues vengo de un villancico
 del día de Navidad.

Don Mendo.

Buen tallo tienes.

Bras.

Bizarro;

mire qué pie tan perfecto:

¿Monda misperos el peto?

¿y estos ojuelos son barro?

Don Mendo.

¿Y eres muy discreto, Bras?

Bras.

En eso soy estremado,

porque cualquiera cuitado

presumo que sabe mas.

Don Mendo.

¿Quieres servirme en la corte?

y verás cuanto te precio?

Bras.

Caballero, aunque so necio,

razonamientos acorte,

y si algo quiere mandarme,

acabe ya de parillo.

Don Mendo.

Toma, Bras, este bolsillo:

Bras.

Mas por Dios, quiere burlarme:

á ver, acerque la mano.

Don Mendo.

Escudos son.

Bras.

Yo lo creo;

mas por no engañarme, veo

si está por de dentro vano.

Dinero es, y de ello infiero,

que algo pretende que haga,

porque el hablar bien se paga.

Don Mendo.

Solo que me digas: quiero,
si ver podré á tu señora.

Bras.

¿Para malo, ó para bueno?

Don Mendo.

Para decirle que peno,
y que el corazon la adora.

Bras.

Lástima os tengo, así viva,
por lo que tengo en el pecho;
que ataque rudo, amor me ha hecho
el mio como una criba.

Yo os quiero dar una traza,
que de provecho será.

Aquestas noches se vá

mi amo Garcia á caza

de javalies, vestida

le aguarda, sin prevencion,

y si entraís por un balcon,

la hallareis medio dormida,

porque hasta el Alba le espera;

y esto muchas veces pasa

á quien deja hermosa en casa,

y busca en otra una fiera.

Don Mendo.

¿Me engañas?

Bras.

Cosa es tan cierta,

que de noche en ocasiones

suelo entrar por los balcones,

por no llamar á la puerta,

ni que Teresa me abra;

y que por la honda, que deja

puesta Belardo en la reja,

trepando voy como cabra,
y la hallo sin embarazo
sola esperando á Garcia ;
porque le aguarda hasta el dia
recostada sobre el brazo.

Don Mendo.

En tí el amor me promete
remedio.

Bras.

Pues esto haga.

Don Mendo.

No te ofrezco mayor paga.

Bras.

Esto no es ser alcahuete.

Don Mendo.

Blanca, esta noche he de entrar
á verte, á fe de español ;
que para llegar al Sol,
las nubes se han de escalar.

ESCENA VI.

El Rey, el Conde y Bras.

Rey.

El hombre es tal, que os prometo,
que con vuestra aprobación
he de llevarle á esta accion,
y ennoblecer.

Conde.

Es discreto,
y valiente; en él están
sin duda resplandecientes
las virtudes convenientes
para hacerle capitan ;
que yo sé que suplirá

la falta de la experiencia
su valor, y su prudencia.

Rey.

Mi gente lo aceptará,
pues vuestro valor le abona;
y sabe de vuestra ley,
que sin méritos, al Rey
no le proponeis persona.
Traedle mañana, Conde.

ESCENA VII.

Dichos menos el Rey, y poco después el Conde.

Conde.

Yo sé que aunque os acuiteis,
que en la ocasión publiqueis
la sangre, que en vos se esconde.

Bras.

Despachadme, pues, que no,
señor, otra cosa espero.

Conde.

Que se recibió el dinero,
que al donativo ofreció,
le decid, Bras, á Garcia;
y podeos ir con esto,
que yo le veré muy presto,
ó responderé otro día.

Bras.

No llevo cosa que importe:
sobre tardanza prolija,
¿largo parto, y parir hija?
Propio despacho de corte.

ESCENA VIII.

DECORACION DE BOSQUE.

*Don Garcia de cazador , con un puñal y un arcabuz.**Don Garcia.*

Bosques mios frondosos ,
 de dia alegres , cuanto tenebrosos ,
 mientras baña Morfeo
 la noche con las aguas del Leteo ,
 hasta que sale de Faeton la esposa
 coronada de plumas , y de rosa ,
 en vosotros doctrina
 halla sobre quien Marte predomina ,
 disponiendo sangriento
 á mayores contiendas el aliento ;
 porque furor influye
 la caza , que á la guerra sustituye.
 Yo soy el vivo rayo
 feroz de vuestras fieras , que me ensayo
 para ser , con la sangre que me inspira ,
 el rayo del Castañar en Algecira ;
 criado en vuestras grutas , y campañas ;
 Alcides español de estas montañas ;
 que contra sus tiranos
 clava es cualquiera dedo de mis manos ,
 siendo por mí esta vera
 pródiga en carnes , abundante en carra ;
 Y vengador de sus robos ,
 parca comun de osos , y de lobos ,
 que por mí el cabritillo , y simple oveja
 del montañes pirata no se queja ,
 y cuando embiste ayzado
 á deborar el tímido ganado
 si me arroja al combate .

ocioso el can en la palestra late;
 que durmiendo entre flores,
 en mi valor fiados los pastores,
 cuando abre el sol sus ojos,
 desmerecidos ya, los miembros flojos,
 cuando al ganado asisto,
 cuando al corsario embisto,
 pisan difunta la voraz caterva
 mas lobos sus abarcas, que no yerva.
 ¿Qué colmenar copioso
 no demuele defensas contra el oso,
 fabricando sin muros
 dulce, y blanco licor en nichos puros?
 Que por eso han tenido,
 gracias al plomo á tiempo compelido,
 en sus cotos amenos,
 un enemigo las abejas menos;
 que cuando el sol acaba,
 y en el postrero parasismo estaba,
 á dos colmenas, que robado había,
 las caló dentro de una fuente fría,
 ahogando en sus cristales
 las abejas, que obraron sus panales,
 para engullir segura
 la miel, que misturó en el agua pura,
 y dejó bien que turbia su corriente,
 el agua dulce de esta clara fuente.
 Y esta noche bajando
 un javalí á aqueste arroyo blando,
 y cristalino cebo,
 con la luz, que mendiga Cintia á Febo,
 le miré cara á cara,
 haciéndose lugar entre la jara,
 despejando la senda sus cuchillos,
 de marfil, ó de acero sus colmillos;

pero á una bala presta,
 la luz condujo á penetrar la testa,
 oyendo el valle á un tiempo repetidos
 de la polvora el eco, y los bramidos.
 Los dos serán trofeos
 pendientes en mis puertas, aunque feos
 despues que Blanca con su breve planta
 su cervíz pise, y por ventura tanta
 dirán, aun en la muerte
 tiene el cadáver de un dichoso suerte;
 que en la ocasión mas dura,
 á las fieras no falta la ventura.
 Mas el ruido me avisa,
 que un javalí descende; con gran prisa
 vuelve huyendo, habrá oído
 algun ruido distante su sentido;
 porque en distancia larga
 oye calar al arcabuz la carga,
 y esparcidas las puntas
 que sobre el cerro acumulaba juntas,
 si oye la bala, ó menear la cuerda,
 es ala, cuando huye, cada cerda.

ESCENA IX.

*Don Garcia, Don Mendo, y un criado con una
 escala.*

Don Mendo.

Para esto, amor tirano,
 del Cerco Toledano
 al monte me tragiste,
 para perderme en su maleza triste?
 ¿Mas qué esperar podía
 ciego, que á un ciego le eligió por guia?
 Una escala previne, con intento,

Blanca, de penetrar tu firmamento,
 y lo mismo emprendiera
 si fueras diosa en la Tonante Esfera,
 no Montañesa ruda,
 sin honor, sin esposo que te acuda;
 que en este loco abismo
 intentara lo mismo,
 si fueras, Blanca bella,
 como naciste humana, pura estrella:
 bien que á la tierra, bien que al cielo sumo
 bajara en polvo, y ascendiera en humo.

Don Garcia.

Llegó primero al animal valiente,
 que á mi sentido, el ruido de esta gente.

Don Mendo.

En esta luna de Octubre
 suelen salir cazadores
 á esperar los jayalies;
 quiero llamar: ah del monte.

Criado.

Ola, hao.

Don Garcia.

Pesia sus vidas,
 ¿qué buscan? ¿de qué dan voces?

Don Mendo.

El sitio del Castañar
 está lejos?

Don Garcia.

En dos trotes
 se pueden poner en él.

Don Mendo.

Pasabamos á los montes,
 y el camino hemos perdido.

Don Garcia.

Aquíese arroyuelo corre

al camino.

Don Mendo.

¿Qué hora es?

Don Garcia.

Poco menos de las doce.

Don Mendo.

¿De dónde sois?

Don Garcia.

Del infierno:

id en buen hora, señores,

no me espanteis mas la caza,

que me enojaré, pardiobre.

Don Mendo.

¿La luna hasta cuando dura?

Don Garcia.

Hasta que se acaba.

Don Mendo.

Oye

lo que es villano en el campo.

Don Garcia.

Lo que un señor en la corte.

Don Mendo.

¿Y en efecto hay donde errar?

Don Garcia.

¿Y en efecto no se acogen?

Don Mendo.

Terrible sois.

Don Garcia.

Mal sabeis

lo que es estorbar á un hombre

en ocasion semejante.

Don Mendo.

¿Quién sois?

Don Garcia.

Rayo de estos montes;

Garcia del Castañar ;
que nunca niego mi nombre.

Don Mendo.

Amor, pues estás piadoso *op.*
detenle, porque no estorve
mis deseos, y en su casa
mis esperanzas malogre.
Y para que á Blanca vea,
dame tus alas veloces
para que mas presto llegue.
Quedaos con Dios.

ESCENA X.

Don Garcia.

Buenas noches.

Bizarra ocasion perdí,
imposible es que la cobre ;
quiero volverme á mi casa
por el atajo del monte.
Y pues ya me voy, oid
de grutas partos feroces,
salid, y haced al valle,
vivid en paz esta noche,
que vuestro mayor opuesto
á su casa se vá, adonde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos algodones.
Y depuesta la fiereza,
tan trocadas mis acciones,
en los brazos de mi esposa
verá el Argos de la noche,
y el Polifemo del dia,
si las observan feroces
y tiernas, que en este pecho

se ocultan dos corazones;
 el uno de blanda cera,
 el otro de duro bronce,
 el blando para mi casa,
 el duro para estos montes.

ESCENA XI.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DON GARCIA.

Doña Blanca, y Teresa con una bujía, que pone encima de un bufete.

Doña Blanca.

Corre veloz, noche fria,
 porque venga con la Aurora
 del campo, donde está ahora,
 á descansar mi García:
 su luz anticipe el día,
 el cielo se desabroche,
 salga Faeton en su coche,
 verá su luz descada
 la primer enamorada,
 que ha aborrecido la noche.

Teresa.

Mejor, señora, acostada
 esperarás á tu ausente;
 porque asientan lindamente
 sobre la holanda delgada
 los brazos, que por el Credo,
 que aunque fuera mi marido
 Bras, que tampoco ha venido
 de lo ciudad de Toledo,
 que le esperara roncando.

Doña Blanca.

Tengo mas obligaciones.

Teresa

Y le echára á mogicones,
sino se entrára callando:
mas si has de esperar que venga
mi señor, no estés en pic,
yo á Belardo llamaré,
que tu desvelo entretenga:
mas él viene.

ESCENA XII.

Dichas y Belardo.

Belardo.

Pues el Sol
veó de noche brillar,
el sitio del Castañar
es Antípoda español.

Doña Blanca.

Belardo, sentaos.

Belardo.

Señora,

acostaos.

Doña Blanca.

En esta calma,
dormir un cuerpo sin alma,
fuera no esperar la aurora.

Belardo.

¿Esperais?

Doña Blanca.

Al alma mia.

Belardo.

Por muy necia la condeno,
pues se vá al monte sereno,
y os deja hasta que es de día.

Dentro Bras.

Si vengo de Toledo,
Teresa mia,
yo vengo de Toledo,
no de Francia.

Teresa.

Mas ya viene mi garzon.

Belardo.

A abrirle la puerta iré.

Teresa.

Con tu licencia, sabré
qué me trae, por el balcon.

Bras.

Que si buena es la albahaca,
mejor es la cruz de Calibaca.

Teresa.

¿Como vienes, Bras?

Bras.

Andando.

Teresa.

¿Qué me traes de la ciudad,
en muestras de voluntad?

Bras.

Yo te lo diré cantando:
Tráigote de Toledo,
porque te alegres,
un galan, mi Teresa,
como unas nueces.

Teresa.

Llévele el diablo mil veces:
ved qué sapal, ó corpiño. (2)

(1) Abre Teresa el balcon.

(2) Cierra juntando el balcon.

Doña Blanca.

¿Qué te trae?

Teresa.

Muy lindo aliño:
un galán como unas nueces.

Doña Blanca.

Será sabroso.

ESCENA XIII.

Dichos y Bras.

Bras.

¿Qué hay,
Blanca? Teresa, estoy muerto.
¿Qué, no me abrazas?

Teresa.

Por cierto,
por las cosas que me traes.

Bras.

Dimuños sois las mugeres:
¿á quien quieres mas?

Teresa.

A Bras.

Bras.

Pues si lo que quieres mas
te traigo, ¿qué es lo que quieres?

Doña Blanca.

Teresa tiene razón:
mas sentaos todos, y dí,
¿qué viste en Toledo?

Bras.

Vi

de casas un burujón,
y mucha gente holgazana,
y en calles buenas, y ruines,

la basura á celemines ,
y el cielo por cerbatana ;
y dicen que hay infinitos
desdenes en caras buenas ;
en verano verengenas ,
y en el otoño mosquitos.

Doña Blanca.

¿No hay mas nuevas en la corte?

Bras.

Sátiras pide el deseo
malicioso , ya lo veo :
mas mi pluma no es de corte ;
con otras cosas , señora ,
os divertid hasta el alba ,
que al ausente , Dios le salva.

Doña Blanca.

Pues al que acertare ahora
este enigma , de los tres ,
daré un vestido de paño ;
y el de grana , que hice ogaño :
á Teresa digo , pues.

¿Cuál es el ave sin madre ,
que al padre no puede ver ,
ni al hijo , y le vino á hacer
despues de muerto su padre ?

Bras.

¿Polainas y galleruza
ha de tener ?

Doña Blanca.

Claro es:

digan en rueda los tres.

Teresa.

El cucillo.

Bras.

La lechuza.

Belardo.

No hay ave á quien mejor cuadre,
que al Fenix, ni otra ser puede;
pues esa misma procede
de las cenizas del padre.

Doña Blanca.

El Fenix es.

Belardo.

Yo gané.

Bras.

Yo perdí como otras veces.

Doña Blanca.

No te doy lo que mereces.

Bras.

Un gorrino le daré
á quien dijere el mas caro
vicio que hay en el mundo.

Doña Blanca.

En que es el juego me fundo.

Bras.

Mentís, Blanca, y esto es claro.

Teresa.

El de las mugeres, digo,
que es mas costoso.

Bras.

Mentís.

¿ Vos, Belardo, qué decís?

Belardo.

Que el hombre de caza amigo
tiene el de mas perdicion,
mas costoso, é infelice,
la moralidad lo dice
del suceso de Anteon.

Bras.

Mentís tambien , que á mi juicio
sin quedar de ello dudoso
es el vicio mas costoso
el del borracho ; que es vicio
con quien ninguno compite ;
que si pobre viene á ser ,
de lo que gastó en beber
no puede tener desquite. (1)

Doña Blanca.

Oye, Bras ; amigos, ea,
abrid , que es el alma mia.
Temprano viene García,
quiera Dios que por bien sca.

Dentro don García.

Buenas noches , gente fiel.

Bras.

Scais , señor , bien venido.

ESCENA XIV.

Don García , Bras , Teresa y Blanca que vá al encuentro de su esposo ; y arrima don García el arcabuz al bufete.

García.

¿ Como en Toledo te ha ido ?

Bras.

Al Conde dí tu papel,
y dijo respondería.

Don García.

Está bien. Esposa amada,
¿ no estais mejor acostada ?
¿ qué esperais ?

(1) *Silva dentro don García.*

Doña Blanca.

Que venga el día :

esperar como solia
 á su cazador la diosa
 madre de amor cuidadosa,
 cuando dejaba los lazos,
 y hallaba en sus tiernos brazos
 otra carcel mas hermosa,
 vínculo de amor estrecho,
 donde yacia su bien,
 á quien parte dió tambien
 del alma, como del lecho :
 mas yo con mejor derecho,
 cazador que al otro escedes,
 haré de mis brazos redes,
 y porque caigas, pondré
 de una tórtola la fe,
 cuyo llanto escusar puedes.
 Llega, que en llanto amoroso,
 no rebelde javalí

te consagres, una ave sí,

que lloraba por su esposa :

concédete generoso

á vínculos permitidos,

y escucharán tus oídos,

en la palestra de pluma,

arrullos blandos en suma,

y no en el monte bramidos.

Que si bien estar pudiera

quejosa de que te alejes

de noche, y mis brazos dejes

por esperar una fiera ;

adórote de manera,

que aunque propongo á mis ojos

quejas, y tiernos despojos,

cuando vuelves de esta suerte,
por el contento de verte
te agradezco los enojos.

Don García.

Blanca hermosa, Blanca, rama
llena por mayo de flor,
que es con tu bello color
etiope Guadarrama;

Blanca, con quien es la llama
del rojo planeta oscura,
y herido de su luz pura,
terso cristal pizarra.

que eres la acción mas bizarra
del poder de la hermosura:
cuando alguna conveniencia
me aparte, y quejosa quedes,
no mas dolor darme puedes,
que el que padezco en tu ausencia:
cuando vuelvo á tu presencia,
de dejarte arrepentido,
en vano el pecho ofendido
me recibiera terrible;
que en la gloria no es posible
atormentar al sentido.

Las almas en nuestros brazos
vivan heridas, y estrechas,
ya con repetidas flechas,
ya con recíprocos lazos:

no se tejan con abrazos
la vid y el olmo frondoso,
mas estrechos que tu esposo,
y tú, Blanca: llega, amor,
que no hay contento mayor
que rogar á un desdoso.

Y aunque no te traigo aquí,

del sol á la hurtada luz,
 herido con mi arcabuz
 el cerdoso javalí,
 ni el oso ladron, que ví
 hurtar del corto vergel
 dos repúblicas de miel,
 y despues á pocos pasos,
 en el humor de sus vasos
 bañar el hocico y piel;
 te traigo en vez de trofeos
 de javalies, y osos,
 por lo bien trabado, hermosos,
 y distintamente feos,
 una alma, y muchos deseos
 para alfombras de tus pies;
 y me parece que es,
 cuando tus méritos toco,
 cuanto os he contado poco,
 como es poco cuanto vés.

Bras.

Teresa allí, vive Dios.

Teresa.

¿Pues aquí quién vive, Bras?

Bras.

Aquí vive Barrabás,
 hasta que chante á los dos
 las bendiciones el cura;
 porque un casado, aunque pena,
 con lo que otro se condena
 su salvacion asegura.

Teresa.

¿Con qué?

Bras

Con tener amor
 á su muger, y aumentar.

Teresa.

Eso, Bras, es trabajar
en la viña del Señor.

Doña Blanca.

Desnudaos, que en tanto quiero
preveniros, prenda amada,
ropa por mi mano hilada,
que huele mas que el romero : 7 ;

y os juro, que es mas antil,
que ser la de Holanda suele ;

porque cuando á limpia huele,
no ha menester al abrih.

Venid los dos.

ESCENA XV.

Dichos menos doña Blanca.

Bras.

Siempre he oido,
que suele echarse de ver
el amor de la muger,
en la ropa del marido.

Teresa.

Tambien en la sierra es fama,
que amor ni honra no tiene,
quien vá á la corte, y se viene
sin joyas para su dama.

ESCENA XVI.

Don Garcia.

Envidienme en mi estado
las ricas, y ambiciosas magestades,
mi bienaventurado
alvergue, de delicias coronado,

y rico de verdades :
 envidien las deidades ,
 profanas , y ambiciosas ,
 mi venturoso empleo ;
 envidien codiciosas ,
 que cuando á Blanca veo ,
 su beldad pone límite al deseo .
 ¡ Valgame el cielo , qué miro !

ESCENA XVII.

*Don García y don Mendo, el cual entra por el balcón
 abriéndole de golpe , y al ver á don García se emboza.*

Don Mendo.

¡ Vive Dios , que es el que veo
 García del Castañar !

Valor , corazon , ya es hecho :
 quien de un villano confía ,
 no espere mejor suceso .

Don García.

Hidalgo , si serlo puede :
 quien de acción tan baja es dueño ,
 si alguna necesidad
 á roharme os ha dispuesto ,
 decidme lo que quereis ,
 que por quien soy os prometo ,
 que de mi casa volvais
 por mi mano satisfecho .

Don Mendo.

Dejadme volver , García .

Don García.

Eso no ; porque primero
 he de conocer quien sois ;
 y descubrids muy presto ,
 ó de este arcabuz la bala
 penetrará vuestro pecho .

Don Mendo.

Pues advertid no, me erreis ;
que si con vos igual quedo ,
lo que en razon me llevais ,
en sangre y valor os llevo.
Yo sé que el conde de Orgaz
lo ha dicho á alguno en secreto ,
informándole de mi :
la vanda que cruza el pecho ,
de quien soy testigo sea. (1)

Don Garcia.

¡El Rey es : valgame el cielo !
y que le conozco sabe :
honor , y lealtad , ¿ qué haremos ?
¿ Qué contradiccion implica
la lealtad con el remedio ?

Don Mendo.

¡ Qué propia accion de willano !
temor me tiene ó respeto ;
aunque para un hombre humilde
bastaba solo mi esfuerzo.
¡ El que encarció el de Orgaz
por valiente ! Al fin es viejo.
En vuestra casa me hallais ,
ni huir , ni negarlo puedo ;
mas en ella entré esta noche.

Don Garcia.

A hurtarme el honor que tengo ;
muy bien pagais á mi fe
el hospedage por cierto
que os hicimos Blanca , y yo :
ved que contrarios efectos
verá entre los dos el mundo ,

(1) Desembozase, y espíese el arcabuz á don Garcia.

pues yo ofendido os vengo,
y vos de mí fe servid,
me dais agravios por premios.

Don Mendo.

No hay que fiar de un villano
ofendido: pues que puedo,
me defenderé con este.

Don García.

¿Qué hacéis? Dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid,
que os le estorvo, porque quiero
no atribuyais á ventaja
el fin de aqueste suceso:
que para mí basta solo
la vanda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla,
á cuya luz estoy ciego.

Don Mendo.

¿Al fin me habéis conocido?

Don García.

Miradlo por los efectos.

Don Mendo.

Pues quien nace como yo
no satisface, ¿qué haremos?

Don García.

Que os vais, y rogad á Dios,
que enfiene vuestros descos;
y al Castañar no volvais
que de vuestros desaciertos
no puedo tomar venganza,
sino remitirla al cielo.

Don Mendo.

Yo lo pagaré, García.

Don García.

No quiero favores vuestros. (1)

Don Mendo.
No sepa el conde de Orgaz
esta accion.

Don Garcia.
Yo os lo prometo.

Don Mendo.
Quedad con Dios.

Don Garcia.
El os guarde:
y á mi de vuestros intentos,
y á Blanca.

Don Mendo.
Vuestra muger.

Don Garcia.
No, señor, no habéis en eso,
que vuestra será la culpa:
yo sé la muger que tengo.

Don Mendo.
¡Ay Blanca! sin vida estoy: *ap.*
¡Que dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
tú adorandote me has muerto.

Don Garcia.
¿A donde vais?

Don Mendo.
A la puerta.

Don Garcia.
¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aquí habéis de salir.

Don Mendo.
¿Conoceisme?

Don Garcia.
Yo os prometo,
que á no conocer quien sois,
que bajáredes mas presto:

mas tomad este arcabuz
 ahora ; porque os advierto ,
 que hay en el monte ladrones ,
 y que podrán ofenderos ,
 si como yo , no os conocen :
 bajad aprisa ; no quiero ,
 que sepa Blanca este caso.

Don Mendo.

Razon es obedeceros.

Don Garcia.

Aprisa , aprisa , señor ,
 remitid los cumplimientos ;
 y mirad que al descender
 no caigas , porque no quiero ,
 que tropeceis en mi casa ,
 porque de ella os vais mas presto.

Don Mendo.

¡ Muerto voy !

ESCENA XVIII.

Don Garcia.

Bajad seguro ,
 pues que yo la escala os tengo .
 ¡ Cansada estabas , fortuna ,
 de estarte fija un momento !
 ¡ Qué vuelta diste tan fiera
 en aqueste mar ! ¡ Qué presto
 que se han trocado los aires !
 ¡ En qué dia tan sereno ,
 contra mi seguridad
 fulmina rayos el cielo !
 Ciertas mis desdichas son ,
 pues no dudo lo que veo ,
 que á Blanca mi esposa busca .

el Rey Alfonso encubierta.
 ¡ Que desdichado que soy,
 pues altamente naciendo
 en Castilla conde, fui
 de aquestos montes plebeyo
 labrador, y desde hoy
 á estado mas vil desciendo !
 ¡ Asi paga el Rey Alfonso
 los servicios que le he hecho !
 Mas desdicha será mía,
 no culpa suya, callemos ;
 y, afligido corazon,
 prevengamos el remedio,
 que para animosas almas
 son las penas y los riesgos.
 Mudemos tierra con Blanca,
 sagrado sea otro reino
 de mi inocencia, y mi honor ;
 pero dirán que es de miedo ;
 pues no he de decir la causa
 y que me faltó el esfuerzo
 para ir contra Algecira,
 es verdad : mejor acuerdo
 es decir al Rey quien soy ;
 mas no, García, no es bueno,
 que te quitará la vida,
 porque no estorve su intento ;
 pero si Blanca es la causa,
 y resistirle no puedo
 ¡ Qué he de hacer en este caso ?
 que las pasiones de un Rey
 no se sujetan al freno
 ni á la razon : muera Blanca, (1)

(1) *Saca el puñal.*

y deshonor, y elijamos,
 corazon, del mal lo menos:
 á muerte te ha condenado
 mi honor, cuando no mis celos,
 porque á costa de tu vida
 de una infamia me preserve.
 Perdóname, Blanca mia,
 que aunque de culpa te absuelvo,
 solo por raton de estado
 á la muerte te condeno:
 ¿mas es bien, que conventencias
 de estado en un caballero
 contra una inocente vida
 puedan mas, que no el derecho?
 Sí; cuando la providencia,
 y cuando el discurso atento,
 miran el daño futuro
 por los presentes sucesos.
 ¿Mas yo he de ser, Blanca mia,
 tan bárbaro y tan severo,
 que he de sacar los claveles
 con aquete de tu pecho
 de jazmines? No es posible,
 Blanca hermosa, no lo creo,
 ni podrá romper mi mano
 de mis ojos el espejo.
 Mas de su beldad ahora,
 que me va el honor me acuerdo:
 muera Blanca, y muera yo:
 valor, corazon, y entremos
 en una á quitar dos vidas,
 en uno á pasar dos pechos,
 en una á sacar dos almas,
 en uno á cortar dos cuellos,
 sino me falta el valor,

sino desmaya el aliento,
y si no al alzar los brazos,
entre la voz, y el silencio,
la sangre falta á las venas,
y el corte le falta al hierro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SELVA.

El Conde, de camino.

Conde.

Trae los caballos de la rienda, Tello,
que á pie quiero gozar del día bello,
pues tomé de este monte
el día posesion de este horizonte.
¡Qué campo deleitoso!
tú que le vives morirás dichoso,
pues en él, don García,
doctrina das á la filosofía,
y la muger mas cuerda,
Blanca en virtud, en apellido Cerda;
pero sino me miente
la vista, sale apresuradamente,
con señas celestiales,
de entre aquellos jarales,
una muger desnuda;
bella será, si es infeliz, sin duda.

ESCENA II.

*El Conde y doña Blanca, con parte de sus vestidos
en el brazo.*

Doña Blanca.

¡Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,

entre aquesta espesura?
 Llorad, ojos, llorad mi desventura;
 y en tanto que me visto,
 decid, pues no resisto,
 lenguas del corazon sin alegria;
 ¡ay dulces prendas, cuando Dios queria!

Conde.

Aunque mal determino,
 parece que se viste, y imagino
 que está turbada, y sola;
 de la sangre española
 digna empresa es aquesta.

Doña Blanca.

Un hombre para mí la planta apresta.

Conde.

Parece hermosa dama.

Doña Blanca.

Quiero esconderme entre la verde rama.

Conde.

Muger, escucha, tente,
 ¡sales, como Diana, de la fuente
 para matar severa
 de amor al cazador, como á la fiera?

Doña Blanca.

¡Mas ay suerte dichosa!
 este es el Conde.

Conde.

Hija, Blanca hermosa,
 ¡dónde vas de esta suerte?

Doña Blanca.

Huyendo de mi esposo, y de mi muerte.
 Yá las dulces canciones,
 que en tanto que dormia, en mis balcones
 alternaban las aves,
 no son; ¡ó Conde! epitalamios graves;

serán ¡ó dueño mío!
 de pájaro funesto agüero impio,
 que él día entero, y que las noches todas,
 cante mi muerte, por cantar mis bodas.
 Trocóse mi ventura;
 oye la causa, y presto te asegura,
 y vé á mi casa, adonde
 muerto hallarás mi esposo, muerto, Conde.
 Aquesta noche, cuando
 le aguardaba mi amor en lecho blando
 último del deseo,
 término santo, y templo de Himeneo,
 cuando yo le invocaba,
 y la familia recogida estaba,
 entrar le ví severo
 blandiendo contra mí su blanco acero;
 dejé entonces la cama,
 como quien sale de improvisa llama,
 y mis vestidos busco,
 y al ponerme me ofusco —
 esta cota brillante;
 mira qué suerte peto de diamante:
 vístome el faldellín, y apenas puedo
 hallar las cintas, ni salir del ruedo;
 pero sin compostura
 le aplico á mi cintura,
 y mientras le acomodo,
 lugar me dió la suspensión á todo.
 La causa le pregunto;
 mas él casi difunto,
 á cuanto vió, y á cuanto le decia,
 con un suspiro ardiente respondia,
 lanzando de su pecho, y de sus ojos
 piedades confundidas con enojos,
 tan juntos que dudaba,

si eran iras, ó amor lo que miraba;
 pues de mí retirado,
 le ví volver mas tierno, mas airado;
 diciéndome entre fiero, y entre amante:
 tú Blanca, has de morir, y yo al instante.
 Mas el brazo levanta,
 y abortando su voz en su garganta,
 cuando mi fin recelo,
 caer le ví en el suelo,
 cual suele el risco cano
 del aire á impulso descender al llano,
 y yerto en él, y mudo,
 de aquel monte membrudo,
 suceder en sus labios; y en sus ojos
 pálidas flores á clavelés rojos,
 y con mi boca, y mi turbada mano
 busco el calor entre su yelo; en vano;
 y estuve de esta suerte
 neutral un rato entre la vida, y muerte;
 hasta que ya latiendo,
 oí mi corazón estar diciendo:
 vete Blanca infelice;
 que no son siempre iguales
 los bienes, y los males,
 y no hay accion alguna
 mas vil, que sujetarse á la fortuna.
 Yo le obedezco, y dejo
 mi aposento, y mi esposo, y de él me alejo,
 y en mis brazos, sin brios
 mal acomodó los vestidos míos:
 por donde voy no veia,
 cada paso tina,
 y era, Conde forzoso,
 por volver á mirar mi amado esposo.

pues los hados fatales
 me dieron el remedio entre los males;
 pues mi fortuna quiso
 hallase en tí favor, amparo, aviso,
 pues que miran mis ojos
 no salteadores de quien ser despojos,
 pues eres, Conde ilustre,
 gloria de Illan, y de Toledo lustre,
 pues que plugo á mi suerte
 la vida hallase quien tocó la muerte.

Conde

Digno es el caso de prudencia mucha;
 este es mi parecer: ha Tello, escucha.

ESCENA III.

Dichos y Tello.

Conde.

Ya sabes, Blanca, cómo siempre es justo
 acudas á mi gusto;
 así, sin replicarme,
 con Tello al punto, sin escusas darme,
 en aqueste caballo, que lealmente
 á mi persona sirve juntamente,
 caminad á Toledo:
 esto conviene Blanca, esto hacer puedo;
 y tú á Palacio llega,
 á la Reyna la entrega,
 que yo voy á tu casa,
 que por llegar el corazón se abrasa,
 y he de estar de tu parte
 para servirte, Blanca, y ampararte.

Tello.

Vamos, señora mía,

Doña Blanca.

Mas quisiera , señor ver á García.

Conde.

Que aquesto importa advierte.

Doña Blanca.

Principio es de acertar obedecerte.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE DON GARCÍA.

Don Garcia con un puñal desnudo en la mano.

Don Garcia.

¿ Donde , voy , ciego homicida ?

¿ Donde me llevas , honor ,

sin el alma de mi amor ,

sin el cuerpo de mi vida ?

A Dios , mitad dividida

del alma , sol que eclipsó

una sombra ; pero no ,

que muerta la esposa mia ,

no tuviera luz el día ,

ni tuviera vida yo.

¿ Blanca muerta ! No lo creo ,

el cielo vida la dé ,

aunque esposo la quité ,

lo que amante la deseo :

quiero verla ; pero veo

solo el retrete , y abierta

de mi aposento la puerta ,

limpio en mi mano el puñal ,

y en fin yo vivo , señal

de que mi esposa no es muerta.

¿ Blanca con vida , (ay de mi)

cuando yo sin honra estoy !

Como ciego amante soy ;
 esposo cobarde fui.
 Al Rey en mi casa vi ,
 buscando mi prenda hermosa ,
 y aunque noble , fue forzosa
 obligacion de la ley ;
 ser piadoso con el Rey ,
 y tirano con mi esposa.
 ¿ Cuantas veces fue el tirano
 acero la ejecución ?
 ¿ y cuantas el corazon
 dispensó el golpe á la mano ?
 Si es muerta , morir es llano ;
 si vive , muerto he de ser.
 Blanca , Blanca , ¿ qué he de hacer ?
 ¿ mas qué me puedes decir ,
 pues solo para morir
 me has dejado en qué escoger ?

ESCENA V.

Don Garcia y el Conde.

Conde.

Dígame Vueseñoría ,
 ¿ contra qué morisco alfange
 sacó el puñal esta noche ,
 que está en su mano cobarde ?
 ¿ Contra una flaca muger ,
 por presumir ignorante ,
 que es villana ? Bien se acuerda ,
 cuando propuso casarse ,
 que le dije era su igual ,
 y mentí ; porque un infante
 de los Cerdas fue su abuelo ,
 si conde su noble padre.

¿Y con una labradora
se afrentára, como sabe
que el Rey ha venido á ver
y por mi voto le hace
capitán de aquesta guerra,
y me envía de su parte
á que le lleve á Toledo?
¿Es bien que áquesto me pague
con su muerte, siendo Blanca
luz de mis ojos brillante?
Pues vive Dios, que le haré
de costar al loco, al fácil,
cuanta sangre hay en sus venas
una gota de su sangre.

Don Garcia.

¿Decidme, Blanca, quién

Conde.

Su muger, y áquesto baste.

Don Garcia.

Reportaos: ¿quién os ha dicho
que quise matarla?

Conde.

Un An
que hallé desnudo en el mo
Blanca, que entre sus jare
perlas daba á los arroyos,
tristes suspiros al aire.

Don Garcia.

¿Dónde está Blanca?

Conde.

A palac
esfera de su real sangre,
la envié con un criado.

Don Garcia.

Matádme, señor, matádme

; Blanca en palacio , y yo viyo !
 Agravios , honor , pesares ,
 ¿ como si sois tantos juntos ,
 no me acaban tantos males ?
 ¿ Mi esposa en palacio , conde ?
 ¿ Y el Rey , que los cielos guarden ,
 me envia contra Algecira
 por capitan de sus haces ,
 siendo en su opinion villano ?
 quiera Dios , que en otra parte
 no desdore con afrentas
 estas honras que me hace.
 Yo me holgára , á Dios pluguiera ,
 que esa muger que criasteis
 en Órgáz para mi muerte ,
 no fuera de estirpes reales ,
 sino villana , y no hermosa :
 y á Dios pluguiera , que antes
 que mi pecho enterneciera ,
 aqueste puñal infame
 su corazon con mi riesgo
 le dividiera en dos partes ;
 que yo os escusára , Conde ,
 el vengarla , y el matarme ,
 muriéndome yo primero .
 ¿ Qué muerte tan agradable
 hubiera sido , y no agora
 oir , para atormentarme ,
 que está sin defensa , adonde
 todo el poder la combate !
 Haced cuenta , que mi esposa
 es una bizarra nave ,
 que por robarla , la busca
 el pirata de los mares ,
 y en los enemigos puertos

se entró, cuando vigilante
 en los propios la buscaba,
 sin pertrechos que la guarden,
 sin piloto que la rija,
 y sin timon, y sin mástil.
 No es mncho que tema, Conde,
 que se sujete la nave,
 por fuerza, ó por voluntad,
 al capitan que la bate.
 No quise por ser humilde
 darla muerte, ni fue en valde;
 creed, que aunque no lo digo,
 fue causa mas importante.
 No puedo decir por qué:
 mas advertid, que mas sabe,
 que el entendido en la agena,
 en su casa el ignorante.

Conde.

¿Sabe quién soy?

Don Garcia.

Sois Toledo,
 y sois Illan por linage.

Conde.

¿Débeme respeto?

Don Garcia.

Si;
 que os he tenido por padre.

Conde.

¿Soy su amigo?

Don Garcia.

Claro está.

Conde.

¿Qué me debe?

Don Garcia.

Cosas grandes.

Conde.

¿Sabe mi verdad?

Don Garcia.

Es mucha.

Conde.

¿Y mi valor?

Don Garcia.

Es notable.

Conde.

¿Sabe que presido á un reyno?

Don Garcia.

Con aprobacion bastante.

Conde.

Pues confiese lo que siente,

y puede de mí fiarse

el valor de un caballero

tan afligido y tan grave:

dígame, Vueseñoría,

hijo, amigo, como padre,

como amigo, sus enojos,

cuénteme todos sus males,

refiérame sus desdichas:

¿teme que Blanca le agravie?

que es, aunque noble, muger.

Don Garcia.

Vive Dios, Conde, que os mate,

si pensais que el sol, ni el oro

en sus últimos quilates,

para exagerar su honor,

es comparacion bastante.

Conde.

Aunque habla como debe

mi duda no satisface

por su dolor regulada:

solos estamos, acabe;

por la cruz de aquesta espada
 he de acudille, amparalle,
 si fuera Blanca mi hija,
 que en materia semejante,
 por su honra depondré
 el amor, y las piedades.
 ¿Dígame si tiene celos?

Don Garcia.

No tengo celos de nadie.

Conde.

¿Pues qué tiene?

Don Garcia.

Tanto mal,
 que no podeis remedialle.

Conde.

¿Pues que hemos de hacer los dos
 en tan apretado lance?

Don Garcia.

¿No manda el Rey que á Toledo
 me lleveis, Conde? llevadme:
 mas decid, ¿sabe quien soy
 su Magestad?

Conde.

No lo sabe.

Don Garcia.

Pues vamos, Conde, á Toledo.

Conde.

Vamos, García.

Don Garcia.

Id delante.

Conde.

Tu honor y vida amenáza, *ap.*
 Blanca, silencio tan grande;
 que es peligroso accidente
 mal que á los labios no sale.

Don García.

¿No estás en palacio, Blanca?

¿No te fuiste, y me dejaste?

pues venganza será ahora
la que fue prevención antes.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

La Reyna y doña Blanca.

Reyna.

A vuestro amparo me obligo,
y creedme que me pesa
de vuestros males, Condesa.

Doña Blanca.

¿Condesa? No habla conmigo.
Mire Vuestra Magestad,
que de quien soy no se acuerda.

Reyna.

Doña Blanca de la Cerda,
prima, mis brazos tomad.

Doña Blanca.

Aunque escuchándola estoy,
y sé no puede mentir,
vuelvo, señora, á decir,
que una labradora soy,
tan humilde, que en la villa
de Orgaz pobre me crié
sin padre.

Reyna.

Y padre, que fue
propuesto Rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
sois hija, vuestro marido

es, Blanca, tan bien nacido
como vos, y pues sois cuerda,
y en palacio habeis de estar,
en tanto que vuelve el Conde,
no digais quien sois, y adonde
ha de ser, voy á ordenar.

ESCENA VII.

Doña Blanca y luego don Mendo.

Doña Blanca.

¿Habrá alguna, cielo injusto,
á quien dé el hado cruel
los males tan de tropel,
y los bienes tan sin gusto
como á mi? ¿Ni podrá estar
viva con mal tan esento?
¿Qué no dá vida un contento
y dá la muerte un pesar!
¿Ay esposo, que de enojos
me debes! mas pesar tanto,
¿como lo dicen sin llanto
el corazon y los ojos? (1)

Don Mendo.

Labradora, que al abril
florido en la gala imita,
de los bellos ojos quita
ese nublado sutil,
sino es, que con perlas mil
bordas, llorando, la Holanda:
¿quien, eres? la Reina manda
que te guarde, y ya te espero.

(1) *Pone un lienzo en los ojos y sale don Mendo.*

Doña Blanca,
Vamos, señor caballero,
el que trae la roja vanda.

Don Mendo.
Bella labradora mía,
¿conócesme acaso?

Doña Blanca.
Si;

pero tal estoy que á mi
apenas me conocía.

Don Mendo.
Desde que te vi aquel día,
cruel para mí, señora,
el corazón que te adora
ponerse á tus pies procura.

Doña Blanca.
Solo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora.

Don Mendo.
Anoche en tu casa entré,
con alas de amor, por verte;
mudaste mi feliz suerte,
mas no se mudó mi fe;
tu esposo en ella encontré,
qué cortés me resistió.

Doña Blanca;
¿Cómo? ¿Qué dices?

Don Mendo.
Que no,
Blanca, la ventura halla
amante, que vá á buscalla,
sino acaso como yo.

Doña Blanca.
Ahora sé, caballero,
que vuestros locos antojos

son causa de mis enojos,
que sufrir y callar quiera.

ESCENA VIII.

Dichos y don García.

Don García.

Al conde de Orgaz espero :
¡mas qué miro !

Don Mendo.

Tu dolor
satisfaré con amor.

Doña Blanca.

Antes quitareis primero
la autoridad á un lucero ,
que no la luz á mi honor.

Don García.

¡Ha valerosa muger !
¡O tirana magestad !

Don Mendo.

Ten Blanca menos crueldad.

Doña Blanca.

Tengo esposo.

Don Mendo.

Y yo poder ;
y mejores han de ser
mis brazos, que honra te dan ,
que no sus brazos.

Doña Blanca.

Si harán ;
porque bien , ó mal nacido ,
el mas indigno marido
escede al mejor galan.

Don García.

¿Mas como puede sufrir

un caballero esta ofensa?
Que no le conozco piensa
el Rey: saldréle á impedir.

Don Mendo.

¿Como te has de resistir?

Doña Blanca.

Con firme valor.

Don Mendo.

¿Quién dió
tanta dureza?

Doña Blanca.

Quien dió
fama á Roma en las edades.

Don Mendo.

¡O que villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?

Don Garcia.

Yo;

que esto solo se permite
á mi estado, y desconsuelo,
que contra rayos del cielo
ningun humano compite;
y sé, que aunque solicite
el remedio que procuro,
ni puedo, ni me aseguro:
que aquí, contra mi rigor,
ha puesto un muro el amor,
y aquí el respeto otro muro.

Doña Blanca.

¡Esposo mio, Garcia!

Don Mendo.

Disimular es cordura. *ap.*

Don Garcia.

¡O malograda hermosura!
¡O poderosa porfia!

Doña Blanca.

Grande fue la dicha mia.

Don Garcia.

Mi desdicha fue mayor.

Doña Blanca.

Albricias pido á mi amor,

Don Garcia.

Venganza pido á los cielos ;

pues en mis penas , y zelos

no halla remedio el honor :

mas este remedio tiene.

Vamos , Blanca , al Castañar.

Don Menda.

En mi poder ha de estar

mientras otra cosa ordene ;

que me han dicho que conviene

á la quietud de los dos

el guardarla.

Don Garcia.

Guárdeos Dios ,

por la merced que me haceis :

mas no es justo vos guardéis

lo que he de guardar de vos ;

que no es razon natural ,

ni se ha visto , ni se ha usado ,

que guarde el lobo al ganado ,

ni guarde el oso el panal.

Antes , señor , por mi mal ,

será , si á Blanca no os quito ,

siendo por vuestro apetito ,

oso ciego , voraz lobo ,

ó convidar con el robo ,

ó rogar con el delito.

Doña Blanca.

Dadme licencia , señor.

Don Mendo.

Estás, Blanca; por mi cuenta;
y no has de irte.

Don Garcia.

Esta afrenta
no os la merece mi amor.

Don Mendo.

Esto ha de ser.

Don Garcia.

Es rigor,
que de injusticia procede.

Don Mendo.

Para que en palacio quede *ap.*
á la Reyna he de acudir.
De aquí no habeis de salir;
ved que lo manda quien puede.

ESCENA IX.

Dichos menos don Mendo.

Don Garcia.

Dénme los cielos paciencia,
pues ya me falta el valor;
porque acudiendo á mi honor,
me resisto á la obediencia.
¿Quién vió tan dura inclemencia?
Volved á ser homicida;
mas del cuerpo dividida
el alma, siempre inmortales
serán mis penas; que hay males,
que no acaban con la vida.

Doña Blanca.

Garcia, guárdete el cielo,
Fenix vive eternamente,
y muera yo, que inocente

doy la causa á tu desvelo ,
que llevaré por consuelo ,
pues de tu gusto procede ,
mi muerte: tú vive, y quede
viva en tu pecho al partirme.

Don García.

¿Qué en efecto no he de irme ?
No, que lo manda quien puede.

Doña Blanca.

Vuelve, si tu enojo es ,
porque rompiendo tus lazos ,
la vida no dí á tus brazos :
yá te la ofrezco á tus pies ;
yá sé quien eres , y pues
tu honra está asegurada
con mi muerte ; en tu alentada
mano blasoné tu acero ,
que aseguró á un caballero ,
y mató á una desdichada.
Que quiero que me des muerte ,
como lo ruego á tu mano ;
que si te temí tirano ,
yá te solicito fuerte.
Añoche temí perderte ,
y agora llegó á sentir
tu pena. No has de vivir
sin honor ; y pues yo muero
porque vivas , solo quiero
que me agradezcas morir.

Don García.

Bien sé , que inocente estás ,
y en vano mi honor previenes ,
sin la culpa , que no tienes ,
la disculpa , que me dás :
tu muerte sentiré mas ,

yo sin honra , y tú sin culpa ;
 que mueras el amor culpa ,
 que vivas siente el honor ,
 y en vano me culpa amor ,
 cuando el honor me disculpa.

Aquí admiro la razon ,
 temo allí la Magestad ,
 matarte será crueldad ,
 vengarme será traicion ;
 que tales mis males son ,
 y mis desdichas son tales ,
 que unas á otras iguales ,
 de tal suerte se suceden ,
 que solo impedir se pueden
 las desdichas con los males.
 Y sin que me falte alguno ,
 los hallo por varios modos
 con el sentimiento á todos ,
 con el remedio á ninguno :
 en lance tan importuno
 consejo te he de pedir ,
 Blanca : mas si has de morir ,
 ¿ qué remedio me has de dar ,
 si lo que he de remediar ,
 es lo que llego á sentir ?

Doña Blanca.

Si he de morir , mi García ,
 no me trates de esa suerte ;
 que la dilatada muerte
 especie es de tiranía.

Don Garcia.

¡ Ay , querida esposa mia ,
 qué dos contrarios estremos !

Doña Blanca.

Vamos , esposo.

Don Garcia.

Esperemos
á quien nos pudo mandar
no volver al Castañar :
aparta , y disimulemos.

ESCENA X.

*El Rey , la Reyna , el Conde , don Mendo , y los que
pidieren.*

Rey.

¿ Blanca en palacio , y Garcia ?
Tan contento de ello estoy ,
que estimaré tengan hoy
de vuestra mano , y la mia
lo que merecen.

Don Mendo.

No es bueno ,
quien por respetos , señor ,
no satisface su honor ,
para encargarle el ageno :
créame , pues se confía
de mí , vuestra Magestad.

Rey.

Esta es poca voluntad : *ap.*
mas allí Blanca , y Garcia
están. Llegad , porque quiero
mi amor conozcais los dos.

Don Garcia.

Caballero , guárdeos Dios ;
dejadnos besar primero
de su Magestad los pies.

Don Mendo.

Aquel es el Rey , Garcia.

Don García.

Honra desdichada mía, *ap.*
 ¿qué engaño es este que véa?
 A los dos, su Magestad,
 nos dad la mano, señor;
 pues merece este favor,
 que bien podeis....

Rey.

Apartad;
 quitad la mano; el color
 habeis del rostro perdido.

Don García.

No le trae el bien nacido *ap.*
 cuando ha perdido el honor.
 Escuchad aquí un secreto:
 sois sol, y como me postro
 á vuestros rayos, mi rostro
 descubrió claro el efecto.

Rey.

¿Estais agraviado?

Don García.

Y sé
 mi ofensor, porque me asombre.

Rey.

¿Quién es?

Don García.

Ignoro su nombre.

Rey.

Señaládmele.

Don García.

Si haré.

Aquí fuera hablaros quiero
 para un negocio importante,
 que el Rey no ha de estar delante.

Don Mendo.

En la antecámara espero.

ESCENA XI.

Dichos menos don Mendo, y después don Garcia.

Don Garcia.

Valor, corazon, valor.

Rey.

¿A dónde, Garcia, vais?

Don Garcia.

A cumplir lo que mandais.

¡Pues no sois vos mi ofensor!

Rey.

Triste de mí, agravio estoy.

Ver á quien señala quier.

Don Garcia. Dentro.

Este es honor de caballero.

Rey.

Ten villano.

Don Mendo. Dentro.

Muerto soy.

Rey.

ESCENA XII.

Dichos y don Garcia, que vuelve embainando el puñal ensangrentado.

Don Garcia.

No soy quien piensas, Alfonso;

no soy villano, ni injurio.

sin razón la inhumanidad

de tus palacios angustos.

Debajo de aqueste traje

generosa sangre encubro,

que no sé mas de los montes,

que el desengaño, y el uso.
 Don Fernando el emplazado
 fue tu padre, que difunto,
 no menos que ardiente joven
 asombrado dejó el mundo;
 y á tí de un año, en sazón
 que campaba el moro adusto,
 y comenzaba á fundar
 en Asia su Imperio el Turco.
 Eran en Castilla entonces
 poderosos, como muchos,
 los Laras, y de los Cerdas
 cierto el derecho, entre algunos,
 á tu corona; si bien
 Rey te juraron los tuyos:
 lealtad, que en los castellanos
 solamente caber pudo.
 Murmuraban en la corte,
 que el Conde Garci Bermudo,
 que de la paz, y la guerra
 era señor absoluto,
 por tu poca edad, y hacer
 reparo á tantos tumultos,
 conspiraba á que eligiesen
 de tu sangre Rey adulto,
 y á don Sancho de la Cerda,
 quieren decir que propuso;
 si con mentira, ó verdad,
 ni defendiendo, ni arguyendo.
 Mas los del gobiernno, antes
 que fuese en el fin Danubio,
 el que era apenas arroyo,
 ó fuese rayo futuro
 lo que era apenas centella,
 la vara, tronco robusto,

preso restaron al Conde
en el Alcazar de Burgos.
Don Sancho, con una hija
de dos años, huyó oculto;
que no fió su inocencia
del juicio de tus tribunales.
Con la presteza quedó
desvanecido el oscuro
nublado, que á tu corona
amenazaba confuso.
Su esposa, que estaba cerca,
vino á la ciudad, y trujo
consigo un hijo, que entraba
en los términos de un lustro.
Pidió de noche á las guardas
licencia de verle, y pudo
alcanzarla, sino el llanto,
el poder de mil escudos.
No vengo, le dijo, esposo,
cuando te espera un verdugo,
á alligarte, sino á dar
á tus desdichas refugio,
y libertad; y sacó
unas limas de entre el rubio
cabello, con que limar
de sus pies los hierros duros;
y ya libre, le entregó
las riquezas, que redujo
su poder, y con su manto
de suerte al Conde compuso,
que, entre las guardas salió
desconocido, y seguro
con su hijo; y entre tanto
que fatigaban los brutos
andaluces, en su cama.

substituía otro bulto.
 Manifestóse el engaño
 otro día; y presa estuvo
 hasta que en hombres salió
 de la prisión al sepulcro:
 En los montes de Toledo
 pára el Conde, entre desnudos
 peñascos, y de una cueba
 vivia el centro profundo;
 hurtado á la diligencia
 de los que en distintos rumbos
 le buscaron; que trocados
 en abarcas los colurnos,
 la seda en pieles, un día,
 que se vió en el cristal puro
 de un arroyo; que de un risco
 era precipicio inundo,
 hombre mentido con pieles,
 la barba, y cabello infurto;
 y pendientes de los hombros,
 en dos aristas, diez juncos;
 viendo su retrato en él,
 sucedido de hombre en bruto;
 se buscaba en el cristal,
 y no hallaba su trasunto:
 de cuyas campañas, antes
 que á las flores los coluros
 del sol en el lienzo vario
 diesen el postrer dibujo,
 llevaba por alimento
 fruta tosca en ramo inculto;
 agua clara en fresca piel,
 dulce leche en vasos rudos:
 y á la escasa luz, que entraba
 por la boca de aquel mustio

bostezó , que dió la tierra
 despues del comun diluvio ,
 al hijo las buenas letras
 le enseñó , y era sin uso ,
 ojos despiertos sin luz ,
 y una fiera con estudio.
 Pasó joven de los libros
 al valor , y al colmilludo
 javalí opuesto , á su cueba
 volvía en humor purpúreo.
 Tenia el anciano padre
 el rostro lleno de sulcos ,
 cuando le llamó la muerte ,
 débil , pero no caduco ,
 y al joven le dijo : Orgáz
 yace cerca , importa mucho
 vayas , y digas al Conde ,
 que á aqueste alvergue nocturno
 con un religioso venga ;
 que un deudo , y amigo suyo
 le llama para morir.
 Habló al Conde , y él dispuso
 su viage , sin pedir
 cartas de creencia al Nuncio.
 Llegan á la cueba , y hallan
 débiles los flacos pulsos
 del Conde , que al huésped dijo ,
 viendo le observaba mudo :
 ves aquí , Conde de Orgaz ,
 un rayo disuelto en humo ,
 una estatua vuelta en polvos ,
 un abatido Nabuco :
 este es mi hijo , y entonces
 sobre mi cabeza puso
 su débil mano ; yo soy

el Conde Garci Barmudo ,
 en tí, y estas joyas, tenga
 contra los hados recurso
 este hijo, de quien padre
 piadoso, te sustituyo:
 y en brazos del religioso,
 pálido, y los ojos turbios;
 del cuerpo y alma, la muerte,
 desató el estrecho nudo.
 Llevámosle al Castañar
 de noche, porque sus lutos
 nos prestase, y de los cielos
 fuesen hachas los carbunclos,
 adonde con mis riquezas
 tierras compro, y casas fundo,
 y con Blanca me casé,
 como á amor y al Conde plugo.
 Vivía, sin envidiar
 entre el arado, y el yugo,
 las cortes, y de tus iras
 encubierto me aseguro;
 hasta que anoche en mi casa
 ví á aqueste huesped perjuro,
 que en Blanca, atrevidamente,
 los ojos lascivos puso.
 Y pensando que eras tú,
 por cierto engaño, que dudo,
 le respeté, corrigiendo
 con la lealtad lo iracundo.
 Hago alarde de mi sangre,
 venzo al temor con quien lucho,
 pí deme el honor venganza,
 el puñal luciente empuño,
 su corazón atravieso: ...
 Mírale muerto, que juzgo

me tuvieras por infame ,
 si á quien de este agravio acuso ,
 le señalára á tus ojos
 menos , señor , que difunto ;
 aunque sea hijo del sol ,
 aunque de tus grandes uno ,
 aunque el primero en tu gracia ,
 aunque en tu imperio el segundo ;
 qué esto soy , y este es mi agravio ,
 este el ofensor injusto ,
 este el brazo que le ha muerto ,
 este divida el verdugo.
 Pero en tanto que mi cuello
 esté en mis hombros robusto ,
 no he de permitir me agravie ,
 del Rey abajo , ninguno.

Reyna.

¿Qué decis ?

Rey.

Confuso estoy.

Doña Blanca.

¿Qué importa la vida pierda ?
 De don Sancho de la Cerda
 la hija infelice soy ;
 si mi esposo ha de morir ,
 mueran juntas dos mitades.

Rey.

¿Qué es esto , Conde ?

Conde.

Verdades ,

que es forzoso descubrir.

Reyna.

Obligada á su perdon
 estoy.

Rey.

Mis brazos tomad ;
los vuestros, Blanca , me dad ;
y de vos , Conde , la acción
presente he de confiar.

Don Garcia.

Pues toque el parche sonoro ,
que rayo soy contra el moro ,
que fulminó el Castañar.

Y verás en sus campañas
correr mares de carmin ,
dando con aquesto fin ,
y principio á mis hazañas.

García del Castañar

Sentíamos alguna repugnancia en poner esta comedia al frente de las de Rojas; porque su notorio mérito la ha hecho tan común que apenas hay en Madrid una casa regular en donde no se encuentre: pero como era imposible dejar de incluirla en nuestra Colección, hemos creído que no valia la pena de reservarla para otro cuaderno; y que seria mejor colocarla en el lugar que le corresponde.

García del Castañar es una de aquellas composiciones que los preceptistas se verían muy embarazados para definir, gracias á la cabilosidad y exuberancia de sus reglas. Por la naturaleza del argumento, es una verdadera tragedia, si se puede dar este título á una fábula cuyo desenlace es feliz. Sino, será difícil clasificarla y hallar nombre que le cuadre. Comedia no es; porque no ridiculiza los vicios. Tragedia urbana, menos; porque los personajes que en ella resaltan son de alto coturno. Drama, tampoco; porque no excita el sueño. Melodrama de grande espectáculo, mucho menos; porque no asusta á los niños. Será, pues, forzoso llamarla obra divina, como dijo un ingles del Paraíso perdido de Milton, á quien los críticos negaban el título de Poema Epico.

Para acabar de confundir á estos últimos, García del Castañar encierra situaciones, caracteres y pinturas humildes. El supuesto villano se deleita describiendo la caza. Blanca, pintando la provisión de su despesa. Luego posa la velada proponiendo enigmas; y los criados divierten con sus sencilleces. Por fin el espectador se ve transportado á Toledo, á la aldea de García, á los bosques, y otra vez á las mismas partes; y en esto se emplean dos dias, que no es

tan agradable; sus formas aparecerían menos sencillas y agrestes; hablarían de otro modo al corazón, y es imposible que le interesaran tanto. Cada uno tiene su opinión. Nosotros vemos con gusto al Rey en su palacio, leyendo el donativo del reino, y sabiendo por la primera vez que existe García. Nos interesa el altercado de éste con don Mendo, que empieza por espantarle la caza y marcha luego á quitarle el honor; García, sin embargo, le enseña el camino, y abandona felizmente su pasatempo; disgustado por semejante azar. No nos contenta menos ver á Blanca entre sus criados aguardando á su esposo, y engañando con inocentes juegos las tristes horas de la ausencia; pero sobre todo queremos ver la pérdida en lo mas agrio de las montañas, huyendo del puñal de su esposo, sola y medio desnuda en la lóbrega noche, y dejando sus largos cabellos prendidos en las ramas de los árboles. La infeliz balla por fin socorro; pero no bien le halla, cuando ya no siente su infortunio, y nada le importa sino que vuelen á socorrer á García. Una escena de este genero hay en el Rey Lear, de Shakespear, y aunque no en el interes, escede á la de Rojas en el colorido.

García del Castañar será una de las piezas favoritas de Maquez. Sus tradiciones se conservan en el teatro. Si Rojas se la hubiera visto representar, hubiea estimado en mucho mas su obra. Derrememos algunas flores sobre la tierra que los cubre. Entrambos están ya reunidos en el seno de la inmortalidad.

mento y la materia de que puede disponer.

Volvirudo á la comedia de Rojas, ciertamente no era fácil concebir un cuadro mas á propósito para conmover el corazón y dejar en él una impresión satisfactoria. El heredero de un nombre ilustre halla en la felicidad doméstica la indemnizacion de todo lo que ha perdido en esplendor y poder; y su misma oscuridad le preserva de las vicisitudes de la fortuna. En esta situacion tan próspera, el deseo de ser útil á su Rey, le atrae un cúmulo de males, que no hay necesidad de repetir, y le coloca por último en una elevacion que nos ha hecho sentir que mereco. ¿Quién no le admira en verdad cuando hace bajar á don Mendo por el balcón? ¿Quién no le disculpa cuando quiere matar á su Blanca? ¿Quién no se pondría á su lado para defenderle cuando hiere á su enemigo, y pronuncia aquella fiera y sublime relacion en que hasta el mismo asonante es inspirado por el génio? Pero sobre todo, ¿á quién no se le herizan los cabellos, y baña un sudor frio desde la cabeza á los pies, estando al decirle don Mendo que no es el Rey, y le oye exclamar

¡Honra desdichada mía!
 ¿qué engañores este que ves!

Los demás caracteres son igualmente acabados, y los versos y el estilo dignos en lo esencial de la obra.

No seria difícil hacer de García del Castañar una tragedia arreglada. La armazon se presta á ello, y las principales bellezas se conservarían sin alteracion, pero seria preciso renunciar á una multitud de pormenores, que dan á la fábula un carácter de verdad admirable; otros tendrían que pasar en relacion, y no producirían por consiguiente la mitad del efecto que producen. Toda la obra perdería el color de antigüedad que la hace

PÉRSONAS.

Don Juan de Alvarado.

Sancho , su criado.

Don Lope de Rojas.

Bernardo , criado suyo.

Doña Ines de Rojas.

Don Fernando , su padre.

Beatriz , su criada.

Doña Ana de Alvarado.

Acompañamiento.

La escena es en Madrid.

DONDE HAY AGRAVIOS
NO HAY CELOS,
Y AMORCRIADO.

PERSONAS.

Don Juan de Alvarado.

Sancho, su criado.

Don Lope de Rojas.

Bernardo, criado suyo.

Doña Ines de Rojas.

Don Fernando, su padre.

Beatriz, su criada.

Doña Ana de Alvarado.

Acompañamiento.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

EL TEATRO REPRESENTA LA CALLE DE ALCALÁ.

Sancho y don Juan de camino, con botas y espuelas.

Sancho.

O es que te has endemoniado,
ó es que lo que haces ignoras:
en la corte, y á estas horas,
¿qué buscas recién llegado?
¿Dónde tu discurso vá?
¿Qué es lo que intentas hacer?

Don Juan

Calla, necio; esta ha de ser
la gran calle de Alcalá;
que turbada mariposa,
busco mi llama, ó mi estrella.

Sancho.

¿Qué quieres hacer en ella?

Don Juan.

Aquí ha de vivir mi esposa.

Sancho.

El juicio hemos de perder,
si hay algo que perdamos.
¿No asamos y ya pringamos?
¿Al primer tapon muger?
Que estás cansado imagina;
mira que las doce han dado;
tan llanos han caminado.

mi morlon , y tu frontina.

Volvemos por Dios podremos
á dormir á la posada ,
que ya dejamos tomada.

Don Juan.

En tanto que no sabemos
cual de aquestas cosas es ,

(sea amor , ó sea desvelo)

adonde se oculta el cielo

de mi hermosa doña Inés ,

bien puedes tener por cierto ,

que no habrá descanso igual.

Sancho.

Acuérdate , hombre mortal ,

que hoy hemos pasado el Puerto ,

y por el bendito Dios ,

que te acuerdes de por sí ,

que hay desde Burgos aquí

muy largas cuarenta y dos ;

y no seas tan reacio ,

sobre novio , que me pesa ,

que tomes hoy tan de prisa ,

lo que ha de ser tan despacio .

Don Juan.

¡ Ay , Sancho , que su hermosura ,

aun pintada me ha abrasado !

Sancho.

Hombre que se ha enamorado

no mas que por la pintura ,

porque á castigar se empieza

su amorosa desvergüenza ,

ser sacado á la vergüenza

del desengaño merece.

Díme , señor , por tu vida ,

engáñete , ó no , el primor ,

¿ha de pintarte el pintor,
 si es tu muger presumida,
 si es necia, ó recatada?
 ¿Advertirte fiel,
 muy solícito el pincel,
 si es aucia, ó desaliñada?
 ¿Del pincel colegirás
 (por mas que avise elegante)
 si tiene dientes delante,
 si guarda corcoba atras?
 ¿Advertirte el retrato,
 con curiosa perfeccion,
 lo que hay en su inclinacion,
 lo que hallarás en su trato?
 Porque esto solo ha de ser,
 aunque mas quieras culpar,
 lo que se ha de examinar
 en una propia muger.
 ¿Pues si no has averiguado
 (de tus celos enemigo)
 nada de esto que te digo,
 de qué te has enamorado?

Don Juan.

Ya su belleza acredita
 lo que en ella puede haber.

Sancho.

Oyes, la propia muger,
 no ha de ser mas que bonita;
 y que ha de tener, sabrás,
 semblante modesto y casto,
 y hermosura para el gasto
 de su marido no más.

Don Juan.

Amigo Sancho; no sé,
 dejando lo discurrido,

*

cómo le habré parecido
en el retrato que envié,
porque de mi original,
no ví mas cierto traslado.

Sancho.

Yo sí señor.

Don Juan.

¿Qué has pensado?

Sancho.

Que le has parecido mal.

Don Juan.

¿Pues no me dirás por qué?

¿La copia, di, no es igual

con mi propio original?

¿Pues di, por qué?

Sancho.

Yo lo sé.

Don Juan.

Acaba ya, mentecato;

dime la causa en rigor.

Sancho.

¿Quereíslo saber mejor?

Don Juan.

Si.

Sancho.

No está acá tu retrato.

Don Juan.

De tu necesidad me rio;

¿mi retrato no te di?

¿Y no hiciste el pliego?

Sancho.

Sí.

Don Juan.

¿Pues cuál enviaste?

Sancho?

El mio.

Don Juan.

Vive Dios, borracho, loco,
qué á ser lo que dices nierto,
pienso que te hubiera muerto.

Sancho.

Señor, vete poco á poco.

Don Juan.

¿Dime, cómo ha sido?

Sancho.

Espera,
y yo te lo contaré.

Don Juan.

¿Acaba, di cómo fue?

Sancho.

Fue, señor, de esta manera.
Ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme,)
que en Flandes dió en retratarme
por fuerza cierto pintor;
pues por extraña y agena
pintó mi cara endiablada,
que es mejor para pintada
la mala, que no la buena.
Y después de aquesta bazaña,
que España observa triunfante,
que nos dió el señor infante
dos licencias para España.

Don Juan.

En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apenas conocimos
los mismos que antes tratamos.

Sancho.
No señor, en el correo.

Don Juan.
¿Qué dirá, mi Inés, rapaca
con tu cara?

Sancho.
No te asombres;
dirá que todos los hombres
no han de tener buena cara.

Don Juan.
¿Y qué dirá de tu talla,
y de tu presencia, di?

Sancho.
¿Si Dios me la ha dado así,
tengo de echarle en la calle?

Don Juan.
¿Pero qué importa el engaño,
ni qué puede haber que importe,
si habiendo entrado en la corte
está cerca el desengaño?

Sancho.
Ea, pues, señor, acaba
de cumplir con tu pension.

Don Juan.
Estas presumo que son
las Monjas de Calatrava,
y no sé como sabremos
cuál de aquestas casas es
la casa de doña Inés.

Sancho.
Por su padre preguntemos;
tu prudencia comedida,
así lo intento saber,
que no es segura muger,
la muger que es conocida el Y;

y es fuerza que te lo diga,
 pues ahora al retrato llevo:
 ya sabes, si te acordaste,
 que la noche que te enviaste
 me hiciste cerrar el pliego,
 y fue porque....

Don Juan.

Sancho, acaba;
 que todo es verdad te digo,
 porque me llamó un amigo
 al tiempo que te cerraba.

Sancho.

Pues díome gana, señor,
 de mirar en este rato
 tu retrato y mi retrato,
 por ver cual era mejor,
 y viendo en los dos pinceles
 la propiedad, y el primor,
 a entrambos con mucho amor
 los envolví en dos papeles;
 pues envueltos....

Don Juan.

Dijo.

Sancho.

Espera;

los tro
 que el
 y el te

Yo te

¿Pues

Don Juan.

¿Y lo echaste en la cofaleta?

Don Juan.

Ea, preguntalo, acaba.

Bernardo.

Aquí he de esperar.

Sancho.

Hidalgo,

¿dónde posa un caballero,
que se llama don Fernando
de Rojas? Si es vuestro
curial en aqueste barrio.

Bernardo.

Vive en esta propia casa.

Sancho.

¿Dígame usted, en qué cuarto?

Bernardo.

En toda la casa vive.

Sancho.

Guárdele el cielo mil años,
cuatro, ó cinco mas, ó menos.
Señor, ya hemos encontrado
tu muger, mas siendo propia,
fuera no hallarla milagro.

Don Juan.

Ya la escuché.

Bernardo.

Vive Dios, op.

que pienso que lo he errado
en haber dicho la casa,
que estando dentro mi amo,
para esperar, y salir,
no ha de ser poco embarazo.

Sancho.

Ea, manos á la boda.

Don Juan.

¿Ea, no llamas?

Sancho.

Ya Hamo.

Bernardo.

Oye vuested, caballero.

Sancho.

¿Caballero? Mas abajo
tengo mi alcuña; ¿que quiere?

Bernardo.

Que hay enfermos en el barrio,
y es tarde, y mañana hay dia.

Sancho.

Los dos que vé se han criado
en la Noruega; y así
por la noche negociamos.

Bernardo.

¿Tanta prisa traen los dos?

Sancho.

Nunca traemos espacio.

Bernardo.

¿Diga por qué?

Sancho.

Porque quieren
muy apriesa los soldados.

Bernardo.

No lo entiendo.

Sancho.

Dios me entiende.

Bernardo.

¿Has cenado?

Sancho.

Si he cenado;
mas tú, y tu padre, y tu abuelo,
y tu alma son los borrachos.

Bernardo.

To, to, to, valiente me es.

Don Juan.

¿Ahora la tienes, Sancho?

Sancho.

Yo la doblaré despues.

Bernardo

¿Oye?

Sancho.

Bien oygo.

Bernardo.

Aquí, al lado
de los Padres Recoletos,
pues quiera reñir, le aguardo.

Sancho.

Pícaro, yo nunca riño,
siendo Sancho, y siendo el Bravo,
al lado de Recoletos,
sino al lado de los diablos.

Bernardo.

Así los pienso sacar
de la calle. Ya me canso
de sus cosas, y otra vez
digo que espero en el Prado.

ESGENA III.

Dichos menos Bernardo.

Sancho.

Mas se cansará vuested
si me espera. Por san Pablo,
que le he de matar.

Don Juan.

Aguarda,
escúchate, Sancho.

Sancho.

Aguardo.

Don Juan.

Entremos á ver á Inés,
y al instante que salgamos
le irás á buscar.

Sancho.

Bien dices.

¿Ha de esta casa? En lo alto
han abierto un postiguillo.

Don Juan.

Si responden.

Sancho.

No está claro.

ESCENA IV.

Dichos y don Lope, que baja por un balcon al tablado.

Don Juan.

Un hombre, viven los cielos,
ó la vista me ha engañado,
desciende por un balcon.

Sancho.

La grande llaneza alabo.

Don Lope.

¿Quién es quien está en la calle?
¿No es Bernardo?

Don Juan.

No es Bernardo.

¿Diga quién es?

Don Lope.

No es posible.

Aquí hay gran riesgo si aguardo; *ap.*
y si me voy, doy indicios
de cobarde, ó de villano;
este es el medio mejor.
Si no dejan libre el paso,

así lo intento cobrar, *saca la espada.*

Don Juan.

Al valor, y tengo manos.

Don Lope.

La oscuridad de la noche,
y lo importante del caso,
y ver, que al ruido que hacemos
ha de salir don Fernando, *Ruñen.*
me da ocasion de volver
al riesgo de honor los pasos,
ya yo he cobrado la calle,
y puesto que la he cobrado,
y que no soy conocido,
por dama y honor volvamos.

ESCENA V.

Dichos menos don Lope.

Don Juan.

Sino me dices quien eres,
no has de pasar.

Sancho.

! Oyga el diablo!

¿ Mi amo riñe conmigo?

Don Juan.

¿ Dígame, quien es?

Sancho.

Soy Sancho.

Don Juan.

¿ Qué dices?

Sancho.

Lo que te digo:
si no hablas recto te mato.

Don Juan.

¿ Luego se fué?....

Sancho.

¿No lo vés?

Don Juan.

¿El que bajó?

Sancho.

¿No está claro,

que dará mejor carrera

quien supo dar tan buen salto?

Don Juan.

Sigámosle.

Sancho.

¿Tienes postas?

Don Juan.

¿Que se fuese!

Sancho.

¡Verbun caro

factum est, y qué de cosas

en un instante han pasado!

Don Juan.

¡No creas que esa cobarde

el que bajó.

Sancho.

¿Pues yo cuando

pienso que nadie es gallina?

Todos para mí son gallos.

Don Juan.

¿Si has visto lo que nos pasa,

que te parece que hagamos?

Sancho.

Lo que á tí te pareciere.

Don Juan.

Discurrámos.

Sancho.

Eiscurrámos,

que ya a manece, y tendremos

los entendimientos claros.

Don Juan.

¡Ser yo caballero pobre,
y apenas haber llegado
de Flandes, donde á mi Rey
serví mas de catorce años,
cuando con su propia hija
me envia á rogar don Fernando;
ella en Madrid, y yo en Burgos,
ella hermosa, y yo rogado,
ella muy rica, y yo pobre;
y qué me buscasen!

Sancho.

Malo.

Aristóteles contigo
discurrió como muchacho.

Don Juan.

¡Venir á Madrid contento,
y apenas haber llegado,
cuando un criado á estas puertas
(si debió de ser criado
del que estaba dentro) intenta
que de la calle salgamos,
y para sacarnos finge
que nos desafiaba!

Sancho.

Malo.

Don Juan.

¡Ser ya las dos de la noche,
estar los cuartos cerrados,
ser casa en que viven solos
doña Inés, y don Fernando,
desde el balcon principal
bajar un hombre arrojado,
sacar la espada valiente,

y acuchillarnos á entrambos,
y por no ser conocido, ¿
irse tan aprisa!

Sancho.

Malo.

Don Juan.

¡Casarme yo con Inés,
siendo los indicios claros!

Sancho.

Peor.

Don Juan.

¿Pues qué hemos de hacer?

Sancho.

Discurrámos.

Don Juan.

Discurrámos.

Ahora bien, yo tengo un medio
estremado.

Sancho.

Ya le aguardo.

Don Juan.

Y es averiguar yo mismo
mis celos, y mis agravios.

Bien puede ser que este hombre
no entre por Inés, y en tanto
que averiguo con la vista
lo que tan ciego idolatro,
tú has de hacer por mí una cosa
que importa.

Sancho.

Vamos al caso.

Don Juan.

¿No es verdad, que por el mío
vino á Madrid tu retrato?

Sancho.

Es verdad.

Don Juan.

¿Y hay en la corte
quien te conozca?

Sancho.

No hallo,
con ser tordo de tu higuera,
quien pueda llamarme Sancho.

Don Juan.

Pues desde hoy te has de fingir
mi amo, y yo tu criado;
yo tu nombre he de llamarme
y tú el mio, con que allano
ser espía de mi honor
en este contrario campo.
Fingete don Juan ahora
con doña Inés; porque entrando
tú en mi nombre, y yo en el tuyo,
en su casa disfrazados,
ladron de casa procuro
averiguar este encanto.

Sancho.

¿Señor, y si me conocen,
y me dan quinientos palos,
sino es que me dan dos mil,
por novio de contrabando?

Don Juan.

Estando yo allí no hay riesgo.

Sancho.

¿Y dime, señor, si acaso
me cobrase doña Inés
aficion, y entrase el diablo,
y me tentase; que yo
soy mortal, y fui soldado

en Flandes ?

Don Juan.

¿Cómo es posible
con ese talle , menguado ?

Sancho.

Porque siempre las mugeres
quieren lo peor.

Don Juan.

Pues Sancho ,
esto ha de ser.

Sancho.

¿ En efecto ,
estás ya determinado ?

Don Juan.

Sin remedio.

Sancho.

¿ No hay remedio ?
Pues ahora bien , yo me armo
de punta en necio , que son
las armas de los casados.

Don Juan.

¿ Si te vendrán mis vestidos ?

Sancho.

Si , mi señor , ¿ porque cuando
á un pobre no le ha venido
cualquier vestido pintado ?

Don Juan.

Desde hoy Sancho he de llamarme.

Sancho.

Y vo don Juan de Alvarado.

¿ Estás resuelto ?

Don Juan.

Si estoy :

Sancho , vamos.

Sancho.

Don Juan, vamos.

Don Juan.

¿Sabrás fingir?

Sancho.

Como dama.

Don Juan.

¿Si te turbas?

Sancho.

Soy bellaco.

Don Juan.

Así sabré quien me injuria.

Sancho.

Así estaré regalado.

Don Juan.

Hoy veré á mi Inés hermosa.

Sancho.

Yo pienso engordar á palos.

Don Juan.

Pero si Inés no es quien caes así

Sancho.

Mas si caen en el engaño.

Don Juan

Tomaré venganza en todos.

Sancho.

Muera Sancho, y muera harto.

Don Juan.

Ea, don Juan, á vestiros.

Sancho.

Ea, Sancho, á desnudaros.

Don Juan.

Bien empiezas.

Sancho.

Si señor,

que soy, por ser tu criada,

tu criado pericon ; y
que me haes de todos pases.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Beatriz con manto, y Doña Inés sin él.

Beatriz.

En fin , tú me has despedido.

Doña Inés.

Beatriz, no repliques mas.

Beatriz.

Injusto pago me das,
del tiempo que te he servido.

¿Con tanta ira y rigor,
premios mi antigua lealtad?

Doña Inés.

Antes que mi voluntad
tiene su lugar mi honor.

Beatriz.

Solo te pido que acabes,
puesto que me has despedido,
de decir, ¿en qué he ofendido
tu decoro?

Doña Inés.

Tú lo sabes.

Beatriz.

Mi anima sea maldita,
y de Dios escomulgada,
por toda mi santiguada,
y por esta cruz bendita ;
señora , que yo no sé
porque te hayas enojado.

Doña Inés.

Pues si no me he declarado,
escucha, y te lo diré.

Beatriz.

Dilo, pues, que sin razón
me riñes á troche y moche.

Doña Inés.

¿Pues dime, Beatriz, anoche,
á que abriste mi balcon
á mas de las diez?

Beatriz.

Repara,
que en eso no hay que culpar,
porque puse á serenar
el agua para la cara.

Doña Inés.

¿No hablaste al abrir?

Beatriz

No hablaba.

Ella ha de de cogerme aquí. *ap.*

Doña Inés.

Mientes, Beatriz, yo te oí.

Beatriz.

Es verdad, pero rezaba.

Doña Inés.

¿Pues dime, por qué razón,
cuando en la ventana estabas,
ya que rezabas, rezabas
tan recio?

Beatriz.

Es mas devocion.

Doña Inés.

¿O que bien sabes tener
la respuesta prevenida?
¿Y dí, á que estabas vestida.

antes del amanecer?

¿Y si acaso sueño fue,
y vestida te dormiste,
cómo no me respondiste
al tiempo que te llamé?
¿Cómo, habiendo alborotado
la casa, no respondías?
Dírasme que no me oías.

Beatriz.

Tengo el sueño muy pesado.
Yo he de escaparme por Dios. *ap.*

Doña Inés.

¿Dormías de esa manera,
cuando echaste un hombre fuera
por el balcon á las dos?

Beatriz.

¿Yo eché un hombre fuera?

Doña Inés.

Si:

tú, Beatriz, en conclusion,
fuiste quien abrió el balcon.

Beatriz.

¿Quién lo dice?

Doña Inés.

Yo lo vi.

Beatriz.

Pues si lo viste, señora,
y estás en eso tan cierta,
tu primo...

Doña Inés.

No me le nombres.

Beatriz.

Don Lope...

Doña Inés.

Irritarme intentas.

Beatriz. 15 - 153

Anoche, á primera noche,
hallando la puerta abierta,
se acogió acá, porque dijo
que llovía. En la escalera
dijo, que hablarte quería,
y entrando con tanta priesa,
apenas empezó á darme
el hábito de tercera,
y apenas ya te tomaba,
para ser criada buena,
cuando el viejo de tu padre
por esa cuádra atraviesa.
Yo que te sentí, ¿qué hago?
porque á tu primo no sienta,
al banasto de un balcon
le zampucé con presteza;
cerré el balcón por de dentro,
y al dejarle por defuera,
todos sus descos puse
al sereno como velas;
pero como soy tan pía,
que soy parienta de Eneas,
y esto de hacer bien á todos,
lo tengo desde pequeña;
apenas sentí que estabas
sosegada, aunque despierta,
y apenas vi que tu padre
no escupió una vez siquiera,
ni dijo esta tos es mia,
con ser la tos su perpetua,
cuando abriéndole el balcon,
le saqué, porque se fuera,
tan quedito, que pensó
que íbamos pisando yemas.

Pero como el buen don Lope
 miró la casa tan quieta,
 dió en decir, erre que erre,
 cuando yo fuera, que fuera;
 y yendose á tu aposento,
 ó por amor, ó por tema,
 oliendo hácia donde estabas,
 porque es amante de muestra,
 te alborotó, y diste en esto
 voces tales, como buenas.
 El á este tiempo asustado,
 como silvado poeta,
 recelando que tu padre,
 ó le conozca, ó le vea,
 ántes que haga de las tuyas,
 dispuso hacer de las nuestras;
 volvióse al señor balcon,
 y en efecto por la reja
 saltó á la calle, en la cual
 hubo no sé que pendencia.
 Este, señora, es el caso,
 para que mejor lo sepas,
 contado al pie de la boca,
 ya que no al pie de la letra;
 y supuesto que tu padre
 no lo sintió, no consientas
 dar un castigo tan grande
 á una culpa tan pequeña:
 así tu novio don Juan,
 que por instantes esperas,
 no tu marido, señora,
 sino tu amante parezca:
 así tú le goces...

Doña Inés.

Calla,;

sino quieres que sangrienta ,
antes que á don Juan pronuncies ,
te despedace la lengua.
¿ Yo casarme con don Juan ?
No lo permitan adversas ,
con violencias mi fortuna ,
ni con influjos mi estrella ;
ánten el mar de mis ojos
rompa , cuando airado crezca ,
el márgen de las mejillas ,
que son sus blancas riberas ;
y á tí , porque has irritado ,
ó desconocida , ó necia ,
con tu ruego mi piedad ,
mi obligacion con tu queja ,
pues con don Lope traidora ,
pues con don Juan alhagüena ,
mas que me obligas , me irritas ,
me enojas mas , que me empeñas ,
porque á don Juan me nombraste....

ESCENA VII.

Dichas y don Fernando.

Don Fernando.

¿ Inés , que voces son estas ?

¿ Qué ha sido ?

Doña Inés.

No sé , señor.

Don Fernando.

¿ Beatriz , por qué estás cubierta ?

Beatriz.

Señor , estoy despedida.

Don Fernando.

¿ Por qué ?

Beatriz.

Decirlo quisiera :
mas aunque lo intento hacer ,
no me deja la vergüenza.

Don Fernando.

¿Qué es el caso?

Beatriz.

Mi señora ,
que ha dado en aquesta tema.

Don Fernando.

¿Qué es?

Beatriz.

En que no ha de casarse
con don Juan , aunque tú quieras ;
y porque la dije ahora ,
solo que te obedeciera.....

Don Fernando.

¿Qué hizo?

Beatriz.

Me despidió.

Don Fernando.

¿Esa fué la capsa?

Beatriz.

Esta.

Don Fernando.

Quítate el manto , Beatriz.

Beatriz.

¡O , vivas mas que una suegra ,
cuando es rica , y tiene yerno ,
que desea que se muera !

ESCENA VIII.

*Don Fernando y doña Inés.**Don Fernando.*Ahora me llego á hablarla. *ap.*

¿Inés?

Doña Inés

¿Señor, qué me ordenas?

Don Fernando.¿No dirás, qué novedad
ha irritado tu obediencia?¿De qué tan triste estos dias,
ó de airada, ó de suspensa,
le trasladas á los ojos
las pasiones de la lengua?

¿No es don Juan gran caballero?

¿Por qué neciamente niegas
á mi cuidado este amor,
á mi fe esta diligencia?

¿No quieres á don Juan?

*Doña Inés.**No.*y ya que entre tantas penas
á lo secreto del alma
rompió el recato la uema,
no me he de casar con él;
y porque la causa sepas,
repara en este retrato,
si es justa mi inobediencia. (1)*Don Fernando.*

¿Qué tiene?

Doña Inés.

Que no es posible,

(1) Dale un retrato y miralo.

aunque tu me lo encarezcas,
 que sea hombre principal
 un hombre de esta manera.
 ¿Esta es cara de hombre noble?
 ¿Puede tener sangre buena
 quien tiene este talle? ¿Este arte,
 es arte de hombre de prendas?

Don Fernando.

¿Pues dí, quién ha conocido
 por el rostro la nobleza?
 ¿Dice el talle calidades?
 Las obras son las que enseñan
 la buena sangre; el valor
 es la más hermosa muestra.

Doña Inés.

Si, pero la buena sangre,
 aunque se oculte en las venas,
 puede hacer que las facciones
 participen su influencia:
 bien así como el cristal,
 que es la sangre de la tierra,
 que cuanto mas puro y limpio
 en sus entrañas se hospeda,
 tanto mas la tierra misma,
 que es mas noble la demuestra.

Don Fernando.

No sofística procures
 convencer con experiencias,
 verdades, que en su valor
 seguras experimentan.
 Tú has de casarte con él,
 aunque.....

Doña Inés.

Suspende la lengua,
 porque mi alvedrío es mío,

y no es justicia que quisieras
sujetarme por ser padre,
lo que aun Dios no me sujeta.

Don Fernando.

Advierte Inés, que don Juan,
aunque es pobre, ahora espera
heredar de un tío anciano:
dos mil ducados de renta.

Doña Inés.

Antes si tiene don Juan
parte por donde le quiera,
es por ser pobre, que amor
no se paga de riquezas.
Si yo hubiera de elegir
uno en dos hombres, y fuera
uno rico, y otro pobre,
y fueran de iguales prendas,
porque me quisiera mas,
al que es mas pobre eligiera.

Don Fernando.

Mira, Inés, yo no te pido
que te cases.

Doña Inés.

¿Pues qué intentas?

Don Fernando

Que veas solo á don Juan;
porque puede ser que sea
mucho mejor la persona,
que la pintura.

Doña Inés.

No creas
que falten á la malicia
las antiguas esperiencias;
porque el mas recto pincél,
es el que mas lisongea,

que como ya el interés
 lisonja, y pinturas premia,
 se han hecho de un mismo modo
 los pinceles y las lenguas;
 pero por obedecerte,
 y porque no te parezca,
 que es mi desden por impulso,
 ni mi enojo por estrella,
 yo esforzaré mi deseo
 á quererle cuanto pueda.
 Venga don Juan á mis ojos,
 que porque bien me parezca,
 á mis motivos presumo
 reconvenir con violencias;
 y porque quiero tambien,
 que aborreciéndole veas,
 que por tu amor contra el mio,
 hago la mayor fineza.....
 ¿Pero quién se ha entrado aquí?

ESCENA IX.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.

Una muger es, que intenta
 hablar con vos, don Fernando.

Don Fernando.

¿A solas?

Doña Ana.

Si.

Don Fernando.

Vete á fuera.

Doña Inés.

Ya te obedezco.

ESCENA X.

Dichos menos doña Inés.

Don Fernando.

¿Quién sois?

Doña Ana.

Una infelice, que espera
vuestro amparo.

Don Fernando.

Descubrios.

Doña Ana.

Aunque mi propia vergüenza
me aconseja que me oculte,
mi honor también me aconseja
que os hable; mas mi semblante
de lo que es dirá mi pena. *Descúbrese.*

Don Fernando.

¿Qué es vuestro mal?

Doña Ana.

Un agravio.

Don Fernando.

¿Quién le ha causado?

Doña Ana.

Mi estrella.

Don Fernando.

¿Y después?

Doña Ana.

Un hombre aleve.

Don Fernando.

¿Y puesto que yo le sepa,
lo puedo yo remediar?

Doña Ana.

A eso vengo.

Don Fernando.

¿Dí, qué intentas?

Doña Ana.

Oye mi mal.

Don Fernando.

Ya le espero.

Doña Ana.

Pues oyeme atento.

Don Fernando.

Empieza.

Doña Ana.

Es mi nombre doña Ana de Alvarado,
Burgos mi patria; Burgos; que ha intentado
con sus agujas, y sus torres bellas
competir con la luz de las estrellas.
Nací de sangre noble, y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa;
crióme con recato, y con cuidado
mi padre don Alonso de Alvarado.

Don Fernando.

Parad ahora, que el dolor mitigo:
el que nombráis fue mi mayor amigo,
y obligaciones grandes os confieso.

Doña Ana.

A ampararme de vos vengo por eso,
que en vos tiene fundada mi esperanza,
ó la satisfaccion, ó la venganza.

Viví tan sin amor, tan sin cariño,
que no temí las flechas del Dios niño:
pues me halló, cuando quiso darme enojos,
muy atento el sentido de los ojos:
mas no hay quien á sus iras se resista,
que no venga á quedar con menos vista:
en fin, rayó el amor con mas violencia,
obró mas donde halló mas resistencia.
Ví una tarde en el campo un forastero,
habló amante, creíle lisongero:

creíle, mas loaba mi hermosura,
 que la lisonja tiene esa ventura.
 Dejele, despidióse, fuese luego,
 inquietóseme todo mi sosiego,
 y aunque estaban entonces divertidos,
 llamé á junta potencias, y sentidos;
 y porque amor ganase la victoria,
 la voluntad dispuso á la memoria:
 obró el discurso torpe, y poco atento,
 la memoria engañó al entendimiento,
 los ojos, si no ciegos, suspendidos,
 se dejaron guiar de los oídos.
 Díle entrada en mi casa con recato,
 ardió el amor, que le atizaba el trato;
 salimos á un jardín, él me rogaba,
 yo lloré, sin saber por qué lloraba:
 consolóme, admití grata el consuelo,
 y el temor le guardé para el recelo;
 con pasiones procuro convencerle:
 dijo,.... mas, tuve gana de creerle,
 y como fuentes, árboles y flores,
 apadrinan mejor al Dios de amores,
 como la noche estaba tan oscura,
 cuanto despues lo ha estado mi ventura,
 dándome una palabra incierta y vana,
 que el desco creyó de buena gana;
 sin rienda la pasión, que mi amor llama,
 ya sin temor la nave de mi fama,
 sin móvil este cielo de mis ojos,
 ya sin fuerza este ardor de mis enojos,
 me aparté de una fuente pura y fría,
 que por vecina murmurar podía.
 Y al fin, señor, (¡ó si para tal mengua
 la voz se deslizára de la lengua!)
 y al fin, señor, (¡ó si por mas enojos,

se saliera mi ofensa por los ojos !)
 mas si digo , que dijo que me amaba ,
 que amena soledad nos convidaba ,
 que porque mi desdicha me convenza ,
 le dió sombra la noche á mi vergüenza ,
 que las flores mediaban mi cuidado ;
 ¿ qué te cuento , si ya te lo he contado ?
 Fuese por una suerte desdichada ,
 en que fué mi fortuna interesada :
 supo mi padre tan preciso agravio ,
 y el corazon se le negaba al labio :
 enterneció los montes y los vientos ,
 murióse de llorar dos sentimientos ;
 y en fin , oculta de él con tantos daños ,
 viendo que se pasaban cuatro años ,
 en que por mitigar tantos enojos ,
 regaba mi esperanza con mis ojos ,
 viendo mi honor perdido ,
 y juzgando que aquel , que me ha ofendido ,
 en Madrid disimula su cuidado ,
 vine á Madrid , adonde no le he hallado ;
 porque de su traicion he prevenido ,
 que fingiéndome el nombre , me ha mentido :
 pero aunque mi discurso intentó sábio
 no verte , por callarte aqueste agravio ,
 hallo por mejor medio
 buscar en tus consejos el remedio ;
 y así , si la amistad del padre mio ,
 si mi delirio , acaso , ó desvarío
 te obligan como noble , y como anciano ,
 hoy me rindo al amparo de tu mano ,
 y en tu casa , por ver mi fama honrada ,
 ampara una muger tan desdichada ;
 no ande mi deshonor tan peregrino ,
 porque ganes.....

Sale Beatriz.

Don Lope tu sobrino,
todo el color turbado,
de algun riesgo su aliento embarazado,
quiere hablarte.

Don Fernando.

Dí que entre. Vos, señora, *Pase Beatriz.*
con mi hija estareis oculta ahora,
que yo os prometo, como caballero,
mirar por vuestro honor.

Doña Ana.

Así lo espero.

Don Fernando.

El mismo honor de vuestro padre es mío.

Doña Ana.

Pues hoy mi honor de vuestra sangre fio.

Don Fernando.

En mi fé no pongais vano recelo,
entrad presto.

Doña Ana.

Ya voy.

ESCENA XI.

Don Fernando y don Lope, con un papel.

Don Lope.

Guárdeos el cielo.

Don Fernando.

¿Qué es esto, amigo don Lope?

¿Qué turbaciones han sido

las que atentamente cuerdo

en vuestro rostro averiguo?

Don Lope.

¿Mi sangre es vuestra?

Don Fernando.

Sí, Lope.

Don Lope.

¿No somos los dos amigos?

Don Fernando.

Y ese es para entre los dos
el parentesco mas fino.

Don Lope.

¿Me aconsejareis?

Don Fernando.

Los viejos
no tenemos otro oficio.

Don Lope.

¿Estamos solos?

Don Fernando.

Si estamos;

ea, declaraos, sobrino.

Don Lope.

Pues oid este papel.

Don Fernando.

Empezadle.

Don Lope.

Ya le digo.

Lee. Amigo don Lope, el hermano del caballero que disteis muerte en esta ciudad, ha partido hoy á esa Villa: yo no sé lo que en ella intenta; solo sé, que á mi me toca dar este aviso, y á vos el cuidado de tan grande enemigo. = Guardeos el cielo. = Burgos.

Don Lope.

¿Habeis oido el papel?

Don Fernando.

Sí, don Lope, ya le oido.

Don Lope.

¿Es grande el empeño?

Don Fernando.

Si ;

¿pero decidme , sobrino ,
fué justa la muerte ?

Don Lope.

No.

Don Fernando.

¿A quién matasteis ? decidlo.

Don Lope.

Dí la muerte , sin querer ,
al mayor amigo mio.

Don Fernando.

¿Cómo fué ?

Don Lope.

Para el remedio

quiero decir el delito.

Por celebrar de Isabel
el fruto esperado opimo,
primero boton del árbol
del gran Monarca Filipo ,
Burgos , esa gran ciudad ,
cuyos altos edificios
á vencer al sol gigante
compiten consigo mismos ,
dispuso toros , y fiestas
al popular regocijo ,
en su plaza , que en España
es antiquísimo circo ;
y un caballero , que en ella
era el mejor , ó el mas visto ,
muy galan sin presuncion ,
discreto sin artificio ,
muy ayroso sin cuidado ,
sin ser prolijo muy limpio ;
y sobre todo , sin ser

lisonjero el mas bien quisto,
 me envió á llamar á esta corte,
 porque con mi lado quiso
 dar novedad á su patria,
 y á su intencion un amigo.
 Obedecíle, y apenas
 el aparato festivo
 del pimpollo Baltasar,
 disfraz vistoso corrimos,
 cuando despues que valiente,
 llevándome por padrino,
 á la cerviz de seis fieras
 fijó penachos de pino,
 salímonos á pascar
 por el márgen cristalino
 de Arlanzon, á cuyo espejo
 el sol se estudia Narciso;
 y entre las muchas bellezas,
 que al prado ajado, y marchito
 le hermosearon mas fragante,
 ó le hicieron mas florido,
 ví una belleza embozada,
 cuyos ojos fueron vistos,
 para el yerro de mi amor
 dos imanes atractivos;
 y escusando el referirte,
 por no usado, ó por prolijo,
 las antiguas novedades,
 que usa amor en los principios,
 digo, que á su casa fuí,
 despues de algunos avisos,
 que me tuvieron de costa
 esperanzas y suspiros.
 Llegué, y ví en ella una dama,
 tan bella (mas si es preciso,

que mi honor dudoso busque
 las veredas y caminos,
 no embaracemos mi labio,
 y tu atención al decirlos;
 que si de amor los efectos
 con los del honor unimos,
 se equivocarán de suerte,
 gloria y dolor respectivos,
 que ni unos serán de pena,
 ni otros servirán de alivio.)

Dentro en su casa una noche,
 yo, y el dueño, que fué mío,
 con ruegos muy de la pena,
 con voces muy del oído,
 nos decíamos amores,
 no hablados, y ya entendidos;
 cuando alborotó mi amor,
 que en efecto amor es niño,
 un golpe, que de una puerta
 rompió visagras y quicios.

Mató mi dama una luz,
 entró un hombre, yo atrevido
 doy la defensa á la espada,
 y la indignacion al filo.

A oscuras, pues, me buscaba,
 y á oscuras le solicito,
 cuando á mis pies desangrado,
 por mi suerte ó su destino,
 cae mortal, y tan mortal
 le finjió la idea herido,
 que aun no le costó la muerte
 la propiedad de un suspiro.

Saca la luz asustada
 mi dama, el suceso miro,
 y hallo, que el que estaba muerto

(aquí la memoria aflijo)
era, (¡qué grave dolor!)
era aquel amigo mio
por quien fui á Burgos, aquel
Fernando, que he referido,
que, como de mis deseos,
fué dueño de mi alvedrio.
Mas preguntaráme ahora,
¿cómo siendo tan amigos,
cómo paseando juntos,
ambos á dos no supimos,
ni él, que yo amaba á su hermana,
ni yo el amor que conquisto?
Y era el caso, que esta dama,
por enojos muy antiguos,
apartada de su padre
con recato, y con retiro
en casa de una parienta,
viéndose tan sola, quiso
aventurar con su fama
la lealtad de dos amigos.
La muerte, ya la escuchaste;
mi amor, ya le has entendido.
Fuíme, sin entender nadie
ser dueño de este delito,
porque tambien á mi dama
hablé con nombre fingido.
Dejé olvidado este amor,
y llegando á lo preciso,
sabe, que el menor hermano
de este caballero mismo,
habrá tres meses, y mas,
que á Burgos de Flandes vino;
y aunque no sabe quien es
su ofensor, he presumido,

que á Madrid viene á buscarme
 por sospecha, ó por indicio;
 y aunque á mí no me conoce,
 puesto que nunca me ha visto,
 al consejo de esas canas,
 prudente y osado aspiro:
 que viene á Madrid, es cierto;
 que ha de buscarme, imagino;
 huir de él, es cobardía;
 querer matarle, es delito;
 no esperarle, es gran desdoro;
 solicitarle, es delirio;
 y así... A la puerta han llamado.

Don Fernando.

¿Quién es?

Sale Beatriz.

Albricias te pido:
 el novio de tí esperado,
 mas galan que diez Narcisos,
 mas hueco que un guarda infante,
 en este instante ha venido.

Don Fernando.

Pues á Inés llama, Beatriz,
 y abre de paso el postigo
 de esa antesala, y harás
 que esté todo prevenido

Beatriz.

Voy al punto. *Vase.*

Don Lope.

¿Qué es aquesto?
 ¿Habeis casado, decidlo,
 á doña Inés?

Don Fernando.

Si, don Lope.

Don Lope.

¿Cómo? siendo deudo mío,
no me avisasteis?

Don Fernando.

Porque
fue no avisaros preciso.

Don Lope.

¿Quién es?

Don Fernando.

Luego lo vereis.

Don Lope.

¿Qué desdicha! *ap.*

Don Fernando

¡Mortal vivo! *ap.*

Don Lope.

¡Yo sin Inés! *ap.*

Don Fernando.

¡Vive Dios, *ap.*

que don Juan es su enemigo.

Don Lope.

Pero yo lo evitaré. *ap.*

Don Fernando.

Mas remediarlo imagino. *ap.*

ESCENA XII.

*Dichos, doña Inés y Beatriz por una puerta, y por
otra Sancho, vestido de galan con joyas, don Juan y
Bernardo.*

Beatriz.

¡Ea, no llegais, señor?

Don Juan.

Ea, no llegueis tan tibio.

Doña Inés.

Veré la muerte. *ap.*

Sancho.

Allá voy. *ap.*

Don Juan.

Muerto vengo. *ap.*

Don Lope.

Estoy perdido. *ap.*

Don Fernando.

El llega, *ap.*

Doña Inés.

Bien satisface *ap.*

su talle á lo imaginado.

Don Fernando.

Seais, don Juan, bien llegado
á esta casa.

Sancho.

Que me place.

Don Fernando.

Mucho de veros me alegro.

Sancho.

Desgraciado vengo á ser:
antes de ver mi muger
me han pegado con mi suegro.

Don Juan.

No dirás cosa que importe. *ap.*

Sancho.

Yo lo he de echar á perder. *ap.*

¿Decid, no podremos ver
un poco de la consorte.

Don Fernando.

Es obligacion forzosa.

Don Juan.

En lo que dices repara.

Doña Inés.

¡Qué talle! ¡qué mala cara!

Don Fernando.

Esta es, don Juan, vuestra esposa.

Sancho.

A vuestra luz peregrina
fallezca el alma envidiosa,
que antes os juzgaba hermosa,
y ahora os halla tan divina:
sois de notable hermosura,
y sois en fin (fuera miedos)
mas de aquestos cuatro dedos
mejor que vuestra pintura.
Dais quince á cuantas beldades
intentan...

Don Juan.

Necedad fue.

Sancho.

Señora, en estando en pie
diré dos mil necedades.

Don Fernando.

Sillas, pla..

Bernardo.

El ha empezado
con lindo estilo, en efeto.

Sientanse.

Doña Inés.

Por solo oiros discreto,
procuro veros sentado.

Don Lope.

De rabia y de enojo muero.. *ap.*
¡Hay hombre mas desdichado!

Don Fernando.

El tal don Juan de Alvarado *op.*
parece gran majadero.

Doña Inés.

¡Decid, cómo habeis venido?

Sancho.

Como quien os viene á ver,
bueno: ¿mas quiero saber,
qué tal os he parecido?

Doña Inés.

¡Qué esto pregunte don Juan! *ap.*
Vuestro mismo talle abona,
que no habrá en Madrid persona,
que os compita en ser galán;
porque vuestro talle, creo,
que es el mas raro que ví.

Sancho.

Todos lo dicen así,
y yo tambien me lo creo.

Don Lope.

¿Pues saber tambien espero,
pues lo mas preciso es,
qué os parece doña Inés?

Sancho.

¿Quién es este caballero?

Doña Inés

Es mi primo, á quien estimo,
y que es mi sangre atended.

Sancho:

Conozcame vuesarced
por su hermano, y menor primo.

Don Fernando.

Esto es lo mas importante,
y aun no lo habeis respondido:
¿Inés, qué os ha parecido?
decídmelo.

Sancho.

Lo bastante. *Riense.*

¿Rien? ¿Qué, fué necedad?

Doña Inés.

Yo he de perder el sentido.

Sancho.

Por mi vida, ¿qué, qué ha sido
disparate la verdad?

Don Lope.

Una ignorancia en rigor
de un novio, no hay que admirarse.

Sancho.

Primo, para mi el casarse
es la necedad mayor;
que es muerte el casarse infiero;
y así debeis de advertir,
que se va un novio á morir,
pues que le lloran primero.

Bernardo.

Por una sospecha incierta (1)
saber mi enojo intentó
si él; ó su amo llamó
esta noche á aquesta puerta,
porque le he desafiado,
y quiero que sepa, que
cuerpo á cuerpo le diré
lo que allá verá en el Prado.

Don Juan.

El criado es, vive Díos, *ap.*
que anoche en la calle estaba,
y el que á su amo esperaba
cuando llegamos los dos.

Bernardo.

Y para tan grande empeño,
que he de castigarle digo.

(1) *Llegase á don Juan.*

Don Juan.

Hidalgo, no habla conmigo.
Este sin duda es su dueño. *ap.*

Bernardo.

La voz, el aire, y el talle
todo junto me engañó.

Don Juan.

Y el que á deshora bajó *ap.*
desde el balcon á la calle.

Bernardo.

¿De qué sirve hacer extremos,
pues lo niega?

Don Juan.

¿Hay tal dolor! *ap.*
¿Hay mas infeliz amor!
Sospechas, averiguemos.

Don Fernando.

Decid.

Sancho.

Saber he querido,
supuesto que ya he llegado,
si es la novia de contado,
y el dote de prometido.

Don Fernando.

Vos habeis hecho un reparo,
que parece desvario;
esto es presto.

Sancho.

Señor mio,
cuanto mas yérno mas claro.

Don Lope.

Como habeis sido soldado,
os preciais de desparcido.

Sancho.

No tengo mas que haber sido,

que ser don Juan de Alvarado.

Don Lope.

Don Juan de Alvarado dijo , *ap.*
ó el oído me engañó ;
y pues de Burgos llegó ,
que es el hermano colijo
de don Diego , aquesto es cierto ,
á quien yo lá muerte dí.
¿ Vos no sois de Burgos ?

Sancho.

Si.

Don Lope.

¿ Teneis otro hermano ?

Sancho.

Es muerto ;

que le dieron muerte fiera ,
no por valor , sí por suerte.

Don Lope.

¿ Y sabeis quién le dió muerte ?

Don Juan.

¿ Si mi dueño lo supiera ,
sangriento en airados lazos ,
porque su ofensa vengára ,
del pecho no le arrancára
el corazón á pedazos ?
¿ Y cuando á su muerte aspira ,
tuviera en otra balanza
vida para su venganza ,
ni objeto para su ira ?
Porque si de ser cruel
se redujera templado ,
yo que nací su criado
le diera muerte por él.

Don Lope.

¿ Y á vos , quién os mete aquí

en hablar , ni responder ?

Sancho.

·Téngole dado poder
para enojarse por mí.

Don Lope.

¿ De haberme así replicado ,
decid , cuál la causa fué ?

Don Juan.

Perdonad , que me llevé
del afecto de criado.

Don Fernando.

De ordinario afecto pasa
enojo tan desigual.

Don Juan.

¿ O ' Soy criado.

Don Lope.

Y muy leal.

Sancho.

Sancho se ha criado en casa ,
como á hermano-le he tenido ,
y que es bizarro advertid.

Doña Inés.

Señor don Juan....

Sancho.

¿ Qué ? Decid.

Doña Inés.

Buen criado habeis traído.

Sancho.

Supuesto que á escuchar llego
que le alabas sin compás ,
no he de ponermele mas ;
servíos con él desde luego.

Bernardo.

Ser quiero su amigo fiel.

Don Juan.

Saber vuestro nombre aguardo.
¿Cómo os llamais?

Bernardo.

Yo, Bernardo.

Don Juan.

¡Viven los cielos que es él! *ap.*

Don Fernando.

¡Ea, qué es lo que aguardamos?

Doña Inés.

¿Qué es, cielos, lo que me pasa! *ap.*

Don Fernando.

Venid, vereis vuestra casa.

Sancho.

Vamos, Inés.

Doña Inés.

Don Juan, vamos.

Don Juan.

Pues esta fortuna sigo *ap.*
celos, sufrir, y callar.

Don Lope.

¿Qué se viniese á casar *ap.*
con mi dama mi enemigo!

Don Fernando.

¡Hay duda y pena mayor! *ap.*
¡El hijo que yo he elegido,
ignorante y ofendido,
y mi sangre el ofensor!

Doña Inés.

¿Qué mi estralla en este empeño *ap.*
dueño me haya señalado,
tan malo, que aun el criado
es mucho mejor que el dueño!

Sancho.

¡Que tenga yo dama honrada! *ap.*

*

ave de gusto y primor,
y me parezca mejor
la boca de la criada!

Don Juan.

¡Que mi mal sin esperanza, *ap.*
halle para mas dolor,
recelos en el amor,
y dudas en la venganza!

Don Lope.

¡Que para tantos desvelos *ap.*
haya, en igual recompensa,
de callar aquí una ofensa,
y sufrir aquí unos celos!

Don Fernando.

¡Pues penas, como mas bien *ap.*
he de cumplir con mi fama?
De mí se ampara una dama,
y el que la ofendió también.

Don Juan.

Pero ya preciso es *ap.*
dar mi silencio á mi labio.

Don Lope.

Pero cauteloso y sabio *ap.*
pienso pretender á Inés.

Don Fernando.

Pues, fuerza es que medio halle *ap.*
para poderlo atajar.

Doña Inés.

Pero no me he de casar *ap.*
con hombre de tan mal talen;

Sancho.

Pero vivir regalado *ap.*
me ha de sacar de este susto.

Don Fernando.

Mas, mal me ha de andar el gusto, *ap.*

ó he de apurar al criado.

Don Juan.

Pues ea , indicios , callar. *ap.*

Don Lope.

Ea , intentos , proseguir. *ap.*

Don Fernando.

Ea , cuidados , á morir. *ap.*

Doña Inés.

Afectos , á adivinar. *ap.*

Don Juan.

Y que halle , quieran los cielos. *ap.*

mi dilatada esperanza ,

el camino á mi venganza ,

y el desengaño á mis celos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Don Lope , y Bernardo criado.

Don Lope.

¡ En fin , no quieres dejarme ?

Bernardo.

Cortradecirte me pesa ;
pero en los juegos de amor ,
para que mejor lo sepas ,
aciertan mas los que miran ,
que aquellos propios que juegan.

Don Lope.

Yo he de entrar á hablar á Inés.

Bernardo.

Mira lo que haces.

Don Lope.

No quieras
apagar con tus consejos
de mis pasiones el etna ;
permite que al labio salga
esta calentura lenta ,
que es sanidad en el labio ,
lo que en el pecho es dolencia.

Bernardo.

¡ Si ha de casarse mañana
doña Inés , no consideras ,
que con decirle tu amor ,
siendo Inés cuerda y honesta ,
si no aprovechas la voz ,

que echas á perder la queja?
 Acostúmbrate á sufrir ;
 un mal á otro mal suceda ,
 amortigüe á ese dolor
 tu recato y tu prudencia :
 pon de tu parte el silencio ;
 que callando , aunque mas sientas ,
 en breve tiempo estarás
 bien hallado con tus penas.

Don Lope.

Ya solo en mi voz mi mal ,
 si hay alivio , alivio espera :
 con fuego de amor ayer ,
 con ser fuego sin materia ,
 ardí buscando la llama ,
 y teniéndola encubierta ;
 pues si porque sufra mas ,
 ó para que mas padezca ,
 celos hoy han avivado
 de mi incendio esta violencia ;
 y si con solo mi amor
 ardí con llama violenta ,
 hoy , que á este amor se le añaden
 de mis celos las sospechas ;
 ¿ cómo quieres que mas sufra ,
 cuando es fuerza que mas sienta ?

Bernardo.

¿ Y dime , señor , es justo
 que tercera vez ofendas
 á don Juan , cuando le debes
 satisfacer dos ofensas ?
 A su hermano diste muerte ,
 y á su hermana noble y bella ;
 burlaste fingiendo el nombre :
 aunque en hombre de tus prendas

viene á ser mayor traición
saber fingir las finezas ;
y hoy tercera vez procura
con ruegos tu inadvertencia ,
que elija ser prenda tuya
la que serlo suya espera.

Don Lope.

Yo no le ofendí , sabiendo
quien era el que ofendo ; y deja
los consejos , pues que has visto
tan incapaz mi prudencia.

Bernardo.

Ea , pues , obra , señor ,
si sacar el premio esperas
de tus deseos , conforme
al influjo de tu estrella.

Don Lope.

Hasta la propia antesala
hemos entrado , y quisiera
hablar á Beatriz.

Bernardo

Agora

por otra sala atraviesa.

Ah Beatriz.

Don Lope.

Ah Beatricilla.

ESCENA II.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¿ Quién llama ? ¿ Quién me llama ?

Don Lope,

Yo soy.

Beatriz.

¿Es don Lope?

Don Lope.

Si.

Beatriz.

Abrazame antes que venga
mi señora.

Don Lope.

¿Qué hay de nuevo?

Beatriz.

Téngote famosas nuevas.

Don Lope.

Dilas.

Beatriz.

Entra mas adentro ,
que no quiero que nos vean
hablar los demas criados
que esa antesala pasean.
Mi señora.....

Don Lope.

Dilo presto.

Beatriz.

Aborrece con tal fuerza
á este don Juan , que esta tarde
la he tenido casi muerta.
Tanto llanto dió al dolor
en dos cristalinas hebras ,
que recoger perlas quise ,
por darte un tesoro en ellas.
Pero imán rojo su labio ,
las atrajo de manera ,
que respuntó sus corales
con guarnicion de sus perlas.

Don Lope.

¿Dónde está?

Beatriz.

Ya se ha vestido.

Don Lope.

¿Don Juan qué hace?

Beatriz.

La gran bestia
duerme.

Don Lope.

¿Tan tarde?

Beatriz.

Tan tarde;
y es su dormir de manera
que ya debe de pensar,
que se ha casado con ella.

Don Lope.

¿Inés, dí, se ha desvelado?

Beatriz.

Como si tuviera deudas.

Don Lope.

¿Podré hablarla?

Beatriz.

Si podrás;
pero de tal modo sea,
que no sepa..... Pero ya
sale á esta sala, y es fuerza
que me vaya: yo te dejo,
donde aprovecharte puedas
de tu prosa: dila aquello
de mi ángel, mi bien, mi estrella;
promete como persona
que no ha de dar; mete arenga:
dila que eres infelice,
que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche, y se enternezca;

y si pudieras echar,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrimon , será cosa
para enternecer las peñas.

Don Lope.

Pues toma..... (1)

Beatriz.

No hay que tratar....

Don Lope.

Este bolsillo.

Beatriz.

Eso fuera
por pagarme la amistad,
querer que yo..... pero venga.

Don Lope.

Mira que llega tu ama.

Beatriz.

Pues venga el bolsillo. Llega ,
y creeme que le tomo
por no parecer grosera.

Vase.

Don Lope.

Véte tú.

Bernardo.

¿Dónde?

Don Lope.

A la calle.

Bernardo.

¿Te he de aguardar?

Don Lope.

Véte apriesa.

Bernardo.

Mira que.....

Don Lope.

No me repliques.

Bernardo.

Tu precepto es mi obediencia. *Vase.*

ESCENA III.

Don Lope y doña Inés. Apártase don Lope.

Doña Inés.

Como jamás he cursado
de los males en la escuela,
nunca supe que cabían
en un dolor tantas penas.
Tres afectos, tres cuidados,
tres tormentos, tres violencias
del castillo de mi amor
sitiaron la fortaleza:
dos sugetos aborrezco,
y uno adoro con tal fuerza,
que aunque quisiera querer
lo que aborrezco, y quisiera
aborrecer lo que adoro,
tal mi idea está suspensa,
que no sé si el odio estime,
ó si el amor aborrezca.
Don Juan (hable mi dolor)
para ser dueño le espera
de mi alvedrío; don Lope
mi fama, y mi honor molesta;
ambos de mi amor son iras,
ambos de mi enojo señas;
y al que en el alma se ha entrado,
no sé por cual de sus puertas,
procuro echarle del alma,
y no es posible que pueda.

Yo quiero bien, mas no quiero,
 (¡ O cielos, y quién pudiera
 hacer, que aquesta verdad
 se quedára en ser sospecha!)
 á un hombre tan desigual,
 y de tan humildes prendas,
 que es bajeza de mi sangre ;
 mas no pienso que es bajeza ,
 que aunque es verdad que el amor
 de igualdades se contenta ,
 bien puedo yo querer bien
 á otro que mi igual no sea ;
 que no es fino amor, amor
 que se funda en conveniencias.
 Sírvanos de ejemplo el sol,
 á quien Clicie galantea,
 pues le espera á que despunte ;
 y con ser Clicie flor reyna,
 por requiebrar á la rosa,
 la olvida el sol, y la deja,
 y con ser la rosa fertil,
 parto inútil de la tierra,
 que entre raices y espinas
 tuvo su naturaleza ,
 mejor que á la reina Clicie,
 la regala, y la requiebra.
 ¿ Pues si el planeta mayor
 es quien nos da su influencia,
 por qué no ha de hacer el hombre
 lo que influye su planeta?
 Olmo ¡ monarca del prado,
 á quien las flores cortejan,
 se deja amorosamente
 solicitar de la yedra ;
 ella humilde se conoce,

primero los pies le besa ,
 y como se muestra amante ,
 á enlazar sus brazos trepa ,
 hasta que iguales los dos ,
 son dos almas y una misma ,
 pues ella al olmo asegura ,
 y él á la yedra sustenta ;
 ¿ pues si con ser estas almas
 vegetativas , enseñan
 á amar , por qué no han de amár
 á su imitacion las nuestras ?
 Yo aborrezco ; mas mi voz
 salga en quejas á la lengua ,
 que no es bien , donde hay amor ,
 que mis iras se diviertan .
 Yo aborrezco , ya lo digo ,
 pero no habrá quien lo entienda ,
 que la voz de mis suspiros
 enciende ; pero no enseña .
 A don Lope es á quien digo ,
 que aborrezco con tal fuerza ,
 que pienso . . . ¿ Quién está aquí ?

Don Lope:

Un desdichado , que llega
 á coger en desengaños ,
 lo que ha sembrado en finezas :
 una mariposa soy ,
 tan desalumbrada y ciega ,
 que solicito la llama
 para fallecer en ella ;
 y un infeliz , á quien hacen
 infeliz sus resistencias ,
 pues si de tu voz no he muerto
 no moriré de mi pena ;
 pero aunque ingrata á mi amor ,

desconocida á mi queja ,
desprecias las ansias mías ,
mas de vana , que de atenta ,
te he de avisar , que aunque ahora
me rindes , y me sujetas...

Doña Inés.

No prosigas en matarme.

Don Lope.

No es valor , sino destreza :
mis afectos...

Doña Inés.

No los hables.

Don Lope.

Mis iras...

Doña Inés.

No las adviertas...

Don Lope.

Si te las he de advertir ,
que es gran crueldad que pretendas
que mi mal no tenga alivio
en referirlo siquiera.

Yo no te puedo olvidar ,
doña Inés , yo me hago fuerza

á olvidarte , y es querer
del sol vencer la carrera ;

yo á tus favores aspiro ,
y sacrificar quisiera ,

al templo de tu rigor ,
toda una alma por ofrenda.

¿ A un hombre ignorante admites
indigno de tus finezas ,

y á quien supo conocerte ,
pues te adora , le desdeñas ?

Doña Inés.

Vete , don Lope , no intentes ,

que irritada , ó que grosera...

Don Lope.

Ya estoy hecho á tus rigores ,
ya no hay mas con que me ofendas ,
que criado en el veneno
del desden , él me alimenta ;
mas ya que el último plazo
á mis desdichas se acerca ,
oye mi mal , que si le oyes
como él es , ha de ser fuerza ,
que á premiarle , y admitirle ,
sino te obliga , te muevas ,
y que le has de premiarse.

Doña Inés.

Suspended iras y quejas ,
y esa amorosa locura
hácia el pecho retroceda.
Miente vuestro labio infame ;
y el sol , que luces dispensa ,
á decirlo con los rayos
de su luz tambien mintiera.
¿ Yo , si os escucho , premiaros ?
mas fácil es que se crea ,
que el dios que el mar bruto rige
del abrego á la violencia ,
roto el alacran de espuma
perdió las azules riendas ,
que imagines que en mí puede
haber sombra , ó apariencia
de aficion , sin que mi enojo
no la apure , ó la resuelva.
Con una dama , que en Burgos .
confiadamente necia
os quiso , podeis gastar
esa fingida ternera : .

y vuestra amante pasión
 se corrija mas discreta,
 y en la carcel del silencio,
 sea su alcaide la modestia;
 y sino, viven mis iras :.....
 (mas no viven, que están muertas,
 puesto que no me he vengado,
 con solo el incendio de ellas,)
 que os haga, si, vive Dios,
 mas átomos, que hay estrellas,
 hijas del sol, y en el mar
 disimuladas arenas;
 porque así...

ESCENA IV.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¡ Buena la hicimos !

Tu padre salió á esa pieza,
 don Juan se ha vestido ya,
 Sancho ese cuarto atraviesa,
 y como vocés has dado,
 te buscan,

Doña Inés.

Pues Beatriz, lleva
 á don Lope á esa antesala.

Beatriz.

Verálo Sancho.

Doña Inés.

Pues sea
 por esta pieza.

Beatriz.

Don Juan
 te anda buscando por ella.

Doña Inés.

Pues véanle, que no importa,
si es mi primo.

Beatriz.

Aunque lo sea,
que siendo tan de mañana,
no es hora de primos estar.

Doña Inés.

¡Ea, Beatriz, no lo escondes?

Beatriz.

Mira que has de dar sospecha
de lo que no ha sido culpa,
presto, señora, que llegan.

Doña Inés.

Pues escóndele en mi cuarto.

Don Lope.

Porque tu opinión no pierdas,
me escondo.

Beatriz.

No estés aquí;
mas adentro hay donde puedas
estar más seguro: tú (r)
ríñeme, para que entiendan
que era conmigo el enojo.

Doña Inés.

Si por mi padre no fuera,
te diera el justo castigo,
que pide tu inadvertencia.
Don Juan ha de ser mi esposo,
y quien atrevida intenta
decir, que es un ignorante,
desairado, y necio, crea,

(1) *Escóndese en otra cuadra.*

ESCENA V.

Dichas, Sancho, don Juan y don Fernando.

que me ofendè; y dado caso
que estos defectos padezca,
si á mi me parece bien,
poco importa que los tenga.

Sancho.

Dice muy bien don

bruta, insulsa, ma

¿tan mal os he par

¿Decid, vergante,

pueden ser mas bie

¿No soy ancho de l

¿mi cara haránla y

aunque la hiciesen

Holgara habeame casado

para daros una vuelta

de podenco.

Beatriz.

Siendo suya

ser de podenco era fuerza.

Don Fernando.

¿Inés, y por eso dabas

esas voces?

Sancho.

Sí, estas eran.

Beatriz.

Ya salimos de este empeño, *ap.*

aunque tan caro me cuesta.

Don Fernando.

Por solo hablar á doña Ana *ap.*

ir á este cuarto quisiera,

adonde está recogida;

pero hay riesgo en que la vea,

y la conozca don Juan.

Voyme con vuestra licencia,
que tengo que hacer.

Sancho.

A Dios.

Don Fernando.

Don Juan tiene dos ofensas, *ap.*
la una de sangre, y la otra
de honor; pues siendo tan ciertas,
no a que yo
le dé ientras no venga;
su de deshace
el de afrentas.
A be i don Lope,
por as diferencias
he de juntar á los dos;
que aunque es verdad que se arriesga
una vida, no es razon
que mi honor por eso pierda;
pues veamos (¡ó cuidados!)
si en tan rigurosa empresa,
ó la espada los ajusta,
ó el consejo los concierta.

ESCENA VI.

Dichos menos don Fernando.

Doña Inés.

¡Qué repetido en desvelos *ap.*
crezca inmortal este ardor!

Don Juan.

¡Qué embarace yo mi amor *ap.*
por un indicio de celos!

Doña Inés.

¡Que esté mi dolor tan loco! *ap.*

Don Juan.

¡Que esté tan cuerda mi pena! *ap.*

Sancho.

¡Que hubiese anoche tal cena, *ap.*
y cenase yo tampoco!

Doña Inés.

Pues cese aquesta locura. *ap.*

Don Juan.

Pues este recelo pase. *ap.*

Sancho.

¡Que mi amo me mandase *ap.*
qué cenase con cordura!

Doña Inés.

Mas no cesen mis pasiones. *ap.*

Don Juan.

Mas vuelva esta llama á arder. *ap.*

Sancho.

Mas por Dios que he de saber *ap.*
si hay en Madrid bodegones.

Beatriz.

¿Cómo he de sacar ahora *ap.*
á este galán escondido?

Sancho.

Mas vuélvome á ser marido. *ap.*

¿Queréisme mucho, señora?

Doña Inés.

¿Que esto mi desdicha espera? *ap.*

Don Juan.

Cuidados no recceis. *ap.*

Sancho.

¿No direis si me quereis?

Acabad.

Doña Inés.

De esta manera.

Antes que os viese, señor,

mi desprecio, y mi osadía,
 lo que era desden sabía,
 y ahora lo que es amor:
 mas vivo con un dolor,
 que aunque sé que me adorais,
 me pesa cuando premiais
 este amor que ardiente veis,
 pues no le remediareis
 con ser vos quien le causais.
 Amando suspiro, y lloro
 con lágrimas de deseo, (1)
 cuando viéndoos á vos, veo
 el dulce dueño que adoro;
 y á no ser por mi decoro,
 arrojada, vive Dios,
 porque se viera en los dos,
 mostrára mortal mi herida,
 pues por vos gozo mi vida,
 siendo mi muerte por vos.
 Tan cruel, tan mi enemigo
 es mi amor, por ser tan raro,
 que cuando mas lo declaro
 es cuando menos lo digo.
 Si le hablo no le mitigo;
 y si procuro fingirle,
 es castigarme en sufrirle:
 y así tengo al conservarle,
 mucho fuego en ocultarle,
 y poco alivio en decirle.

Sancho.

Con grande resolucion *ap.*
 su amor me ha dado á entender.
 ¡Cosa que aquesta muger

(1) *Mirando á don Juan.*

me haya cobrado afición!
 Pues no perder ocasión
 es justo; que si su estrella
 su inclinación atropella,
 dos cosas habré logrado,
 la una, hacer como cajado,
 la otra, alzarme con ella.
 Tanto á quereros me obligo
 desde el instante que os ví....
 Sancho, responded por mí,
 que no sé lo que me digo.

Don Juan.

Yo, señor....

Sancho.

¿No sois testigo
 de lo mucho que la quiero?
 Pues responded, majadero.

Don Juan.

¿Pues yo sé vuestro cuidado?

Sancho.

Haced lo que os he mandado,
 pues me costais mi dinero.

Don Juan.

Estas finezas serán
 sin alma.

Sancho.

Sean.

Don Juan.

¿Qué intenta?

Sancho.

Haced este rato cuenta,
 que soy Sancho, y vos don Juan.
 Así este rato hablarán, *ap.*
 que yo lo he dispuesto así.

Don Juan.

Como lo consienta aquí
doña Inés, servirte intentó.

Doña Inés.

Si es por mí, yo lo consiento.

Don Juan.

Pues ya empiezo.

Sancho.

Vaya.

Doña Inés.

Doña Inés.

Don Juan.

Yo, con tan finos desvelos
os quiero, y con tanto ardor,
que para decir mi amor,
os digo, que tengo celos:
primero fueron recelos;
pero hoy tan confuso estoy,
que cuando á deciros voy
quién soy, tal me llega á ver,
que por ser el que he de ser,
no soy con vos el que soy.
Con discurso desigual
habeis llegado á argüir,
que en no poderle decir
se hace mayor vuestro mal;
pero está mi pena tal,
como es celoso mi amor,
que al declarar el rigor
de mis pasiones veloces,
cuanto mas le digo á voces,
se hace mi incendio mayor.

Doña Inés.

¿Luego si yo le he callado,
mayor mal venga á sentir?

Don Juan.

No, que el mio ha de morir;
mas cuanto mas declarado,
mas fuego en decirle he hallado.

Doña Inés

Yo en no decirle un rigor.

Don Juan.

Yo con hacerle mayor,
ya á decirlo me sentencio.

Doña Inés.

Pues mi mal en mi silencio
tiene todo su dolor.

Don Juan.

Luego el alivio has hallado
en callarle, y reprimirle;
y yo el dolor en decirle,
cuando no ha de ser premiado.

Doña Inés.

¿Cuándo un amor no ha penado
mas cuando se ha de ocultar?

Don Juan.

¿Y en llegarle á declarar,
qué gloria habrá sin premiarle?

Doña Inés.

¿No es mucho peor callarle
sin poderle remediar?

Don Juan.

¿No es mal fuerte, y desigual,
mal que puede reprimirse?

Doña Inés.

Ni mal que puede decirse,
tampoco es muy grande mal.

Don Juan

¿Pero de estos males, cuál
es fuerza que mas apure?

Doña Inés.

Aquel que la voz procure;
que es mayor mi mal contemplo.

Don Juan.

Asegúrelo este egemplo.

Doña Inés.

Este egemplo lo asegure.

Don Juan.

El que oculta un accidente,
ó ya de honor, ó de afrenta,
le llora cuando le cuenta,
y calla cuando le siente;
y es, que entonces mas ardiente
se remueve aquel ardor;
si calla, cesa el dolor:
luego has experimentado,
que se hace menor callado,
y hablado se hace mayor.

Doña Inés.

Dices bien, pero imagina
para hacer concepto igual,
que cuando se cura un mal,
duele mas la medicina.
Esperiencia peregrina
en este egemplo hallarás,
pues cuando sintiendo estás
con voces tu mal veloz,
es que le cura la voz,
y por eso duele mas.

Don Juan.

Tambien lo contrario infiere,
que cuando los males duran,
por mitigarlos, procuran
que calle el que los refiere.

Doña Inés.

No quien tu discurso oyere
mis obediencias desdore,
que tambien (porque nó ignore
tu discurso mi opinion)
á quien duele el corazon ,
le piden que hable , y que llore.

Don Juan.

Pues , doña Inés , si es así ,
callar quiero mi pasion.

Doña Inés.

No , mejor es tu opinion:
yo he de hablar mi mal aquí.

Don Juan.

¿ Pues merezco tu amor ?

Doña Inés.

Si.

Don Juan.

¿ Qué gloria !

Doña Inés.

Hoy te premiarán
mis finezas.

Don Juan.

¿ Y serán
constantes ?

Doña Inés.

Amor es Dios.

Sancho.

Mucho se huelgan los dos ; *ap.*
yo me vuelvo á ser don Juan.

Doña Inés.

La calentura de amor *ap.*
se salió á mi labio ya.

Don Juan.

¿ Del mar del amor , qué presto *ap.*

cesó la tranquilidad!

Sancho.

O mal me anda el discursillo *ap.*
 ó soy diez tontos, y aun mas
 ó Inés me ha dicho su amor
 en cabeza de don Juan;
 si ella piensa que es criado,
 y yo el dueño, claro está,
 que por mí lo ha dicho: ello es,
 que este huevo quiere sal.
 ¿Oís? idos allá fuera.

Don Juan.

¿Sancho á solas qué querrá?

Beatriz.

Ya te obedezco, señor:
 no será posible echar
 á don Lope ahora. *oase.*

Don Juan.

¿Sancho
 con doña Inés, qué querrá?

Sancho.

¿No os vais?

Don Juan.

Ya me voy, señor.
 Desde aquí quiero escuchar *ap.*
 lo que dice.

ESCENA VII.

Doña Inés y Sancho.

Sancho.

Ahora bien, *ap.*
 yo me quiero desasnar,
 que no han de ser vizcainas
 las novias. Si Dios me dá

una muger, que me diga
 su amor tan de par en par,
 perderlo por mi señor
 es muy grande necedad.
 Dulce dueño de mis ojos,
 ¿podrá un marido gozar
 un poquillo de la fruta,
 que cria el árbol nupcial?

Doña Inés.

¡Esto te faltaba ahora *ap.*
 á mi dolor que llorar!
 ¡Qué no le haga mil pedazos!

Sancho.

Ella se quiere llegar, *ap.*
 y de puro vergonzosa
 la vuelve el respeto atrás.

Don Juan.

Vive el cielo, que si llega...

Sancho.

Si os dejais comunicar,
 vereis mas suave un alma,
 que la holanda y el cambray:
 sabed, que un marido en cierne
 bien puede ser manual,

Doña Inés.

¡Qué sufra esto y no le mate! *ap.*

Don Juan.

¡Qué no le salga á matar!
 ¡Hay tal bestia!

Doña Inés.

Vive el cielo...

Sancho.

Que hace de querer llegar,
 y el honorcillo la tiene
 si caerá ó no caerá;

mas yo he de ser el que embista,
péscola la mano, y zás. (1)

Doña Inés.

¿Cómo, villano atrevido,
te arrojas á profanar
en el templo de mi fama
el honor, que es su deidad?
¿Cómo, ¿...

Sancho.

Detened, señora.

Doña Inés.

¿O mi enojo y ó mi crueldad
no te hacen dos mil pedazos?

Sancho.

¿Dos mil pedazos no mas?

Doña Inés.

A no ser porque mis ojos
se sabrán de sí vengar,
no en lluvias de aljofar puro,
sino en fuentes de coral...
¿Pero iras, de qué servís? *ap.*
Cese vuestra actividad,
que no es bastante una queja
para aplacar todo un mal;
y si don Juan ha de ser
dueño de mi voluntad,
iras, temed, y morid,
penas, sufrid, y callad.

Sancho.

Yo puedo hacer de mi mano
un sayo, y aun un gavan.

(1) *Vuelve la cara, cógela la mano y bésala.*

ESCENA VIII.

Sancho y don Juan.

Don Juan.

Pícaro , viven los cielos
que ahora me has de pagar *dale.*
lo que has hecho.

Sancho.

¿ Yo qué hice ?

Don Juan.

Besar su mano.

Sancho.

No tal.

la mano me besó á mí.

Don Juan.

De este modo pagarás *dále.*
tu deslealtad.

Sancho.

¿ Pues señor ,
en qué he sido desleal ?

¿ He de perder , si me quiere ,
por tí mi comodidad ?

Don Juan.

Vive Dios... *dale.*

Sancho.

Tente , señor ,
no te precipites mas.

ESCENA IX.

Dichos y doña Inés. Pegale Sancho á don Juan.

Doña Inés.

¿ Qué es esto ?

Sancho.

Aqueste tacaño ,
descarado ganapan ,
no ha de estar una hora en casa :
aun he de pegarle mas. *dale*

Doña Inés.

Advertid que es buen criado.

Sancho.

Doña Inés , entraos á hilar ,
que es oficio de mugeres ,
y dejadme castigar
mis criados. Toma , puerco. *dale.*

Doña Inés.

Señor , mirad.

Sancho.

Bueno vá :

ea , pícaro , espulsion ,
idos de mi casa ¿ hay tal ?

Doña Inés.

Señor don Juan , si mi ruego
halla en vuestro amor lugar.

Sancho.

¿ Qué es lo que mandais , señora ?

Doña Inés.

¿ Qué ? que no le despidais.

Sancho.

Agradecedlo á mi esposa ,
que á no mandarme lo , ya
os habia de poner
como á un san Sebastian.

Grosero , velitre , ruin ,

hombrecillo , tal por cual ,
noramala para vos ,

¿ mi esposa os parece mal ?

Pues vergante , yo os prometo ,

que os la he de hacer descalzar.
 ¡O si pudiera un criado, *ap.*
 para poder descansar,
 sacudir de cuando en cuando
 á su dueño el balandran.

ESCENA X.

Don Juan y doña Inés.

Doña Inés.
 ¡Qué esto escuche! *ap.*

Don Juan.

¡Qué esto sufra! *ap.*

Doña Inés.
 ¡Si esto que dice es verdad! *ap.*
 ¡Si me aborrece!

Don Juan.

¿Qué espero? *ap.*
 Yo me quiero declarar.

Doña Inés.
 Pues torne otra vez mi pena *ap.*
 su llama á disimular.

Don Juan.
 Pero averiguar mi indicio *ap.*
 es medio mas eficaz.

Doña Inés.
 Y ahora dar lugar es fuerza *ap.*
 para que pueda sacar
 Beatriz á don Lope, pues
 oculto en mi cuarto está.

Don Juan.
 Esto ha de ser. *ap.*

Doña Inés.

Esto sea. *ap.*

¿Oís, Sancho?

Don Juan.

¿Qué mandáis?

Doña Inés.

Advertid... ¡Estoy confusa! *ap.*

Don Juan.

¿Qué decís? ¡Estoy mortal! *ap.*

Doña Inés.

Que cuando dije... ¡Ay que temo *ap.*

que rebiente este volcán

de mi fuego, si mi voz

hace á la llama lugar!

Don Juan.

Ea, declaraos, señora.

Doña Inés.

A poderme declarar,

yo dijera...

Don Juan.

¿Qué decís?

Doña Inés.

Que aunque oísteis...

Don Juan.

Acabad!

¿Qué estando yo tan cobarde, *ap,*

esfuerce á quien no lo está!

Doña Inés.

Que aunque os dije que os adoro,

era porque erais don Juan.

Don Juan.

Pues mi pena, y mi deseo

es porque á don Juan queráis.

Doña Inés.

¿Lo deseáis?

Don Juan.

Fuera mi gloria.

Doña Inés.

No me tiene voluntad. . . . *ap.*

¿Eso es cierto?

Don Juan.

Y es tan cierto,
que todo mi honor está,
en que á don Juan estimesis.

Doña Inés.

¿Luego no os asegurais
que le adoro?

Don Juan.

Estoy dudoso.

Doña Inés.

Pues no lo esteis, y pensad....

Don Juan.

¿Qué?

Doña Inés.

Que á don Juan solo quiero.

Don Juan.

Plegue á Dios que sea verdad.

ESCENA XI.

CUARTO DE DOÑA ANA.

Doña Ana.

Después que ayer don Fernando
me dió este cuarto, y después
que estuve con doña Inés
mi pena, y mi mal templando;
y después que por mi ayer
lloró en líquidos cristales,
porque obligan mas los males
cuando son de una muger;
estoy con grande cuidado

*

de ver que tan tarde es,
 y ni llama doña Inés,
 ni su padre me ha avisado;
 y en esta cuadra he sentido
 de Inés, á lo que yo infiero,
 airadas voces primero,
 y después confuso ruido.
 ¡Que este continuo anhelar
 mi amor; y mi honor moleste!
 El cuarto de Inés es este;
 entrarla quiero á buscar,
 para avisarla tambien
 que irme de su casa trato,
 pues cuanto mas me recato,
 mas lejos estoy del bien;
 porque si vengo á buscar
 á un hombre que me ha agraviado,
 ¿cómo en un cuarto cerrado
 mi cuidado le ha de hallar?
 y mas cuando ha presumido
 discursivo mi temor,
 que quien me fingió el amor
 el nombre me habrá fingido;
 y pues no he creído el nombre,
 sepa Inés este deseo....
 Mas por las espaldas veo
 dentro de su cuarto un hombre;
 yo me quiero volver pues:
 mas pienso que me ha sentido.

ESCENA XII.

Doña Ana y don Lope.

Don Lope.

Hacia aquí he escuchado el ruido:

vive Dios que es doña Inés.

Doña Ana.

**¡No me vió el rostro, que fuera
muy posible que importára!**

Don Lope.

¡Inés?

Doña Ana.

Yo cierro.

Don Lope.

Repara;

no cierres, aguarda, espera;

ya vengo determinado;

no pienses que has de cerrar.

Vive Dios que has de escuchar,

puesto que yo te he escuchado:

mi pena en este rigor

ya no puede estar mas muerta,

que no es la primera puerta

que le has cerrado á mi amor;

mas por si llegan á ser

zelos los que me pediste,

de la dama que dijiste

te quiero satisfacer.

Si tu padre te ha casado,

mi amor quiere mi desvío,

pues nunca al desvelo mio

costó su amor un cuidado.

En Burgos la hablé, y la ví,

y aun la llegué á merecer;

¿mas cómo puedo querer

á quien el nombre fingí?

Basten estos desengaños

si zelos tu enojo han sido,

que á nadie se le han pedido

zelos de amor de seis años.

Tu discurso apresurado
 á tu pasión atropella,
 pues solo me acuerdo de ella,
 porque me la has acordado.
 La satisfacción te doy,
 paga el premio de mi fé,
 pues ni la he visto, ni sé
 en qué parte está.

Doña Ana.

Aquí estoy;
 viven los cielos, ingrato,
 traidor, y mal caballero.....

Don Lope.

¿Qué es, ojos, lo que he mirado? *ap.*
 ¿Aquí doña Ana? ¿Qué es esto?

Doña Ana.

Que has de pagarme en venganzas
 lo que he escuchado en desprecios;
 y supuesto que te he hallado
 cuando te buscaba menos,
 de mi rigor serás ruina,
 y de mi agravio escarmiento.

Don Lope.

No des voces; oye, aguarda.

Doña Ana.

No me atajes.

Don Lope.

Yo prometo.....

Doña Ana.

¿Cercado de mi razón
 pide partidos tu miedo?

Don Lope.

Oye; detente, señora.

Doña Ana.

Don Fernando, aquí está el dueño

de mi ofensa , y el que dió
muerte á mi hermano don Diego.

Don Lope.

Mira que me iré.

Doña Ana.

¡ Ah traidor !

¡ No hay quien oiga mis empeños !

¡ No hay quien socorra el honor
de una muger !

ESCENA XIII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿ Qué es aquesto ?

Doña Ana.

¡ Válgame el cielo ! ¡ qué miro ! *ap.*

¡ Viva estatua soy de yelo !

Don Juan.

O es que mis ojos no han visto, *ap.*
ni mis oídos oyeron....

Don Lope.

O es que aquí mi sinrazon *ap.*
dejó mi acero suspenso....

Doña Ana.

O es que porque sienta mas, *ap.*
finge apariencias el miedo....

Don Juan.

O esta es mi hermana doña Ana, *ap.*
de tantos agravios dueño.

Don Lope.

O soy cobarde enemigo, *ap.*
pues no me irrito, ni muevo.

Doña Ana.

O este es mi hermano don Juan. *ap.*

Don Juan.

¿Pues qué aguardo? *ap.*

Don Lope.

¿Pues qué espero?

Salir es duelo forzoso. *ap.*

Don Juan.

Matarle es preciso empeño. *ap.*

Don Lope.

Mas quiero ver lo que intenta. *ap.*

Don Juan.

Pero no sé, vive el cielo, *ap.*

cuál de aquestas dos ofensas

deba castigar primero:

aquí á mi hermana he encontrado,

y á don Lope tambien veo;

esta ofensa es de mi honor,

y esta parece de celos.

Una siento como ardor,

y otra guardo como incendio;

si doy á mi hermana muerte

esta venganza divierto,

y si esta vengar procuro,

la mas importante dejo.

¿Pues cómo lo hará mi fama

para recobrar de nuevo

de mi sospecha y honor,

las dos venganzas á un tiempo?

Don Lope.

Hombre, que le has suspendido

á mi valor los aciertos,

ó acomete con la lengua,

ó hálblame con el acero.

Don Juan.

Pero si esta ofensa es cierta, *ap.*

y dudoso estotro afecto,

sea para mi venganza
mi honor, antes que mis celos.
Mujere, ingrata, porque así..... (1)

Doña Ana.

Señor, yo aquí.....

Don Lope.

Deteneos,
que aunque ella pidió favores
contra mí, ya estoy en tiempo,
que para librar su vida
vengo á ser quien la defiende,

Don Juan.

Luego contra vos pidió
favor cuando salí.

Don Lope.

Es cierto.

Don Juan.

¿Luego la debeis ofensa?

Don Lope.

¿Pues á vos que os toca de eso,
siendo de don Juan criado?

Don Juan.

Que soy criado os confieso;
y siéndolo fiel, me tocan
las ofensas de mi dueño.

Don Lope.

Pues esta dama.....

Don Juan.

Decid.

Doña Ana.

Atajar el riesgo quiero, *ap.*
pues piensa que no es mi hermano,
y satisfacerle á un tiempo.

En 'este cuarto que veis ,
de Inés , este caballero? ...
(no sé yo con qué intencion)
estaba oculto , y secreto.
Yo le ví salir , dí voces ,
quiso atajarme , y en este
saliste...

Don Juan.

Cierra los labios ,
tu voz pon en tu silencio ,
ó en el fondo de mi pena.
¡ Qué de sospechas renuevo! *ap.*
pues cuando en tantos agravios
me voy á hallar satisfecho ,
si hallo una sombra á mi honor ,
hallo una luz á mis celos.
Ahora bien , cierro esta puerta ,
Sancho no está en casa y puedo ,
puesto que tengo ocasion ,
satisfacerme yo mesmo.
Señor don Lope , sacad
la espada,

Don Lope.

Ya lo deseo , (1)
que los dos somos iguales
en llegando á los aceros;
¿ pero no hay campaña ?

Don Juan.

No ,

que es tan ardiente mi fuego ,
que si aquí con vuestra sangre
no intento apagarle presto ,
cuando le quiera templar ,

(1) *Sacan las espadas.*

Llegará tarde el remedio.

Don Lope.

Pues riñamos.

Don Juan.

Sois bizarro.

Riñen.

Don Lope.

**No parece, vive el cielo,
vuestro valor de hombre bajo.**

¿Llamaron?

(1)

Don Juan.

Sí.

Don Lope.

¿Pues qué haremos?

Don Juan.

Reñir.

Don Lope.

**¿No será mejor
ocultar el caso, y luego
ir á reñir á campaña?**

Don Juan.

**Yo nunca he mirado en riesgos
cuando riño.**

Don Fernando.

Abrid aquí.

Doña Ana.

**De esta ocasion me aprovecho,
abro la puerta.**

Don Juan.

No abras,

(1) **Llaman recio á la puerta.**

ESCENA XIV.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.

Detened, parad. ¿Qué es esto?

Don Juan.

Querer matar á don Lope.

Don Lope.

Matar á un criado necio.

Don Juan.

Volver por vos, y por mí.

Don Fernando.

¿Qué es esto que miro, cielos! *ap.*

¿Don Lope oculto en mi casa!

¿Sancho aquí tan descompuesto!

Don Juan.

¿Que don Lope haya salido! *ap.*

Doña Ana.

¿Que esté mi mal sin remedio! *ap.*

Don Fernando.

¿Doña Ana ya descubierta! *ap.*

Contadme, Lope este empeño.

Don Juan.

Yo os lo contaré mejor;

pero decidme primero,

¿no ocultais en vuestra casa

á doña Ana?

Don Fernando.

No lo niego.

A su padre don Alonso,

y aun á su hermano don Diego,

debí mil obligaciones,

que hoy publico, y hoy confieso,

y con guardar á doña Ana

pagárselas todas pienso,
pues le ha de importar su honor.

Don Juan.

¿Decid, y este caballero,
según vos decís, no es?.....

Don Lope.

Soy su amigo, y soy su deudo.

Don Juan.

Y decidme, don Fernando,
siendo criado, ¿no debo
mirar en ausencia suya
por el honor de mi dueño?

Don Fernando.

Mirar debeis por su honor,
no lo dudo, ni lo niego.

Don Juan.

Pues en el cuarto de Inés,
don Lope estaba encubierto,
doña Ana de él se quejaba,
ayrado salí á este tiempo;
ó esta ofensa es de doña Ana,
ó de doña Inés el duelo.

La una ofensa es de un agravio,
la otra de honor, y de celos;
y aunque yo vengo á ignorar
cuál es de estos dos sugetos
por quien se ofende la fama
de mi dueño, cuando es cierto
que es por una de las dos,
matarle por una quiero.

Don Fernando.

Tened la espada por Dios,
que este es el mayor empeño,
que han visto las experiencias
de mis años.

Don Juan.

¿Cómo puedo
esperaros?

Don Lope.

Acabad.

Don Juan.

¡Qué gran pena! *ap.*

Doña Ana.

¿Qué gran riesgo! *ap.*

Don Fernando.

Mas le quiero asegurar *ap.*
por doña Ana. Ya os advierto,
que de esta dama el honor,
es mas limpio que el sol mismo;
y del duelo de mi hija
no debo satisfaceros;
porque ese duelo me toca
como á su padre; y supuesto
que tengo seguridad
de don Lope, no pretendo
satisfaceros á vos,
pues que yo estoy satisfecho.

Don Juan.

A este cuarto no hay por donde
pudiese entrar, pues yo mismo
he estado en esta antesala
todo el dia.

Don Lope.

Vive el cielo,
que es querer con vuestro honor
apurar mi sufrimiento.

Apartad. *Embiste.*

Don Fernando.

Tened, don Lope;

porque es atrevido estés ,
que á un oriado se permita
las licencias de su dueño.

Don Juan.

Dejádmelo matarle.

Don Fernando.

Tente,

que me corro; vive el cielo,
que tocándome á mi tanto
el honor del dueño vuestro,
de mi honor y de mi espada
desconfieis osado y necio.

Don Juan.

Ya aquí no ha de ser posible *ap.*
satisfacerme; y supuesto

que es difícil, á estas cosas
quiero arriesgar un remedio.

Supuesto que os toca á vos,
yo admito vuestro consejo;
pero á los dos, dos palabras
pediros á un tiempo quiero.

Don Fernando.

Yo juré hacer lo posible.

Don Lope.

Y yo lo mismo os prometo.

Don Juan.

Que entregarse á doña Ana
á su hermano, es lo que os ruego;
y que vos acabareis
con don Juan aqueste duelo:
con lo cual, vengo á salir
de dos tan graves empeños,
pues á él toca conseguirlos,
y á mi toca el emprenderlos.

Don Fernando.

Yo ofrezco lo que pedis...

Don Lope.

Yo lo que ordenais ofrezco ;
pero es vergüenza , por Dios ,
que siendo quien sois , os demos
palabra , que será nueva.

Don Juan.

Vive Dios , que soy tan bueno
como don Juan , y que haré
que así lo confiese él mismo ;
y yo sé que don Juan es
tan puntual caballero ,
que lo que mi lengua diga ,
sabrás sustentar su acero.

Don Lope.

Pues yo os prometo buscarle.

Don Juan.

El os buscará primero.

Don Fernando.

Yo á doña Ana guardaré.

Don Juan.

Hareis como noble en eso.

Don Lope.

Pues buscadme.

Don Juan.

Ya es preciso.

Don Lope.

Porque veais....

Don Juan.

Eso quiero.

Don Lope.

Que mi espada....

Don Juan.

En la campaña

apran mas, los que hablan menos.

Don Fernando.

Mi hijo es don Juan, y á don Lope *ap.*
sangre y amistad confieso.

Doña Ana.

Si digo aqui que es mi hermano, *ap.*
correrá mi vida riesgo.

Doña Inés.

Este es el primer criado, *ap.*
que por su amo tiene celos.

Don Juan.

De doña Ana he de saber *ap.*
mi agravio y matarla luego.

Don Fernando.

Juntar á los dos procuro. *ap.*

Don Juan.

¿Ah don Lope, estais resuelto
á reñir con don Juan?

Don Lope.

Sí.

Don Juan.

¿Vos guardareis con secreto
á doña Ana?

Don Fernando.

Eso aseguro.

Don Juan.

Pues buscar á don Juan quiero.

Don Lope.

Yo le aguardo.

Don Juan.

Sois valiente.

Don Lope.

Sois leal.

Don Juan.

De eso me precio.

Déme mi agravio fortuna. *ap.*

Don Lope.

Déme mi valor esfuerzo. *ap.*

Don Fernando.

Consejo me den mis canas. *ap.*

Doña Inés.

Déme mi pasión remedio. *ap.*

Doña Ana.

Déme cordura mi ofensa. *ap.*

Don Juan.

Denme venganza los ciclos. *ap.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO:

Doña Ana con manto , y doña Inés deteniendola.

Doña Ana.

Dejame ir , Inés , y advierte...

Doña Inés.

Digo , qué no has de pasar.

Doña Inés.

¿ Qué intentas ?

Doña Inés.

Quiero evitar
con mi advertencia tu muerte.

Doña Ana.

Dejame ver el rigor
de una crueldad prevenida :
mira que ha de ser mi vida
medicina de mi honor.

Doña Inés.

Esta , doña Ana , ha de ser.

Doña Ana.

Reducirte en atajarme ,
mira que será matarme
por quererme defender :
temo el acero inhumano
de don Juan , que está ofendido.

Doña Inés.

Sancho , y mi padre han salido
juntos á buscar tu hermano ,
y así puedes divertir

*

tu mal.

Doña Ana.

Déjame, señora.

Doña Inés.

Mandóme mi padre ahora
que no te deje salir.

Doña Ana.

Si aquí me encuentra, imagina,
que don Juan me ha de matar.

Doña Inés.

En un riésgo suele estar
dispuesta la medicina.
Dí tu nuevo mal, que es mengua
morir confusa en callarle,
que para poder contarle,
es capaz toda tu lengua.

Doña Ana.

El mal que infiriendo estás
de mi fortuna enemiga,
cuando le hablo se mitiga,
y luego se enciende mas:
mayor mi desasosiego,
declarandole se fragua,
que á gran fuego echar poca agua,
es hacer mayor el fuego. *Llora.*

Doña Inés.

Manifiestame este ardor,
que callas tú, y yo recelo,
que yo te daré el consuelo
conforme al mal.

Doña Ana.

Tengo amor.

Doña Inés.

Yo tambien ese mal siento
con mas preciso dolor;

que no hay quien no tenga amor
en teniendo entendimiento.

Doña Ana.

Yo por mi honor con crueldad
á mi obligacion decente,
si no modesta, prudente
castigo mi voluntad.

Doña Inés.

Que es igual mi amor te digo
al que declarando estás;
pues que por mi honor no mas
le reprimo, y le castigo.

Doña Ana.

El mio ha de fallecer;
pues mi voz mi honor disfama.

Doña Inés.

Yo le doy sombra á mi llama
y nadie la ha visto arder.

Doña Ana.

Mayores son mis desvelos.

Doña Inés.

Mi pena ha sido mayor.

Doña Ana.

Mas pena es mi amor, que amor.

Doña Inés.

¿Qué es la pena?

Doña Ana.

Tengo celos.

Doña Inés.

Cuando ví que discurrias,
y que al tiempo que contabas
tu mal, tambien le llorabas,
conoci que le tenias:
mas ni me admiro, ni espanto,
que celos hayas tenido.

Doña Ana.

¿De qué lo has colegido?

Doña Inés.

De tu voz , y de tu llanto ;
 porque en la amorosa calma
 de sospechas y recelos ,
 son el amor y los celos
 las calenturas del alma ,
 que salen por dar despojos ,
 reducidos en agravios ,
 las de celos á los labios ,
 y las de amor á los ojos ;
 pues como en esta fortuna
 dispuestas siempre y abiertas
 el alma tiene dos puertas ,
 y amor no cabe por una ;
 para no suspender tanto
 los dos su afecto veloz
 los celos buscan la voz ,
 y el amor elige el llanto.

Doña Ana.

Pues otro mal hay aquí ,
 que aflige mas mis desvelos ,
 que de quien tengo estos celos ,
 es.....

Doña Inés.

De quién , dílo.

Doña Ana.

De tí.

Doña Inés.

¿Pues dí de qué has colegido
 esos celos , y por qué ?

Doña Ana.

Porque á don Lope encontré
 dentro en tu cuarto escondido.

Doña Inés.

¿Y yo estaba dentro?

Doña Ana.

No;

mas mi amante, ó mi enemigo,
pensó que hablaba contigo,
y su amor me declaró;
pues de aquel mismo desdén
mayor mi sospecha se hace,
porque aquel que satisface,
ó es querido, ó quiere bien.

Doña Inés.

Un desengaño mayor
es preciso que se arguya
en esta sospecha tuya.

Doña Ana.

¿Qué es?

Doña Inés.

Que ya tengo amor.

Doña Ana.

¿Y así, mi pena y mi afán,
cómo apagará esta llama?

Doña Inés.

No hay dama que quiera á dama,
que ha querido á su galán;
y así, por seguro ten,
que en mí no hay afecto tal,
pues yo te quisiera mal,
si yo le quisiera bien.

Doña Ana.

Celos he tenido aquí;
pero mal de ellos infieres,
pues no digo que le quieres,
sino que él te quiere á tí.

Doña Inés.

Pues si él traidor, ó infiel,
tu honor y amor ha ofendido,
esos celos que has tenido,
no son de mí sino de él.

Doña Ana.

Remedia mi pena fiera,

Doña Inés.

Yo lo mas que puedo hacer,
es llegarle á aborrecer,
no hacerle que no me quiera;
y mejor te estaba á tí
si me despreciára cruel,
que yo le quisiera á él,
que no que él me quiera á mí.

Doña Ana.

Dices bien; déjame, pues
no remedio tanto ardor,
por el riesgo de mi honor,
irme de tu casa, Inés.

Doña Inés.

Vive Dios, que no te has de ir;
y ahora tu mal infiera
que sí á don Lope quisiera,
yo te dejára salir.

Doña Ana.

Tanto un riesgo se previene,
que decírtelo no puedo.

Doña Inés.

Tu fama cure á tu miedo,

Doña Ana.

Don Juan no es don Juan.

Doña Inés.

El viene.

Doña Ana.

Pues tú no me has de esconder,
si librar quieres mi vida,
adónde estuve escondida.

Doña Inés.

Eso, doña Ana, ha de ser;
por esa falsa escalera
se vá á un cuarto principal;
espérame en él.

Doña Ana.

Mortal

mi alivio tu alivio espera. *case.*

Doña Inés.

Para verle en ocasion,
que no me vé, prevenida
quiero escucharle escondida. *Escóndese.*

ESCENA II.

Sancho.

Después de Dios, bodegon:
luego dirán, que es deshonra
comerlo allí sin sabor.

¡ Bendito seáis vos, señor,
que no me habeis dado honra!

En ser hombre desigual,
por mas me vengo á tener;
porque yo mas quiero ser
pícaro que cardenal.

Esto tengo por mas bueno,
que ser señor, y aun reynar;
que allá suele en el manjar
disimularse el veneno.

Pues ser pícaro dispongo,
que como Lope advirtió,

á ningun hombre se vió
 darle veneno en mondongo.
 Yo me entro á ser mas profundo,
 y yo me entro á discurrir,
 porque esto me ha de pudrir,
 que se usé honra en el mundo.
 ¿Porqué uno llegue á plantar
 (dejemos á un lado miedos)
 en mi cara cinco dedos,
 le tengo yo de matar?
 Pues respóndanme, ¿por qué?
 si hay barbero que me pone,
 cuando afeitarme dispone,
 como á un san Bartolomé,
 y llega con su navaja,
 que sabe Dios donde ha andado;
 y en fin, despues de afeitado,
 me toma el rostro, y me encaja
 cuatro ó cinco bofetones.
 ¿Porqué en otras ocasiones
 hay duelo, é indignacion,
 no es mejor un bofeton,
 que quinientos bofetones?
 ¿Que aquestos duelos prosigan,
 que sea el mentir afrenta,
 que no importa que yo mienta,
 y importa que me lo digan?
 ¿Que haya en el mundo este afan?
 ¿Que este uso en los hombres haya?
 Señor, aun los palos vaya,
 que duelen cuando se dan.
 Duelista, que andas cargado
 con el puntillo de honor,
 ¿dime, tonto, no es peor
 ser muerto, que abofeteado?

Y que á la muerte tan ciertos
vayan, porque el duelo acaben,
bien parece que no saben
los vivos lo que es ser muertos.

ESCENA III.

Sancho y Beatriz.

Beatriz.

Seais don Juan bien venido.

Sancho.

Beatriz, va de pundoñor.

Beatriz.

Don Lope, con mi señor,
á buscaros han salido,
y Sancho vuestro criado.

Sancho.

¿Qué me querian?

Beatriz.

No sé.

Sancho.

No me encontraron, porque
hoy he sido convidado.

Beatriz.

Vuestro suegro, y dueño mío,
aquesta llave que veis,
me dió para que os bajeis
al cuarto que está vacío.
Que será alegre os alabo;
quiere que abajo habiteis;
pero buen cuarto teneis.

Sancho.

Para mí basta un ochayo.

Beatriz.

Ya voy á bajar la cama.

Sancho.

¿Y en fin, por qué la bajais?

Beatriz.

Porque no es bien que vivaís
en el cuarto de mi ama.

Todos este yerro ven,
y que no estando casado,
será en la corte notado,
que durmaís arriba.

Sancho.

Bien;

dadme la llave.

Beatriz.

Tomad.

Sancho.

¡Lo que á servirme se humilla! *ap.*
Quereis creerme, Beatricilla,
que te tengo voluntad;
sí, juro á Dios.....

Beatriz.

¡Qué me dices!

¡Amor me tienes á mí?

Sancho.

Beatriz, desde que nací
fui inclinado á Beatrices.

Beatriz.

¡Qué á mí con afecto tal,
quererme tu engaño intente?

Sancho.

En siendo el amor corriente,
busco la dama usual.

Beatriz.

Que no he de quererte, digo;
ni en, mi ha de caer tal mancha.

Sancho.

Porque la ruego se ensancha ;
 ¡ que bien decia un amigo !
 que el que quisiere vencer
 cualquier gorrón , al llegar ,
 no la procure rogar ,
 si la puede acometer.
 ¡ En fin , no te persuades
 á pagar mi amor honesto ?

ap.

ESCENA IV.

Dichos y doña Inés.

Beatriz.

No.

Sancho.

Pues embisto.

Doña Inés.

¿ Qué es esto ?

Sancho.

¿ Esto ? Nada ; mocedades.

Doña Inés.

¿ Pues cómo habeis profanado
 mi opinion , y fama toda ?

Sancho.

Como se alarga la boda ,
 anda el hombre endemoniado.

Doña Inés.

¿ Vuestra voluntad ingrata ,
 como mi honra atropella ?

Sancho.

Yo no lo hacia por ella ,
 sino por tenerla grata.

Doña Inés.

Advertid.....

ESCENA V.

Dichos y don Fernando.

Don Fernando.

Señor don Juan.

Sancho.

Don Fernando, bien venido.

Don Fernando.

A buscaros he salido.

Sancho.

¿Qué hay de nuevo?

Don Fernando.

Hoy cesarán
mis dudas. *ap.*

Sancho.

Acabad, pues.

¿Qué querrá este viejo hablar! *ap.*

Don Fernando.

Solos hemos de quedar:

vete, Beatriz, vete, Inés.

Sancho.

Pues no se me ha de escapar
la Beatricilla tirana. *ap.*

Doña Inés.

Bajo á buscar á doña Ana; *ap.*
yo la voy á consolar.

ESCENA VI.

Don Fernando y Sancho.

Don Fernando.

¿Cómo no le digo, pues, *ap.*
de mi agravio estos extremos?

Sancho.

¿Señor suegro, qué tenemos?

Don Fernando.

Un empeño grande.

Sancho.

¿Y es?

Don Fernando.

Que al campo vais os exhorta
mi celo, que os desengaña.

Sancho.

¿Pues qué importa ir á campaña?

Don Fernando.

Es á reñir.

Sancho.

¿Eso importa?

Mas si obedeceros trato,
¿por qué irritarme quereis?

Don Fernando.

Porque un agravio teneis.

Sancho.

Vos sois grande mentecato.

Don Fernando.

¿Pues decid, de qué inferís
ser yo necio, y poco sabio?

Sancho.

¿Si yo no sabia mi agravio,
para qué me lo decís?

Don Fernando.

O atrevido ó inhumano,
que le deis la muerte espero,
porque está aquí el caballero,
que dió muerte á vuestro hermano;
y fuese valor, ó suerte,
quando matarle intentó,
en vuestra casa le dió
á oscuras sangrienta muerte.

Sancho.

¿A oscuras fué?

Don Fernando.

A oscuras fué.

Sancho.

Pues no quiero acometerle,
que si aquel mató sin verle,
¿qué hará de mí si me vé?

Don Fernando.

No vengaros será ultrage,
y aun cobardía será.

Sancho.

¿No miráis que sabe ya
cómo matar mi linage?

Don Fernando.

Que ese es temor imagino.

Sancho.

Pues tomar venganza espero:
¿quién es ese caballero?

Don Fernando.

Es don Lope mi sobrino.

Sancho.

Oh, pues si don Lope es,
templóse mi enojo ardiente,
basta ser vuestro pariente
para echarme yo á sus pies.

Don Fernando.

Que tomeis venganza elijo,
ó indignado, ó valeroso;
que siendo de Inés esposo,
mas sois vos, pues sois mi hijo.

Sancho.

Pues á morir se prevenga,
que ya amatarle me arrojo.

Don Fernando.
No tan presto.

Sancho.
Oh, si me enoja,
no hay demonio que me tenga.

Don Fernando.
Con otra ofensa profana
vuestra nobleza

Sancho.
Pues bien.

Don Fernando.
Hay otro agravio tambien.

Sancho.
¿Y es?

Don Fernando.
Que ofendió á vuestra hermana.

Sancho.
¿Cierto?

Don Fernando.
Podéislo creer.

Sancho.
Pues ya perdonarle intento.

Don Fernando.
¿Por qué?

Sancho.
Porque es juramento
de no reñir por muger.

Don Fernando.
¿Esa es la llama inhumana
con que vuestro enojo ardió?

Sancho.
¿Señor, he de andarme yo
hecho un rufian de mi hermana,
si por mis pecados negros
hace de mi muerte alarde?

Don Fernando.

Vive Dios, que sois cobarde.

Sancho.

Esto no toca á los suegros.

Don Fernando.

Si toca.

Sancho.

¡Hay tal matarme!

Suegro cisma, y suegro eterno,
si porque he de ser tu yerno
procuras despavilarme,
haces mal, que es sin razón,
porque un duelo satisfaga,
que este yernecidio se haga
antes de la posesión.

Don Fernando.

Sancho palabra le ha dado
de reñir por vos aquí.

Sancho.

Pues que la cumpla por mí,
ai la ha dado mi criado.

Don Fernando.

¿Así un honor se desdora?
¿No reñís por vuestra hermana?

Sancho.

Señor, reñir quiere gana,
y yo no la tengo ahora.

Don Fernando.

Vive Dios.

Sancho.

¡Hay tal porfia!

Don Fernando.

¿Que así un temor os reporta?

Sancho.

¡Hombre, ó suegro, que os importa

que yo me salga á matar?

Don Fernando.

Que cuando esposo os elija
de Inés; viendo esa templanza,
ó habeis de tomar venganza,
ó no habeis de ser mi hijo;
y sin que se satisfaga
el duelo, no hay que pensar
que no os tengo de casar.

Sancho.

Oye, de ese mal me haga.

Don Fernando.

¡Vive Dios!

Sancho.

¡Hay tal infierno
de hombre!

Don Fernando.

Cobarde, villano.

Sancho.

No se tome tanta mano
usted, que aun no soy su yerno.

Don Fernando.

La muerte daros sabré,
porque aunque me estoy templando...

ESCENA VII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

¿Qué es aquesto, don Fernando?

Don Fernando.

Escuchad, y os lo diré:
porque tome recompensa
hoy de su honor ofendido,
á vuestro dueño le pido,

que satisfaga esta ofensa,
 Pero hace tanto desprecio,
 con saber ya su enemigo,
 que al verle remiso digo
 que es cobarde, ó que es muy necio.
 Y puesto que tan templado
 deja vivo un deshonor,
 pues no sabe ser señor,
 ser señor, y ser criado,
 cuerdo podeis enseñarle
 á cumplir con su opinion.
 Esta fue mi obligacion,
 don Lope espera en la calle,
 hacédle tener valor,
 criado á un tiempo, y amigo,
 que aunque es grande su enemigo,
 es el agravio mayor.
 Irritadte vos aquí,
 pues templado se reporta;
 que aunque á mí su honor me importa,
 á él le importa mas que á mí.

Don Juan.

¿Pues decirme, como sabio,
 que otro agravio hay que vengar?

Don Fernando.

Don Juan le podrá contar,
 que don Juan sabe el agravio.

ESCENA VIII.

Don Juan y Sancho.

Don Juan

Sancho amigo, ¿qué es aquesto?

Sancho.

¿Fuese?

Don Juan.

Ya se fué.

Sancho.

Pues hablo,
dejemos aparte ahora
ficciones y disparates,
de mi amor y obligacion,
las bien seguras lealtades;
no es tiempo de burlas este.
¿Dime, no desafiaste
por mí esta tarde á don Lope?

Don Juan.

Sin llegar á declararme
le desafié.

Sancho.

¿Por qué?

Don Juan.

Mis sospechas se declaren;
porque de Inés en el cuarto
le hallé atrevido y amante.

Sancho.

¿No reñiste con él?

Don Juan.

No,
hasta hacer seguro examen
de su intento, y de una ofensa,
que es fuerza que honor te calle.

Sancho.

Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,
que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
Estrena la indignacion,
pon la razon de tu parte,
no se ultrage tu valor

ya que tu honor se profane,
 Don Lope ofende tu fama,
 tu acero intentó matarle;
 que aunque tus zelos ignoras,
 ignoras lo que mas sabes.
 Aprovecha la ocasión,
 sino quieres que se pase,
 su acero espera tu acero,
 matarle intenta arrogante,
 sino te hallare sangriento,
 determinado te halle.
 Procura...

Don Juan.

Calle tu voz;
 mis oidos no embaraces,
 porque segun me aconsejas,
 parece que estoy cobarde.
 ¿Dí, qué ofensa puede ser
 que á la de zelos se iguale?

Sancho.

La del honor.

Don Juan.

Dices bien;
 que en dos estremos tan grandes,
 respeto el un mal del otro,
 son quando mas tibias arden,
 las ofensas fuego activo,
 los zelos ceniza facil.
 Mas dime Sancho.

Sancho.

Señor.

Don Juan.

¿Dime, aquesta ofensa nace
 de mis zelos?

Sancho.

No, señor;

de otro agravio.

Don Juan.

No profanes

el sagrado de mi oído,

ó hayas que intente matarte.

Sancho.

En mi vida, como tuya,

te he de permitir que mandes;

y no te quiero decir,

ó tu desdoro, ó tu ultraje,

porque no podrás oírle,

ni yo he de poder contarle.

Don Juan.

Bien haces, que si un agravio

y que adivinan mis males,

sábenla ya todos?

Sancho.

Si.

Don Juan.

¡O, aqueste incendio me abrasa!

Sacale á campaña.

Don Juan.

No.

porque aunque se satisfacen
en el campo las venganzas,
en casos de honor tan graves,
aunque venza á mi enemigo,
no quiero yo aventurarme,
á que no se cuente bien,
que allí no lo vea nadie,
y con mirarlo y saberlo,
hay en Madrid lenguas tales,
que cuentan los vencimientos
á la luz de los desaires.

Sancho.

Pues, señor, ya no se usa
sacar la espada en la calle;
que en las calles de la corte
todas las guerras son paces.

Don Juan.

Si yo tuviera una casa
donde poder encerrarme

con él.

Sancho.

Espera, señor.

Don Juan.

¿Por qué?

Sancho.

Porque en este instante
se te cayó la pendencia
en la miel; aquesta llave
es de un cuarto de esta casa,
que aunque es bajo, es cuarto grande;
ahora me la dió Beatriz,
y dijo, que me bajase
á habitar en él; tú puedes,
pues él te espera, encerrante
con él, que si le das muerte,
tú y su viejo padre
han de saber tu venganza
y tú has de quedar triunfante.

Don Juan.

Dices bien; pues baja, Sancho,
y llámale.

Sancho.

Es disparate

en cosas que importan tanto:
ya bien puedes declararte
baja, y dí, que eres don Juan.

Don Juan.

En vano me persuades,
que si por solo unos celos
encubrí mi nombre amante,
¿cuanto más justo será,
que por mi honor me disfrace?
Y así, en tanto que vengado
todo este volcán se apague,

sabe tú sufrir mi nombre, pues yo sé pasar mi ultrage.

Sancho.

¿Dí, qué quieres hacer?

Don Juan.

Esto;

dame ahora aquella llave,

Sancho.

Toma;

¿qué intentas? Acaba.

Don Juan.

Ahora es fuerza que bajes y á desafiarte; que yo oculto quiero aguardarle dentro del cuarto escondido, y una industria ha de vengarme, que has de ver.

Sancho.

¿Dime, Señor,

en fin, ha de desafiarte?

Don Juan.

Si.

Sancho.

¿Y si le diese una priesa de reñir, y al mismo instante desatacase la espada, cómo quieres que le ataje?

Don Juan.

Hazle señas desde lejos, que él te seguirá al instante.

Sancho.

¿Y dí, si es como dervista y no viese las señas, qué quieres que haga, señor?

Don Juan.

Ya eso es pasar á cobarde.

Sancho.

No lea sino ser advertido.

En fin, quítale esperele.

Don Juan.

Dentro del onanto entré.

Sancho.

Mira que al entrar no aguardes
que él embista; embiste tú,
que temo que se adelante.

Don Juan.

Parte al punto.

Sancho.

A obedecerte.

voy como leal.

Don Juan.

Verásme,

si el cielo quiere, vengado;

que aunque no quiero escucharte

este agravio, mis discursos

son profetas de mis males.

Sancho.

Pues señor, voy por don Lope.

Don Juan.

Pues ya yo voy á esperarle.

Sancho.

Soy tuyo.

Don Juan.

Hoy he de premiar

tu lealtad.

Sancho.

No me la pagues;

mucho mas que yo en servirte:

vienes á hacer en mandarme.

Don Juan.

Sancho, á Dios.

Sancho.

Señor, á Dios.

El por quien es; hoy me bauta
de ser criado, y señor;
no sea el demonio que pague
los Sanchos aquesta vez
lo que hicieron los don Juanes.

ESCENA IX.

Beatriz.

Vino la señora noche,
muy preciadita de madre
de las sombras, mas cerrada
que colegio de estudiantes;
y á este cuarto principal,
he bajado en este instante
de don Juan, y su criado
las camas. Aquí no hay nadie
que me escuche, aunque doña Ana,
y mi señora, no saben
en ese jardín ocultas
los intentos de su padre;
mas ha de un hora que están
hablando; plegue á Dios que hablen
mas que soldados que vienen
de los estados de Flandes.
Yo solamente no tengo
á quien le cuente mis males;
pues vaya de soliloquio
que en cuantas comedias se hacen
no he visto que las criadas

lleguen á soliloquearse. (1)

Este criado, este hombre,
de linda presencia, y talle,
me aficiona por lo tosco,
y pica por lo arrogante.

He dado en pensar, qué es
desgarrado, y algo jaque,

y los bravos solamente
son los que me satisfacen.

Lleve el diablo á las mugeres,
que quieren lindos vergantes;

¿para qué es bueno un tacaño,
que se esté mirando el talle
desde el alba hasta la noche,

que presume que te hace
el amor de merced solo
en permitir que le hables?

¿No es mejor un bravo, que entra
muy zayno, y dice: ¿qué hace? =

¿Qué quiere que haga á las diez
de la noche yo? esperarle. =

¿No he dicho, que no me espere? =

¿Pues qué he de hacer? = Acostarse.

Y luego al punto me pega,

¡tanto de los gaznates,
seis manotadas! ¿qué no?

¿El había de tocarme
en el pelo de la ropa? =

¿Oye? = Bien oygo. = Que calle
le digo. = No he de callar;

en mi casa estoy, infame. =

Mire no demos al diablo
de comer. = Con lo que él trae,

(1) *Pone la luz sobre un bufete.*

ni de cenar le daremos.
 Y en fin, con lindo donaire,
 en bofetadas, y coces,
 me dá seis paños de pares.
 Esta es vida, y este es hombre;
 pasemos mas adelante.
 Llama un melilluo á la puerta;
 ¿Quién llama? ¿quién es? — Yo; abre.
 Entra, y lo primero es,
 irse al espejo á mirarse.
 Llegase luego la dama;
 y si ella quiere abrazarle,
 dice: mira esta valona,
 no sea que me la ajes.
 ¿Qué haya quien quiera á estos mandrias!
 ¿Qué haya muger que los hable,
 pudiendo cualquiera dama
 tener; si quiere buscarle,
 no lindo que la requiebre,
 sino hombre que la maltrate;
 que si he de hablar la verdad,
 las bofetadas me saben
 (si son á tiempo) mejor
 que gallinas, y faisanes.
 Pues volviendo á este criado (1)
 digo... Mas la puerta abren
 por defuera, ó yo me engaño;
 y porque ahora no hallen
 á doña Ana, y mi señora,
 presumo que es importante
 echar este cerrojillo,
 y avisarlas que se guarden. (2)

(1) Meten una llave por la puerta de adentro.

(2) Echa el cerrojillo que ha de haber.

Cé, señora . cé, doña Ana.

ESCENA X.

Beatriz, doña Ana y doña Inés.

Doña Inés.

¿Qué hay Beatriz?

Beatriz.

¿No oís la llave
con que abren la puerta?

Doña Inés.

Si.

Beatriz.

Pues subid, antes que llamen,
por esta escalera falsa.

Doña Inés.

A mi me importa quedarme
en aquesta cuádra oculta.

Beatriz.

En la escalerilla es fácil.

Doña Ana.

¿No ves que pudiera acaso
bajar por ella tu padre?

Doña Inés.

Pues volvamos al jardín.

Beatriz.

¿Abriré la puerta?

Doña Inés.

Abre,

que desde aquí escucharemos,
para saber cuanto pase. (1)

(1) Vanse las dos por donde se vinieron, y Beatriz tira el cerrojo y oase tras ellos.

Beatriz.

Tiro el cerrojo , y escurro
la bola hácia aquesta parte.

ESCENA XL.

Don Juan.

No acertaba por Dios á abrir la puerta;
ahora importa que se quede abierta;
poner la llave intento por de dentro.
Ya mi venganza halló felice centro.

En esta alcoba elijo recatado
prevenirle mi industria á mi cuidado;
ya llegan , y yo quiero
prevenir á mi honor mi ardiente acero:
hoy cobrará dichosa mi esperanza,
ó la satisfaciom , ó la venganza. *Escóndese.*

ESCENA XII.

Sancho y don Lope.

Don Lope.

Ea , señor don Juan , solos estamos;
ya es tiempo que cumplamos ,
pues son precisas las obligaciones ,
de una ofensa las dos satisfacciones;
y hallar quisiera para no ofenderos ,
medio para poder satisfaceros;
pero pues ya supisteis vuestro agravio ,
pase al acero la pasión del labio ,
que á una ofensa juzgada ,
satisface la lengua de la espada.
Por una parte intento provocaros ,
y por otra tambien cuido templaros;
que hoy temo vive Dios , (decirlo quiero)

vuestra 'razon , aun mas que vuestro acero.

Sancho.

Por san Cosme bendito , que he entendido *ap.*
que abrió mi amo la puerta , y que se ha ido.

Don Lope.

Ea , irrite el acero vuestro brio.

Sancho.

Esto no quiere priesa , señor mio.

El se fué , que dejó la puerta abierta. *ap.*

Don Lope.

Acabad , y cerremos esa puerta.

Sancho.

Esperad.

Don Lope.

Ya la cierro. *Ciérrela.*

Sancho.

Entre puertas yo llevo pan de perro. *ap.*

Don Lope.

Avivad de este fuego las cenizas.

Sancho.

Mas estocadas hay que longanizas,
tiempo hay harto , señor , por Jesucristo.

Junto á esta puerta á mi señor he visto. *ap.*

¿ Ea , señor , qué esperas ?
porque este hombre ha de darme para peras.

Don Juan.

Empieza , riñe para asegurarlo.

Sancho.

¿ Y si acaba conmigo al empezarlo ?

Don Lope.

¿ No vibrais el acero penetrante ?

Sancho.

Estoy haciendo cólera bastante.

Sal , que ya empiezo.

Don Lope.

¿Qué es aquesto?

Sancho.

Nada;

dejadme enderezar aquesta espada.

Don Lope.

Que suspendais vuestro valor me pesa.

Sancho.

Tuercese fácilmente; es genovesa.

Don Lope.

Acabad.

Sancho.

Vive Dios, que un real no vale.

¿A que espera mi amo que no sale? *ap.*

Don Lope.

Que no le importa, á vuestro brio infiero,
que el valor obra mas, que no el acero.

Don Juan.

¡O cielos, quién pudiera *ap.*
reñir aquí con él, sin que me viera! (1)

Sancho.

Ea, pues.

Don Lope.

Sois valiente y arrojado.

Sancho.

Helo sido, mas ya se me ha olvidado.

Ea, señor, arrojate valiente.

Don Lope.

Bien reñís, vive Dios.

Sancho.

Bonitamente.

Don Lope.

¿Pues como á mis impulsos no os provoco?

(1) Riñe Sancho con don Lope, y retirase.

Sancho

Mal me trata. *ap.* Espérad, tened un poco.

¿Mi amo, en que imagina? *ap.*

Vive Cristo, que pienso que es gallina.

Don Lope.

¿Decid, pues, que os ataja, ú os divierte?

Sancho,

¿Vos no le disteis á mi hermano muerte á oscuras?

Don Lope.

Sí.

Don Juan.

Buen medio ha elegido *ap.*
para reñir, y no ser conocido.

Sancho.

Pues mi cordura á mi valor ataja,
que yo no he de mataros con ventaja:
á oscuras fué el matarle por vengaros,
y á oscuras, vive Dios, he de mataros. (1)
Ea, señor, ahí tienes tu enemigo,
toma en él la venganza, ó el castigo.

Don Juan.

Mataréle, pues hoy quiere mi suerte
satisfacer mi fama con su muerte.

Sancho

Pues yo, donde él estaba estoy seguro.

Don Lope.

La luz muestra sus rayos en lo oscuro;
mas valiente por Dios os he advertido.
¡Viven los cielos, que me habeis herido!

Dentro don Fernando

Ola, Beatriz.

(1) Mata la luz, sale don Juan, riñe á oscuras con don Lope, y este sale herido.

Don Juan.

Que bajan luz recelo. *ap.*

Don Lope.

Yo he de vengar mi sangre, vive el cielo.

Don Juan.

Sancho, sal otra vez.

Sancho.

¿Qué dices?

Don Juan.

Presto. *Escóndese.*

ESCENA XIII.

Don Lope, Sancho y don Fernando.

Don Fernando.

Detened, esperad, don Juan; ¿qué es esto?

Sancho.

Esto, matar aquel que me ha ofendido.

Don Lope.

Y yo vengar mi sangre.

Don Fernando.

¿Estais herido?

Don Lope.

Si estoy.

Don Fernando.

¿Es cuchillada, ó estocada?

Sancho.

En mi vida he tirado cuchillada,
que es de bobos, y yo riño prudente.

Don Fernando.

No os tuve, vive Dios, por tan valiente.

¿Dónde es?

Don Lope.

En este brazo es la herida.

Sancho.

Esa es mi herida; no la erré en mi vida.

Don Fernando.

¿Y ahora vuestra ofensa impla,
que es lo que pretende hacer?

Don Lope.

Yo quiero satisfacer
con vuestra

Don

Uno, airado,
volved noble
que mucho
á irritaros, h
Que si al ha
hallo solos á
de ninguno,
me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente,
neutral mi pasión obligo;
uno es mi sangre, y amigo,
y otro mi amigo, y pariente.
Y puesto que no se vé
(según de los dos recelo)
satisfecho vuestro duelo,
reñid, que yo os miraré.

Don Lope.

Pues es tan cuerdo, admitir
es fuerza vuestro consejo.

Sancho

En efecto a questo viejo
me ha hecho por fuerza reñir.

Don Lope.

Ya la ira me obliga aquí
á irritaros inhumano,
yo di muerte á vuestro hermano,

y á vuestra hermana ofendí;
y así, atrevido y osado
todo mi amor os provoca.

ESCENA XIV.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Esa venganza le toca
solo á don Juan de Alvarado;
y así el acero indignad.

Don Lope.

¿Pues quién es don Juan aquí?

Don Juan.

Yo soy don Juan.

Sancho.

Es así.

Don Lope.

¿Y este es Sancho?

Sancho.

Así es verdad.

Don Juan.

Bien pude disfrazar yo,
oculto como criado,
un agrávio adivinado,
pero averiguado no.
Y así, para castigarle,
me hizo esfuerzos el sentirle;
que una cosa es presumirle,
y otra cosa es escucharle.
Que soy don Juan, bien se vé,
y también á oscuras fui
el que primero os herí
y el que ahora os mataré.
A mi sospecha ofendida,

tiró el indicio otra flecha,
 y así, vengué la sospecha
 con la sangre de esa herida.
 Mas ya que escuchó mi suerte
 mi agravio de vuestro labio,
 para sanear el agravio,
 he de comprar vuestra muerte;
 y así las satisfacciones
 prometidas se verán:
 mirad si sabe don Juan
 cumplir sus obligaciones.

Don Fernando.

¿Decid, por qué cauteloso
 tan oculto habeis estado?

Don Lope.

¿Por qué habeis disimulado
 el nombre?

Don Juan.

Estuve celoso.

Don Fernando.

¿Pues de quién los celos son?
 Decid el indicio aquí.

Don Lope.

¿De quién?

Don Juan.

De vos, pues os vi
 bajar por ese balcon.

Don Lope.

¿Vos lo visteis?

Don Juan.

Y despues,
 ó amante ó determinado,
 os hallé oculto, y cerrado
 dentro del cuarto de Inés.

Don Lope.
 ¿Pues por qué se declaró, y
 guardando ardor tan violento,
 aquí vuestro sentimiento?

Don Fernando.
 ¿No tenéis ya celos? ¿senos ayaq
Don Juan. No, si los y

Don Lope.
 Pues publican vuestros labios
 estos dudosos recelos
 ¿por qué no tenéis ya celos?
 Decid,

Don Juan.

Porque tengo agravios.
 Amor tuve con desvelos
 iguales á mi dolor,
 y así como en el amor
 hallan propiedad los celos,
 á un tiempo advertí, y dudé
 cautelosamente sabio;
 pero en sabiendo mi agravio,
 de mis celos me olvidé.
 Que si en dudas, y recelos
 de aquel repetido ardor,
 hay celos donde hay amor,
 donde hay agravios, no hay celos.

Don Lope.

Aunque ya como enemigo
 vibra la espada en la mano,
 advertid, que vuestro hermano
 era mi mayor amigo;
 y que á obscuras, torpe, y ciego,
 á don Diego muerte di;
 pero como no le ví,

no supe que era don Diego.

Don Fernando.

Y en mi crédito se allana
esta verdad, que es abono.

Don Juan.

Pues esta ofensa es perdono
y paso á la de mi hermana.
Hoy mi venganza me llama,
mucho mas que mi rigor;
mi hermana está sin honor,
y mi honor está sin fama:
y á satisfacer primero
el duelo esta ofensa aspira;
que esta pasión pide ira,
y esta ofensa pide acero.

Don Lope.

Cuando yo ofendí á doña Ana,
de un error nacieron dos,
que tampoco, vive Dios,
supe que era vuestra hermana;
que antes perdiera la vida
avergonzado, y corrido.

Don Juan.

¿Y por no haberlo sabido,
deja de estar ofendida?

Don Lope.

Ahora bien, ahora os muestro
lealtad con que os mitigo;
pues don Diego fué mi amigo,
yo lo quiero ser mas vuestro.
¿Si por templar los recelos
de vuestros discursos sabios,
os quitase los agravios,
quedaríais vos con celos?
¿Decid, no los templareis.

si halláis nuevas recompensas?

Don Juan.

Acabadas las ofensas, ¡Y
tengo amor, y los tendré.

Don Lope.

¿Y si con nuevos desvelos,
que han de pronunciar los labios,
satisfago los agravios,
y satisfago los celos,
no corregirá advertida
hoy vuestra sospecha fiera,
duelo, y amor?

Don Juan.

Eso fuera
darme honor, y darme vida;
y mitigareis así
todas mis sospechas.

Don Lope.

Pues

sábed, que yo quise á Inés,
y Inés no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasión,
viéndome á su amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el cuarto, y el balcón.
Y puesto que honores gano,
á satisfacer se allana,
con la mano de doña Ana,
la sangre de vuestro hermano.
Y si al sí de nuestros labios
doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra doña Inés,
ni habrá celos, ni habrá agravios.

Don Juan.

Nuevo honor en eso gano.

¿Pues dón de las dos están?

ESCENA XV.

Dichos, doña Inés y doña Ana.

Doña Inés.

Esta es mi mano, don Juan.

Doña Ana.

Esta, don Lope, es mi mano,

Don Juan.

Así mi honor se remedia.

Don Lope.

Ya no es mi amor tan ingrato.

Sancho.

Pues vuélvame mi retrato,

y tenga fin la comedia;

y acabarla presto es

porque un vitor alcancemos,

que Beatriz y yo podemos

irnos á casar después.

Merchant of Venice
Prattus

101. 7. 1941

17. 10. 11

102. 7. 1941

103. 7. 1941

104. 7. 1941

105.

106. 7. 1941

107.

108. 7. 1941

109. 7. 1941

110. 7. 1941

111. 7. 1941

112. 7. 1941

113. 7. 1941

114. 7. 1941

115. 7. 1941

116. 7. 1941

Donde hay agravios no hay celos.

Esta comedia es una de las mejores de don Francisco de Rojas, no solo por el interés que inspira su argumento, sino por la regularidad del plan y la conducta de la fábula. Desde la primera escena, en que se expone con sencillez y brevedad el argumento y empieza la acción, camina esta á su fin progresivamente, sin episodios ni interrupción alguna. Don Juan viene á casarse á Madrid enamorado de doña Inés por su retrato: apenas se apea va á su casa á visitarla á media noche, al mismo tiempo que vé descolgarse un hombre desde su balcon á la calle: celoso entonces de su amada, y deseando averiguar las sospechas que ha concebido resuelve valerse de la equivocación que cometió Sancho remitiendo desde Burgos á doña Inés el retrato suyo en lugar del de su amo. Don Juan se encarga, pues, de representar el papel de Sancho y le obliga á fingirse y presentarse en su lugar. De este modo forma el poeta la intriga de su comedia, cuyo título justifica despues, cuando sabiendo don Juan que es don Lope quien engañó á su hermana doña Ana y mató á su hermano don Diego, olvida los celos y trata solo de vengar sus agravios. Ya se conoce, por esta breve esposición que el asunto es por sí mismo interesante: falta que el poeta le desempeñe con acierto. Como suponemos siempre que nuestros lectores se enteran primero de la Comedia y forman su juicio antes de leer el nuestro, no trataremos ahora de aplicar determinadamente los principios del arte, ni molestaremos su atención probando con razones de mil especies que ha sido muy justo el placer que han experimentado en su lectura.

Las situaciones en que pone el poeta á sus personajes, acreditan su talento. La llegada de doña

Ana á casa de don Fernando solicitando su amparo y su favor contra el hombre que la ha burlado; la declaracion de don Lope á su tio, y sus solicitudes é inteligencia con Beatriz para conseguir el cariño de doña Inés, aumentan el interés y los obstáculos, y sin ofuscar la accion, producen escenas variadas é interesantes. No luce poco el ingenio de Rojas en esta parte. El encuentro de doña Ana con don Lope, y el de don Juan con entrambos en las tres últimas escenas del acto segundo, nada dejan que desear al espectador, y preparan perfectamente el desenlace. Hay otras muchas dignas de atencion. Véanse casi todas las del acto tercero.

Los caracteres son variados y están bien desenvueltos. El de doña Ana nos parece un poco débil, y el de don Juan le hubiera pintado con mas fuerza don Pedro Calderon. Los mas originales y mejor desempeñados, son los de Sancho y Beatriz. En ellos manifiesta Rojas su ingenio y agudeza: están llenos de gracias y sales cómicas. No podemos negarnos al gusto de repetir algunos pasages que nos agradan sobremanera.

Acto I. Escena I.

Don Juan.

Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

Sancho.

Oyes, la propia muger
no ha de ser mas que bonita;
y que ha de tener sabrás
semblante modesto y casto,
y hermosura para el gasto
de su marido no mas.

Acto II. Escena II.

Beatriz.

Yo te dejo
donde aprovecharte puedas
de tu prosa: dila aquello
de mi ángel, mi bien, mi estrella;
promete como persona
que no ha de dar; mete arenga;
dila que eres infelice,
que tienes infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche y se enternezca:
y si pudieres echar,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrimon, será cosa
para enternecer las peñas.

Don Lope.

Pues toma.. ..

Beatriz.

No hay que tratar.....

Don Lope.

Este bolsillo.....

Mira que llega tu ama.

Beatriz.

Pues venga el bolsillo. Llega;
y creeme que le tomo
por no parecer grosera.

La escena segunda y tercera del acto tercero, están rebozando gracia. Léanse con atención la novena y duodécima en que Sancho riñe con don Lope.

La versificación es fácil, llena y armoniosa. Hay pensamientos fuertes bien expresados.

Escena VII. Acto III.

Sancho.

Pues, señor, ahora es tiempo
que tu acero tu honor lave,

que las manchas del honor
 las saca el valor con sangre.
 Estrena la indignación,
 pon la razón de tu parte,
 no se ultrage tu valor,
 ya que tu honor se profane. &c.

Los versos largos tienen la languidez que casi todos los de los poetas antiguos en este género. Sin embargo, hay algunos que llaman la atención por su belleza.

Nací de noble sangre y valerosa,
 tan infeliz como si fuera hermosa,
 dice doña Ana en la escena décima del acto primero.
 Este pensamiento se halla en muchos de nuestros poetas.

¡Ay infelice de la que nace hermosa!
 repite uno de nuestros mejores líricos modernos.

Don Francisco de Rojas merece, pues, la atención de los inteligentes y el buen concepto que le han granjeado sus comedias.

**ENTRE BOBOS
ANDA EL JUEGO.**

PERSONAS.

Don Pedro.

Don Lucas.

Don Luis.

Don Antonio , viejo.

Doña Isabel de Peralta.

Doña Alfonsa.

Cabellera , gracioso.

Carranza , criado.

Andrea , criada.

La escena empieza en Madrid , sigue en las ventas de Torrejoncillo , Illescas , y campo de Cavañas, en cuya posada concluye.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Doña Isabel y Andrea.

Isabel.

¿Llegó el coche? ¿Es evidente!

Andrea.

Y la litera también.

Isabel.

¿Qué perezoso es el bien,
y el mal, ó qué diligente!
¿Que mi padre inadvertido,
darme tal marido intente!

Andrea.

Marido tan de repente,
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo; ¿no es así?
Pues viernes dijo que sí,
y el domingo por tí envió.
Cierta esta boda será,
según anda el novio listo;
que parece que te ha visto,
en la prisa que se da.

Isabel.

A obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andrea.

Andrea.

Puede ser, que este lo sea,

pero no hay marido bueno.
 Ver, como se hacen temer
 á los ojos menores,
 y aquel hacerse señores
 de su perpetua muger;
 aquella templanza rara
 y aquella vida tan fria,
 donde no hay un *alima mia*
 por un ojo de la cara;
 aquella vida tambien
 sin cuidados ni desvelos,
 aquel amor tan sin celos,
 los celos tan sin desden,
 la seguridad prolija
 y las tibiezas tan grandes,
 que pone un requiebro en Flandes
 quien llama á su muger hija:
 ¡ Ah, bien haya un amador
 de estos que se usan ahora,
 que está diciendo que adora
 aunque nunca tenga amor!
 Bien haya un galán en fin,
 que cultó á todo vocablo,
 aunque una muger sea diablo,
 dice que es un serafin.
 Luego que es mejor se infiera,
 (haya embuste ó ademan)
 aunque mas finja, un galán,
 que un marido, aunque mas quiera.

Isabel.

Lo contrario he de creer
 de lo que arguyendo estás,
 y de mi atención verás
 que el marido y la muger,
 que se han de tener no ignoro,

en tálamo repetido,
 respeto ella á su marido,
 y él á su muger decoro.
 Y este callado querer
 mayor voluntad se nombre;
 que no ha de tratar un hombre
 como á dama á su muger.
 Y así mi opinion verás
 y mi argumento evidente:
 menos habla quien mas siente,
 más quiere quien calla mas.
 No esa llama solicito,
 toda lenguas al arder;
 porque un amor bachiller
 tiene indicios de apetito.
 Y así tu opinion sentencio
 á mi enojo ó mi rigor,
 que antes es seña de amor
 la cautela del silencio.
 Digalo el discurso sábio
 si mas tu opinion me apura,
 que no es grande calentura,
 la que se permite al lábio.
 La oculta es la que es mayor,
 su dolor el mas molesto,
 y aquel amor que es honesto
 es el que es perfecto amor.
 No aquel amor siempre ingrato,
 todo sombras, todo antojos;
 que este nació de los ojos,
 y aquel se engendra del trato.
 Luego mas se ha de estimar
 porque mi fé se asegure,
 amor que es fuerza que dure,
 que amor que se ha de acabar.

Andrea.

¿Y dí, un marido es mejor
que en casa la vida pasa?

Isabel.

¿Pues qué importa que esté en casa
como yo le tenga amor?

Andrea.

Y el que es por fuerza ¿no es fiera
pension?

Isabel.

Tampoco me enfada.

Andrea.

Naciste para casada,
como yo para soltera.

Isabel.

Pues déjame.

Andrea.

Ya te dejo.

Pero este chisgaravis,
este tu fino don Luis,
galán de tapa y espejo;
ese que habla á borbotones
de su prosa satisfecho,
que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones:
¿qué es lo que de tí ha intentado?

Isabel.

Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.
Si á la iglesia voy, allí
oye misa junto á mí;
si pára el coche él se pára;
si voy á andar, yo no sé

como él se me aparece;
 si voy en silla, parece
 mi gentil-hombre de á pie.
 Y en efecto el tal señor
 que mi libertad apura,
 visto es muy mala figura,
 pero escuchado es peor.

Andrea.

¿Habla culto?

Isabel.

Nunca entabla
 language disparatado:
 antes por hablar cortado,
 corta todo lo que habla.

Andrea.

Vocablos de estrado son
 con los que á obligarme empieza;
 dice *crédito*, *finesa*,
recato, *halago*, *atencion*;
 y de esto hace mezcla tal,
 que aun con amor no pudiera
 decirlo, aunque tuviera
 méjor calor natural.

Andrea.

¡Ay, señora mía! malo.
 No le vuelvas á escuchar;
 que ese hombre te ha de matar
 con los requiebros de palo.

Isabel.

Yo admitiré tu consejo,
 Andrea, de aquí adelante.

Andrea.

Señora el que es fino amante
 habla castellano viejo.
 El atento y el pulido,

que este pretende, creerla, como
ser escuchado no mas,
mas no quiere ser querido.

Isabel.

Andrea, amiga, sabrás,
que tengo amor ¡Ay de mí!
á un hombre que una vez vi.

Andrea.

Dime ¿y no le has visto mas?

Isabel.

No, y á llorar me provoco
de un dolor enternecida.

Andrea.

¿Y qué le debes?

Isabel.

La vida.

Andrea.

¿No sabes quien es?

Isabel.

Tampoco.

Andrea.

Para que ese enigma crea,
¿cómo, te pregunto yo,
de la muerte te libró?

Isabel.

Oye y lo sabras, Andrea,

Andrea.

Para remediarlo falta
saber tu mal.

Isabel.

Oye.

Andrea.

Di.

Cabellera dentro.

¡Ah de casa, ¿Pasa aquí?

doña Isabel de Peralta?

Andrea.

Por tí preguntan: ¿Quién es?

Isabel.

¿Si vienen por mí?

Andrea.

Eso infiero.

¿Quién es?

ESCENA II

Dichos y Cabellera.

Cabellera.

Entrome primero,
que yo lo diré despues.

Isabel.

¿Qué quereis?

Cabellera.

Si hablaros puedo,
y no os habeis indignado,
¿podré daros un recado
de don Pedro de Toledo?

Isabel.

Hablad; no esteis temeroso.

Cabellera.

¿Buen tallo! *ap.*

Isabel.

Hablad.

Cabellera.

Yo me animo.

Isabel.

¿Quién es don Pedro?

Cabellera.

Es un primo
del que ha de ser vuestra espóso.

que viene por vos.

Isabel.

Sepamos,
que es lo que envía á decir.

Cabellera, dándole una carta.

Que es hora ya de partir,
si estais prevenida.

Isabel.

Vamos.

Si esto que miro no es sueño,
no sé lo que puede ser.
¿Cómo no me viene á ver
ese primo de mi dueño?

Andrea.

¡O marido apretador!

Isabel.

¿Yo he de irme con tanta prisa?

Cabellera.

Señora, es orden espresa
de don Lucas mi señor:
y para él delito fuera,
no llegarle á obedecer.
Manda, que aun no os venga á ver
cuando entreis en la litera.

Isabel.

¿Quién ese don Lucas es?

Cabellera.

Quien ser tu esposo previene.

Isabel.

Escelente nombre tiene
para galan de entremés.
¿Vos le servis?

Cabellera.

No quisiera;
mas sirvome.

Andrea.

¡Buen humor!

Cabellera.

Nunca le tengo peor.

Isabel.

¿Cómo os llamais?

Cabellera.

Cabellera.

Isabel.

¡Qué mal nombre!

Cabellera.

Pues yo sé,
que á todo calvo aficiona.

Isabel.

No me dirás, ¿qué persona
es don Lucas?

Cabellera.

Si diré.

Isabel.

¿Hay mucho que decir?

Cabellera.

Mucho,
y mas espacio quisiera.

Andrea.

Tiempo hay harto, Cabellera.

Cabellera.

Pues atended.

Isabel.

Ya os escucho.

Cabellera.

Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno,
no es por su casa, que es
por un Cigarral que ha hecho,

es un caballero flaco ,
 desvaído , macilento ,
 muy cortísimo de talle ,
 y larguísimo de cuerpo :
 las manos de hombre ordinario ,
 los pies un poquillo largos ,
 muy bajos de empeine y anchos ,
 con sus juañetes y pedros :
 zambo un poco , calvo un poco ,
 dos pocos verdiniereno ,
 tres pocos desaliñado ,
 y cuarenta muchos puerco .
 Si canta por la mañana ,
 como dice aquel proverbio ,
 no solo espanta sus males ,
 pero espanta los ajenos .
 Si acaso duerme la siesta ,
 da un ronquido tan horrendo ,
 que duerme en su Cigarral ,
 y le escuchan en Toledo .
 Come como un estudiante ,
 y bebe como un Tudesco ,
 pregunta como un señor ,
 y habla como un heredero .
 A cada palabra que habla ,
 aplica dos ó tres cuentos ;
 verdad es que son muy largos ,
 mas para eso no son buenos .
 No hay lugar donde no diga ,
 que ha estado ; ninguno ha hecho
 cosa que le cuente á él ,
 que él no la hiciese primero .
 Si uno va corriendo postas
 á Sevilla , dice luego :
 yo las corrí hasta el Perú ,

con estar el mar en medio.

Si hablan de espadas, él solo
es quien mas entiende de esto,
y á toda espada sin marca
la aplica luego el maestro.

Tiene escritas cien comedias,
y cerradas con su sello,
para si tuviere hija,
dárselas en dote luego.

Pero ya que no es galán,
mal poeta, peor ingenio,
mal músico; mentiroso,
preguntador sobre necio,
tiene una gracia no mas,
que con esta le podremos
perdonar esotras faltas;
que es tan mísero y estrecho,
que no dará, lo que ya
me entenderán los atentos;
que come tan poco el tal
don Lucas, que yo sospecho,
que úr: aun esto podrá dar,
porque no tiene excrementos.

Estas, Damas, son sus partes,
contadas de verbo ad verbum;
esta es la carta que os traigo,
y este el informe que he hecho.

Queré:le, es tan cargo de alma,
como lo será de cuerpo.

Partiros, no haria muy bien;
casaros, no os lo aconsejo;
meteros Monja, es cordura:
apartaros de él, acierto.

Hermos: sois, ya lo admire:
discreta: sois, no lo niego:

y así estimaos como hermosa;
y puds sois discreta, os ruego,
que antes que os vais á casar,
mireis lo que hacéis primero.

Isabel.

¡ Buen Informe!

Andrea.

Razonable.

Isabel.

Pero dime, ¿ cómo siendo
su criado, hablas tan mal
de las partes de tu dueño?

Andrea.

¿ Como quien come su pan?....

Cabellera.

¿ Yo le como? ni aun le almuerzo.
Sirvo por mi devocion;
que hice un voto muy estrecho,
de servir á un miserable,
y estoyle ahora cumpliendo.

Isabel.

¿ Pues os pasais sin comer?

Cabellera.

Sino fuera por don Pedro,
su primo, fuera criado
de vigilia.

Isabel.

¿ Y (dinos esto)
don Pedro quien es?

Cabellera.

¿ Quién es?

Es el mejor caballero,
mas bizarro y mas galan,
que alabar puede el escudo;
y á no ser pobre, pudiera

*Foro aux
Planta*

competir con los primeros. : ab.
 Juega la espada y la daga : an
 poco menos que Pacheco. : as
 Narguez, que tiene ajustada : ip
 la punta con el objeto. : :
 Si torea, es Cantillana, : :
 es un Lope, si hace versos, :
 es agradable, cortés, : :
 es entendido, es atento, :
 es galán sin presunción, :
 valiente sin querer serlo,
 queriendo serlo, bien quisto,
 liberal, tan sin estruendo,
 que dá, y no dice que ha dado,
 que hay muy pocos que hagan esto.

Andrea.

¿Es posible que tu padre,
 eligiese aquel sugeto,
 pudiéndote dar escote?

Cabellera.

No me espanto, que en efecto,
 éste no tiene un ochavo,
 y escote tiene dinero.

Andrea.

¿Pues que importa que lo tengas,
 si lo guarda?

Isabel.

Yo no quiero
 sin el gusto la riqueza.
 Decidme: y ese don Pedro,
 tiene amor?

Cabellera.

Yo no lo sé;
 mas trátanle casamiento
 con la hermana de don Lucas,

doña Alfonso de Toledo,
 que puede ser melindrosa
 entre monjas; y os prometó
 que se espanta de una araña,
 aunque esté cerca del techo
 Vió un raton el otro dia
 entrarse en un agujero,
 y la dió de corazon
 un mal con tan grave aprieto,
 que entre siete no pudimos
 abrirla siquiera un dedo;
 pero son ellos fingidos,
 como yo criado vuestro.
 El viene ya á recibiros

Isabel.

No vendrá, que vive el cielo,
 que hoy ha de saber mi padre...

ESCENA III.

Dichos y don Antonio.

Antonio.

doña Isabel ¿qué es aquesto?

Isabel.

Es que yo no he de casarme,
 mándenlo. ó no tus preceptos,
 con don Lucas.

Antonio.

¿Porqué, hija?

Isabel.

Por que es miserable.

Antonio.

Eso

no te puede á tí estar mal,
 siendo su muger, supuesto

que vendrás á ser mas rica,
cuanto el fuere mas estrecho.

Isabel.

Es porfiado.

Antonio.

No porfiar
con él, y te importa menos.

Isabel.

Es necio.

Antonio.

El te querrá bien,
y el amor hace discretos.

Isabel.

Es feo.

Antonio.

Isabel, los hombres,
no importa que sean muy feos.

Andrea.

Señor, es puerco.

Antonio.

Limpiarle.

Sea lo que fuere, en efecto,
yo os he de casar con él.

¡Será mejor un mozueto
que gaste el dote en tres días
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.

¡Cásoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, y haceis pucheros!
¡Qué carta es esa?

Isabel.

Una carta.
de mi esposo.

Antonio.

¿Y yo, no tengo
carta alguna?

Cabellera.

No, señor.

Voy á llamar á don Pedro,
porque hasta daros las cartas
no tuve orden para hacerlo.

Guárdeos el cielo. *Vase.*

ESCENA IV.

Doña Isabel, don Antonio y Andrés.

Antonio.

El os guarde.

Isabel.

Quitadme la vida, cielos. *ap.*

Antonio.

Veamos qué dice la carta.

Isabel.

Dice así.

Antonio.

Ya estoy atento.

Isabel.

Lee. Hermana, yo tengo scís mil cuarenta y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi primo, si no tengo hijos. Hanme dicho que vos y yo podemos tener los que quisiéremos: venios ésta noche á tratar del uno, que tiempo nos queda para los otros. Mi primo vá por vos: poneos una mascarilla para que no os vea, y no le hableis, que mientras yo viviere no habeis de ser vista ni oída. En las ventas de Torrejuncillo os espero: venios luego, que no están los tiempos para esperar en venta. Dios os guarde y os dé mas hijos que á mi.

Andrea.

¡ Hay tal bestia !

Isabel.

Dime ahora
bien de aqueste majadero.

Antonio.

Si haré , que no es disparate
el que viene dicho a tiempo.
Don Lucas es hoy marido ,
y para empezar á serlo
ha dicho su necesidad
como tal ; porque en efecto ,
no es marido , quien no dice
un disparate primero. (1)
La mascarilla está aquí.

Andrea.

Y está en el zaguán don Pedro.

Antonio.

Pues pónstela , antes que suba.

Isabel.

Si esto ha de ser obedezco. (2)

Andrea.

Llamarón.

Isabel.

Llegó mi muerte.

Antonio.

Abre la puerta.

Andrea.

Esto es hecho.

(1) Dale una mascarilla.

(2) Pónese la mascarilla.

ESCENA V.

Dichos, don Pedro y Cabellera.

Andrea.

Sea usted muy bien venido.

Antonio.

Don Pedro, guárdeos el cielo.

Pedro.

Seais, señor don Antonio,
bien hallado

Antonio.

¿Venís bueno?

Pedro.

Salud traigo. ¿Y vos?

Antonio.

Sentaos.

Pedro.

Perdonadme, que no puedo;
que me ha ordenado don Lucas
que llegue y no tome asiento,
que os pida su esposa á vos,
y que se la lleve luego.

Isabel.

! Cielos, qué es esto que miro!
¿Este no es el caballero,
á quien le debí la vida?
¿Andrea?

Andrea.

¿Qué hay? ¿Qué tenemos?

Isabel.

Este es el que te contaba
que tengo amor.

Andrea.

No te entiendo.

¿Este es quien te dió la vida,
com o me dijiste?

Isabel.

El mismo.

Andrea.

¿Y éste, á quien quieres?

Isabel.

También.

Andrea.

Si éste es primo de tu dueño,
¿qué has de hacer?

Isabel.

Morir, Andrea.

Pedro.

Aunque no merezca veros,
si las conjeturas ven,
divina Alfonsa, ya os veo:
mas sois vos, que vuestra fama.
Mal haya el que lisonjero,
yendo á pintaros perfecta,
aun no os retrató en bosquejo.
Hermóso enigma de nieve,
que el rostro habeis encubierto,
para que no os adivinen,
ni los ojos, ni el ingenio:
Geroglífico difícil,
pues cuando voy á entenderos,
cuanto sôlicito en voces,
tanto acobardo en silencios.
Permitid vuestra hermosura;
mas no hagais tal, que mas quiero
ver esa pintura en sombras,
que haber de envidiarla en lejos.
Claro cielo, sol y rayo,
que está esta stube fejiendo,

venid á Toledo á ser
 el mas adorado objeto ,
 que supo lograr cupido ,
 en los brazos de himeneo.
 La voz de don Lucas habla
 en mi voz ; yo soy quien ciego
 á ser intérprete vine
 de aquel amor extranjero.
 Y pues sois rayo , alumbrad
 entre sombras y reflejos ;
 pues sois cielo y sol , usad
 de vuestros claros efectos ;
 geroglífico , explicaos ;
 enigma , dad á entenderos ;
 pues descubriéndoos sereis ,
 con una causa y á un tiempo
 el geroglífico , el rayo ,
 el sol , la enigma y el cielo .

Andrés.

Discreto parece el primo.

Isabel.

Advertid , señor don Pedro ,
 que se ha ido vuestra voz
 hácia vuestro sentimiento.
 Doña Isabel es mi nombre ,
 no doña Alfonsa , y no quiero ,
 que á ella la representeis ,
 y ensayéis en mí el requiebro.
 Y aunque el favor me digais
 por el que ha de ser mi dueño ,
 no os estimo la alabanza
 que me hacéis. Vedme primero ,
 y creeré vuestras lisonjas ,
 creyendo que las merezco .
 Pero sin verme , alabarme .

es darme á entender con eso ,
ó que yo soy presumida
tanto , que pueda creerlo ;
ó que don Lucas y vos
teneis un entendimiento.

Pedro.

Pues el sol , aunque se encubra
entre nubes , no por eso
deja de mostrar sus rayos
tan claros , si no serenos.

El iris , ceja del sol ,
mas hermoso está y mas bello ,
cuando entre negras celages
es círculo de los cielos.

Mas sobresale una estrella
con la sombra ; los luceros ,
porque esté oscura la noche ,
no por eso alumbran menos.

Perfume el clavel del prado
en verse carcel cubierto ,
por las quiebras del capillo
dá á leer sus hojas luego.

¿ Pues qué importa , que esa nube
ahora no deje veros ,
si habeis de ser como el iris ,
clavel , estrella y lucero ?

Antonio

Doña Isabel , ¿ qué esperamos ?
A la litera.

Pedro.

Teneos :
que vos no habeis de salir
de Madrid.

Antonio.

¿ Por qué , don Pedro

Pedro.

Porque no quiere mi primo.

Antonio.

Pues decidme, ¿cómo puedo
dejar de ir á acompañar
á mi hija? Demas de eso,
que si yo no se la doy,
y lo que ordena obedezco,
¿cómo me podrá dar cuenta,
de lo que yo no le entrego?

Pedro.

Todo eso está prevenido.

Ved ese papel que os dejo,
con que no necesitais,
de partiros.

Antonio.

Ya lo leo.

¿Qué es esto? ¿Papel sellado!

(1)

Andrea.

¿Qué será?

Cobellera.

Yo no lo entiendo.

Antonio.

*Lee. Recibi de don Antonio de Salazar una mu-
ger, para que lo sea mia, con sus tachas buenas ó
malas, alta de cuerpo, pelimorena y doncella de fac-
ciones; y la entregaré tal y tan entera, siempre que
me fuere pedida por nulidad ó divorcio. En Toledo á
de setiembre de 638 años.*

Don Lucas del Cigarral, Toledo.

Isabel.

¿Para mi carta de pago?

(1) Abre un pliego.

Antonio.

¡Don Pedro, este caballero
piensa, que le doy muger,
ó piensa, que se la vendo?

Cabellera.

Pues yo sé, que va vendida
doña Isabel.

Andrea.

Yo lo creo.

Antonio.

Yo quiero ver á don Lucas
en las ventas. Vamos luego;
ven, Isabel.

Isabel.

A morir,

¡Valedme, piadosos cielos! *ap.*

Pedro.

Aunque esté vuestra pintura
en borron, tiene unos lejos
dentro, que el alma retrata,
que casi son unos mismos.

Isabel.

¡Quién pudiera descúbrirse! *ap.*

Pedro.

¡Quién viera su rostro! *ap.*

Isabel.

¡Cielos, *ap.*

qué nave halló la tormenta
en las bonanzas del puerto!

Antonio.

Ea, Isabel, á la litera.

Andrea.

Vé delante.

Cabellera.

Allá te espero.

Antonio.

Yo le erré, vamos.

Isabel.

Ya voy.

Antonio.

¿Qué esperais?

Pedro.

Va os obedezco,

Isabel.

¿Si fuese yo la que quiere?

Pedro.

¿Si este es mi perdido dueño?

Antonio.

Mas si don Lucas es rico,

¿qué importa que sea necio?

ESCENA VI.

SALA EN LA VENTA DE TORREJONCILLO.

Don Luis y Carranza.

Carranza.

¿No me dirás, don Luis, á donde vamos?

Ya en la ventas estamos

del muy noble señor Torrejoncillo,

ú del otro segundo Peralbillo;

pues aquí la hermandad mesonizante
asaetea á todo caminante.

Don Luis, habla: conmigo te aconseja.

¿No me dirás que tienes?

Luis, paseándose.

Una queja.

Carranza.

¿A qué efecto has salido de la corte?

En estas ventas, dí, ¿qué habrá que importe

para tu sentimiento?

Dí, ¿qué tienes, señor?

Luis.

Desvalimiento,

Carranza.

Deja hablar afeitado;

y dime, ¿á qué propósito has llegado

á estas ventas? Ríereme en efeto,

¿qué vienes á buscar?

Luis.

Busco mi objeto.

Carranza.

¿Qué objeto? Habladme claro, señor mío.

Luis.

Solicito á mi llama mi alvedrío.

Carranza.

¿No acabaremos, y dirás qué tienes?

Luis.

¿Quieres que te procure á mis desdenes?

Carranza.

A oírlos, en tu pro yo me sentencio.

Luis.

Y en fin, ¿han de salir de mi silencio?

Carranza.

Dílos, señor.

Luis.

Pues á mi voz te pido,

que hagas un agasajo con tu oído.

Carranza amigo, yo me hallé inclinado;

costóme una deidad casi un cuidado;

mentalmente la dije mi deseo;

aspiraba á los lazos de himeneo;

y ella viendo mi amor enternecido,

se dejó tratar mal del Dios Cupido.

Su padre, que colige mi deseo,

en Toledo la llama á nuevo empleo,
 y hoy sale de la corte
 para lograr indigno otro consorte.
 Por aquí ha de venir, y aquí la espero;
 convalecer á mi esperanza quiero,
 dando al labio mis ímpetus veloces,
 á ver que hacen sus ojos con mis voces.
 Isabel es el dueño,
 vida del alma, y alma de este empeño,
 la que con tanto olvido
 á un amante feroz por un marido.
 Suspiraré, Carranza, vive el cielo,
 aunque me cueste todo un desconsuelo;
 intimaréla todo mi cuidado,
 aunque muera, de haberle declarado;
 culparé aquel desden, que el pecho indicia,
 aunque destemple airada la caricia.
 Mas si los brazos del consorte enlaza,
 indignaréme con el amenaza;
 mis ansias irritado, airado, fiero,
 trasladaré á las iras del acero;
 que es descrédito, hallarme yo corrido,
 quedándose mi amor tan desvalido.
 Esta es la causa, porque desta suerte
 yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
 de suerte, que corrido, amante y necio
 vengo á entrar por las puertas del desprecio;
 con vuelo que la luz penetrar osa,
 galanteo mi muerte, mariposa;
 porque en este desden, que amante extraño,
 me suelte mi albedrío el desengaño,
 y en este sentimiento
 mi elección deje libre mi tormento,
 y para que Isabel desconocida
 logre mi muerte, pues logró su vida.

Carranza.

Oí tu relacion y maravilla,
¿Que con cuatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes?

Luis.

Gente cursa el camino. ¿Si ha llegado?

Carranza.

¿Qué es cursa? ¿Este camino está purgado?

Dentro uno.

¡Ah de la venta!

Dentro todos.

¡Hala!

Dentro uno.

Ah seor Véntero

¿hay qué comer?

Dentro dos.

No faltará carnero.

Dentro uno.

¿Es casado vusted?

Dentro dos.

Mas ha de treinta.

Dentro uno.

Segun eso carnero hay en la venta.

Dentro tres.

Huesped, así su nombre se celebre,
vendame un gato, que parezca liebre.

Dentro todos.

¡Hala!

Dentro uno.

¿Qué hay?

Dentro dos.

Mentecato,

compra al huesped, que es libre, y tira á gato

Carranza.

Una dama y un hombre más.

Luis.

Quedo.

Espérate, que vienen de Toledo.

Carranza

Nada, pues, te alborote.

Dentro uno.

¿Donde van Dulcinea y don Quijote?

Dentro dos.

¿Donde han de ir? Al Toboso por la cuenta.

Lucas dentro.

Voy al infierno.

Dentro uno.

Eso es á la venta.

Luis dentro

¡Raro sujeto es este que ha llegado!

Carranza.

Aqueste es un don Lucas, un menguado de Toledo.

Dentro uno.

Ah señor hoesped, si le agrada, echeme ese fiambre en ensalada.

Dentro dos.

Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento, en la calle del lobo hay aposento.

Dentro tres.

Pues á fe que es muger de gran trabajo.

Lucas dentro.

que han de entrar en la venta, por la posta.

Dentro todos.

Gua, gua.

Dentro uno.

Que la ha tendido don Langosta.

Lucas, dentro.

Mentís, canalla

Carranza.

Ahora ha echado el resto

Lucas dentro.

Apeaos, doña Alfonsa: acabad presto,
porque quiero reñir,

Alfonsa, dentro.

Detente, espera;
que me dará un desmayo que me muera.

Dentro uno.

Doña Melindre, dejéle.

Lucas dentro.

¿Qué espero?
matarélos á fe de caballero.

Alfonsa, dentro.

Detente hermano.

Lucas dentro.

Vínome la gana.

ESCENA VII.

Dichos, don Lucas y doña Alfonsa.

Lucas.

Téngame cuenta usted con esta hermana. (1)

Luis.

¿No ve vusted, que es vaya?

Carranza.

Usted se tenga.

Lucas,

Conmigo no ha de haber vaya, ni venga.

(1) A don Luis.

Gentecilla.

Dentro todos.

Gua, gua.

Luis.

Tened templanza.

Dentro uno.

Envaine vuesarced, señor Carranza.

Lucas.

¿A mí Carranza, villanehon malvado?

Carranza. (1)

**Yo soy Carranza, y soy muy hombre honrado:
que yo tambien me atuso y me abochorno:**

Lucas.

Mientes tú y cinco leguas en contorno.

Carranza. (2)

Sequéla.

Luis.

Téngase, que ya me enfada.

Lucas.

Déjeme darle solo esta estocada.

Luis.

Tened.

Lucas.

Yo he de tirarle este altibajo.

Luis.

No me desperdiciéis este agasajo.

Lucas.

No os entiendo.

Alfonsa.

Señor, mira.

Luis.

Repara,

(1) *Empuña la espada Carranza.*

(2) *Sacando la espada.*

que es mi sirviente.

Lucas.

Fuera.

Pedro dentro.

Pára.

Dentro todos.

Para.

Luis.

Una litéra entró y podeis templanos.

Lucas.

Aunque entre un coche, tengo de mataros.

ESCENA VIII.

Dichos, don Pedro, don Antonio, Cabellera, Andrea, y doña Isabel con mascarilla.

Pedro.

¿Qué es esto?

Alfonsa.

Tente, hermano;

Detente.

Lucas.

No me vayan á la mano.

Antonio.

¿Con quien riñe?

Luis.

Con este mi criado.

Antonio.

¿Con un pobre criado así indignado?

Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.

Lucas.

Yo pensé que reñía con Carranza.

Luis.

Envainad, pues os logro tan templado.

Lucas.

Primero ha de envainar vuestro criado.

Carranza. (1)

La espada desempuño
y obedezco.

Lucas.

Yo envaino la de Ortuño.

Isabel.

¡Andrea, qué mal hombre!

Andrea.

¡Qué hoscó y negro!

Lucas.

Por mi cuenta, señor, vos sois mi suegro.

Antonio.

Vuestro padre seré.

Pedra,

Muero abrasado. *ap.*

Alfonsa.

Don Pedro ¿qué será que no me ha hablado?
Mas tambien puede ser que no me vea.

Isabel.

Doña Alfonsa es aquella, amiga Andrea.

Luis.

Esta es doña Isabel.

Carranza.

Callar intenta.

Andrea.

Don Luisillo tambien está en la venta.

Luis.

No puedo resistirme. *ap.*

Isabel

¡Que hasta aqui haya venido á perseguirme!

Lucas.

¿Y hala visto mi primo?

Antonio.

Ni la ha hablado.

Lucas.

¿Vino siempre cubierta?

Antonio.

Así ha llegado.

Lucas.

¿Y en fin me quiere bien?

Antonio.

Por vos se muere.

Lucas.

¿Y la puedo decir lo que quisiere?

Antonio.

Sí podeis.

Lucas.

¿Puedo?

Pedro.

¿Si obligarla intenta? *ap.*

Lucas.

Pues así os guarde Dios, que tengais cuenta.

Un amor, que apenas osa
hablaros, dice fiel;

que una de dos, Isabel,
ó sois fea, ó sois hermosa.

Si sois hermosa, se acierta
en cubrir cara tan rara;

que no ha de andar vuestra cara
con la cara descubierta.

Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda;

puesto que estando tapada,
nadie sabrá, si sois fea.

Que todos se han de holgar, digo,

*

con vos , si hoy hermosa os ven ;
 mas si os ven fea , tambien
 todos se holgarán conmigo.
 Pues estaes así por Dios ,
 aunque os parezca importuno ;
 que no se ha de holgar ninguno
 ni conmigo ni con vos.

Isabel.

¿Qué hombre es este , Andrea ?

Andrea.

El peor ,

que he visto , señora mia.

Antonio.

¿Qué necesidad !

Luis.

Gruesería. *ap.*

Lucas.

¿No me hablais ?

Isabel.

Digo , señor ,

que debo agradecimiento

á ansias y pasiones tales ;

pues en vos admiro iguales

el talle y entendimiento.

La fama que vos teneis ,

por ser quien sois , os aclama :

pero no dijo la fama

tanto , como mereceis.

Y así la muerte resisto

tarde ; pues quiero decir ,

que en viéndoos , pensé morir ,

y ya muero , habiéndoois visto.

Lucas.

¿Lindo ingenio !

Antonio.

Así lo crea
vuestra pasión prevenida.

Lucas.

¿Qué decís ?

Pedro.

Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

Alfonsa.

Haz, que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

Lucas.

Dejádmela brujulear,
que pinta bien.

Alfonsa.

¿A qué esperas ?

Lucas.

Isabel, hacedme gusto
de descubriros, y sea
la máscara el primer velo
que corrais á la modestia ;
que están aquí debatiendo
si sois fea, ó no sois fea :
y si acaso sois hermosa,
no es justicia, que yo tenga
mancilla en el corazón
porque no tengais vergüenza.

Isabel.

Los que son en vos preceptos,
han de ser en mi obediencia.
Yo me descubro. (1)

Lucas.

Llenóme.

(1) Quitase la mascarilla.

Don Antonio, á fe, de veras,
que haceis escélen-tes caras.

Antonio.

Era su madre muy bella.

Pedro.

Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares un día
libré de la muerte fiera.

Lucas.

¿Qué os parece la fachada,
primo mio? Hablad.

Pedro.

Que es buena.

Isabel.

Ya me conoció don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

Pedro.

¿Y á tí que te ha parecido,
doña Alfonsa?

Alfonsa.

Que es muy fea.

Pedro.

Eres muger, y no quieres,
que alabén otra belleza.

Lucas.

Pensando estoy, qué deciros,
despues que os ví descubierta.
¿Qué no sé lo que me diga!
¿Pedro?

Pedro.

Señor.

Lucas.

Oye, llega,
y dí por la boca verbos,

ó lo que á tí te parezca.
 Háblala del mismo modo,
 como si yo mismo fuera ;
 dila aquello que tú sabes,
 de luceros y de estrellas,
 tierno como el mismo yo,
 hasta dejarla muy tierna :
 que cubierto yo me atrevo,
 á hablar como una manteca ;
 pero en mi vida he sabido
 hablar tierno á descubiertas.

Pedro.

¿ Yo he de llegar ?

Lucas.

Sí, primillo :
 con mi propio poder llegas.

Pedro.

¿ Con que alma la he de decir
 los requiebros y ternezas,
 si es fuerza que haya de hablar
 con la tuya ?

Lucas.

Con la vuestra.
 Señora, allá vá Perico :
 no hay sino teneos en buenas,
 y advertid, que los requiebros
 que os digere, los requiebra
 con mi poder : respondedle,
 como si á mí propio fuera.
 Empezad.

Pedro.

Ya te obedezco. *ap.*

Isabel.

Déme mi dolor paciencia. *ap.*

*Ph. direction
and
trans in
Richard's
paleys.*

*Andrea.*Lindo empleo hizo Isabel. *ap.**Pedro.*Amor, alas tienes, vuela. *ap.*

Surgió la nave en el puerto,
 halló el piloto la estrella,
 dió el arroyo con la rosa,
 salió el arco en la tormenta,
 gozó el arado la lluvia,
 hallaron al sol las nieblas,
 rompió el capillo la flor,
 encontró el olmo la hiedra,
 tórtola halló su consorte,
 el nido el ave ligera;
 que esto, y haberos hallado,
 todo es una cosa mesma.
 ¡Bien haya ese velo ó nube,
 que piadosamente densa,
 porque no ofendiese al sol,
 detuvo á la luz perpleja!
 Yo he visto nacer el día
 con clara luz y serena,
 para castigar el prado,
 ó ya en sombras, ó ya en nieblas.
 Yo he visto influir al sol
 serenidades diversas,
 para engañar al mar cano
 con una y otra tormenta.
 Pero engañarme con sombras
 y herir con luz, es destreza,
 que ha inventado la hermosura,
 que es de las almas maestra.
 Vos sois mas que aquello mas,
 que cupo en toda mi idea,
 y aun mas que aquello que miro,

si hay mas en vos, que mas sea.
 Que tan iguales se añudan
 en vos ingenio y belleza,
 vuestro donaire tan uno
 se ha unido con la modestia,
 que si rendirme no mas
 que á la hermosura quisiera,
 el ingenio me ha de hacer,
 que del ingenio me venza,
 Sí; del donaire el recato
 es quien igual me sujeta;
 porque como estas virtudes
 están unidas, es fuerza,
 que no os quiera por ninguna,
 ó que por todas os quiera.

Lucas.

Aprieta la mano, Pedro,
 que eso es poco.

Pedro.

Hermosa hiena,
 que halagasteis con voz blanda,
 para herir con muerte fiera,
 ¡cómo, decidme, de ingrata
 soberbiamente se precia,
 quien me ha pagado una vida
 con una muerte sangrienta?
 Desde el instante que os ví,
 se rindieron mis potencias
 de suerte.....

Isabel.

Mirad, señor,
 que es grosería muy necia,
 que me vendais un desprecio
 á la luz de una fineza.
 No entra amor tan de repente.

por la vista : amor se engendra
del trato , y no he de creer ,
que amor que entra con violencia ,
deje de ser como el rayo ,
luz luego y despues pavesa.

Pedro.

No engendra al amor el trato ,
Isabel ; que si eso fuera ,
fuera querida tambien ,
siendo discreta , una fea.

Isabel.

El trato engendra al amor ;
y para que la experiencia
lo enseñe , si no hay agrado ,
es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura :
para el agrado es de esencia ,
que haya trato : luego el trato
es el que el amor engendra.

Pedro.

Con trato amor , yo confieso ,
que es perfecto ; mas se entienda ,
que amor puede haber sin trato.

Isabel.

Pero en fin , amor se acendra
en el trato.

Pedro.

Decis bien.

Isabel.

Pues si es asi , luego es fuerza ,
que os quede mas que querirme ,
si mas que tratarme os queda.

Lucas.

No me agradan estos tratos.

Pedro.

Concedo esa consecuencia :
mas ya os trata amor si os oye,
ya os quiere amor....

Lucas.

Mucho aprieta.

Isabel.

¿Y me quereis ?

Pedro.

Os adoro.

Solo falta que yo vea
vuestro amor.

Isabel.

Diráله el tiempo.

Pedro.

No le deis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.

Isabel.

Pues como á mi esposo, es fuerza
quereros.

Pedro.

Seré dichoso.

Isabel.

Esta mano, que lo es vuestra,
lo dirá.

Lucas.

No es sino mia. (1)

Y es muy grande desvergüenza,
que os tomeis la mano vos,
sin dármela á mi la Iglesia.
Primillo, fondo en cuñado,
idos un poco á la lengua.

(1) Tómalala la mano don Lucas.

Pedro.

Si yo hablaba aqui por vos.

Lucas.

Sois un hablador, y ella es tambien otra habladora.

Isabel.

Si vos me disteis licencia...

Lucas.

Si, pero sois licenciosa.

Pedro.

Cómo tú dijiste, que era poco lo que la decia...

Lucas.

Poco era. ¿Quien os lo niega? Mas ni tanto ni tampoco.

Alfonsa.

¿Que ella le hablase tan tierna, y que él la adore tan fino! *ap.*

Lucas.

Doña Alfonsa.

Alfonsa.

¿Qué me ordenas?

Lucas.

Llevaos con vos esta mano. (1)

Alfonsa.

Sí haré, y pido que me tengas por tu amiga y servidora; y tu enemiga. *ap.*

Lucas.

En Illescas.

me he de casar esta noche.

Alfonsa.

Hasta ir á Toledo, espera;

(1) Dala la mano de doña Isabel.

para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mía juntas.

Isabel.

Antes quiera amor que muera. *ap.*

Lucas.

Señora mía, no estoy
para esperaros seis leguas.

Luis.

Muerto estoy. A acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda.

Yo soy don Luis de Contreras,
vuestro servidor antiguo.

Lucas.

No os conozco en mi conciencia.

Luis.

Y amigo de vuestro padre.

Lucas.

Sed su amigo norabuena;
pero no habeis de ir conmigo.

Cabellera.

Llega el coche.

Andrea:

La litera.

Luis.

Yo he de ir con vos.

Lucas.

Voto á Dios
que me quede en esta venta.

Luis.

Ya me quedo.

Lucas.

¡Gran favor!

Isabel,

Muerta voy. *ap.*

Cabellera.

¡ Hermosa bestia ! *ap.*

Alfonsa.

Muriendo de zelos parto. *ap.*

Pedro.

! Que esto mi dolor consienta ! *ap.*

Antonio.

¡ Qué esto mi prudencia sufra ! *ap.*

Isabel.

¡ Qué esto influyese mi estrella ! *ap.*

Lucas.

Alfonsa , ¿ guardas la mano ?

Alfonsa.

Si señor.

Lucas.

Pues tened cuenta.

Entre bobos anda el juego.

Pedro , entrad.

Pedro.

Cielos , paciencia. *ap.*

Lucas.

Guardeos Dios , señor don Luis.

Luis.

Allá he de ir , aunque no quiera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PATIO DEL MESON DE ILLESCAS.

*Don Pedro con sombrero, capa y espada; y Cabellera
medio desnudo por el patio del Meson.*

Cabellera.

¿A dónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?

Pedro.

Calla, Cabellera.

Cabellera.

A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
donde ahora me llevas.

Pedro.

Habla quedo.

Cabellera.

Si hemos de ir fuera, aquí miro cerrada
la puerta principal de la posada.

Pedro.

No ha sido ese mi intento.

Cabellera.

¿Pues á dónde hemos de ir?

Pedro.

A este aposento.

Cabellera.

Don Lucas aquí duerme recojido,
que se oye en todo Illescas el ronquido.
Doña Alfonsa, su hermana,

— duermes en otra alcobilla á él cercana.

Pedro.

¿Y el padre de Isabel?

Cabellera.

Duermé á aquel lado,
en aquel aposento.

Pedro.

¿Está cerrado?

Cabellera.

Cerrado está. Dí lo que quieres, ea.

Pedro.

¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?

Cabellera.

En esta sala están.

Pedro.

Vén poco á poco,
que la tengo de hablar.

Cabellera.

Si no estás loco,
que has de perder el seso he imaginado:
¿Qué es esto? ¿Tú, señor, enamorado
de una muger, que serlo presto espera
de don Lucas!

Pedro.

Si, amigo Cabellera.

Cabellera.

Tén, señor, mas templanza.
¿Tú faltar de tu primo á la confianza?
¿Cómo? ¿Tú enamorado de repente!

Pedro.

Mas anciano es el mal de mi accidente.
Siglos ha que padezco un mal eterno.

Cabellera.

Yo tuve tu accidente por moderno.
Pero si tiene tanta edad, mas sábio

quiero saber tu pena por tu lablo.

Dime tu amor, que ya quiero escucharle.

Pedro.

¿Qué intentas con oírle?

Cabellera.

Disculparle.

Pedro

¿Me ayudarás despues?

Cabellera.

Soy tu criado.

Pedro.

¿Oyenos alguien?

Cabellera.

Todo está cerrado.

Pedro.

¿Tendrás secreto?

Cabellera.

Ser leal intento.

Pedro.

Pues escucha mi amor.

Cabellera.

Ya estoy atento.

Pedro.

Era del claro Julio ardiente día,

Manzanares al soto presidia,

y en clase, que la arena ha fabricado,

lecciones de cristal dictaba al prado,

cuando, al morir la luz del Sol ardiente,

solicito bañarme en su corriente.

En un caballo sendás examino,

y á la Casa del Campo me destino.

Llego á su verde falda,

elijo fértil sitio de cameralda;

del caballo me apeo,

creo la amenidad, el cristal creo;

y apenas con pereza diligente
 la templanza averiguo á la corriente,
 cuando alegres tambien como veloces,
 á un lado escucho femeniles voces.
 Guio á la voz los ojos prevenido,
 y solo la logré con el oido.
 Piso por las orillas, y tan quedo,
 que pensé, que pisaba con el miedo.
 Mas la voz me encamina, y mas me llama;
 voy apartando la una y otra rama,
 y en el tibio cristal de la ribera
 á una deidad hallé de esta manera.
 Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,
 fuera el rostro y en roscas el cabello,
 deshonesto el cristal que la gozaba,
 de vanidad al soto la enseñaba.
 Mas si de amante el soto la queria,
 por gozársele, él toda la cubria.
 Quisieron mis deseos diligentes
 verla por los cristales transparentes,
 y al dedicar mis ojos á mi pena,
 estaba al movimiento de la arena,
 ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
 ? Quién con esta deidad no ha de estar ciego?
 Turbio el cristal estaba
 y cuanto mas la arena le entubia,
 mejor la ví, que al no ver la corriente,
 sola era su deidad lo transparente,
 no el rio, que al gozar tanta hermosura,
 él es quien se bañaba en su blancura.
 Cubria, para ser segundo velo,
 túnica de Cambray todo su cielo,
 y solo un pie movia el cristal blando;
 sin duda imaginó que iba pisando.
 Pero cuando, sin verse, se mostraba,

un plumage del agua levantaba, y
 del curso propio con que se movía:
 viate entre el cristal y no le via,
 que distinguir no supo mi alvedrío:
 ni cuando era su pie ni cuando el río:
 Procuraban ladrones mis enojos
 robar sus perfectibilidades con los ojos,
 cuando en pie se levanta, toda hiel
 cubre el cristal lo que descubre el velo:
 recátome en las tamas dilatadas,
 prevnidas la esperan sus criadas;
 dicenla todas que á la orilla pase
 y nada se dejó que yo robase:
 y en fin, al recojerla,
 tiritando salió perla con perla;
 y yo dije abrasado:
 ¡ó que bien me parece el fuego helado!
 Sáile á la orilla donde verla creo;
 ponéñseme delante y no la veo:
 enjúgala el halago provechido
 la nieve que ella había derretido
 cuando un toro con ira y osadía
 (que era día de fiestas este día)
 descendió de Madrid al río, y luego
 mas irritado, si que no mas ciego,
 quiere cruel, impío
 de corage beberse todo el río.
 Bebe la blanca nieve,
 bebe mas y su misma sangre bebe.
 El pecho, pues, herido, el cuello roto,
 parte á vengar su injuria por el soto:
 las cortinas de ramas desabrocha,
 sacude con la cox á la garrocha,
 y á mi hermosa deidad vencer procura;
 que se quiso estrenar en la hermosura.

Huyen, pues, sus criadas con recelo,
 y ella se honesta con segundo velo;
 que aunque el temor la halló desprevénida,
 quiso mas el recato que la vida.
 Yo que miro irritarse el toro airado,
 de amor y de piedad á un tiempo armado,
 indigno la pasion, librarla espero,
 y dándole advertencias al acero,
 (osadia y pasion á un tiempo junta)
 el corazon le paso con la punta,
 con tan felice suerte,
 que ni un bramido le costó la muerte.
 Conoce, que á mi amor debe la vida;
 honestamente la hallo agradecida;
 menos, viendola mas, mi amor mitiga:
 entra dentro del coche y yo la sigo:
 cierra luego la noche,
 entre otros con lo obscuro pierdo el coche.
 Búscala y no la encuentra mi cuidado:
 voyme á Toledo, donde enamorado
 le dije mis finezas con enojos
 á aquel retrato que copie en los ojos.
 Quéjome solo al viento,
 procúrame mi primo un casamiento;
 la ejecucion de sus preceptos huyo;
 voy á Madrid á efectuar el suyo;
 vuelvo con Isabel... ; Nunca volviera!
 Cubre el rostro Isabel... ; Nunca le viera;
 pues dice mi esperanza, hoy mas perdida,
 que es Isabel á la que di la vida
 por valor; y por suerte,
 que es Isabel la que me da la muerte.
 Y en fin, amante ai y no satisfecho,
 de la sombra esta noche me aprovecho;
 á vengar con mis voces este agravio,

Salga ésta calentura por el labio ;
 sepa Isabel de mi cruel tormento.
 Asusten mis suspiros todo el viento ;
 sean ahora , que Isabel me deja ,
 intérpretes mis voces de mi queja ;
 suceda todo un mal á todo un daño ;
 válgame un riesgo todo un desengaño.
 Ahora la he de hablar : verla porfio :
 déjame , que use bien de mi alvedrio ;
 deja que á hablarla llegue ,
 para que esta tormenta se sosiegue ;
 déjame que la obligue ,
 para que este cuidado se mitigue ,
 y porque al referir pena tan fiera ,
 mi gloria dure y mi tormento muera ;

Cabellera.

Tu relacion he escuchado ,
 y por Dios que me lastimo ,
 que se enamore quien tiene
 tan lindos cinco sentidos.
 ¿ Tú , señor , enamorado !

Pedro.

Es el sujeto divino.

Cabellera.

Y tú muy lindo sujeto.
 Pero puesto que has venido
 á hablar con doña Isabel ,
 llega falso y habla fino.
 Pero no andarás muy falso
 con don Lucas , que es tu primo ;
 pues tú la amabas primero ,
 y él hasta ayer no la ha visto.
 Y en llegando á enamorarse
 un hombre á todo albedrio ,
 no hay hermano para hermano ,

ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿cómo ha de valer un primo,
que es parientesco de negros?

Todos están recojidos
los huéspedes del meson,
¿Llamaré?

Pedro.
Llama quedito.

Caballero.
No sea que el huésped nos sienta,
que es el huésped más cocido,
que hay en Illescas; y siente
dentro en su casa un mosquito.

Pedro.
Oyes, ¿viste á noche entrar
á un don Luis, que se hizo amigo
de don Lucas?

Caballero.
Embozado
tras la litera se vino,
y anoche tomó posada
en el meson.

Pedro.
¿Y has sabido,
á qué viene?

Caballero.
Galantea
á Isabel, que así lo dijo
su criado á otro criado,
y á questo criado mismo
á otro criado después,
como criado fidedigno,
se lo contó, y él á mí.
Yo ahora á tí te lo aviso;

que no sirve, quien no cuenta
lo que ha visto, y que no ha visto.

Pedro.

Pues con amor y con afán
á un tiempo me determino
á hablar á Isabel.

Cabellera.

Pues manos
al amor, amor y amigo.
¿Llegó?

Pedro.

No llegues: espera;
que están abriendo el postigo
por dentro.

Cabellera.

Dices bien.

Pedro.

¿Qué será?

Cabellera.

No lo he entendido.

ESCENA II.

*Dichos, doña Isabel y Andrea que salen de un
apartamento.*

Isabel.

No me detengas, Andrea.

Andrea.

¿Dónde vas?

Isabel.

A dar suspiros
á los cielos de mis quejas.

Andrea.

Téplate.

Isabel.

No espero alivio.

Andrea.

¿Qué intentas?

Isabel.

Buscar mi padre.

Andrea.

Está ahora recogido.

Isabel.

Ven á despertarle, Andrea;
que no ha de ser dueño mío
don Lucas.

Andrea.

Resuelta estás.

Pedro.

Arrímate.

Caballero.

Ya me arrimo.

Andrea.

¿Y si no quiere tu padre?

Isabel.

No es dueño de mi albedrío.

Andrea.

¿Pues quién ha de ser tu esposo?

Isabel.

Don Pedro ha de serlo mío,
ó ninguno lo ha de ser;
sino es que desconocido,
á Alfonsa quiere.

Pedro.

Pedidme

albricias, alma y sentidos.

Andrea.

Vuélvete á dormir.

Isabel.

No puedo.

Cabellera.

Cenó poco ; no me admiro.

Isabel.

¿ En qué aposento hallaré
á mi padre ?

Andrea.

No le he visto
recoger : yo no lo sé.
En habiendo amanecido ,
podrás hablarle.

Isabel.

No alargues
plazos á un dolor prolijo.
Don Pedro ha de ser. (1)

Pedro.

Don Pedro

infelice , dueño mio ,
ha de ser , quien os adore
tan amante y tan rendido ,
que han de ser alma y potencias
lo menos que os sacrífico.

Isabel.

¿ Quién es ?

Pedro.

Quien no os ha ganado,
cuando ya os hubo perdido :
el que os ha grangiado á penas ,
el que os mereció á suspiros ,
el que os solicita á riesgos ,
el que os procura á cariños.

(1) Se encuentra con don Pedro.

Isabel.

Hablad quedo, y ved que estamos....

Pedro.

Templar la voz no resisto,
que esta es la voz de mi amor,
y está mi amor encendido.

Isabel.

Señor don Pedro, si oisteis
la verdad del dolor mio,
si aun no os ha costado un ruego
la compasion de un cariño,
no os llameis tan infeliz,
como decís, pues no he dicho
acaso que tengo amor,
y ya vos lo habreis sabido.
Dejad para el desdenado
la queja: llámese el digno
fútz., é infeliz se llame
el que nunca ha merecido.
Yo sí que soy dichada;
pues os quiero y lo repito,
y estando vivo el amor,
tengo á los zelos mas vivos.
Ya habreis templado con verme
el mal, de no haberme visto;
este sí es mal, ~~pues~~ que tiene,
viéndoos mas, ~~tenos~~ alivio.
Doña Alfonsa ha de ser vuestra,
con que viene á ser preciso,
que no lo pueda yo ser,
ni pueda llamáros mio.
Ella es quien dice, que os quiero;
con que yo naturalizo
é mis bastardos temores,
que son de mis zelos hijos.

Mirad, pues, cual de los dos
el mas infeliz ha sido;
pues vos lograis un amor
y yo unos zelos concibo.

Pedro.

Yo, Isabel, no tengo zelos;
yo, decís vos, que me libro
de una verdad, que la cubro
con la sombra de un indicio.
¿No es la flor clície don Luis,
que constante á los peligros
está acechando los rayos
de vuestro Oriente vecino?
¿No viene á amarnos, señora?
¿No viene tras vos? ¿No he visto
que os quiere?

Isabel.

¿Y quién es el sol?

No con falsos silogismos
me arguyais, cuando estais vos
respondiéndolos á vos mismo.
Si es la clície flor don Luis,
¿cuándo el sol la clície quiso?
¿Cuándo, para desdeñarla,
no es cada rayo un aviso?
Si soy sol, cómo decís,
¿cuándo mis rayos no han sido,
para desdeñarle, ardientes,
y para abrasarse tibios?
¿Qué os daña á vos, que él me quiera,
pues veis que yo no le estimo?
Mucho mas florece el premio
de la competencia al viso.
Al clavel quiere la rosa,
y él está desvanecido.

de ver, que le hayan premiado
en competencias del lirio.

Olmo que abrazó á la biedra ,
está mas agradecido
de ver, que siendo el distante,
se olvidase del vecino.

¿Asi qué importa , que amante,
constante , atento y activo
me quiera don Luis á mí ,
si con ver un amor mismo
en los dos , con ser á un tiempo
tan constantes como finos ,
sois el preferido vos ,
y es él el aborrecido ?

Pedro.

Luego aunque me quiera á mí
doña Alfonsa , no hay indicio
para celos.

Isabel.

Si le hay;

porque vos no me habeis dicho
que no la quereis ; y yo ,
que aborrezco á don Luis , digo.

Pedro.

Pues yo solo os quiero á vos.

Isabel.

Que no me halagueis os pido
con el amor , si despues
me matais con el olvido ;
que mucho peor será ,
si no le teneis , fugirlo ,
que si le teneis , callarle ;
pues por mas decente elijo ,
que me oculteis vuestra llama
y os halle despues mas fino ,

que no hallarme aborrecida,
pensando, que me han querido.

Pedro.

Pulid el bruto diamante
de mi amor, en cuyos visos
hareis claras experiencias
del fondo del ardor mio.

Isabel.

Pues elíjase un remedio
para evitar los designios
de mi padre.

Andrea.

Cé, señores.

Pedro

¿Qué es lo que dices?

Andrea.

Que miro,

abrir aquel aposento.

Pedro.

¿Cuyo es?

Andrea.

El de don Luisillo.

Pedro.

¿Dónde irá?

Andrea.

Habrá madrugado,
para tomar el camino
antes que amanezca.

Cabellera:

Es cierto.

Isabel.

Pues señor, yo me retiro,
no me vea.

Pedro.

Bien eliges.

Isabel.

Quédate á Dios, dueño mío:

Pedro.

En fin, ¿me querás?

Isabel.

Soy tuya.

Pedro.

¿Y don Luis?

Isabel.

Es mi enemigo:

¿Y Alfonsa?

Pedro.

Mátela amor.

Cabellera.

Acabad, cuerpo de Cristo, al

que está don Luis en el patio.

Isabel.

Pues yo me voy. Ven conmigo á *Andrea.*

Cabellera.

Señor, entra tú también;

porque don Luis ha salido,

y puede verte al pasar

á tu aposento, y colijo

que no puede juzgar bien

de verte á esta hora vestido.

Isabel.

Mirad, don Pedro....

Pedro.

¿Qué importa,

que esté un instante contigo,

en tanto que este don Luis

sale fuera?

Andrea.

Bien ha dicho.

Luz tienes, y eres honrada,

que él te quiere bien. be oído,
y los que son mas amantes,
son los menos atrevidos.

Isabel.

Pues cierra.

Andrea.

La puerta cierra.

Pedro.

Tú quédate aquí escondido,
pues no importa que te vea.

Cabellera.

Obedecerte es preciso.

Andrea.

Lo dicho dicho y lacayo. (1)

Cabellera.

Fregona, te dicho dicho.

ESCENA III.

Don Luis, Cabellera y Carranza.

Carranza.

¿A media noche, señor,
dónde vas?

Luis.

Nada te espante.

Voy á intimar á mi amante
la justicia de mi amor.

Carranza.

No alcanzo tu pensamiento.

Luis.

Huella quedo.

(1) *Entranse los tres en el cuarto de doña Isabel.*

Carranza.

¿No dirás,
á dónde á estas horas vas?

Luis.

Solicito su aposento.

Carranza.

Ten cordura, ten templanza.
¿Qué esto un hombre cuerdo intente;
¿Y si don Lucas te siente?

Luis.

No me aconsejes, Carranza.

Carranza.

Durmiendo á todos ahora
con un mismo sueño igualo:
no seas Arias Gonzalo,
si está hecho el meson Zamora.
De verla no es ocasion,
y esta en que la vas á hablar,
solo es hora de buscar
á la moza del meson.

Luis.

A dedicar almas mil,
vengo á la luz por quien veo;
porque nunca yo flaqueo
de ese accidente civil.

Carranza.

Si ello ha de ser, vamos pues:
mitiga tu sentimiento.

Luis.

¿Sabes cuál es su aposento,
Carranza amigo?

Carranza.

Este es:
Anoche se recogió
en este aposento.

Luis.

Y dí,

¿estás cierto en eso?

Carranza.

Sí. (1)

Luis.

Pues llama. ¿Responden?

Carranza.

No.

Luis.

Otra vez puedes volver
á llamar, por si despierta.

Carranza.

Llamo.

Alfonsa dentro.

¿Quién anda en la puerta?

Luis.

¿Esta no es voz de mujer?

¿Quién será?

Carranza.

Isabel sería.

Luis.

¿Si es Andrea?

Carranza.

No señor,

que yo conozco mejor
su voz que la propia mia.

Luis.

Dudoso en la voz estoy.

Carranza.

No es Andrea, Señor.

(1) Llama Carranza á otro aposento que está
enfrente del de Isabel.

Luis.

Pues

si no es Andrea, ella es.

ESCENA IV.

Dichos y Doña Alfonsa medio desnuda.

Alfonsa.

¿Quién llamaba aquí?

Luis.

Yo soy.

Alfonsa.

¿Quien sois?

Carranza.

Abrieron la puerta.

Luis.

Dueño hermoso de mi vida,
quien os procuró dormida
y os ha logrado despierta.
Soy quien con fuego veloz...

Alfonsa.

Que es don Pedro he imaginado. *ap.*
Como habla disimulado,
no le conozco en la voz.

Luis.

Trocar procura en caricias
halagos de un ciego Dios.
Soy el que viene tras vos.

Alfonsa.

Don Pedro es: amor, albricias. *ap.*

Luis.

Soy quien os quiere tan fiel...

Alfonsa.

Pues ¿cómo, si es eso así,
no me hablasteis cuando os ví?

Luis.

Tiene razon Isabel. *ap.*

No hagais desatenta enojos
las que obré finezas sábio ;
pues lo que dictaba el lábio,
representaban los ojos.

Alfonsa.

Perdonad, que rezelé,
(que es desconfiado quien ama)
que mirabais á otra dama.

Luis.

Es verdad que la miré,
pero puesto su arrehol
de esa luz en la presencia,
conocí la diferencia
que hay de la tiniebla al sol.

Alfonsa

Por lisonja tan dichosa
premios mi verdad ofrezca;
mas como yo os lo parezca,
no quiero ser mas hermosa.
Creer quiero lo que decís
y valerme del consuelo.

Cabellera.

Doña Alfonsa, vive el cielo,
es la que habla con don Luis. *ap.*
; Buena es la conversacion !
Que es este don Luis ignora.
; Cosa que la diese ahora
algun mal de corazon ?

Luis.

Sola una ocasion deseo
en que yo pueda mostrar....

Alfonsa.

Don Lucas ha de estorvar

*

nuestro amor.

Luis.

Así lo creo.

Pero podeis estar cierta ,
que no ha de lograr su intento ;
pues cuando este casamiento...

Lucas dentro.

¡Ola ! ¿quien anda en la puerta?

Luis.

¿Quién es?

Alfonsa.

¡Don Lucas ! ¿Qué haré?

Cabellera.

Sentido los ha por Dios.

Luis.

¿Don Lucas está con vos?

Alfonsa.

Pues donde quereis que esté.

Luis.

Daré quejas á los cielos.

¿Así premiasteis mi amor?

¿Cómo....?

Alfonsa.

¿Qué es esto , señor?

¿De don Lucas teneis celos?

Luis.

Yo he de ver....

Alfonsa.

Tened templanza.

Carranza.

No es tiempo de hacer extremos.

Vente..

Alfonsa.

A Dios : luego hablaremos.

ESCENA V.

Dichos , menos doña Alfonso,

Luis.

¿Qué es esto , amigo Carranza ?

Carranza.

En la ceniza hemos dado
con el amor.

Luis.

Ven tras mí.

Carranza.

¿Sale ya don Lucas ?

Luis

St.

Carranza.

Por Dios que se ha levantado.

Luis.

Perdí famosa ocasion.

ESCENA VI.

Cabellera.

Pulgas lleva el don Luisillo ;

pero no me maravillo ,

que hay muchas en el meson.

A dormir de buena gana

me fuera. Señor , no hay gente ; (1)

sal presto ; pero detente.

(1) Llama á la puerta por donde entró don Pedro.

ESCENA VII.

Cabellera y don Lucas, que sale medio vestido ridículamente, con espada y una luz, del aposento de doña Alfonsa.

Lucas

El diablo está en Cantillana.

¿Quién está aquí? (1)

Cabellera.

Ya me vió.

A mi fortuna maldigo.

Lucas

Hombre ordinario, ¿qué digo?

¿Quién sois, hombrecillo?

Cabellera.

Yo. (2)

Lucas.

¿Qué es yo? Con eso no salva una cuchillada fiera;

¿Diga, quién es?

Cabellera.

Cabellera,

al servicio de tu calva.

Lucas.

¿Qué haces aquí?

Cabellera.

¿Qué diré?

Digo... Estaba... Porque... Yo...

Lucas.

¿Llamaste á mi puerta?

(1) *Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.*

(2) *Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.*

Cabellera.

No.

Lucas.

¿Pues quien llamó?

Cabellera.

No lo sé.

Lucas.

¿Viste abrir la puerta?

Cabellera.

Si.

Lucas.

¿Y quién era, conociste?

Cabellera.

No, señor.

Lucas.

¿Y á qué saliste?

Cabellera.

Señor, á tu voz salt.

Lucas.

¿Era hombre el que llamaba?

Cabellera.

Si, señor.

Lucas.

¿Vistele?

Cabellera.

No.

Lucas.

¿A donde entró?

Cabellera.

Que se yo.

Lucas.

Esto está peor que estaba.

Discurro. ¿No puede ser,
que quien fue con mal intento,
por llamar á mi aposento,

llamase al de mi muger?
 ¿Y qué el que á llamar se atreve,
 luego que abriesen la puerta,
 dijese, en viéndola abierta,
 acójome aca, que llueve?
 Pues si puede ser, yo intento
 con gallardas osadías
 entrar á hacer de las mias,
 y visitar su aposento;
 y darle presumo un zas
 pe buen modo si le encuentro. (1)

Cabellera

Por Cristo que va allá dentro,
 ¡ Ah señor! ¿ á donde vas?

Lucas.

A visitar mi muger.

Cabellera.

¿ Cómo lo podré impedir? *ap.*
 Míta, que nos hemos de ir,
 y que quiere amanecer.

Lucas.

¿ Qué importa eso? *Va á la puerta.*

Cabellera.

Allá se arroja. *ap.*

Asi le he de divertir.
 Señor, quierescme decir,
 ¿ de qué maestro es mi boja?
 que no hay desde aquí á Sevilla,
 quien la sepa conocer. *Saca la espada.*

Lucas.

¿ Ahora?

Cabellera.

Ahora la has de ver.

(1) *Va á la puerta por donde entró don Pedro.*

Lucas.

De Francisco Ruiz Portilla.

Cabellera.

¡Que ahora no salga el asnazo : *ap.*
de don Pedro! Es un espejo
la espada ; diz , que es del viejo.

Lucas.

Del mozo es este recazo. (1)
Quádate aquí.

Cabellera.

No remedia *ap.*
nada , y su intento no he visto ;
¡ Ah ! sí : de las que has escrito ;
¿ quieres leerme una comedia ?

Lucas.

¿ A media noche ?

Cabellera.

Es verano.

Lucas.

¿ Pues adonde la oirás ?

Cabellera.

En aquel pozo , y serás
poeta Samaritano.

La que se ha de hacer cien días ,
según dices.

Lucas.

Hela aquí. (2)

Oye un paso que escribí
entre Herodes y Herodias.

Cabellera.

Será famoso.

(1) Dale la espada , y va á la puerta.

(2) Saca una comedia.

Lucas.

Si á fé...

Pero ver primero intento,
quien llamaba á mi aposento. (1)

Cabellera

Señor, yo fui quien llamé.

Lucas.

Si eras tú, yo me concluyo.
¿Y á qué llamaste, si eras?

Cabellera.

Llamaba, á que me leyeras
algun trabajillo tuyo,
si no dormias acaso
Don Pedro así me ha de oír: *ap:*
ahora es tiempo de salir. (2)

Lucas.

¿Quién ha de salir?

Cabellera.

El paso.

Di los versos.

Lucas.

Son valientes.

Cabellera.

Lope es contigo novel.

Lucas.

Sale Herodes, y con él
cuatrocientos inocentes. (3)

Pedro.

Ahora á salir me obligo,
aunque allí está.

(1) *Hace que oí al aposento.*

(2) *Dice recio este verso.*

(3) *Asómase Andrea y don Pedro á la puerta.*

Andrea.

¿ Sales ?

Pedro.

Si.

Cabellera.

Vaya, señor.

Lucas.

Dice así....

¿ Quién anda en aquel postigo ? (1)

Pedro.

El me vió : cierra la puerta ;
cierra. (2)

Andrea.

Nací desdichada.

Lucas.

¿ Conmigo la hacen cerrada ?
Pues yo la he de hacer abierta.

Cabellera.

Vive Dios que no salió. *ap.*

Lucas.

Cabellera.

Cabellera.

El ha de hal'arle. *ap.*

¿ Quieres entrar á matarle ?
Responde.

Lucas.

No, sino no.

Llama á la puerta. *llama Cabellera.*

Andrea dentro.

¿ Quién llama ?

Lucas.

¿ Esta es la criada ?

(1) *Vélos don Lucas.*

(2) *Cierran y tórnanse á entrar.*

Cabellera.

Sí.

Lucas.

Ola , criada , abre aquí
al marido de tu ama.

Andrea.

Entrad. abra.

Lucas.

Entra tú primero.

Morirá, á fé de cristiano. saca la espada.

Cabellera.

Pon la daga en la otra mano ,
y dáme ese candelero ;
que yo he de morir contigo. (1)

Lucas.

Esa luz puedes llevar.

Cabellera.

Así lo he de remediar. ap.
¿ No me sigues ?

Lucas.

Ya te sigo.

Cabellera.

Voy enojado.

Lucas.

Voy ciego.

Cabellera.

Adelante , industria mia. ap.

Lucas.

**¡ Adulterio el primer día !
Entre bobos anda el juego.**

(1) *Da don Lucas la luz á Cabellera.*

ESCENA VIII.

APOSENTO DE DOÑA ISABEL.

Don Pedro y doña Isabel turbados.

Isabel.

¿ Entró don Lucas ?

Pedro.

Entró,
desnudo el airado acero.

Isabel.

Detras de aquesta cortina
te esconde.

Pedro.

No me resuelvo.
Diré , que tu esposo soy.

Isabel.

Echasme á perder con eso.
Escóndete, dueño mio.

Pedro.

Advierte.....

Isabel.

Escóndete presto,
que llegan.

Pedro.

No me porfies.

Isabel.

Mira , señor....

Pedro.

Estoy ciego.

Isabel.

Haz esto por mí. ¿ Qué dudas ?

Pedro.

Isabel, ya te obedezco. (1)

ESCENA IX.

*Doña Isabel, don Lucas y Cabellera con el candelero.**Lucas.*

Alumbra, moto.

Cabellera.

Ya alumbro.

Lucas.

¿Quién está en este aposento?

Isabel.

¿Qué es esto, señor don Lucas?

¿Cómo vos tan descompuesto
alterais de mi quietud
el recatado silencio?*Lucas.*¿Qué hacéis, Isabel, vestida
á estas horas?*Isabel.*En el lecho
desvelada, y no desnuda
estaba esperando el tiempo
de partir. ¿Y vos airado
y ciego, cómo resuelto
os entraís de esta manera?*Lucas.*

¿Y qué hombre estaba aquí dentro?

Isabel.

¿Estais en vos?

Lucas.

Si señora.

(1) *Escóndese detras de una cortina.*

Ya estoy en vuestro aposento ,
y le he de ver de pe á pa.
Alumbra , hermano : miremos
detras de aquesta cortina.

Cabellera.

Has dicho muy bien : yo llego..... (1)
¡ Jesus !

Lucas.

¿ Qué ha sido ?

Cabellera.

Cae ,
y matar la luz á un tiempo.

Lucas.

Trae otra.

Cabellera.

Tengo quebrado
un pie. Sal , señor.

ESCENA X.

*Dichos y don Pedro que sale detras de la cortina con
la mano delante.*

Pedro.

Yo pruebo
á salir , puesto que ahora
no hay luces.

Lucas.

¡ Ah , señor , Nieto !
pues es huésped , traiga luces.
Ponerme á la puerta quiero ;
no sea que estando á oscuras ,

(1) *Cae en el suelo Cabellera , fingiendo que tro-
pezó y mata la luz.*

se salga el que está acá dentro. † (1)

Isabel.

¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer? *ap.*

Lucas.

¿Quién anda aquí?

Pedro.

Vive el cielo, *ap.*
que he topado con don Lucas.

Lucas.

Topé un hombre.

Cabellera.

Peor es esto; *ap.*
porque al salir, es sin duda,
que ha topado con don Pedro.
Quiero decir, que soy yo,
y llegarme. (2)

Lucas.

Diga luego,
quién es.

Cabellera.

Yo, que voy por Lucas.

Lucas.

Mentís, que es de mejor pelo,
á quien yo tengo

Cabellera.

Señor,
yo soy.

Lucas.

Ahora lo veremos.

Lucas,

En voz alta.

(1) Váse á la puerta, pónese en ella, y al salir don Pedro tropieza con él, y dasele don Lucas.

(2) Llegase cara con cara con su amo.

Dentro el Mesonero.

¿Andan los demonios
en el meson?

Lucas. (1)

Estaos quedo.

ESCENA XI.

Dichos, don Luis y doña Alfonsa con luces.

Alfonsa.

Luz hay aquí.

Luis.

Y aquí hay luz.

Isabel

¿Qué miro! ¿Válgame el cielo! *ap.*

Lucas.

¿Pues qué hacéis aquí, don Pedro?

Pedro.

Señor, mirar por tu honor,
y mirar por lo que debo;
mirar, que tú eres mi sangre.

Lucas.

Dejad esos miramientos,
y decid, ¿qué hacéis aquí?

Luis.

Ea, responded, don Pedro.

Lucas.

¿Quien os mete en eso á vos?
¿Sois mi sombra, caballero?

Luis.

Soy vuestra luz, pues la traigo.

(1) *Hace fuerza don Pedro para soltarse.*

Lucas.

Pues llevaos la luz, os ruego,
que yo no la he menester.
¿A dónde vais?

Luis.

A Toledo.

Lucas.

Pues yo me vuelvo á Madrid
solamente por no veros.

Luis.

Sois ingrato, vive Dios.
Yo me voy. *cace.*

ESCENA XII.

Dichos, menos don Luis.

Lucas.

No soy mas de esto.
Válgate el diablo el don Luis.

Alfonsa.

Don Lucas, decid, ¿qué es esto?

Lucas.

Don Pedro está aquí encerrado.

Alfonsa.

¿Vos le encontrasteis?

Lucas.

Yo mismo.

Alfonsa.

¿Pues á qué entró?

Lucas.

Que sé yo.

Alfonsa.

¿Quiere á Isabel?

Lucas.

Lo sospecho.

pues yo le he hallado escondido
ahora.

Alfonso.

¡Válgame el cielo! (1)

Cabellera.

Dióle el mal.

Lucas.

Ténla esa mano,
y tírala bien del dedo
del corazón. ¿No hay quien traiga
manteca?

Isabel.

Sí, yo la tengo.

Lucas.

Pues id. por ella.

Isabel.

Yo voy.

Lamaré de allí á don Pedro. *Vase.*

ESCENA XIII.

Dichos, menos doña Isabel.

Cabellera.

¡Qué gran mal! pobre señora.

Lucas.

¿Veis, primo, lo que habeis hecho?
Tenedla, esta mano vos,
porque voy á mi aposento
por la uña de la gran bestia.

(1) *Finge que le da el mal de corazón, y cae sobre un taburete.*

ESCENA XIV.

Don Pedro, doña Alfonsa y Cabellera.

Cabellera.

Ponga su uña, que es lo mismo.

Pedro.

¿Fuese?

Cabellera.

Si.

Pedro.

¿Qué hemos de hacer?

Cabellera.

Luego trataremos de eso.

Requiebra á la desmayada,

(si entra don Lucas mas tierño);

porque crea que la quieres,

que esto importa.

Pedro.

Y eso intento.

Cabellera.

El viene ya.

Pedro.

Doña Alfonsa,

mi luz, mi divino cielo,

no le disfraceis turbado,

si he de gozarle sereno.

A vos os quiero, señora,

ESCENA XV.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

¿Qué es lo que escucho! *ap.*

Pedro.

Creed esto,

que solo á vuestra hermosura
se consagran mis deseos.

El alma sois por quien vivo,
vos sois la luz por quien veo.

Isabel.

Pues traidor, falso, atrevido...

Viven mis ardientes zelos,
dioses que hoy en mi corage
tienen la corona y cetro,
que he de pagarte en venganzas
cuanto cobro en escarmientos.
Don Luís ha de ser mi esposo;
porque aunque yo le aborrezco,
por vengarme de tí solo,
vengarme en mí misma apruebo.

Quedate....

Pedro. (1)

Espera, señora,
y advierte que estos requiebros
los pronuncio con el lábio
y los finjo con el pecho.
Díjelos porque don Luías
entendiese que la quiero:
no porque á tí no te adoro.
Escúchame.

Isabel.

No te creo;
que no estando aquí él, no vienen
esas disculpas á tiempo.

Cabellera.

Si aqñeste desmayo fuera
fingido, estábamos buenos. *ap.*

Pedro.

Señora, solo eres tú
el alma por quien aliento,
la muerte por quien yo vivo
y la vida por quien muero.
Escucha.

Isabel.

No tengo oídos.

Pedro.

Repara bien.

Isabel.

Ya te dejo.

Pedro.

Que solo te adoro á tí,
que á doña Alfonsa aborrezco.

Alfonsa.

(1)

Pues, vive el cielo, cruel,
falso, ingrato, lisonjero,
que has de decir de las dos
á cual adoras, supuesto
que á ella le mientes finezas,
y á mí me finges requiebros.

Cabellera.

El desmayo era fingido; *ap.*
todo el infierno anda suelto.

Alfonsa.

Di á quien quieres.

Isabel.

Eso aguardo.

Pedro.

Mirad....

Alfonsa.

¿ En qué estás suspenso?

(1) Levántase del desmayo.

Isabel.

¿Me quieres?

Pedro.

¿Qué la diré? *ap.*

Alfonsa.

¿Ma aborreces?

Pedro.

¿Qué haré, ¡cielos! *ap.*

Isabel.

¿Qué te elevas!

Alfonsa.

¿Qué te turbas!;

Isabel.

¿Quién merece tu desprecio?

Alfonsa.

¿Quién es dueño de tu amor?

Pedro.

Si digo.... *ap.*

Cabellera.

Buena la has hecho.

Pedro.

Quien quiero, á la una agravio, *ap.*
si á la otra favorezco.

Alfonsa.

¿Estas eran las finezas
con que anoche en mi aposento
dijiste que me adorabas?

Pedro.

¿Yo en tu aposento! ¿qué es esto?

Isabel.

A Alfonsa quieres, traidor.

Alfonsa.

Doña Isabel es tu dueño.

Isabel.

Hoy has de probar mis iras.

Alfonsa.

Hoy has de ver tu escarmiento.

Pedro.

Dña Alfonsa...

Alfonsa.

No te escucha.

Pedro.

Dña Isabel...

Isabel.

Soy de fuego.

Pedro.

Mirad!...

ESCENA XVI.

Dichos y don Lucas.

Lucas.

Ya está aquí la uña.

Caballero.

La bestia ha llegado á tiempo. *ap.*

Lucas.

¿Estás sosegada?

Alfonsa.

No.

Lucas.

¿Pues qué sirantes?

Alfonsa.

Un desprecio.

Lucas.

¿Qué es esto, Isabel?

Isabel.

No sé.

Lucas.

Tú, dé tu mal.

Alfonsa.

Soy de hielo.

Tucas.

Tú, dime tu pena.

Isabel.

Es grande.

Lucas.

¿No hay remedio?

Isabel

Es sin remedio.

Lucas.

Don Pedro, dime que sientes.

Pedro.

No tiene voz mi tormento.

Lucas.

¿No lo he de saber?

Alfonsa.

Sabráslo.

Lucas.

¿No me lo dirás?

Isabel.

No puedo.

Lucas.

Isabel, á la lítera;

Alfonsa, el coche está puesto;

Pedro, el rucio está ensillado.

En Cabañas nos veremos.

Alfonsa.

Quejas, que muerdo de amor. *ap.*

Isabel.

Irás, que rabio de celos. *ap.*

Lucas.

Honra, que andais titubeando. *ap.*

Pedro.

Dudas, que andais discurriendo. *ap.*

Lucas.

**Pero yo lo sebré todo ;
que entre bobos anda el juego.**

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Antonio y don Lucas.

Lucas dentro.

Ten ese macho, mulero;
que es un poquillo mohino. (1)

Antonio.

¿Dónde fuera del camino
me sacais?

Lucas.

Hablaros quiero.

Antonio.

¿Pues á qué nos apartamos
del camino? ¿Qué quereis?

Lucas.

Suegro, ahora lo vereis.

Antonio.

Ya estamos solos.

Lucas.

Si estamos.

¿Viene el coche?

Antonio.

Se quedó
mas de una legua de aquí.

Lucas.

¿Quereis escucharme?

(1) *Salen los dos.*

Antonio.

Si.

Lucas.

¿Habeis de enojaros?

Antonio.

No.

Lucas.

¿Ois bien?

Antonio.

¿No lo sabeis?

Lucas.

Quiero hablar quedo.

Antonio

Hablad quedo.

Lucas.

Ultimadamente ¿ puedo
hablar á vulto?

Antonio.

Podeis.

¿Tencis que hablar mucho?

Lucas.

Mucho.

¿Replicareis cuando yo
estuviere hablando?

Antonio.

No.

Lucas.

Pues escuchad.

Antonio.

Ya os escucho.

Lucas.

Yo soy, señor don Antonio
de Contreras, un hidalgo
bien entendido, así, así,
y bien quisto, tanto cuanto.

Soy ligero , luchador ,
 tiro una barra de á cuatro ,
 y aunque pese cuatro y libras ,
 á mas de cuarenta pasos.
 Soy diestro como el mas diestro ,
 espléndidamente largo ,
 por el principio atrevido ,
 y valiente por el cabo.
 De la escopeta en las suertes
 salen mis tiros en blanco ,
 y puedo tirar con todos
 cuantos hay , del Rey abajo.
 Canto , bailo y represento ,
 y si me pongo á caballo ,
 caigo bien sobre la silla ,
 y de ella mejor , si caigo.
 Si en Zecodover torco ,
 me llaman el secretario
 de los toros , porque apenas
 llegan , cuando los despacho.
 Conozco bien de pinturas ,
 hago comedias á pasto ,
 y como todos también ,
 llamo á los versos trabajos.
 No soy nada caballero
 de ciudad ; soy cortesano ,
 y nací bien entendido ,
 aunque nací mayorazgo.
 Pues mi talle no es muy lerdo ;
 soy delgado sin ser flaco ,
 soy muy ancho de cintura ,
 y de hombros también soy ancho.
 Los pies así me los quiero ;
 piernas así me las traigo ,
 con su punta de lo airese ,

y su encaje de estevado:
 Yo me alabo : perdonad ;
 que esto importa para el caso :
 y no he de hallar quien me alave
 en un campo despoblado.
 En fin discreto, valiente,
 galan , airoso , bizarro ;
 diestro , músico , poeta ,
 ginete , toreador , franco ,
 y sobre todo teniendo
 de renta seis mil ducados ,
 (que no es muy mala pimienta
 para estos veinte guisados)
 salgo á que Isabel merezca
 estas gracias en sus brazos ,
 que nunca pensé , por Dios ,
 venderme yo tan barato ;
 y hallo , que con vuestra hija
 me distes por liebre gato.

Antonio.

Advertid , que sois un necio.

Lucas.

¿ No me oireis ?

Antonio.

No he de escucharos :
 mataros era mas justo.

Lucas.

Señor mio , no lo hagamos
 pendencia. Escuchad ahora ,
 y vamos al cuento.

Antonio.

Vamos.

Lucas.

Lo primero , envié á decir ,
 que saliese con cuidado

de Madrid, y se pudiese
 una máscara al recato;
 y ella se puso por una,
 media mascarilla; tanto,
 que se le vió media cara
 desde la nariz abajo.
 Lo segundo, os supliqué,
 que no vinierais, enviando,
 de que á Isabel admitia,
 un recibo ante escribano;
 y os venisteis, no sabiendo,
 que yo he de vestirme llano;
 pues la tela de muger
 no ha menester suegro al canto.
 Lo tercero, luego al punto
 que me vió, se fue de labios,
 y me dijo mil requiebros
 por mil rodeos extraños,
 y una muger, cuando es propia,
 ha de andar camino llano;
 que no ha de ser hablador
 el amor, que ha de ser casto.
 Mas: arguyó con mi primo,
 daca el trato, toma el trato:
 con que se le echa de ver,
 que es tratante, á treinta pasos.
 Luego le dijo, y le daba,
 sin haberla nunca hablado,
 los requiebros en mi nombre,
 y en causa propia la mano.
 Mas: un don Luis se ha venido,
 amante zorrero al lado,
 por vuestra señora hija,
 muy modesto, aunque muy falso;
 y en lilescas esta noche

hallé á mi primo enterrado
 en la sala de Isabel,
 y boy, que á examinarle aguardo,
 preguntó, qué fue la causa,
 de haber enoche violado
 el que ella llamaba templo;
 y vos nombrabais sagrado:
 y díjome, que allí oculto
 estubo, por ver si acaso
 don Luis hablarla intentáre,
 para que su acero airado
 feriára á venganzas nobles
 aquellos zelos villanos.

Antonio.

¿Y habló con don Luis?

Lucas.

No habló.

Pero es caso temerario,
 que haya de andar un marido,
 si la ha hablado, ó no la hablado.

¿Por una muger, y propia,
 he de andar yo vacilando,
 pudiendo por mi persona
 tener mugeres á pasto?

Ella, en fin, no es para mí.

Muger que se haya criada
 en Toledo, es lo que quiero,
 y aunque naciese en mi barrio.
 Muger criada en Madrid,
 para mi propia, descarto;
 que son de reves las unas,
 y las otras son de tajo.

Y en efectó, don Antonio,
 solo vengo á suplicaros,
 que os volvais con vuestra hija.

á vuestra calle de Francos.
 No ha de casarme con ella,
 aunque me hicieran pedazos.
 Solos estamos los dos;
 nadie nos oye en el campo.
 Volveos á Misa Isabel
 á Madrid, sin enojarnos;
 que esto es entre padres y hijos,
 que es algo mas que entre hermanos.
 Que en llegando las sospechas
 á andar tan cerca del casco,
 y en siendo los suegros turbios,
 han de ser los yernos claros.

Antonio.

Por cierto, señor don Lucas,
 que un poco antes de escucharos,
 os tuve por majadero;
 pero no os tuve por tanto.
 ¿Sabeis, con quién hablais?

Lucas.

Si.

Dadme mi carta de pago,
 y llevaos á vuestra hija.

Antonio.

Con ella habeis de casaros,
 ó os tengo de dar la muerte.
 ¿Qué dirán de mi honra, cuantos
 digan, que á casarse vino?

Lucas.

¿Y qué dirán los criados,
 que han sabido, que don Luis
 la anda siguiendo los pasos?

Antonio.

Don Luis camina á Toledo.

Lucas.

¿Pues cómo va tan despacio,
yendo Isabel en litera,
y él en mula?

Antonio.

¿No está claro,
que es por llevar compañía,
y no ir solo?

Lucas.

Ese es el caso;
que por no ir solo á Toledo,
quiere ir acompañado.

Antonio.

¿No decís, que vuestro primo
se encerró anoche en el cuarto
de mi hija?

Lucas.

Así lo digo,
y él así me lo ha contado,
para ver mejor, si hablaba
con él.

Antonio.

Pues desengañaos,
y logre esa diligencia
quietudes á vuestro engaño.
Si no es cómplice en su amor,
¿por qué quereis indignado,
pagarla en viles castigos
cuanto debeis en halagos?
Don Luis está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado;
y yo quedo con la queja,
y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente;
que vive Dios, que me espanto,

que no tengais entre esotras
la falta de ser confiado.

Lucas.

¿Y cómo? Si tengo tal;
que no soy tan mentecato,
que no sepa, que merezco
mas que el esto y otro tanto.
Pero dícame mi primo,
que es un poco mas cursado,
que las mugeres escojen
lo peor.

Antonio.

Pues consolaos;
que no teneis mal partido,
si es verdadero el adagio.

Lucas.

Ahora, señor don Antonio,
vuelvo á decir, que estoy llano
á casar con vuestra hija.
Ya yo estoy desengañado.
Pero si acaso don Luis,
amante dos veces zaino,
vuelve á hacerse en contradiño
con nosotros, no me caso.

Antonio.

Pues yo admito ese partido.

Lucas.

Yo vuestro precepto abrazo.

Antonio.

Pues esperemos el coche
en ese camión.

Lucas.

Vamos.

¡Ah! sí: don Antonio, aviso,
que si hubiere algun engaño

*

en el amor de don Lois,
 que si él entra por un lado
 à medias como sucede,
 con otros mas-estirados,
 me habeis de volver al punto
 cuanto yo hubiere gastado
 en mulas, coche, litera,
 gasto de camino y carros:
 que no es justicia, ni es bien,
 cuando yo me quedo en blanco,
 que seamos él y yo,
 él del gusto, y yo del gasto.

Antonio.

Dios os haga mas discreto.

Lucas.

No haga mas, que ya ha hecho harto. *cansa.*

Dentro ruido de tarrauges.

Dentro uno.

Arre, rucia de un puto, arre, beata.

Dentro dos.

Dale, dale, Perico, á la reata.

Dentro uno.

¡Oyga, la parda como se atropella!

Dentro dos.

Arre, mula de aquel hijo de aquella.

Cabellera dentro.

Va una carrera, cocherillo ingrato.

Dentro uno.

¿Qué hace que no se apea y corre un rato?

Cabellera.

¿A dónde va el patan en el matado?

Caminante dentro.

Cabellera.

Caminante dentro.

Dentro dos.

Otro Caminante dentro.

Por aquí hay un monton.

Cabellera.

¿Pues qué hay?

Todos.

Basura.

Cantan dentro.

Mozuelas de la corte,

todo es caminar,

unas van á Huete,

y otras á Alcalá.

Cabellera.

Pára, cochero: el coche se ha volcado.

Dentro uno.

El cibicon del coche se ha quebrado.

Dentro dos.

¿Pues qué importa?

Andrea.

¿Qué lindo desahogo!

Alfonsa.

Sáquenme á mí primero, que me ahogo.

Cabellera.

Páren esa litera.

Cochero.

Pára, pára.

Andrea.

Quebróse la redóma de la cara.

ESCENA II.

Doña Isabel y Andrea.

Isabel.

Volcóse el coche,

Andrea.

En hora mala sea.

Isabel.

Don Pedro saca á doña Alfonsa, Andrea.

¿Qué espero? Ya su amor se ha declarado.

Andrea.

¿Si la dará otro mal como el pasado?

Isabel.

¿Cómo mis iras se hallan mas templadas!

Andrea.

Previniéndola está dos almohadas,
en tanto que aderezan una rueda,

Isabel.

¿Queda mas que saber?

Andrea.

Aun mas te queda.

Isabel.

Ya doña Alfonsa en ellas se ha sentado.

Andrea.

Don Pedro en la litera te ha buscado,
y como no te halla, yo rezelo
que te viene á buscar.

Isabel.

Pues vive el cielo,
que yo no le he de hablar.

ESCENA III.

Dichos, don Pedro y Cabellera.

Pedro.

Oye, detente:

no quieras...

Isabel.

Déjame.

Pedro.

Tan impaciente.

malograr mi verdad,

Isabel.

No hay quien la crea.

Pedro.

Ruégala que me escuche, amiga Andrea.

Abona tú mi fé.

Isabel

Nada te abona.

Cabellera.

Enternécete, dura Faraona.

Pedro.

Irás y pasos detén.

Isabel.

Cruel, diestro engañador,
que amagas con el amor,
para herir con el desdén,
¿quién es tan ingrato, quién?
¿quién fué tan desconocido,
que por haber conseguido
una tan fácil victoria,
resucite una memoria
con la muerte de un olvido?
Y pues tus engaños veo,
delincuente el mas atroz,

¿ para qué hiciste á tu voz
 cómplice de tu deseo?
 Si sabes que no te creo,
 si conoces mi razon,
 ¿ porqué quiso tu pasión
 (viendo que es mayor agravio)
 hacer delincuente al lábio
 de lo que erró el corazon?
 Y ya que tan falso eras,
 y ya que no me querias,
 dí ¿ para qué me fingias?
 ¿ Pídate yo que me quieras?
 Tu amor fingieras, y fueras
 poco fino; solo un daño
 sintiera mi desengaño;
 mas tal mis ansias me ven,
 que mucho mas que el desdén,
 vengo á sentir el engaño.
 No me hables, y mis enojos
 menos ayrados verás;
 que se irritan mucho mas
 mis oidos que mis ojos.
 Quiero vencer los despojos
 de mi amor, si te oigo, á veces;
 y tanto al verte mereces,
 que aunque has fingido primero,
 solo miro que te quiero,
 y no oigo que me aborrezes.
 Mas vete que he de argüir
 cuando me quiera templar,
 que á mí no me puede amar
 quien á otra sabe fingir.
 Ya yo te he llegado á oír
 que á tu prima has de querer,
 y aquel que llegare á ser

en mi amor el preferido;
 aun no ha de decir fingido
 que procura otra muger.
 A Alfonsa dices que quieres,
 á mí dices que me adoras,
 por una fingiendo lloras,
 y por otra amando mueres.
 ¿Pues cómo si no prefieres,
 tu voluntad declarada,
 crerá mi pasión errada,
 cuando es la tuya fingida,
 que soy yo la preferida,
 y es Alfonsa la olvidada?
 Pues témplese este accidente;
 que no es justicia que acuda
 á una tan difícil duda
 un amor tan evidente;
 porque es mas fácil que intente,
 menos ayñado y mas sábio,
 siendo tan grande el agravio
 á vista de mis enojos,
 dar lágrimas á mis ojos
 que evidencias á tu labio.
 Quiere, adora á Alfonsa bella,
 y sea yo la olvidada;
 porque ya estoy bien hallada
 con tu olvido y con mi estrella.
 Yo soy la infelice, y ella
 quien te merece mejor;
 y pues tuve yo el error
 de haberte querido, es bien
 que pague con el desdén
 lo que erró con el amor.
 Y vete ahora de aquí,
 porque no es justicia, no,

que tenga la culpa yo
y te dé la queja á tí.

Pedro.

Hermosa luz por quien ví,
alma por quien animé,
deidad á quien adoré,
no hagas con ciega venganza,
que pague tu desconfianza
lo que no ha errado mi fé.
Deja esa pasión, que dura
en tus sentidos inquieta;
y no seas tan discreta,
que no creas tu hermosura.
Tú misma á tí te asegura:
imagínate deidad,
y así creerás mi verdad:
usa bien de tus rezelos,
y cria para estos celos
por hijo á la vanidad.
A Doña Alfonsa prefieres,
bien como al lirio la rosa:
mas qué importa ser hermosa,
si no presumes lo que eres.
Sé como esotras mugeres;
tén contigo mas pasión;
haz de tí satisfacción;
sé divina mas humana;
que á tí para ser mas vana,
te sobra mas perfección.

Isabel.

Esa prudente advertencia
con que tu pasión me ayuda,
es buena para la duda,
mas no para la evidencia.
Ella dijo en mi presencia—

que tú en su cuarto has estado
 anoche: que la has hablado;
 ¿pues cómo, si esto es verdad,
 con toda mi vanidad
 aseguraré mi cundado?
 ¿Y cuando eso fuera, dí,
 dí, cuando con ella estabas,
 no te oí decir que amabas
 á doña Alfonsa?

Pedro.

Es así:

Isabel.

¿Tú no lo confiesas?

Pedro.

Sí;

mas fingido mi amor fue.

Isabel.

Y cuando te pregunté,
 á cual de las dos querías,
 ¿por qué no me respondías?

Pedro.

Oye por qué.

Isabel.

Dí por qué.

Pedro.

Porque es grosería errada,
 nunca al labio permitida,
 despreciar la aborrecida
 en presencia de la amada.
 Bástela, verse obligada,
 sin que oyese aquel desden;
 bástela, quererte bien,
 sin que al ver desprecio tal,
 la venga á pagar tan mal,
 porque me quiso tan bien.

Isabel.

Pues galán no quiero ahora,
que por no dejar corrida.
á aquella, de quien se olvida,
no hace un gusto á la que adora.
Vete.

Pedro.

Escúchame, señora.
Que agradezca, no te espante
ver, que me ame tan constante;
pero á tí te he preferido.

Isabel.

Pues si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

Pedro.

Oye, señora, y verás...

Isabel.

No he de oírte.

Pedro.

Aguarda, espera.

Cabellera.

Don Luis abrió la litera,
y mira si en ella estás.

Pedro.

¿Y ahora también dirás,
que no te tiene afición?

Isabel.

Daré la satisfacción.

Pedro.

Tampoco te he de creer.

Isabel.

¿Quieres echarme á perder
con los celos mi razón?
Pues no ha de valerte, no.
Despreciarle pienso aquí.

Pedro.

¿Y yo he de escucharlo?

Isabel.

Sí.

Don Luis. En voz alta.

Luis dentro

¿Quién me llama?

Isabel.

Yo.

Andrea.

El viene acá: ya te oyó.

Isabel.

Escóndete entre esos ramos.

Cabellera.

La satisfacción oigamos.

Isabel.

Yo he de quedar con recelos,

y tú has de quedar sin celos.

Cabellera.

Ven, señor, que llega.

Pedro.

Vamos. (1)

ESCENA III.

Doña Isabel, Andrea y don Luis; don Pedro y Cabellera escondidos.

Luis.

A carillo de tu voz

no vengo, divina ingrata,

como otras veces solía,

á consagrar vida y alma.

A ser escarmiento vengo,

(1) Escóndese.

de mi amor , á ser venganza
 de tu desden , á ser duda
 de mis propias esperanzas.
 Fiera , al paso que divina ,
 cruel , al paso que blanda ,
 que me matas con los zelos ,
 y con el desden me halagas ;
 yo soy el que mereció
 sacrificarse á tus llamas ,
 si no siega mariposa ,
 atrevida salamandra.
 Yo soy aquel que te quiso ,
 y aquel soy á quien agravias ,
 el que como el girasol
 aspiró á tus luces tardas ;
 el que anoche en tu aposento
 logré , (nunca los lograré)
 de tu labio mas favores ,
 que tú quejas de mis ansias.
 Y cuando á tan fino amor ,
 á tan finjidas palabras
 encubridora la noche
 secretamente medíaba ,
 cuando un sí llegó á mi oído ,
 llegó un premio á mi esperanza :
 recójome á mi aposento ;
 y cuando pensé que estaba
 don Lucas dentro del suyo ,
 que á veces la voz engaña ,
 oigo en otro cuarto voces ,
 temo luz , busco la causa ,
 y hallo ; ay Dios ! que con don Pedro
 tu fe y mi lealtad agravias.
 ¿ Para esto me diate un sí ?
 ¿ Para esto , dime , premiabas

un amor que le he sufrido
 al riesgo de una esperanza?
 No quiero ya tus favores:
 logre don Pedro en tus aras
 las ofrendas por deseos,
 que amante y fino consagra.
 Bastan tres años de enigmas;
 tres años de dudas bastan;
 desengáñenme los ojos,
 con ser ellos quien me engañan.
 Ya el sí que me diste anoche,
 no le estimaré.

Isabel.

Repara,
 que yo no te he hablado anoche.
 ¿Donde, ó cómo?

Luis.

Ya no falta,
 sino que también me niegues,
 que me diste la palabra,
 de ser mi esposa. Si piensas
 que la he de admitir, te engañas.

Isabel.

¿Yo te hablé anoche?

Luis.

¿Eso niegas?

Isabel.

Mira...

Luis.

¿Mis bellos, qué aguardan?

Solo vengo á despedirme
 de mi amor. ¿Quédate falsa!

Tus voces ya no las creo;
 tu amor ya me desengaña.

A Madrid vuelvo corrido:

vuelvas el alma á la patria
del desengaño : halle el puerto ,
quien navegó en la borrasca . . .
Razon tengo , ya lo sabes :
zelos tengo , tú los causas ;
y si dudosos obligan ,
averiguados agravian .

Isabel.

Espera....

Luis.

Vóime.

Pedro.

¡ Ah cruel !

Isabel.

Mira....

Luis.

Déjame , traidora.

ESCENA IV.

Doña Isabel , Andrea , don Pedro y Cabellera.

Pedro.

Pídeme zelos ahora
de doña Alfonso , Isabel.

Habla : ¿ Qué te has suspendido ?

No finjas levases enojos.

Dí , qué no han visto mis ojos ;

dí , que está incapaz mi oido :

resuelto á escucharte estoy.

¿ Qué puedes ya responder ?

¿ Con qué has de satisfacer
mis zelos ?

Isabel.

Con ser quien soy.

Pedro.

¿Pues cómo puedes negar,
que estuviste (¡gran tormento!)
con don Luis en tu aposento?
Respóndeme.

Isabel.

Con callar.

Pedro.

Isabel ingrata, ¿sí,
(fuego en todas las mugeres)
¿cómo niegas, que te quieres?

Isabel.

Con decir, que te amo á tí.

Pedro.

¿No entró?

Isabel.

A tallar me sentencio
en bronce obstinado labras.

Pedro.

No crees tú mis palabras,
¿y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intentas;
mar, que embozó las tormentas
con la quietud de la calma;
ingrata la mas divina,
divina mas rigorosa,
purpúrea á la vista rosa,
y al tacto cruel espina;
ya no podrá tu rigor
peregrinar esta senda,
ya me he quitado la venda,
y con vista no hay amor.
A dejarte, me sentencia
una verdad tan desnuda;

que al caminar por la duda,
 encontré con la evidencia.
 Ya no he de ser el que soy,
 ya no quiere arrepentido
 sufrir á tu voz mi oído:
 ya te dejo, ya me voy.

Isabel.

Pues, falso, aleva, infiel,
 ingrato, cómo enemigo,
 si estuve anoche contigo,
 ¿cómo puede estar con él?
 ¿Cuándo había de hablarle, espero
 saber, cuando yo quisiera?
 Respóndeme.

Pedro.

¿No pudiera,
 haberte hablado primero?

Isabel.

No pudiera: y ese es
 el indicio más impropio.
 ¿No sabes tú, que tú propio
 le viste salir despues
 de su aposento?

Pedro.

Es así.

Isabel.

¿Luego el castigo mereces?

Pedro.

¿No pudo salir dos veces?

Isabel.

Si pudo salir. Mas, dí,
 ¿cuando estabas escondido,
 que yó te amaba, no oíste?

Pedro.

Sí; pero también pudiste

haberme ya conocido.

Isabel.

Ya que en esos celos das,
dime, don Pedro, por Dios,
¿puedo yo querer á dos?

Pedro.

A don Luis quieres no mas.

Isabel.

Y si eso pudiera ser
(que no lo he de consentir)
¿por qué habia de fingir
contigo?

Pedro.

Por ser muger.

Isabel.

Tú eres la luz de mi vida;
solo á tí te adoro yo.

Pedro.

¿No lo haces de amante?

Isabel.

No.

Pedro.

¿Pues de qué?

Isabel.

De agradecida.

Deja esa duda, señor,
no te cuente un sentimiento;
que no hay agradecimiento,
adonde no hay fino amor.

Pedro.

Las finezas son agravios.

Isabel.

Mi bien, temple esos ojos,
y satisfagan mis ojos
lo que no aciertan mis labios.

Pedro.

No he de creerte, cruel.

Isabel.

Advierte....

Pedro.

No estoy en mí.

ESCENA V.

Dichos, don Lucas y doña Alfonsa, cada uno por su lado.

Alfonsa.

Don Pedro, ¿qué haceis aquí?

Lucas.

¿Qué es eso, doña Isabel?

Cabellera.

Cayeron en ratonera.

Lucas.

¿Qué era el caso?

Isabel.

Señor, fue....

Pedro.

Fué, señora.... ¿Qué le diré? *ap.*

Isabel.

Era estar quejosa.

Pedro.

Era,

reñirme ahora también,
porque entré con el intento,
que te diga, en su aposento
esta noche.

Lucas.

Hizo muy bien.

Isabel.

Esforcemos la salida. *ap.*

¿Y á vuestro amor corresponde,
que entre otro, que vos, adonde
yo estuviere recogida?

Cabellera.

Ya de este rayo escapamos.

ap.

Isabel.

¿Vos dudais, siendo quien soy?
Nadie entra, donde yo estoy.

Lucas.

Porque no entre nadie, andando.

Alfonsa.

¿Que así este engaño creyó!
Don Lucas, advierte ahora,
que no entró. ...

ap.

Lucas.

Callad, señora:
yo sé si entró, ó si no entró.

Alfonsa.

Que creáis, me maravillo,
este enojo que fingió.
El la quiere.

Lucas.

Ya se yo
que la quiere don Luisillo:
mas yo lo sabré atajar.

Alfonsa.

No es sino.....

Lucas.

Callad, señora,
que os habeis hecho habladora.

Alfonsa.

Mirad.....

Lucas.

No quiero mirar.

Alfonsa.
 Advierte, señor, que es él.

Lucas.
 Calla, hermana, no me enfades;
 háganse estas amistades;
 dadle un abrazo, Isabel.

Isabel.
 No me lo habéis de mandar,
 que ha dudado en mi opinión.

Lucas.
 Digo que tenéis razón,
 pero le habéis de abrazar.

Isabel.
 Por vos hago este reparo:

Lucas.
 Sois muy honesta, Isabel.

Isabel.
 ¿Querrá él?

Lucas.
 Sí querrá él;
 ¿no está claro?

Pedro.
 No está claro.

Lucas.
 ¿Cómo no? Viven los cielos....

Pedro.
 Si aun no tengo satisfecha
 una evidente sospecha.....

Lucas.
 ¿Qué sospecha?

Pedro.
 De unos celos.

Alfonsa.
 ¿No lo habéis entendido?

Lucas.

No.

¿Pues hay otra causa?

Isabel.

Sí:

que está doña Alfonsa aquí.

Lucas.

¿Y estoy en las Indias yo?

Habéis de darla un abrazo

por mí; acabemos por Dios.

Isabel.

Voy á dárselo por vos.

Chellera.

¿Que te clavas bestionazo!

sp.

Alfonsa.

¿Siendo ciertos mis recelos,

cómo mis iras reprimo?

Pedro.

Agradécelo á mi primo. (1)

Isabel.

Agradécelo á mis celos.

Lucas.

Eso me parece bien.

Alfonsa.

Mira, hermano...

Lucas.

Ya es enfado.

¿Está el coche aderezado?

Andrés.

Si, señor.

Lucas.

Isabel, ven.

(1) Abrazanse.

Alfonso.

Diréle que me engañó,
luego que salga de aquí.

Lucas.

¿Eres su amiga?

Isabel.

Yo sí.

Lucas.

¿Y tú eras su amigo?

Pedro.

Aun no.

Andrea.

Hazlos amigos. ¿Que esperas?

Lucas.

Vuelvan acá. ¿Donde van?

Cabellera.

Déjalos, que ellos se harán
mas amigos que tú quieras.

ESCENA VI.

SALA EN LA POSADA DE CABAÑAS.

Don Luis y Carranza.

Carranza.

Este es Cabañas, señor.

Luis.

¡Desalmado lugar!

Carranza.

La primer pulga se dice,
que fue de aquí natural.

Aquí han de parar el coche
y la litera.

Luis.

Es verdad;

y aquí he de hablar á don Lucas.

Carranza.

Yo pienso que llegan ya.

¿Pero qué intentas decirle,
si le hablas?

Luis.

Tú lo sabrás.

Carranza.

¿Tienes celos de Isabel?

Luis.

He llegado á imaginar,
que si anoche (como viste)
habló conmigo, será
poner manchas en el sol,
buscarla en su honestidad.
Demas, que aquel aposento
en que la hallamos, está
poco distante del otro
y se pudo acaso entrar
en él, oyendo la voz
de don Lucas.

Carranza.

Es verdad,
que él la sintió cuando tú
la hablabas.

Luis.

Ténte, que ya
llegan todos á la puente.

Carranza.

¿Qué intentas?

Luis.

Tú has de llamar
á don Lucas y decirle,
que un caballero, que está
por huésped de este aposento,

dico, que le quiere hablar.

Carranza.

Voy á hacer lo que me ordenas.

Luis.

Con Silencio.

Carranza.

Así será. *Vase.*

Luis.

Sepa don Lucas de mi
mi amor : sepa la verdad
de mi dolor ; que no es bien ,
donde tantas dudas hay,
ocultar el accidente ,
pudiendo sanar el mal.

ESCENA VII.

Don Luis y don Lucas.

Lucas.

¿ Está un caballero aqui ,
que me quiere hablar ?

Luis.

Sí está.

Lucas.

¿ Vos sois ?

Luis.

Si , señor don Lucas.

Lucas.

¿ Todavía caminais ?

¿ Vais en mula , ó en camello ?

porque desde ayer acá ,
cuando os presumo delante ,
os vengo á encontrar atras.

¿ Qué me queris , caballero ,
que un punto no me dejais ?

Luis.

Quiero hablaros.

Lucas.

Yo no quiero,
que me habléis.

Luis.

Esperad,
que os importa á vos.

Lucas.

¿A mí
me importa? Pues perdonad;
que con importarme á mí
tanto, no os quiero escuchar

Luis.

¿Y si toca á vuestro honor?

Lucas.

A mi honor no toca tal;
que yo sé mas de mi honra
que vos, ni que cuantos hay.

Luis.

¿Dos palabras no me oíreis?

Lucas.

¿Dos palabras?

Luis.

Dos no mas.

Lucas.

Como no me digais tres,
lo admito.

Luis.

Pues dos serán.

Lucas.

Decídlas.

Luis.

Doña Isabel
me quiere á mi solo.

Lucas.

Zas.

Mas habeis dicho de mil
en dos palabras no mas.
Pero ya que se ha soltado
tan grande punto al hablar,
deshaced toda la media,
y hablad mas ; ¿pero qué mas?

Luis.

Señor , yo miré á Isabel.

Lucas.

Bien pudierais excusar
haberla mirado.

Luis.

El sol ,

cuando con luz celestial
sale al oriente divino
dorando la tierra y mar,
alumbra la mas distante
flor , que en capillo sagáz
de la violencia del cierzo
guarda las hojas de azár.

Lucas.

No os andeis conmigo en flores ,
señor don Luis , acabad.

Luis.

Digo que adoré sus rayos
con amor tan pertináz....

Lucas.

¡Pertináz ! ¿don Luis , quereis
que me vaya ahora á echar
en el pozo de Cabañas ,
que en esa plazuela está?

Luis.

Quísome Isabel ; que yo
lo conocí en un mirar
tan al descuido , que era
cuidado de mi verdad ;
que quien los ojos no entiende...

Lucas.

Oculista ó Barrabás ,
que de Isabel en los ojos
hallasteis la enfermedad ,
decidme , ¿ cómo os premió ?
que aquesto es lo principal ,
y no me habéis tan pulido.

Luis.

Premióme con no me hablar.
Pero en Illescas anoche
con ardiente actividad

salió á hablarme hasta el zaguán ,
y en él me explicó la enigma
de toda su voluntad.

Dice que ha de ser mi esposa ,
y que violentada vá
á daros la mano á vos.

Pues si eso fuese verdad ,
¿ porqué dos almas queréis
de un mismo cuerpo apartar ?
Yo os tengo por entendido ,
y os quiero pedir....

Lucas.

Callad ,
que para esta y para estotra
que me la habéis de pagar.

Dentro Doña Alfonsa.

¿ Está mi hermano aquí dentro ?

Lucas.

A esta alcoba os retirad ,
que quiero hablar á mi hermana.

Luis.

¿Decidme, en qué estado está
mi libertad y mi vida?

Lucas.

Idos, que háto tiempo hay
para hablar de vuestra vida
y de vuestra libertad.

ESCENA VIII.

Don Lucas, Doña Alfonsa y Don Luis escondido.

Alfonsa.

¿Hermano?

Lucas.

¿Qué hay, doña Alfonsa?

Alfonsa.

Yo vengo á hablaros.

Lucas.

¡Hay tal!

¿Qué de ellos hablarne quieren!
Mas si yo los dejo hablar,
hacen muy bien en hablarne,
y hago en oírlos muy mal.

Alfonsa.

¿Estamos solos?

Lucas.

Si, hermana.

Alfonsa.

Dí, señor ¿té enojarás
de mis voces?

Lucas.

Qué sé yo.

Alfonsa.

Sabes, señor....

Lucas.

No sé tal.

Alfonsa.

Que soy mujer....

Lucas.

No lo sé.

Alfonsa.

Yo, señor....

Lucas.

Acaba ya.

Este don Luis y esta hermana
quienso que me han de acabar.

Alfonsa.

Tengo amor....

Lucas.

Tén norabuena.

Alfonsa.

A don Pedro.

Lucas.

Bien está.

Alfonsa.

Pero él no me quiere á mí;
porque amante desleal,
á doña Isabel procura
contra mi fé y tu amistad.

Lucas.

Digo que no he de creerlo.

Alfonsa.

Ya sabes que me dá un mal
de corazon....

Lucas.

Sí señora.

Alfonsa.

Y tambien te acordarás
que en Illescas me dió anoche
un mal de estos.

Lucas.

¿Pues qué hay?

Alfonsa.

Sabrás que el mal fue fingido.

Lucas.

¿Y ahora quien te creerá,
si te dá el mal verdadero?

Alfonsa.

Importó disimular;
porque don Pedro, traidor,
juzgando que era verdad,
dijo á Isabel mil ternèzas:
yo entonces quise estorvar
su amor con mi indignacion;
y tan adelante está
su amor que aun en tu presencia
la requebró.

Lucas.

Bueno está.

Alfonsa.

Anoche estuve con ella
en su aposento; y pues ya
llegan mis celos á ser
declarados, tú podrás
tomar venganza en los dos.
Solicita, pues, vengar
esta traicion, que te ha hecho,
contra la fidelidad,
don Pedro.

Lucas.

¡Buena la hice!

¿Mas quién puede examinar
si quiere á don Luis, ó á Pedro?

Pero á entrambos los querrá;
porque la tal Isabel,
tiene gran falicidad.

Mas de lo que estoy corrido,
mas que de todo mi mal,
es, que riñendo por zelos,
los hiciese yo abrazar.

Pero á cual de los dos quiere,
ahora he de averiguar;
y si es don Pedro su amante,
por vida de esta, y no mas,
que he de tomar tal venganza,
y he de hacer castigo tal,
que dure toda la vida,
aunque vivan mas que Adán:
que darles muerte á los dos,
es venganza venial.

Alfonsa.

¿Pues qué intentas?

Lucas en voz alta.

Don Antonio.

Alfonsa.

Sentado está en el zaguan.

Lucas en voz alta.

Don Pedro.

Alfonsa.

Ya entra don Pedro.

Lucas en voz alta.

Doña Isabel.

Alfonsa.

Allí está.

ESCENA IX.

Dichos , don Antonio , doña Isabel , don Pedro , Andrea y Cabellera.

Antonio.

¿Qué me mandais?

Isabel.

¿Qué me quieres?

Pedro.

¿Qué me ordenas?

Lucas.

Esperad.

Cabellera , entra acá dentro.

Cabellera.

Como ordenas , entro ya.

Lucas.

Cierra la puerta.

Cabellera.

Ya cierro.

Lucas.

Dame la llave.

Cabellera.

Tomad.

Lucas.

Don Luis , salid.

Luis.

(1)

Ya yo salgo.

Isabel.

Dí , ¿ qué intentas?

Antonio.

¿Qué será?

Pedro.

¿ A qué me llamas?

(1) *Saliendo de la alcoba.*

Luis.

¿Qué es esto?

Alfonsa.

¿Qué pretendes?

Lucas.

Escuchad.

El señor don Luis, que veis,
me ha contado, que es galán,
de doña Isabel; y dice,
que con ella ha de casar;
porque ella le dió palabra
en Illescas, y...

Cabellera.

No hay tal;

que yo, en Illescas anoche
le ví, á una puerta llamar,
y con doña Alfonsa habló:
por Isabel. ¿No es verdad,
que tú la sentiste anoche?
¿Tú no saliste, á buscar
un hombre con luz y espada?
Pues él fue.

Luis.

¿Quién negará,
que tú saliste, y que yo
me escondí? Pero jurar,
que yo hablé con Isabel,
no con Alfonsa.

Alfonsa.

Aguardad.

yo fui la que allí os hablé;
pero yo os llegaba á hablar,
pensando, que era don Pedro.

Don Pedro.

Amor, alhagüas me dad. *ap.*

Isabel.

¿Lo entendiste?

Pedro.

Sí, Isabel.

Lucas.

Esto está, como ha de estar:
ya está este galán á un lado:
con este me dejará.

Pues vamos al caso ahora,
porque hay mas que averiguar.
Doña Alfonsa me ha contado,
que traidor y desleal
quereis á Isabel.

Pedro.

Señori...

Lucas.

Decidme, en esto lo que hay.
Vos me digisteis anoche,
que entrasteis solo á cuidar
por mi honor en su aposento;
conque colegido está,
que de la parte de afuera
lo pudiéades mirar.

Mas: os ha escuchado Alfonsa
ternísimo requebrar,
y satisfacerla amante.

Antonio.

Don Lucas, no lo creáis.

Lucas.

Yo creeré lo que quisiere;
dejadme ahora, y callad.

Mas: os hablasteis muy tiernos
en Torrajoncillo. Mas:

cuando el coche se quebró
(esto no podeis negar).

tuvisteis un quebradero
de cabeza.

Cabellera.

¡Hay tal posar! *ap.*

Lucas.

Mas : al llegar á Cabañas
(esto fue sin mas , ni mas)
la sacasteis en los brazos
de la litera al zaguán.

Mas : desde ayer á estas horas
os miran de par á par ,
cantando á un coro los dos
el tono del ay , ay , ay.

Mas : aquí os hicisteis señas ,
mas : no lo podeis negar ;
pues muchos mases son estos ,
digan luego el otro mas.

Isabel.

Padre y señor... ..

Antonio.

¿Qué respondes?

Isabel.

Don Pedro....

Antonio.

Remisa estás.

Isabel.

Es el que me dió la vida
en el río.

Pedro.

Y el que ya
no puede ahora negarte
una antigua voluntad.
Antes que tú la quisieras
la adoré : no es desleal
quien no puede reprimir

un amor tan eficaz.

Lucas.

Calla , primillo , que vive....

Pero no quiero jurar ;
que he de vengarme de ti.

Pedro.

Estrena el cuchillo ya
en mi garganta.

Lucas,

Eso no:

yo no os tengo de matar ;
eso es lo que vos quereis.

Pedro.

¿ Pues qué intentas ?

Andrea,

¿ Qué querrá ?

Entre bobos anda el juego.

Antonio.

¿ Qué haces ?

Lucas.

Ahora lo verás.

Vos sois , don Pedro , muy pobre ;
y á no ser porque en mí hallais
el arrimo de pariente ,
perecierais.

Pedro.

Es verdad.

Lucas.

Doña Isabel es muy pobre ;
por ser hermosa no mas ,
yo me casaba con ella ;
pero no tiene un real
de dote.

Antonio.

Por eso es

virtuosa y principal.

Lucas.

Pues dadla la mano al punto ;
que en esto me he de vengar :
ella muy pobre , vos pobre
no tendreis hora de paz.
El amor se acaba luego ,
nunca la necesidad ;
hoy con el pan de la boda
no buscareis otro pan.
De mí os vengais esta noche ,
y mañana , á mas tardar ,
cuando almorceis un requiebro ,
y en la mesa , en vez de pan ,
pongais una fé al comer ,
y una constancia al cenar ;
y pongais en vez de gala
un buen amor de Milau ,
una tela de *mi vida* ,
aforrada en *me querrás* :
echareis de ver los dos ,
cual se ha vengado de cual.

Pedro.

Señor....

Lucas.

Ello has de casarte.

Cabellera.

Cruel castigo le das.

Lucas.

Entre bobos anda el juego.
Presto me lo pagarán ,
y sabrán presto lo que es
sin olla una voluntad.

Pedro.

Hacérme de rogar quiero : *ap.*

Señor:...

Cabellera.

La mano la dá ;
no se arrepienta.

Pedro.

Esta es

mi mano.

Danse las manos.

Isabel.

El alma será,
quien solo ajuste este lazo.

Lucas.

Don Luis , si os quereis casar ,
mi hermana está aqui de nones ,
y hareis los dos lindo par.

Luis.

En Toledo nos veremos.

Lucas.

Írme de él , si allá vais.

Cabellera.

Y don Francisco de Rojas
á tan gran comunidad
pide el perdon , con que siempre
le favoreceis y honrais.

"Entre bobos anda el juego."

Es muy nueva é ingeniosa la idea de establecer una acción dramática de modo que se desenvuelva progresivamente, y concluya en el discurso de un viage de pocas leguas. Parece que don Francisco de Rojas, al concebir el plan de esta comedia, se propuso directamente justificar con un ejemplo práctico el abandono de la unidad de lugar, que habían violado todos sus predecesores, procurando convertir este defecto en una belleza. No trataremos de persuadir esta conjetura, ni de probar por consiguiente su designio; pero aseguraremos por lo menos que hizo mas verosimil aquella falta, fundando en ella la acción de esta comedia, y aumentando la ilusión con el interés del asunto y la novedad de las situaciones. El espectador toma parte desde las primeras escenas en los amores de doña Isabel y don Pedro, se mezcla por decirlo así con los interlocutores, se pone con ellos en camino, llega á la venta de Torrejoncillo con don Luis, vé en Illescas todas las situaciones cómicas del segundo acto, cuyas escenas están llenas de gracia y movimiento; se apea con los caminantes en el campo de Cabañas, y presencia en la posada de este pueblo el desenlace de la fábula, casi sin advertir que le ha conducido mentalmente el poeta en poco mas de dos horas á una distancia de nueve leguas, del sitio que ocupa en el teatro. No solo produce este efecto en la representacion, sino tambien en la simple lectura, en donde no se hallan los auxilios de la ilusión teatral; y si Rojas hubiera dispuesto su fábula de forma que se hallasen colocadas las mutaciones de escena al principio de cada acto, su triunfo seria completo en esta

parte, y nada hubiera dejado que hacer á los refundidores que pueden emplearse con gusto en este trabajo.

Ademas del mérito de la originalidad que hemos indicado, tiene el de los caracteres, que son variados y estan bien sostenidos. El personaje de don Lucas tiene gracia y novedad. Caballero pinta su figura y carácter en la escena segunda.

Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno
no es por su casa, que es
por un cigarral que ha hecho;
es un caballero flaco,
demasiado macilento,
muy cortísimo de talle
y larguísimo de cuerpo:
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luengos,
muy bajos de empeine y anchos,
con sus juanitos y pedros;
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado
y cuarenta muchos puerco &c.

El de don Luis, en que pinta Rojas un amante importuno y afectado, está bien descrito en la escena primera por Andrea y doña Isabel.

Andrea,

Pero ese chisgaravía,
ese tu fino don Luis,
galán de tapa de espejo;
ese que habla á borbotones,
de su prosa satisfecho;

que en una honra le han hecho
vocablos, talles y acciones,
¿qué es lo que de tí ha intentado?

Isabel.

Ese hombre me ha de matar.

Ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.

Si á la Iglesia voy, allí
oye misa junto á mí;

si pára el coche, él se pára;

si voy á andar, yo no sé
como allí se me aparece;

si voy en silla parece
mi gentil hombre de á pie.

Y en efecto, el tal señor,

que mi libertad apura,

visto es muy mala figura,

pero escuchado es peor. &c.

El estilo es generalmente gracioso, aunque algunas veces degenera en bufon y chocarrero. La versificación es buena, pero conceptuosa en demasía cuando el poeta trata de expresar la pasión del amor. Véanse los diálogos entre don Pedro y doña Isabel.

Del mismo gusto son los versos largos en donde refiere don Pedro á Cabellera la historia de sus amores y pinta á doña Isabel cuando la vió bañándose en el río. Casi la misma descripción se halla en don Juan de Jauregui al principio de la silva titulada *Acaecimiento amoroso*; pero de otro mérito en el estilo y la versificación. No podemos negarnos al gusto de copiarla, aunque parezca ageno de nuestro propósito, para amenizar á lo menos el fin de nuestro examen.

En la espesura de un alegre soto ,
 que el Betis baña , y de su fértil curso
 cobran verdor los sauces acopados ;
 donde el ocioso juvenil concurso ,
 la soledad siguiendo y lo remoto ,
 logra de amor los hurtos recatados ,
 aquí prestar alivio á mis cuidados
 pensé yo triste un día ,
 porque la Ninfa mia
 vi que emboscada , y de recelo agena ,
 ya el cinto desceñido ,
 sus miembros despojaba del vestido.
 Dejóle al fin compuesto en el arena ,
 manifestando al cielo
 de su desnuda forma la belleza ;
 luego á las puras ondas con presteza
 la vi correr dó el cunesco delgado
 sintió del agua de repente el yelo ,
 y suspendió su brio ;
 viéndose en la carrera salteado
 con líquidos aljófares del río.
 Mas reclinóse al fin sabrosamente ,
 cubriendo de los húmedos cristales
 toda su forma de la planta al cuello.
 Tal vez la hermosa frente
 sola mostraba de su rostro bello ,
 tal con ligeros saltos paseaba
 la orilla , y en sus frescos arenales
 sus tiernos miembros liberal mostraba.
 Yo en tan alegre vista embebecido ,
 y en los tejidos ramos escondido ,
 al cielo con el alma agradecía
 mi desigual ventura ,
 y el recatado labio no movía. &c.

DON DIEGO DE NOCHE.

PERSONAS.

El Principe de Aragon.

El Conde de Urgel.

Leonora su hermana.

Don Fernando.

Don Carlos su hijo.

Lucinda su hermana.

Don Bernardo.

Don Diego de Mendoza.

Lope , su criado.

Febo. . . .

Ramiro. . .

Celio. . . .

Liseo. . . .

Lucrecio . .

criados.

Flora , criada.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

El Conde y don Bernardo.

Bernardo.

Cuando hay segura amistad
justamente se confía.

Conde

Con este engaño querría
conquistar la voluntad.

Bernardo.

Si sabes la que te tiene
el Príncipe de Aragón,
vanos los engaños son.

Conde.

Aumentarla me conviene;
y si ambicion te parece
querer agora aumentarla;
por lo menos conservalla;
justa disculpa merece.
No da al capitán la gloria,
don Bernardo; el conquistar,
sino es saber conservar
la gloria de la victoria.
Quiéreme el Príncipe bien;
pero con esta ocasión
conservaré la opinion,
y la esperanza también.
De la industria no te espantes,

que el amor donde hay poder,
 como el mal, suele tener
 sus crecientes y menguantes.
 El quiere perdidamente
 á Lucinda de Aragon;
 no es casamiento; aunque son
 deudos; porque no es decente
 que dentro del reino case,
 que en lo demas le igualára:
 ella, que en su honor repara,
 de que se hiele, ó se abrase,
 tiene muy poco cuidado,
 y así el Príncipe zeloso,
 ronda esta calle animoso,
 de que ha de hallar confiado
 la causa porque la deja.

Bernardo.

¿Y hay causa?

Conde.

De ageno amor
 ninguna, solo su honor
 este desden le aconseja.
 Con esto, tengo pensado
 fingir que hay causa, por quien
 le deja, y hacer tambien
 que fueses tú disfrazado
 quien le salga á acuchillar
 con dos criados leales,
 pues que tú los tendrás tales,
 que esto les puedas fiar.
 Yo, que escondido estaré,
 saldré á ponerme á su lado,
 huireis todos con cuidado,
 de que el Príncipe me dé
 por autor de aquella hazaña,

y por cuya valentía
 en la confianza mía,
 pues en esto á nadie engaña,
 ponga su amor y secreto,
 y llegue yo á tal lugar,
 que venga Aragón á estar
 á mis intentos sujeto;
 que el que tuviere con él,
 eso tendrás tú conmigo.

Bernardo.

Tú sabes que soy tu amigo,
 y que te he sido fiel.
 De tu intento, Conde, estoy
 advertido: dos criados
 tengo leales y honrados,
 de quien deudo, y dueño soy,
 á quien daré de esto parte.

Conde

Pues parte y díles mi intento,
 y como es mi pensamiento,
 Bernardo, alcanzar por arte
 lo que niega la fortuna.

Bernardo.

¿A qué hora viene aquí?

Conde.

El suele decirme á mí
 que entre las doce y la una.

Bernardo.

Ya voy.

Conde.

El cielo te guie.

Bernardo.

Tu dicha el cielo previene.

Conde.

¡Dichoso el hombre que tiene

un hombre de quien, se fie. Los

ESCENA II.

El Conde, el Príncipe y Celio.

Príncipe.

Vete, Celio, que se enoja,
Lucinda, de que á su puerta
venga con gente.

Celio.

Ella acierta,
porque lo que mas despoja
á una dama de su fama,
es publicar sus amores
el galán.

Príncipe.

Pocos favores
publicaré de mi dama.

Celio.

No estaré lejos de aquí,
por si llama Vuestra Alteza.

ESCENA III.

Dichos, menos Celio.

Príncipe.

Desdén con tanta belleza,
¿qué quieres hacer de mí?
¡Ay ventanas! cuando os veis
del sol, puertas de zafiros,
si de mil dulces suspiros
las rejas enterneceis,
¿por qué no decís que veis
mis ojos hechos aurora?
pues, ella por verle llora.

y ellos al contrario, al cielo
 hasta que rompiendo el velo,
 los pies de la noche dorá.
 Fluya de mi sol Lucinda
 esta noche artificial,
 que la noche natural
 no quiero que se le rinda;
 que su luz hermosa y linda
 no saldrá, si coronado
 de luz, sale al sol prestado
 al cielo.

donde y
 la noche
 ¿De qué
 si no p
 y en lo
 que pue
 Mas si querer es hacer
 lo mas que puede el valor,
 yo quiero que tu rigor
 pueda en mí lo que quisiere;
 pues harto puede, quien quiere
 sufrir cuanto puede amor.

Conde.

Notables quejas, suaves
 suspiros; lástima es ver
 que tenga
 hasta en lo
 Lucinda, se
 esconderme
 don Berna
 principio a
 que al ing
 se ha rend

Príncipe.
Los marcos dan luz alguna;
¡ay' dulce sol, si amanece!

ESCENA IV.

El Príncipe y Lucinda.

Lucinda.
¿Es vuestra Alteza?

Príncipe.
Yo soy,
y no me llames así,
que ya no hay Alteza en mí,
después que á tus pies estoy.

Lucinda.
¿Quién viene con vos?

Príncipe.
Señora,

el elemento del fuego,
un niño, un gigante, un ciego,
un Argos que vela agora;
una salamandra ardiente,
un áspid entre las flores,
que es sobre varias colores,
Camaleon transparente.

Un Fenix que muere y nace,
de sí mismo; una Sirena,
que canta y mata; una pena,
que atormenta y satisface;
un animoso temor;
pero puesto que os asombre,
si quereis saber su nombre,
sabad que se llama amor.

Lucinda.
Bien pareceis, gran señor,

Pues
venís

3

Pues
veng
la so
que d
son l
aunq
los Reyes estan sujetos.

1

2

3

4

Lucinda.

¿Pues es de día?

Príncipe.

En secretos

rayos del sol para mí,
que en vuestras ojos le vi.

Lucinda.

¿En fin, estáis solo?

Príncipe.

Amor

está conmigo.

Lucinda.

Mi honor

me obliga que os hable así.

ESCENA

Dichos, don Diego, y Lope de camina.

Diego.

Las postas fue muy bien hecho
que á la puerta se quedasen.

Lope.

Sí, pero no que llegasen
á las horas que sospecho.

Diego.
 ¿En qué lo ves?

Lope.
 En no ver
 tienda abierta en Zaragoza,
 meson de huésped, ni moza: el

Diego.
 No sé qué tenemos de hacer
 que no me está bien llegar
 con alboroto.

Lope.
 No siento
 lo que es el alojamiento;
 pero quisiera alojar
 la panza si hubiera donde.

Diego.
 Eso es imposible ya.

Lope.
 La noche ¿qué no podrá?
 Todo lo encierra y lo esconde.

Diego.
 Lllaman ausencia del día
 á la noche.

Lope.
 Bien dijeron,
 pues sus sombras se atrevieron
 á la falta que él hacía.

Diego.
 El silencio y soledad
 de la noche son efectos.

Lope.
 Rasteleros, recoletos
 son los de aquesta ciudad;
 sustento tan socorrido,
 no se había de esconder.

hasta el alba.

Diego.

Si comer
quieres de lo que he traído,
Lope, aquí en la faltriquera,
eso puedo darte.

Lope.

¿Y es?

Diego.

Confites

Lope.

No me los des:
pesar de un pie de ternera
con un ajo castellano.
¿Yo confites? ¿soy ardilla?

Diego.

Mira qué son de Castilla.

Lope.

¡O confitero inhumano!
Cómabes un gran señor
después de treinta capones,
por quitar imperfecciones
al gusto con limpio olor.

Diego.

Lo dulce es muy alabado.

Lope.

Pues qué lo coma el Sofí;
un capitán conocí
que no recibió soldado
que supiese que en su vida
comió confites.

Diego.

¿Porqué?

Lope.

Porque se sabe que fué

siempre superflua comida,
femenil y delicada,
y un soldado ha de comer
sierpes, y á falta morder
la manzana de la espada.

Diego.

Hártos veo, y hártos honrados,
que porque espadas no tienen
no las comen.

Lope.

Esos vienen
con servicios desdichados;
pero cuando el tiempo es tal,
aunque en dichosos imperios,
que coman de monasterios,
ténla por mala señal.

Algunos hombres dejaron
en testamentos que hicieron,
raciones con que vivieron
á perros con quien cazaron.
Soldado, has sido no mas;
durmámos, si hay donde.

Diego.

Aquí

hay un portal.

Lope.

Yo por tí
me pesa, que en fin estás
á buena cama enseñado;
yo, medio galgo y medio hombre,
tengo diez de gentil hombre,
y en pie me duermo arrimado.

¿bueno?

¡bueno!

ESCENA VI.

Dichos (1) Don Bernardo, Ramiro y Febo.

Bernardo.

Cuando os biciere señal,
los dos acometereis;
y mirar que le apreteis,
pero con destreza tal,
que jamás la toque espada.

Ramiro.

Deja el cuidado á los dos.

Lope.

Moscones andan por Dios.

Diego.

Duerme y no pienses en nada.

Lope.

Matéle.

Diego.

No hagas ruido.

Lope.

Os con el diablo.

Diego.

Callar.

Lope.

Moscones, ir á picar
(un hombre que haya comido.

Febo.

¿Qué aguardas?

Bernardo.

A que se vea
el Conde, que ha de llegar
á defenderle.

Lope.

Picar

¿con el diablo. ¿Soy jalea?
 ¿soy pastel? ¿soy manjar blanco?
 ¿soy pierna de pobre?

Diego.

Advierte,

que anda gente.

Lope.

De esa suerte
 la de me fecit arranco.

Lucinda.

Gente suena, y no es razon
 que sepan con quién habláis.

Príncipe.

¿Zelos del temor me dáis?

Lucinda.

No hay burlas con la opinion.

ESCENA VII.

*Dichos, menos Lucinda.**Fébo.*

Gente he sentido: sin duda
 es el Conde.

Bernardo.

Meter mano. (1)

Príncipe.

No me recelaba en vano:
 si aquí el valor no me ayuda,
 traidores me han de acabar,
 que son traidores los celos.

Bernardo. ¡Ay cielos!
Matanle, llegad
Diego.
 ¡Ay cielos!

Príncipe.
 Nadie se dejó matar.
Diego.

Y mas teniendo á su lado
 un hombre de bien.
Lope.
 Y aun dos.

Reboque.
 De veras riñon, por Dios.
Bernardo.
 El Conde nos ha engañado. (1)

ESGENA VIII.
El Príncipe, don Diego, Lope y el Conde.

Conde.
 ¿Qué es esto? Sin que ya venido hubiere,
 al Príncipe acomete don Bernardo!

Príncipe.
 Dejadlos, caballero, que me importa
 no ser en esta calle conocido.
Conde.
 Gente sin duda, el Príncipe ha traído.

Diego.
 Haré lo que mandais, pues ya sospecho,
 que de alguna persona el honor causa,
 que no acabeis la comenzada empresa.

Conde.
 Erré el suceso; ¡Oh industria, cuantas veces

(1) Hay en los tres Del Príncipe y de don Diego.

resultas en mas daño de tu dueño !
 Volverme quiero , que será mi muerte
 si me reconociesen en la calle.

ESCENA IX.

Dichos , menos el Conde.

Principe.

A lo que muestra el hábito y el tallo,
 pareceis forastero , caballero.

Y Diego.

En este punto llego á Zaragoza ,
 y fue dicha Magaron este punto ,
 porque sin duda os matan , si no llego.

Principe.

Téngolo por sin duda , que soy hombre
 que sin resolución tan atrevida
 no vinieran con máscaras de celos ;
 yo sirvo en esta calle á cierta dama ,
 que su desden encubre con su fama ;
 no corresponde á mis obligaciones
 que dice que no quiere en opinión
 su honor ; y para mi miénite , pues veo
 que el dueño , como veis , de su dosto ,
 viene á matarme , siendo yo ; ¿ qué dudo
 de hablar con vos , ¿ quien la vida debo ?
 siendo el Principe yo.

Diego.

Dáname el alma
 mil señas del valor de Vuestra Alteza ,
 que las tinieblas de la oscura noche
 querian encubrir á mi ignorancia.

Dadme esos pies mil veces.

Principe.

Con los brazos (1)

honrar es justo, los valientes vuestros.
 Ya que sabeis quien soy, y que os prometo
 no ser ingrato á beneficio tanto,
 decidme vos quien sois.

Diego.

Si Vuestra Alteza
 la palabra me dá de no decirlo,
 hasta que estén mis cosas en estado
 que pueden dar la cara descubierta,
 sabrá quien soy y mis desdichas.

Príncipe.

Digo

que con la obligacion de vuestro amigo,
 si la de ser quien soy, no basta, juro
 de tener en secreto vuestro nombre.

Diego.

Pues en tan justa confianza, oidme.

Príncipe.

Imitaré la noche en el silencio.

Lope.

Y yo entre tanto en este humbral tendido
 quiero probar que un hombre que ha corrido
 la posta, y llega el parche desollado
 puede dormirse sin haber cenado.

Diego.

Heróico Príncipe, en quien
 el alto cielo atesora
 las grandezas y virtudes,
 que un real sugeto adornan,
 vos, que habeis de dar mas nombre
 y esclencia mas famosa
 á la casa de Aragon,
 que sus insignes victorias,
 sabed que para servirlos
 soy don Diego de Mendoza.

de familia ilustre; ni en la corte
 de la Banda verde y roja
 De la montaña a Castilla
 vine con edad tan poca
 que fui menino del Rey
 que hoy con su flave me honra.
 Fue mi ejercicio la caza, en selvas
 gran tiempo; y en las frondosas
 selvas, mi vida más libre
 que el viento rey de las ondas.
 Allí las aves andaban
 de mis tiros temerosas,
 y las fieras de mis armas
 trepando las altas rocas.
 En la orilla del Pisuerga
 pasaba las tristes horas
 de los juveniles días; así
 que la mejor sangre gozan.
 Otras veces a la espada
 negra, acompañada ó sola,
 enseñaba el fuerte brazo,
 que tanto al que es noble importa
 Venirme a hacer tan robusto,
 que no volviera pelota
 que yo sacara, Rodan;
 así volaba furiosa.
 Pues en las cañas, la mía
 de manera el aire azota,
 que si tuvieran por ave
 las celestes claraboyas.
 En la arrugada cerviz
 de los toros de Zamora,
 vió Valladolid mil veces
 cuchilladas tan airoas
 que las arenas sangrientas

alcanzaron con la boca ,
 como otras veces la yerva
 del Duero en la verde alfombra,
 No sabía en este tiempo
 si amor era pena ó gloria,
 si era alegría ó tristeza,
 si era descanso ó congoja,
 si era voluntad ó fuerza,
 si era antidoto ó ponzoña,
 si era enemigo ó amigo,
 si era fábula ó historia.
 Pero por tomar venganza,
 si de los libres la toma,
 previno el arco, imitando
 la que á ninguno perdona.
 Nació un Príncipe en Castilla,
 en cuyas fiestas dichosas,
 una sortija mantuvo
 el claro Marques de Astorga.
 Salí galán de encarnado,
 con mil armiños por orla,
 todo el campo del vestido
 narcisos de plata hordan.
 Blaque un hermoso caballo
 que de la cin á la cola,
 pienso que estuvo del arte
 naturaleza envidiosa.
 Llamábase pensamiento,
 nombre que su intento abona,
 porque en la color y el vuelo,
 pensó que era garza hermosa.
 Dápnle mayor belleza,
 aunque era extremo de toda,
 guarniciones encarnadas,
 llenas de perlas y aljofar.

Lleve en un dorado carro,
 con una palma y corona,
 á la libertad triunfando
 del amor, las flechas rotas.
 Atados iban los zelos
 con la ausencia peligrosa,
 el desprecio y el desden
 con grillos y con esposas.
 Gáuele al mantenedor,
 por mejor lanza una joya;
 dila á una dama del Rey,
 de la casa de Cardona;
 agradeciome otro día
 el servicio, y de una y otra
 palabra, fue amor trazando
 su venganza rigorosa.
 Tracé escribirla un papel,
 no porque el amor le nota,
 mas por parecer discreto,
 que hay arrogancias en proza.
 Respondiome y fue creciendo
 la amistad, hasta que toda
 el alma, hasta allí cobarde,
 en el mar de amor se engolfa.
 Apenas vine á quererla,
 cuando de ella se enamora
 Nuño de Zúñiga, un hombre
 de grande y gentil persona,
 Trece del orden ilustre
 de la insigne espada roja,
 hombre estudioso en la guerra,
 Pirro en Grecia, Héctor en Troya.
 Los zelos que lleve á todos,
 el amor desaprisionan
 tanto, que estuve á sus pies,

así se trancan las cosas.
 Cayósele del marfil
 de la mano, á esta señora,
 en un jardin cierto dia
 un guante cogiendo rosas.
 Corrimos juntos, yo, y Nuño
 á alzarle; su furia loca
 fue tal, que me derribó
 sobre una fuente, que agora
 no mormurára de mí,
 como á ver el campo corra,
 á donde sus vidrios puros
 trocó por sangrientas olas.
 El Rey volvió la cabeza,
 la risa le fué forzosa,
 los deudos se alborotaron,
 solo amor no se alborota.
 Fuíme, y escribíle á Nuño,
 que le espero á las diez horas
 en el Prado de la Santa,
 que á serlo á tantas provoca.
 Vino Nuño, y vino solo,
 y apenas miró mi sombra
 cuando sacando la espada,
 la capa en el brazo dobla.
 Contarte aquesta pendencia
 era aguardar, que la europea
 se hallase donde te cubres
 de la noche perezosa.
 Basta saber que á los brazos
 llegamos, porque socorrió
 mi honor, derribando á Nuño.
 Maté á Nuño con la daga,
 por donde saltó una nota
 que me avisó que me quedaba

que traia , y con mis zelos
 murió tambien mi deshonra.
 Por tomar mi capa entonces ,
 tomé la suya ; responde
 por mi turbacion el caso ,
 donde mas ánimo sobra.
 Fuíme á la cena del Rey ,
 por disimular , mas vióla
 con la cruz dos ó tres veces ;
 yo , por ver qué mira y nota ,
 bajo los ojos y veo
 la capa de Nuño , y gotas
 de sangre por muchas partes ;
 y allí la cruz , de la forma
 que en las esquinas la ponen
 para trágica memoria ,
 en letras que de ella informan ,
 « aquí mataron un hombre » ;
 que era probanza notoria.
 Viendo la inquietud del Rey ,
 con turbacion vergonzosa ,
 cubrí la cruz á las achas ,
 que ya alumbraban todas ;
 y antes que el Rey se acostase ,
 camino del Zaguán
 tomé los postas que servían
 mejor que el fuego , á la posta.
 Llegué donde tenia el fiador
 que aun mismo tiempo son oca ,
 mi historía del mi capalinas ,
 y mi valor , de mis obras mas

Don Diego , no pudiera conocerlo ,
 sino pensara ser agradecido
 el gusto que me ha dado conocerle ,

y el ver que á nuestro reino hayas venido;
mi obligación de esta verdad te advierte
y el ser quien soy, y así te ruego, y pido,
vengas conmigo, que es gastar razones
principios de negar obligaciones.

« Dos hijos tendrá el Rey, y yo un hermano.

Diego.

Señor, perdonareis mi atrevimiento,
que aquí no he de ser visto de hombre humano,
porque me importa cierto pensamiento.

Príncipe.

¿Qué dices?

Diego.

Que me deis, señor, la mano,
porque en amaneciendo, daré al viento
velas en postas, por el mar airado
de mi temor, que corre mas sagrado;

que aunque es verdad de vos seguro fuera,
no quiero que los deudos, grandes todos,
de Nuño, busquen la ocasión primera
para matarme con injustos modos.

Es la venganza bárbara tan fiera,
que los ejemplos griegos, persas, godos,
romanos, y españoles, con mil voces
muestran al que agravió casos atroces.

Yo me quiero partir á Barcelona,
y de allí á Italia, con licencia vuestra.

Príncipe.

¿Pues para estar secreto, no me abona,
sino el poder, la diligencia nuestra?

Para sólo esconderse tu persona
de la venganza en invenciones diestra

¿no tendrá Zaragoza mil sagrados?

¿no hay guardas, no hay defensas, no hay sol-
dados?

Diego.

No niego que pudieras defenderme ;
 pero para mejor asegurarme ,
 me importa de las lenguas esconderme ,
 que pueden con las plumas declararme ;
 si me has de hacer merced , si quieres verme ,
 déjame á mí de mi temor guardarme ;
 que en Zaragoza viviré escondido
 sin ser de ningun hombre conocido.

Príncipe.

¿Pues cómo te veré , si ya obligado ,
 tu amigo soy ?

Diego.

En este mismo puesto ,
 todas las noches.

Príncipe.

Quedo confiado ,
 que tu palabra cumplirás en esto.

Diego.

Séguro puedes ir.

Príncipe.

Llama al criado.

Diego.

¿Lope? ¡ Ah Lope!

Lope.

¿Qué necio tan molesto
 despierta á los cristianos á esta hora?

Diego.

Mira que sale ya la blanca aurora.

Lope.

¡ Oh pesia á los poetas , que inventaron
 aurora ó calabaza ! ¿ No pudieran
 pasarse sin su aljofar ?

Diego.

Mira , loco

que está su Alteza aquí.

Lope.

Perdona al sueño,
que suele ser de los sentidos dueño.

Príncipe.

Venga conmigo Lope, porque quiero
que no le falte en Aragon dinero.

Diego.

Los dos hasta la puerta de palacio
iremos siempre que á esta calle vengas;
pero pasar de allí, no lo permitas.

Príncipe.

No sé que pensamientos solicitas.

Lope.

Déjame á mí tomar, si tú no quieres.

Diego.

Deja, Lope, el tomar á las mugeres.

Lope.

Bien dices, tomaré por tu consejo,
pues la necesidad está escusada,
con ser muger buscona y pedigüeña,
que espuso en escribir, y en pedir dñeña.

ESCENA X.

SALA EN CASA DEL CONDE.

Doña Leonora y don Bernardo.

Leonora.

Esta noche no ha venido
el Conde mi hermano.

Bernardo.

Ha dado

en zeloso y desvelado
de cierto desden perdido.

Leonora.

No me puedo persuadir
que mi hermano quiera bien.

Bernardo.

Yo lo pensaba también ;
mas no puedo atribuir
su inquietud , sino ea á amor.

Leonora.

El del Príncipe será.

Bernardo.

Ese bien pagado está
de su privanza y favor.

Leonora.

¿ Y vos , soisle muy fiel ?

Bernardo.

No sé. Leonora , por Dios ,
querria privar con vos ,
ya que no privo con él.

Leonora.

Yo estimo , como ea razon ,
los amigos de mi hermano.

Bernardo.

No lo dire yo , que en vano
tuve un tiempo esa opinion.

Leonora.

El viene.

ESCENA XI.

Dichas , y el Conde.

Conde.

Agora diré
que amanece , pues aqui
hallo á Leonora.

Bernardo.

¿Y de mí,
que es lo que diré?

Conde.

No sé,
mientras que no os hablo aparte;
pues ya debeis de saber,
que para echarme á perder,
vos solo fuérades parte.

Bernardo.

¿Si ví por la esquina gente,
que habia de imaginar?

Conde.

¿Si yo no os llegaba á hablar,
no fue cosa impertinente
arrojaros de aquel modo?

Bernardo.

Ya es hecho; ¿qué se perdió?
demas, que imagino yo
que fue prevenido todo,
y que el Príncipe tenia
criados, y tan honrados,
que han herido á mis criados;
pues uno entre ellos venia,
que desde que yo nací
no he visto mejor espada.

Conde.

En la ocasión mas honrada
crédito y honor perdí.

Volvamos á hablar, Bernardo,
á Leonora, que no es bien
que nos entienda, pues quien
anoche fue tan gallardo
supo gozar la ocasión.

¿Pues, Leonora, qué has pensado

de verme tan desvelado?

Leonora.

Que agenos cuidados son;
y si vá á decir verdad,
menos dentro te-querria,
que el descanso no se fia
tal vez de la magestad.

Conde.

Yo sirvo, y debo servir
con lealtad.

ESCENA XII.

Dichos y Liseo.

Liseo.

Aquí ha llegado
un hombre harto bien tratado,
y que acaba de venir
de Castilla.

Conde.

¿Qué me quiere?

Liseo.

Darte una carta.

Conde.

Entre pues.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Diego y Lope.

Diego.

Dadme, señor, vuestros pies.

Lope.

Aquí será bien que espere.

Diego.

Del Almirante, señor,
esta carta.

Conde.

Mostrad.

Diego.

Yo he venido á esta ciudad
en fé de vuestro favor :
déme vuestra señoría
los pies.

Conde.

No esteis de ese modo.

Lope.

¡O qué lien que se hace todo *sp.*
lo que la fortuna guía!

Conde.

Lee. *A Don Juan de Guzman, mi camarero, por no casarse desigualmente, le fué forzoso dejar á Castilla. Pidióme esta carta con deseos de servir á vuestra señoría, á quien suplico honre en su casa con el oficio que fuere servido, pagándole á él esta voluntad, y á mi la confianza con que se lo suplico.*

¿Sois vos don Juan de Guzman?

Diego.

Si señor.

Conde.

Aquí tendreis
mi casa, que merecis
mayores cosas, don Juan,
por vuestra misma persona,
sin otro ageno favor.

Diego

No en balde, invicto Señor,
por luz de aquesta corona
allá os publica la fama.
Ni quiero yo mas honor
que servir tan gran Señor.

Conde.

Ola, al mayordomo llama,
y haz que le den aposento
conforme á su calidad.

Diego.

Señor, á tanta humildad,
vos le dais merecimiento.

Conde.

Hermana, yo voy á ver
si el Príncipe se levanta.

Diego.

No podré yo merced tanta
en mi vida agradecer,
ni á mi fortuna, ni á vos.

ESCENA XIV.

Dichos menos el Conde y don Bernardo.

Lope.

¿Hizo la carta fingida
efecto?

Diego.

De nuestra vida
está el remedio en los dos.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Escuchad.

¿En la corte habéis vivido?

Diego.

Allí, señora he servido
la flor de mi verde edad,
aunque sirviendo se goza

lo poco que ya sabeis.

Leonora.

¿Quién duda que conoceis
á don Diego de Mendoza,
un caballero sobrino
del duque del Infantado?

Diego.

Confieso que me he turbado. *ap.*

Leonora.

¿Qué estais pensando?

Diego.

Imagino
la causa porque queréis
saber de ese caballero.

Leonora.

Hay aqui cierto escudero,
que vos no le conoceis,
que en Castilla le servia:
este en cualquiera ocasión
habla con tanta pasión
de su talle y valentía,
que al principio me cansaba,
y despues me aficionó.

Diego.

¿Y está aquí?

Leonora.

Ya se partió
á una aldea donde estaba
por dueño de una heredad
que mi hermano tiene allí.

Diego.

¿Oyes esto?

Lope.

Señor, sí.

Leonora.

Quiero saber si es verdad
lo que cuenta de don Diego
este escudero.

Diego.

Señora,

á quien preguntais agora
está de su amor tan ciego,
que os dirá cosas estrañas;
pero para que creais
que á todos cuantos hablaís
os alaban sus hazañas,
llamad ese criado mio,
hombre del vulgo, y vereis
las cosas que del sabeis.

Leonora.

Aunque de vos las confío,
holgaré de hablar con él
para tener mas testigos.

Diego.

¿Nuño?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Mi señora
te quiere hablar.

Lope.

Ya subimos
desde el caballo al estrado.

Leonora.

¿Nuño?

Lope.

¿Señora? ¿Qué Obispo
me confirmó? ¿No era yo
Lope no há un hora?

Leonora.

He querido
preguntarte, si es verdad
por mil cosas que me han dicho,
si don Diego de Mendoza....

Lope.

¿Qué es esto?

Leonora.

Advierte: ¿el sobrino
del Duque del Infantado,
es el mas galan que ha visto
Castilla, y el mas valiente
caballero que ha tenido
Granada, y el mas amado
de las damas?

Lope.

En mil siglos
no ha visto el tiempo algun hombre
de mas partes; si Narciso,
como las fábulas dicen,
se enamoró de sí mismo,
y en el cristal de tus ojos
se viera don Diego, digo,
que fuera verdad y historia;
no porque don Diego es lindo,
mas, porque del pie al cabello
naturaleza le hizo
hombre sin defecto alguno:
solo dicen que era tibio,
mugertes que despreciaba.
Esto no puedo decillo,
porque casos semejantes,
no son como otros delitos,
que aqui verán las puñadas.

Leonora.

No eres necio.

Lope.

Ha días que sirvo
con hambre y necesidad.

Leonora.

¿Don Juan tu amo, no es rico,
conforme á su calidad,
y á las prendas de su oficio?

Lope.

No señora,

Leonora.

¿Pues por qué,
siendo tú ingenioso y vivo,
no le buscas?

Lope.

Ya se ofrecen
algunos mancebos ricos;
pero más quiero á don Juan
pobre con tan buen juicio;
que sufrir un ignorante.
Oye un cuento... Mas qué digo?
ya se acabaron los cuentos,
que como algunos divinos,
de oír estudios ajenos,
están cansados y ahitos,
no quieren cuentos; ya dicen
que les den concetos vivos,
y pásensele por alto
tantos sutilmente escritos;
que he visto yo cierta pluma
borrar lo que está bien dicho,
temiendo que no ha de ser
de estos sablos entendido.
Verdad es que lo son muchos.

que escuchan agradecidos,
 que como sabios entienden,
 perdonan como benignos,
 defienden como hombres nobles,
 favorecen como amigos,
 disculpan como quien pueden
 errar; que todos nacimos
 hombres, y no siempre el hombre
 es tan Fenix en su oficio
 que no pueda errar en algo;
 pues aun en el cielo empíreo
 hubo yerros en criaturas,
 que Dios tan hermosas hizo,
 hasta que los confirmó
 en gracia que no tuvimos,
 confirmada, los que andamos
 en el cielo peregrinos.

Volviendo, en fin, á don Diego
 de Mendoza, de él te afirmo
 que no ha nacido en Castilla
 caballero tan bien quisto.
 Don Diego no es de los hombres,
 que hablando con artificio,
 á quien los escuchan matan
 con vocablos esquisitos.

Tiene un claro entendimiento,
 fundado, libre, distinto
 del vulgo, con que á quien habla
 agrada en términos lisos.
 Las galas se aprenden de él,
 no impropias, porque vestido
 con igualdad, deja al cuerpo
 lugar al honor y al brio.

Tiene en la guerra y la paz,
 en la tal ejercicio,

que con las armas es Marte,
y con las galas Narciso.

Puesto á caballo, parece
de los que un tiempo los Indios
pensaron que eran un cuerpo;
asi van los dos unidos.

Dirás que el caballo tiene
brazos de hombre, y por lo mismo
que el hombre pies de caballo,
que no son cuerpos distintos.

Y así entiende el animal
quien vá en él, que piensa altivo,
que ya es hombre y no caballo
y ser de un parto nacidos.

¿No has oído que en el cielo
hay una figura, ó signo,
que se llama Sagitario?
pues es su retrato al vivo.

¡Ay del toro que probar
su espada atrevida quiso!
la cerviz con cuera de ante,
es como armarse de vidrio.

¿Pero para qué te canso
con rudo ingenio atrevido
á las partes de don Diego?

Forme tu ingenio divino
un hombre en su entendimiento
la prueba de los sentidos,
que ese es don Diego, y quien es
de tales pinceles digno.

Leonora.

Mas ciegos estais los dos
de la afición de don Diego,
que quien yo dije Amor ciego, *ap.*
¿cómo sois monstruo y sois Dios?

¿Que pueda tanto la fama
 de un hombre, y la inclinacion
 de las estrellas, que son
 la mayor fuerza en quien ama?
 ¿Que quiera lo que no ví,
 y que le pinte de modo,
 que le mire el alma todo
 y esté retratado en mí?
 ¿A quién habrá sucedido
 cosa mas noble y estraña,
 la imaginacion engaño,
 al amor, y él al sentido.
 Con esto, tengo á ventura,
 que sirva al Conde don Juan,
 que él y Nuño me dirán
 esto, que el alma procura.
 Con ellos desamparé
 de este pensamiento loco.

Diego.

¿Lope?

ap.

Lope.

¿Señor?

Diego.

Yo sé poco

ó aquí hay amor.

Lope.

Y yo sé

que la fama, bachillera,
 que es como los habladores,
 que hacen las cosas mayores;
 te ha pintado de manera,
 que aquesta muger te adora.

Diego.

¿Por cuán estraño camino
 trae á un hombre su destino,

como á mí me trájó ahora!

Lope.

¿Qué piensas hacer en esto?

Diego.

Lo que quisieren los hados,
que no quieren ser osados
en lo que tienen dispuesto.

Ya que vivo en Aragon,
y con el Condé de Urgel,
haré sagrado con él
á tanta persecucion;
y con Leonora su hermana,
de doña Ana á la belleza,

Lope.

¿No hizo naturaleza
mas belleza que en doña Ana?
¿qué falta á doña Leonor?

Diego.

Tienes razon; mas ¡ay aquí
soy su criado, ¿de mí
como ha de entender mi amor?

Lope.

El tiempo te ha de enseñar
el modo que has de entender.

Diego.

Pues si el tiempo lo ha de hacer,
demos al tiempo lugar.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Si acaso
puede tu conocimiento,
buscando alguna ocasion,

escribir á este don Diego :
¿no veria yo siquiera
carta y letra suya?

Diego.

Tengo
con él tan grande amistad,
que voy á escribirle luego,
porque al despedirme de él
me dijo : «En llegando, os ruego
que me escribais á Castilla
vuestra salud y sucesos.»

Leonora.

Para mas seguridad,
haz que lleve Nuña el pliego,
que yo le daré en que vaya
con regalo y con dineros.

Lope.

¿Qué te dice?

Diego.

¿Quieres tú
que vaya á escribir?

Leonora.

Desep.

si te digo la verdad...
que los dos...

Diego.

Prosigue.

Leonora.

Temo.

Diego.

Caballero honrado soy,

Leonora.

Pues porque eres caballero
te digo, que si por tí
comunicarnos podemos,

don Diego y yo, serás tú mi secretario, y mi pecho,
y el dueño de cuanto soy.

Diego.

Tú, señora, eres mi dueño.

Leonora.

Vé á escribir.

Diego.

Voy.

ESCOENA XIV.

Leonora y Lope.

Leonora.

Nuño, escucha:

¿No irás, por servirme en esto,

con diligencia á Castilla?

Lope.

Señora, iré tan ligero,

que parezca que es pesado,

si corre á mí todo el viento.

Demás, de que ir á Castilla,

es de mi gusto; el provecho

de servirte estimo en tanto,

que á ser cometa me atrevo,

que encendida en Aragon

llegue á Castilla tan presto,

que apenas los que caminen

vean por el aire el fuego.

Leonora.

¡Ay qué olvido!

Lope.

¿Cómo olvido?

Leonora.

¿No fuera bien que primero

le preguntára á don Juan ,
si está casado don Diego ?

Lope.

¿ Pues eso no lo sé yo ?

Leonora.

¿ Cómo ?

Lope.

En cierto casamiento
ha tenido diferencias
con algunos caballeros ,
y aun creo que á uno hirió.

Leonora.

¿ Luego no se hizo ?

Lope.

Pienso
que por celos lo ha dejado.

Leonora.

¡ Ay , Nuestro amigo , si hay celos
no puede ser sino amor !

Lope.

Yo pienso que eran conciertos ,
porque nunca oí decir
que amase á nadie don Diego.

Leonora.

¿ Por qué ?

Lope.

Porque fue de todas
tan temido , que sospecho
que traba en la eleccion,
confuso el entendimiento.

Leonora.

¿ Engañárame ?

Lope.

No por Dios.

Leonora.

ESCENA XV.

Dichos y don Diego.

Diego.

Ya escribí.

Leonora.

Lee.

Diego.

Ya leo.

Hoy he llegado á Aragon ,
y hoy , señor don Diego , escribo ;
que para serviros vivo
en tanta persecucion.

La carta del Almirante ,
ha sido tan efectiva ,
que me holgaré que le escriba
otra al Conde semejante ,
en justo agradecimiento ,
porque ya en su casa estoy ,
donde por extremo estoy
honrado , alegre y contento.

Hacedme merced su hermana ,
la mas hermosa señora ,
que vé el sol en cuanto dura ,
y mas divina que humana.

Porfúnia , os hace favor ,
que tiene de vuestros hechos ,
que vos , en remotos pechos
alcanzais prendas de amor.

Escribidla , que me importa
que me ayude y favorezca ,
porque con ella merezca
favor en la cantura corta.
Que por dicha me dardn

*mas bien los reinos extraños.
Dios os guarde muchos años.
De Zaragoza, don Juan.*

Leonora.

Ella está á mi gusto, y tanto
que como discreto has hecho
un traslado de mi pecho.
Nuño, ya te he dicho cuanto
me importa la brevedad:
cierra tú, y él se aperciba.

Diego.

Yo haré que don Diego escriba.

Leonora.

Si es ciega la voluntad,
bien se ha probado en mi amor;
pues quicbro lo que no veo.

ESCENA XVI.

Don Diego y Lope.

Diego.

¿Qué te parece?

Lope.

Que creo,
que es tu remedio, señor.

Diego.

Tú estarás en mi aposento,
solo de noche saldrás.

Lope.

¿En fin, tú responderás?

Diego.

Responder tambien intento,
hasta ver en lo que pára.

Lope.

¿Y si te obliga á escribir.

que vengas aquí?

Diego.

Venir.

Lope.

En lo que dices repara.

Diego.

¿No hay noche?

Lope.

A su negro coche
nombre de capá le dan.

Diego.

Seré de día don Juan,
seré don Diego, de noche.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LUCINDA.

El Príncipe y Lucinda.

Lucinda.

¿Cómo se entró Vuestra Alteza?

Príncipe

Como no, hay puerta al poder.

Lucinda.

¿Violencia se puede hacer
al honor y á la nobleza?

Príncipe.

Lucinda, menos airada,
no te olvides de quien soy.

Lucinda.

No haré, señor; pero estoy
mas á mí misma obligada.

Si yo supiera el criado
que esta noche se atrevió
á meterle aquí....

Príncipe

Y si yo...

fuera de tu amor pagado,
no hicieras los desatinos
que ves; tú la culpa tienes
que yo intente á tus desdenes
mil manecas de caninos.

La noche me favorece,
y tú, que eres sol y día,

me matas, Lucinda mia.

Lucinda.

Siempre, señor, que anochece
está temblando mi honor
de vuestro grande poder.

Príncipe.

¿Qué daño te puede hacer
mezclado con tanto amor?
Ocho dias hay y aun mas,
que no he llegado á tus rejas;
¿pues dime, de qué te quejas,
si de mi poder lo estás?
Sabe Dios como he pasado
estos dias que te digo,
sino es amor buen testigo
de mi zeloso cuidado.
Por ti me quieren matar;
quien te sirve & amor te mueve,
que quien á su Rey se atreve,
mucho te debe de amar.
Perdónole, porque creas
lo que me debes.

Lucinda.

Señor,
trata mejor de mi honor
si hacerme merced deseas,
que quien no te quiere á tí,
¿á quien tendrá voluntad?

Príncipe.

Si me dices la verdad,
cesará mi amor en mí,
por vida del Rey mi padre,
de casarte con él luego.

Lucinda.

Señor...

Príncipe.

Haz lo que te ruego,
que no hay medio que me cuadre
cómo saber que á otro quieres:
de todo le doy perdón.

Lucinda.

¡Oh cuanto en crédito son
desdichadas las mugeres!
Por vida de Vuestra Alteza,
que no me he visto en mi vida
de otra persona querida.

Príncipe.

¿Pues por qué tanta aspereza?

Lucinda.

Ya he dicho que por temor;
que si vá á decir verdad,
le he tenido voluntad
desde que me tuvo amor.

Príncipe.

¿Qué escucho? ¿Eres tú, señora,
quién eso dice? ¿Soy yo
quien esto á tu boca oyó?

Fernando dentro.

¿Gente en mi casa á tal hora?
Criados, salir, matadle.

Lucinda.

Mi padre y su gente.

Criados.

Muera.

ESCENA II.

El Principe, don Fernando con una alabarda, y tres criados con las espadas desnudas; y por otra parte don Diego con Lope.

Diego.

No pienso esperar afuera
que no dan voces de valde.
Deféndeos, señor, que aquí
está don Diego.

Lope.

Y su sombra.

Fernando.

Matadle si no se nombra.

Principe.

No hay nombre, desdicha si. (1)

ESCENA III.

Don Fernando, Criados y Lope.

Criado.

¡Bravo valor!

Fernando.

Los que entraron
le han dado la vida.

Criado.

Tente.

Fernando.

¿Que esto en mi casa se intente?

Lope.

En buen puerto me dejaron.

(1) Acuchillanle, y al entrarse cogen por detras á Lope.

Criado p.
Snelta la espada.

Lope.

Eso no.

¿Hay aquí algún caballero?
 porque rendirle no quiero
 á menos noble que yo.

Fernando.

Dámela á mí.

Lope.

¿Pues quién eres?

Fernando.

Don Fernando de Aragon.

¿Estos quién son?

Lope.

Los que son
 saber de mi lengua quieres?

Haz cuenta que del tirano

de Sicilia los tormentos,

los Périlos y Agrigentos,

los de Tiberio romano,

los caballos diomedeos

y las penas infernales,

das á mis brazos leales;

que no podrán tus deseos

saber quien son, ni acabar

que á vuestra fuerza me rinda.

Fernando.

Yo lo sabré de Lucinda;

y mientras la voy á hablar,

atadle muy bien, que yo

sabré si podrá el castigo.

Lope.

Que será imposible os digo,

porque sabed que me dió

su dureza, la montaña
donde nació. *Atánle.*

ESCENA IV.

Dichos menos don Fernando.

Criado 1.

Tú dirás
mas que sabes. *Vase.*

Lope.

No sé mas
de que fué desdicha extraña
el caer en vuestras manos.

Criado 1.

El queda atado muy bien. *Vase.*

Lope.

Cuantos tormentos me den
han de ser remedios vanos.
Solo estoy, y en fin sujeto,
y atado, á cualquier traicion;
¿qué he de hacer? ¡Brava ocasion
para decir un soneto!
Pero no, que enfadan ya
á la gente discretera:
¿pues, qué haré de esta manera?

ESCENA V.

Lope y Flora.

Flora.

Atado dicen que está
uno de aquellos traidores.

Lope.

¡ Ah señora ! ¡ Ah Reyna mia !
Oye.

Flora.

¿Quién es?

Lope.

Quien venia
por sombra de estos amores;
coguéronme, y hanme atado.

Flora.

Pésame, que á mi señora
tambien la maltrata agora,
sin razon su padre airado.
Ten fuerte, y no digas que es
el Príncipe.

Lope.

¿Luego sabes
quien es?

Flora.

Y cosas mas graves.

Lope.

Pues ruégote que me déas
libertad.

Flora.

Será mi muerte.

Lope.

¿Pues cómo se ha de saber?

Flora.

¿Quién eres?

Lope.

¿Quién puede ser
quien viene de aquesta suerte
con un Príncipe?

Flora.

Es verdad,
que el Príncipe no trajera
á su lado, quien no fuera
persona de calidad.

Lope.

Llega y huéleme.

Flora.

No hueles
muy bien.

Lope.

Es ventoso el miedo ;
pero asegurarte puedo
muy bien, si de mí te dueles ,
que me casaré contigo.

Flora.

¿Qué me dices ?

Lope.

¿No es mejor
que morir ?

Flora.

¿Habla el temor ?

Lope.

Lo mismo que dices digo ,
pero yo lo juro así ,
y así lo prometo al cielo.

Flora.

Que me has de engañar rezelo ,
sino hay calidad en mí ,
aunque te juro que soy
hidalga , y sobre un hidalgo
todo viene bien.

Lope.

Si salgo
de este peligro en que estoy ,
y a queste rigor amaina ,
seré tuyo.

Flora.

Ya te creo ;
¿tu nombre ?

Lope.

El Conde de Argeo.

Flora.

¿Adonde cae?

Lope.

Junto á Hanaína.

Flora.

Yo te desato.

Lope.

Harás bien.

Desdala.

Flora.

Ya lo estás.

Lope.

¿Podré salir?

Flora.

Conmigo puedes venir,
que yo te abriré también.

Lope.

De hoy mas quiero que te nombres
mi muger.

Flora.

Mi esposo eres.

Lope.

Siempre han sido las mugeres
el amparo de los hombres.

De ellas en efecto nacen,

¿pues quién las puede argüir,

pues por solo por parir

hacen todo lo que hacen.

ESCENA VI.

Decoracion de calle.

El Principe y don Diego.

Principe.

Si de Alejandro la alta Monarquía

heredase don Diego, y te la diese,
 alguna parte de la deuda mia
 es imposible que pagar pudiese;
 pues cuando el beneficio de este dia
 en la balanza del amor pusiese,
 con tus hechos de gloria y fama llenos
 no dudo que pesase el mundo menos.

¿Adónde estabas tan á punto, cuando
 en un peligro tal pudiste verme?
 Pues sin duda su gente y don Fernando
 me pudieran matar sin conocerme.
 ¿Mas qué te está mi dicha preguntando,
 ni para qué dilato el ofrecirme
 mil veces por tu esclavo?

Diego.

Señor apor,
 de quien mi vida y mi remedio fio,
 Las noches que has saltado de esta puerta
 yo he sido centinela en sus umbráles,
 donde apenas he visto reja abierta,
 ni de sospecha de otro amor señales.
 Mi buena suerte aquesta noche acierta
 á verte entrar, y con rezelos tales
 púseme cerca, y á las voces llego.

Príncipe.

Dame esos brazos otra vez, don Diego,
 Y hazme tan grande bien que no dilates
 mas tu presencia al dia en que te vea,
 pues ya no es tiempo que escanderte trates,
 lo que mi justa obligacion desea.

Diego.

Aunque con tantas fuerzas me combates,
 y ya mi amor en tí la suya respléea,
 lo ha de ser que te niegue lo que pides,
 porque mi bien y mi remedio impides.

Perdona, gran señor, y ten paciencia
hasta que de Castilla tenga aviso.

Príncipe.

Siente, don Diego, amor tu resistencia,
y estoy entre mil cosas indeciso.

Diego.

Yo voy haciendo cierta diligencia
en la desdicha que ponerme quiso
mi fortuna cruel; si presto viene,
verás con luz quien ya por sol te tiene.

Príncipe.

¿Pues dónde estás de día?

Diego.

En una casa
de posadas estoy, hasta que Febo
en nubes de oro al occidente pasa,
bordando las de allá resplandor nuevo.

Príncipe.

¿Tienes regalo?

Diego.

Y no dé mano escasa,
que tanto al dueño de la casa debo.

Príncipe.

Envidio su ventura.

Diego.

Y yo envidiára
la mia; si este bien en otro hallára.

Príncipe.

Quiero darte una joya que traia
para Lucinda, aunque es pequeño el precio,
que veinte mil escudos este día
pienso que son de tñ valor desprecio.

Diego.

Fuera no la tomar descortesía;
y en opinion de un Rey quedar por necio.

Beso tus pies mil veces.

Principe.

Si quisieras
diverso premio de mi amor, tuvieras.

¿Qué miras? ¿En qué estás tan divertido?

Diego.

Lope, Señor, es un leal criado,
en la montaña donde yo nacido,
y ver que no salió me dá cuidado.

Principe.

A desdicha tendré si le han herido,
y mayor si quien soy ha declarado.

Diego.

De eso estoy yo seguro, aunque le hicieran
pedazos á tormentos que le dieran;

Y así, Señor, suplico á Vuestra Alteza,
me dé licencia que á buscarle vaya,
que fuera ingratitud á mi nobleza,
aunque mil suertes de peligros haya.

Principe.

Es justa obligacion y gentileza,
mas ya que mi secreto está en la playa,
será volverle al golfo en que se anegue.

Diego.

Un hombre viene aquí.

Principe.

Si es solo llegue.

ESCENA VII.

Diegos y Lope.

Lope.
Famosamente escapé,
por manos de Flora hermosa,
de la prision rigurosa

donde seré muerto pense?

Con el Príncipe se iria
don Diego. Gente hay aquí,
esta noche anda tras mí
suelta la desdicha mia.

Ellos son dos; si me muestran
cobarde, me han de matar,
ahora bien, quiero trazar
esta pendencia a lo diestro;
pero valga industria aquí,
que fue siempre lo mejor

Estos llegan con rigor
metiendo mano hacia mí.
El tirar la capa pruebo
con la izquierda: aquel que encapo,
como los ojos le tapo,
de una estocada le llavo.

¿Pues cuerpo a cuerpo el que queda,
quién me le puede quitar?

¿Ah digalgos? ¿podré pasar?
Olor hay y traje a redago.

Consolado estoy; no es gente
de rapis, rapis: ¿que digo?
¿pasaré?

Príncipe:

¿Quién es?

Lope:

Amigo,

y si quisiere pariente.

Diego:

Pase ó no pase.

Lope.

Mal año:

¿pase ó no pase? ¿Qué haré?
si me dejan, pasaré

sin hacerlas mal ni daño,
y sino....

Príncipe.

¿Qué habéis de hacer?

Lope.

¿Qué tengo de hacer? ¿volverme.

Diego.

¿Es Lope?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Hacermel

no pudo mayor placer,

y lisonja la fortuna.

Mira que está aquí su Alteza.

Lope.

A los pies de tu grandeza,

que ya de esta noche es luna,

esta Lope de Vivar.

Príncipe.

¿Ay Lope, qué ha sucedido?

Lope.

A la cama de su olvido,

se quiere entrar á acostar.

la noche, porque el mongil

de bayeta dobla ya

y coronando se vá

Moncayo de oro y marfil.

Por el camino diré

la ventura que he tenido,

que he estado preso.

Príncipe.

No ha sido

tu dicha; la mia fue.

Vamos, don Diego.

Diego.
Señor,
la vida es poco ofrecerte.

Lope.
Tragada tuve la muerte,
mas nunca tuve temor.

Príncipe.
Lope, en este bolsillo
llevas doscientos doblones.

Lope.
Ríndante varias naciones
tanto metal amarillo,
que puedas, Señor, dorar
los muros á Zaragoza.

Diego.
Lope, quien tal dueño goza,
¿que tiene que destar?

Lope.
Verte en descanso no mas.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DEL CONDE

El Conde y Leonora.

Conde.
Declarado se ha conmigo,
don Bernardo, de este modo.

Leonora.
No es de discretos que todo
lo sepa el mayor amigo;
algo se ha de reservar.

Conde.
Fue forzoso descubille
mi pecho, para pedille

que me quisiese ayudar.

Leonora.

Nunca con arte pretendas
del Príncipe la amistad,
ni la propia voluntad
con industria impropia ofendas.
Si tienes estrella, basta
para merecer su amor;
que es adúltero el valor
cuando la amistad no es casta.

Conde.

Ya te he dicho que me fue
forzoso, y que ya está hecho.

Leonora.

Que te ha de dañar sospecho
si despreciado se vé.

Conde.

¿Luego no te casarás
con don Bernardo?

Leonora.

¿Eso dices?

Conde.

Pues cuenta por infelices
mis pretensiones de hoy mas.

Leonora.

Con mejores pensamientos
pensé que vueseñoría
había nacido.

Conde.

Tenia
tus altos merecimientos,
Leonora, para un Señor
de Castilla, como sabes;
pero en negocios tan graves
está temblando el honor.

Sin esto, no se ha sabido
 quien es el que defendió
 al Príncipe, que llegó
 acaso, ó él lo ha fingido,
 pues no habrá, pues no hay ninguno
 á quien haga mas merced.

Leonora.
 Todos los hombres creed
 esto, sin que falte alguno;
 os perdeis por presuncion
 pues piensa el mas ignorante,
 que no tiene semejante
 su ingenio y su discreccion.

Conde.
 Si yo tomára consejo
 no hiciera tal disparate;
 mas del remedio se trate.

Leonora.
 Oye el que te aconsejo:
 ¿el Príncipe está celoso?

Conde.
 Notablemente.

Leonora.
 Pues di
 qué es don Bernardo el que allí
 le desvela codicioso
 de casarse con Lucinda.

Conde.
 Yo lo habia imaginado;
 pero púsome en cuidado
 que á tal agravio me rinda.

Leonora.
 ¿El, en esa confianza,
 no me pide por mujer?
 luego remedio ha de haber.

á su pérdida esperanza.

Conde.

¿Pues cómo el Príncipe puede creer que la sirve?

Leonora.

Escucha,

que si la sospecha es mucha á toda lealtad excede.

Dí á don Bernardo que importa que de noche dé á entender que viene á hablarla, y á ver si el Príncipe se reporta en este amor con los zelos; y que finja que está hablando por las rejas.

Conde.

Voy pensando

que no han formado los cielos mas ingenioso animal que la muger.

Leonora.

Eso es cierto.

Conde.

Hoy al Príncipe le advierto.

Leonora.

Zelos es pasión mortal, daráte crédito luego.

Conde.

Este don Juan mi criado, me parece hidalgo honrado ¿podrémos de este fiar?

Leonora.

Podráslo mejor de mí; que de don Bernardo aquí ya no te puedes fiar,

pues negado el casamiento
es amigo sospechoso;

Conde.

Voy contento, aunque dudoso,
pues no es justo lo que intento.

ESCENA IX.

Leonora y don Diego.

Diego.

Porque no me viese el Conde,
estuve esperando afuera.
Nuño llegó de Castilla
con cartas y buenas nuevas.

Leonora.

¿Está ahí?

Diego.

Señora, sí.

Leonora.

Pues entre, ¿qué aguardas?

Diego.

Entra;

Nuño, que ya mi señora
te dá licencia.

ESCENA X.

Dichos y Lope con botas y fieltro

Lope.

Con ella,

la baraja de este pliego
se jugará con licencia.

Leonora.

¿Nuño?

Lope.

Gallarda señora,
la tierra en que pones, besa,
la suela del blanco pie,
y plugiera á Dios que fuera
de media vara.

Leonora.

¿A qué efecto?

Lope.

Porque mi boca pudiera
por mostrar mas humildad,
besar gran cerco de tierra.

Leonora.

¿Qué hay de Castilla?

Lope.

¿Qué están

buenos sus Reyes, y buena
su familia, que ya sabes

tambien está con salud,
y abundancia de Almatea

su ejército, y sus banderas.

Hallé á don Diego en Toledo,

porque vino con la Reyna,

que me dicen que traía

en el Sagrario novenas.

Oigúeme, porque en efecto

no pasé las altas peñas

del nevado Guadarrama.

Leyó tu carta y en ella

el capítulo mil veces

en que dices que celebra

mi señora sus hazañas,

su talle y su gentileza.

Preguntóme, como mozo ,
 algunas impertinencias
 acerca de tu pasión ,
 que yo apostaré que piensa
 que estás de él enamorada.

Leonora.

No se engaña , y yo quisiera
 que aunque mintieras , de mí
 le dieras mejores señas :
 ¿ pero qué te preguntó ?

Lope.

Si eras , señora , discreta :
 esto lo primero fue.

Leonora.

¿ Qué digiste ?

Lope.

Que lo eras
 como un ángel , y añadí
 lo mismo de tu belleza ,
 Preguntóme si eras blanca ,
 ó picabas en morena ;
 qué pelo , y si rizo , ó llano ,
 si eras zarca ú ojinegra.

Qué boca , que proporcion
 de nariz , si era aguileña ,
 ó si acaso á Roma iba
 por dispensacion de necia.
 Qué disposicion de cuerpo ,
 qué brio , qué gentileza ;
 yo pensé que te queria ,
 aunque por sutil te tengas ,
 para fuelle ó abanico ;
 porque con notable fuerza
 me preguntó si tenias
 buen aire ; y dije , ¿ qué señas .

te puedo dar de su alte,
si nunca fui detras de ella?
Finalmente, él te trutó :...

Diego.
El se burla. *ap.*

Lope.
Como á yegua;
pues preguntó por tus dientes,
que es amor tal vez albeitar.
Yo le digo, de la boca
son las señales mas ciertas
dos cortinas de coraí
para dos hilos de perlas.
Ténle por necio, ó por sabio
lo que tú quisieres sea,
atenta aquesse bolsillo:
todo es oremus: cincuenta
doblores de á cuatro tiene:
esto me dió por las nuevas.

Leonora.
¿Hay tan bizarro español?
Abre la carta.

Diego.
Oye atenta,
que no la he querido abrir
sin que primero la veas:
*De vuestras persecuciones
por todo extremo me pesa,
don Juan, aunque con el mismo
de oeros libre me alegra.
Que el Conde de Urgel os haga
tal merced, no es casa nueva
al gran valor de su casa,
de ilustrísima ascendencia.
Fuera de que vos, por vos,*

*mercaderes que os favorezca ;
 pero, dejando aparte esto
 me pareció casa nueva ,
 que esa señora , su hermana ,
 quiera honrar con su grandesa
 mis humildades : decidle
 que sus pies mil veces besa
 don Diego , y que desde hoy
 quiere que su dueño sea ;
 y que en su nombre un torneo
 aquí en Tolida sustenta
 de hoy en un mes , y promete
 que las joyas , si le premian ,
 ha de enviarle á Aragon ,
 si le permite licencia.
 Querriaos hablar mas claro ,
 dadmela vos , que me atreva ,
 pues Nuño es hombre seguro ,
 aunque algunos no lo crean.
 Ya sabeis mi calidad ,
 y que mejor me estuviera
 esa dama en Aragon ,
 que en Castilla la Condesa.
 Solicita ese amor ,
 que el que por fangos comienza ,
 suele acabar con las obras ;
 que si Leonor persevera ,
 yo iré á verla disfrazado ,
 pues de noche podré verla.
 Por oida vuestra , don Juan ,
 que la estimo como nuestra ,
 que me enoieis su retrato ,
 porque de Nuño las señas ,
 como conozco su humor ,
 nunca las tuve por ciertas.*

*Dios os guarde muchos años,
don Diego Mendoza.*

Leonora.

*Espera,
quiero ver la firma.*

Diego.

Toma.

Lope.

Vive el cielo que la besa. ap.

Diego.

¡Que aquesto pueda la fama! ap.

Lope.

*Mejor dirás las estrellas,
que bien se vé que este amor
de su influencia se engendra.*

Diego.

¿Qué quieres que le responda?

Leonora.

*Estoy por decir que venga;
mas parece libertad.*

Diego.

*No puede ser que lo sea
sino escribo lo que dices;
y pues á este punto llegas,
dame, señora, un retrato,
que puede ser que le tengas,
para que á don Diego envíe.*

Leonora.

*Como don Diego no sepa
que yo le envío, si haré;
pero con esta advertencia:
que él me ha de enviar el suyo,
mientras no viene.*

Diego.

Que sea,

pues , en razon.

Leonora.

Voy por él.

Diego.

Pues son las cartas tan ciertas
por el correo , señora ,
y don Diego está bien cerca ,
no es menester enviar
á Nuño.

Leonora.

Como tú quieras ;
que donde me pierdo tanto ,
no importa que ellas se pierdan.

ESCENA XI.

Dichos , menos Leonora.

Lope.

¿ Qué intentas con esas cosas ?

Diego.

¿ Qué quieres , Lope , que intente ?

Lope.

Que la sangre es excelente
y las partes son hermosas ,
nadie lo puede negar ;
pero en aqueste contrato
hallo un engaño.

Diego.

No es trato
que á nadie pueda engañar.

Lope.

Si tu retrato le envías ,
¿ no ha de conocerte luego ,
y saber que eres don Diego ?

Diego.

Poco de mi ingenio fias :
poner otro.

Lope.

Es mas error ;
que si es hermoso , y no es
como el que espera , despues
llamaráse á engaño amor :
pues si es feo , aquel deseo
conque te quiere por fama
ha de cesar , que quien ama
nunca le imagina feo.
Pues si no es feo , ni hermoso ,
y ama en él lo que desea ,
¿ cómo , despues que te vea
su pensamiento amoroso ,
hallará satisfaccion
en cosas que es diferente ,
y que no le represente
la misma imaginacion ?
Yo no soy de parecer
que ese retráto le envíes ,
ni que tantas cosas fies
de un ingenio de muger ,
que por instantes se muda.

Diego.

¿ Pues qué te parece á tí ?

Lope.

Que digas que viene aquí ,
conque saldrás de esta duda.

Diego.

¿ Cómo la tengo de hablar ?

Lope.

De noche , por estas rejias.

Diego.

Lo que importa me aconsejas.

Lope.

Eso no se puede errar ;
el hablarla te asegura
del pretendido favor ;
hablando se aumenta amor.

Diego.

Ya le ha puesto su hermosura
en mis imaginaciones ,
y el de Castilla se pasa.

Lope.

Como eso la ausencia abrasa ,
si en sus remedios te pones.

Diego.

El mio he puesto en su mano.

Lope.

Vencerá, por su interés,
un amor aragonés
á un agravio castellano.

ESCENA XII.

SALA EN CASA DE LUCINDA.

Don Fernando, Lucinda y Carlos.

Lucinda.

No hay que atormentarme mas,
yo he dicho verdad en todo.

Fernando.

Hablándome de ese modo ,
mayor sospecha me das.

Carlos.

Dirme á mí , como á tu hermano ,
quién es ese caballero ,
que yo quitarte no quiero.

tu gusto.

Lucinda.

Cánsaste en vano.

Carlos

¿El Príncipe en nuestra casa?
No, Lucinda, tú has querido
disimular.

Lucinda.

Esto ha sido,
Carlos, todo lo que pasa,
y que él es el que pretende
vuestro deshonor, que yo
no le quiero.

Fernando.

¿Cómo no,
si entrar en mi casa emprende?

Lucinda.

Culpa tus malos criados,
que por interés le dieron
lugar.

Fernando.

¿Qué ellos le trageron?

Lucinda

Si, que los ruegos dorados
alcanzan todo imposible.

Fernando.

No, me ha de quedar ninguno
en casa.

Carlos,

En tiempo oportuno,
que esta es ocasion terrible,
podrás despedirlos de ella;
que no es bien dar á entender
al Príncipe, que á saber
llegas lo que intenta en ella,

que si él está enamorado
le ocasionas , te prometo ,
á que te pierda el respeto.

Lucinda.

Dios sabe que no le he dado
causa ni ocasion jamas ;
si en haberme defendido
con desden y con olvido ,
no ha sido ofenderle mas.

Carlos

Puesto , señor , que eres viejo ,
y que es madre de la ciencia
la edad , y de la experiencia
es hijo el cuerdo consejo ,
yo quiero dártelo á tí
en aquesta confusion.

Fernando.

Bien podrás , que mi razon
con el temor falta en mí ;
pero ya sé que dirás
que case á Lucinda luego.

Carlos.

Eso te suplico y ruego ;
pero hay otra cosa mas ,
que si Lucinda se casa
en Aragon , será cosa
á tu honor mas peligrosa
si el mismo desden le abrasa ;
porque luego ha de querer ,
ó matar á su marido ,
ó entrar en su casa.

Fernando.

Ha sido
justo temor del poder ,
que mal podré resistilla

de su tirana afición.

Carlos.

Saquémosla de Aragon
y casémosla en Castilla.

Fernando.

Bien dices; ¿pero con quién?

Carlos.

Habrás tantos, que el que mas
te agrade, escoger podrás.

Fernando.

Carlos, tú dices muy bien.

Carlos.

Aquí ha llegado la fama
de un don Diego de Mendoza,
que sin verle Zaragoza,
le estima, celebra y ama.
Si quieres que yo le escriba,
haráse, saldrás de pena,
y llevéla norabuena,
para que en castilla viva.
Que despues que con la ausencia
se olvide de esta afición,
podrá volver á Aragon.

Fernando.

No pudiera mi experiencia
hallar consejo mas sabio:
¿es grande la calidad
de don Diego, en igualdad
de nuestra sangre?

Carlos.

Es agravio
tratar de un hombre, sobrino
del Duque del Infantado.

Fernando.

Escríbele, y concertado,

póngase luego en camino.

ESCENA XIII.

Dichos , menos don Fernando.

Lucinda.

¿Qué habéis hablado de mí?

Carlos.

Que ya te habemos casado,

Lucinda.

¿Casado?

Carlos.

¿No fue acertado?

Lucinda.

Estoy por decir que sí:

lo breve me maravilla.

Carlos.

Pues no ha sido en Aragón,

que por quitar la ocasión

te casamos en Castilla.

Lucinda.

¿En Castilla?

Carlos.

Vendrá luego

quien esta ventura goza.

Lucinda.

¿Quién?

Carlos.

Don Diego de Mendoza.

Lucinda.

Por fama estimo á don Diego;

¡ay si fuese tan dichosa!

Carlos.

No dudes que lo serás;

porque hallar don Diego mas,

parece imposible cosa.

Lucinda.

Las damas de Zaragoza ,
solo tratan de don Diego.

Carlos.

Al poder de amor tan ciego ,
la defensa de un Mendoza...

ESCENA XIV.

SALON DE PALACIO.

El Principe y el Conde.

Principe.

Yo os digo que no sé quien me ha librado ,
Conde , si lo supiera lo dijera.

Conde.

Envidio , gran señor , quien os ha dado
la vida , pero ser quien fue quisiera.

Principe.

Yo tengo para mí que fue soldado.

Conde.

¿ Y no supo quien érades ?

Principe.

Pudiera ,
venirme daño.

Conde.

Cosa en vos estraña ,
dejar sin premio tan heróica hazaña.

Principe.

No le dejé sin él , aunque fue poco ;
una joya le di , que la traia
para Lucinda.

Conde.

Cada vez que toco

en la dicha, el valor, la valentia
de ese soldado, estoy de zelos loco.

Principe.

Mayores los padezco noche y dia
de este dichoso á quien Lucinda quiere,
que un grande amor de un gran desden infiere.

Conde.

Si me diese palabra Vuestra Alteza
de no matar al hombre ni avisalle,
yo le diría quien es, que en su grandeza
ni cabe el ofendelle ni matalle.

Principe.

¿Tú lo sabes?

Conde.

Mirando tu tristeza,
de aquestas noches en rondar su calle.

Principe.

¿Quién es?

Conde.

Jura primero.

Principe.

Por Dios juro....

Conde.

Basta, Señor, con esto estoy seguro.

Lucinda quiere á don Bernardo.

Principe.

¡Ay cielos!

que quise conocelle en la persona
cuando me acuchilló.

Conde.

Si hay cuerdos zelos,
aquí, Señor, tu entendimiento abona.

Principe.

Por tí los callaré; pero tendrelos
con mas razon, en ver que se apasiona

de un hombre desigual.

Conde.

Igual ha sido
mas que el alto galan, el vil marido.

Tú no te has de casar: Lucinda estima
un noble caballero para dueño.

Príncipe.

Ríndese amor, y su desden me anima;
toda esta noche, Conde, pierdo el sueño.

Conde.

Mucho el ver tu tristezá me lastima.

Príncipe.

Ya menor parte del dolor enseño.

Conde.

Aquesta noche quiero acompañarte.

Príncipe.

Ninguna cosa á mi remedio es parte.
Vete en buen hora, acuéstate y sosiega.

Conde.

Señor....

Príncipe.

No has de ir: y ya que sin enojos
muestra su oscuridad la noche ciega,
yo voy á ver la luz de mis enojos.

Conde.

No quiero replicarte.

Príncipe.

Si me niega
que mis suspiros vayan por despojos
á enternecer sus rejas, yo soy muerto.

Conde.

Perdido voy, ninguna cosa acierto. *ap.*

ESCENA XV.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego y Lope.

Diego.

¿Serán las diez?

Lope.

Si serán.

Diego.

¿Entiendes de astrologia?

Lope.

Conozco que espira el dia
al salir el jubricán,
y que vuelve á amanecer
si veo al alba reir.

Diego.

Eso se puede decir,
eso se puede creer;
aunque en materia del cielo
es ciencia infalible, Lope.

Lope.

No sé mas de que al galope
va la luna envuelta en yelo,
y que el carro y las cabrillas
salen á tiempos del año
altas ó bajas.

Diego.

¿Qué engaño

reducir las maravillas
de aquel Soberano autor
á dos dedos de papel!

Lope.

¿Vendrá el Príncipe?

Diego.

Sin él

vive amor.

Lope.

Terrible amor. (1)

Diego.

El silencio se alborota.

Lope.

Mancebos son del lugar.

Diego.

Algun cómo quieren dar. (2)

Lope.

Que temeraria friota.

Diego.

Música suena.

*Lope.*Ella, el cómo
de la noche efectos son.*Diego.*Solo temo en Aragón
estas pildoras de plomo*Lope.*¿Eso no está ya peor
en Castilla?*Diego.*En siendo tarde
todo cristiano se guarde.*Lope.*

Tarda Alfonso.

Diego.

¡Gran rumor!

(1) *Grita dentro.*(2) *Tocan una guitarra.*

Lope.

Es que dan grita á una vieja

.
.

Diego.

Pues dí, ¿que les aconseja?
que las puertas le derriban
y las ventanas tambien,

Lope.

Que á ninguno quieran bien,
y que de todos reciban.

ESCENA XVI.

Dichos y el Principe.

Principe.

Si no me ha engañado el talle,
aquí estan mis dos secretos
amigos.

Diego.

¿Quién es?

Principe.

Yo soy.

Diego.

¡O mi Señor!

Principe.

¡O don Diego!

Lope.

Aquí está, Principe invicto,
de aquesta noche el silencio,
de aqueste cuerpo la sombra,
de este Tobias el perro,
y la tierra de sus pies.

Principe.

¡O Lope! ¿pues qué hay de nuevo?

Lope.

Lo mismo que en el principio
del mundo, algo mas ó menos,
digo del diluvio acá,
en que los hombres hicieron
casas, defensas y ofensas,
naves, republicas, reinos;
hay muchas mugeres.

Príncipe.

¿ Muchas ?

Lope.

Son tantas, que te prometo
que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que anduvieran á rogarlos
y que les dieran dineros.
Hay amigos y enemigos,
y todos son de provecho;
que el enemigo os reprime
para que seáis mas bueno,
y el amigo os hace bien.

Príncipe.

¿ Y qué hay mas ?

Lope.

Hay muchos pleitos
que son sustento del mundo,
porque ya se funda en ellos.
No me mires ni me aguardes,
que no he de hablar, te prometo,
en mi vida una palabra,
que soy desdichado en esto.
Como está es imitacion
de las costumbres del pueblo,
tal vez la lengua ó la pluma
dicen lo que no quisieron.

La lengua como está en agua
tiene el movimiento, presto,
la pluma como está en tinta
deslizase por momentos.

Principe.

¿Don Diego?

Diego.

¿Señor?

Principe.

Yo estoy

muerto de celos.

Diego.

Los celos

son máscara del amor,
que se disfraza con ellos.

Principe.

Está bien dicho; he sabido
la causa.

Diego.

¿Y quién es el dueño?

Principe.

Don Bernardo, en Aragon
un principal caballero.

Diego.

¿Quiérele Lucinda?

Principe.

Y tanto,

que ha tenido atrevimiento
para matarme.

Diego.

Ya sé

lo demas de este suceso.

Principe.

Querria certificarme:
llega á las rejas diciendo

que eres don Bernardo.

Diego.

Voy.

Príncipe.

Llama con la espada y quédalo.

Diego.

¡Ah de arriba!

ESCENA XVII.

Dichos y Lucinda á la ventana.

Lucinda.

¿Quién es?

Diego.

Yo:

¿no me conoces?

Príncipe.

Guardemos

tú y yo la calle.

Lucinda.

¿Quién es?

Diego.

¿Otra vez?

Lucinda.

Y aun otras ciento.

Diego.

Mira que soy don Bernardo.

Lucinda.

Pues don Bernardo ¿á qué efecto?

¿no sabe el Príncipe ya
que no lo son los terceros?

Príncipe.

Del Príncipe no lo soy;
porque fuera desconcierto
siendo yo de tí querido.

Lucinda.

¿Cómo es eso? ¿yo te quito?

Diego.

Solo estoy; mira, señora,
que tus disfavores siento.

Lucinda.

¿Qué disfavores, Bernardo?
¿cuando, como, y en qué tiempo
te he favorecido yo?

Diego.

¿Oyes esto?

Príncipe.

Estoy suspenso
de tan grande novedad.

Diego.

Yo, señora, te pretendo
para mujer; aunque sé
que por amor te merezco.

Lucinda.

Bernardo, aunque yo debiera
mostrar agradecimientos
á tu amor, era imposible;
demas, que no te le tengo.

Diego.

¿No lo escuchas?

Príncipe.

Bien lo escucho.

Diego.

Ahora creo, mis celos, y
que quieras bien á Alfonso.

Lucinda.

Que es engaño te prometo,
y que como ya casada,
ninguna cosa deseo.

Diego.

¿Casada?

Lucinda.

Casada estoy;
que mi padre, conociendo
que el Príncipe estaba ya
á su deshonor resuelto,
en Castilla me ha casado.

Diego.

¿En Castilla?

Lucinda.

Ya el correo
lleva cartas á mi esposo,
á sus amigos y deudos.

Diego.

¿Puedo yo saber con quien
pues bien sabes que te debo
el parabien.

Lucinda.

¿Porque no?

Diego.

¿Oyes esto?

Príncipe.

Estoy muriendo.

Lucinda.

Ha concertado mi padre
hacer este casamiento
con don Diego de Mendoza,
un notable caballero,
cuya fama es imposible
de sus valerosos hechos,
que no te haya dado axila.

Diego.

¿Con don Diego?

Lucinda. Con don Diego,
y perdona si me voy
porque ni puedo ni quiero
siendo ya mujer casada,
oir requiebros ajenos.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos Lucinda.

Diego.

Cerró y fuese.

Príncipe.

Y ya cerrara
también la puerta al deseo
si no supiera que estaba
en Zaragoza don Diego.
¿Cómo ha hecho don Fernando
este casamiento?

Diego.

Crea.

que mi nombre le ha obligado.

Príncipe.

¿Hay mas extraño suceso?

Diego.

Menos es provenir
el ir á la corte el príncipe,
porque si llega á la corte
se sabrá todo el secreto.

Príncipe.

Yo enviaré con diligencia
tras él, y tú podrás luego
responder á don Fernando
que aceptas el casamiento,
y vendrás á Zaragoza.

para tratar el concierto.

Diego. Mas que secreto ha de ser,
y así podrás de secreto
hablar de noche á Fernando,
como que vienes á esto
desde Castilla.

Diego.

Y si llegan
á querer él y sus deudos
que dé la mano á Lucinda?

Príncipe.

Descubrirasles que has muerto
á don Nuño, y que hasta tanto
que el Rey, áffado en extremo,
te perdóne, no es posible;
porque conforme al derecho
te ha secuestrado tus tierras.

Diego.

Es la traza de tu ingenio;
pero advierte que abre el día
la hermosa llave del cielo
por el candado del alba.

Príncipe.

Pues vámonos.

Lope.

Diego. ¿Qué es aquesto?

Diego.

Fábricas de la fortuna,
edificios de los celos,
desatinos del amor,
y de mi desdicha enredos.
Y que ahora más que nunca
con razón llamarme puedo,
no don Diego de Mendoza,
como mis padres y abuelos.

sino don Diego de noche.

Lope.

Oye á propósito un cuento; A
pero ya no me acordaba:
yo te le diré allá dentro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DEL CONDE.

Doña Leonora, Don Diego y Lope.

Leonora.

Vuelve á decirme, don Juan,
que vino anoche don Diego.

Diego.

Vino, y vino á verme luego.

Leonora.

No tiene el mundo galan
que sepa obligar así.

Diego.

Débale notable amor; *ap.*
que nadie sabe mejor
que yo lo que pasa en mí.
De burlas quise querer,
y ya tan de veras quiero,
que si dejo de ver muero,
y vivo si llego á yer.

Leonora.

Si solo viene por mí,
bastaba esta obligacion
para ponerme aficion.

Diego.

¿Pues él á qué viene aquí?
Pregunta á Nuño qué dice.

Lope.

¿Qué me puedes preguntar,
si á cuanto puedes dudar

la verdad se contradice?

Mil cosas me ha preguntado,

todas señales de amor,

porque la fama es pintor,

y lisongero extremado.

No hay Apelles ni Timantes...

¿Qué es Timantes? ¿Qué es Apelles?

que con mejores pinceles

pinte hermosuras de amantes.

Leonora.

Mas enamora la fama

muchas veces que la vista.

Lope.

Como no hay quien la resista,

hácese mayor la llama.

Una vez me enamoré

por fama de una fregona

que despues en su persona

todo al contrario lo hallé.

Cabellos enzarzados,

moreno picante en rojo,

á lo socarron el ojo,

cabos negros y rasgados.

Los dientes de porcelana,

cosa que hasta aqueste dia

no la topé la porsta;

labios ribetes de grana.

Garganta; manos y pechos,

de plato de Tatarera,

anta estrecha, ancha cadera,

pequeñas pies y bien hechos.

Fuila á ver para creello

á un arroyo, que valdío,

pretende en corta ser río,

y nunca sale con ello;

y halléla con cabellera
 de lynia, y llena de usagro,
 la cara como de almagre,
 la boca como ternera.
 Luego cada injusto pie
 era una lengua de vaca,
 la voz como una carraca,
 con que atonado quedé.
Leonora.
 ¿Qué hiciste?

Lope.
 La Cruz, diciendo:
 tentacion de san Anton,
 ¿qué me quieres?

Leonora.
 La opinion
 de don Diego, es grande.
Lope.
 Entiendo
 que la fama no le iguala.

Leonora.
 ¿Cómo será?

Lope.
 Mira atento
 á don Juan, y luego haz cuenta
 que ves su donaire y gala.

Leonora.
 Buen tallo tiene don Juan.

Lope.
 ¿No más de bueno? Pues luego
 que conozcas á don Diego,
 dirás que no es mal galán.
 El está en una posada
 desde anoche, y esta quiera
 verte.

Leonora.

Quien por verle muere,
ya tiene el alma turbada.

Lope.

Dijo á don Juan, que venia
á traerte su retrato.

Leonora.

Dí que venga con recato,
que hay una zelosa espía.

Lope.

Bien hizo en traerte el vivo.

Leonora.

Bien, pues lisonja no habrá
de pincel y pluma.

Lope.

Está

lleno de gusto escesivo
de que esta noche ha de verte.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Ya estoy

bien informada.

Diego.

Y yo voy,
como debo, á obedecerte.

Leonora.

¡Que venga hasta Zaragoza
solo á verme!

Diego.

Ya sospecho
que es hora.

Leonora.

Como lo ha hecho
justamente el nombre goza
del mas galan castellano.

Diego.

A la puerta del vergel
vendré, señora, con él.

Leonora.

Fuera pensamiento vano
querer pagarte, don Juan,
tan grandes obligaciones
solamente con razques.

Diego.

Pagadas, señora, están.
Vete, y á la puerta espera,
pues que tanto os favorece
la oscura noche.

Leonora.

Parece
que de la celeste esfera
las estrellas ha borrado:
á ver á don Diego voy.

ESCENA II.

Dichos, menos Leonora.

Diego.

¡ En qué laberinto estoy
de confusion y cuidado!
Querido soy, sin querirme,
buscado soy, sin buscarme,
á hablarme van sin hablarme,
porque me han de ver sin verme.
Ayúdeme la fortuna.

Lope.
El que nació sin memoria,
¿para qué nació?

Diego.
Si historia,
si ejemplo, si fama alguna
te ha dicho que puede haber
memoria y entendimiento;
será un milagro, un portento,
que singular quiso hacer
naturaleza estudiosa.

Lope.
Engañaste.

Diego.
No querría.

Lope.
Pues á la sabiduría,
llamaron hija famosa
de la memoria y del uso;
el que estudia sin memoria
¿para qué estudia?

Diego.
Es victoria
de amor, el traer confuso
y ciego el entendimiento.
La memoria natural
me faltó, la artificial
se llevó mi pensamiento.

Lope.
¿Estibes á don Fernando
que esta noche llegará
á Zaragoza, ¿estás
desatinos concertando?
Tiberio mandó matar
la emperatriz su muger,

matáronla , y á comer
la mandó luego llamar.
Si tú te olvidas así ,
alaba los que no tienen
memoria.

Diego.

Si ejemplos vienen
en mi favor , oye.

Lope.

Di.

Diego.

¿ Tiene la naturaleza
entendimiento ?

Lope.

Diviño.

Diego.

¿ Pues por qué piensas que vino
á ser de tanta grandeza
aquel milagro de hacer
tantos rostros diferentes ?

Lope.

Por mostrar las excelentes
obras de su gran poder.

Diego.

Porque no tiene memoria ,
que si memoria tuviera ,
hoy el mismo rostro hiciera
que hizo ayer.

Lope.

Niegas la gloria
que de aquella variedad ,
con esta loca agudeza ,
le resulta.

Diego.

Así es verdad ,

confieso á naturaleza
por instrumento divino
del gran poder de su autor.

Lope.

¿Cómo no finges, señor,
que has llegado de camino?

Diego.

Si fingiré, mas primero
será por ver á Leonor
que me espera y tiene amor
y por engañarla muero;
que te aseguro que ya
sin seso por ella estoy.

Lope.

Ya ni consejos te doy,
ni tu entendimiento está
para consejo ninguno;
mas si ella te conociese
¿qué has de hacer?

Diego.

Cuando eso fuese,
¿faltará remedio alguno?
ó el último que ha de ser
declararme por quien soy;
á verla en efecto voy
que tiempo habrá para ver
á Lucinda.

Lope.

De ese modo
con dos te querrás casar?

Diego.

No hay servir como callar
que el callar acierta en todo.

Lope.

¿Has oído algo de eso?

ESCENA III.

DECORACION DE CALLE.

Don Bernardo en hábito de noche,

Noche, á quien solo ha pagado
tributo amor en el suelo,
porque está tu negro velo
á su remedio obligado,
manto de estrellas bordado,
encubridor de secretos,
noche en quien tales efectos
para alabarte se hallan,
que en tí, porque todos callan,
todos parecen discretos,
en tí todos los mortales
hallan descanso y favor,
solo con zelos amor
no goza remedios tales.

De tus luces celestiales
huye la pena zelosa,
tu oscuridad temerosa,
amor con zelos desea,
porque cuando estás mas fea,
le pareces mas hermosa.
Por la puerta de esta huerta
vengo á hablar una criada,
que á su señora olvidada,
á mi remedio despierta.
¡O tú, que de aquesta puerta
eres llave celestial,
ven á remediar mi mal!
Gente siento. ¿Gente aquí?
mas ya amor me advierte así,

que estoy de zelos mortal.

ESCUENA IV.

Don Bernardo, don Diego, con plumas y capa de color y Lope disfrazado.

Lope.

Llega con tiento, y disfraza
la voz, señor, cuanto puedas,

Diego.

Ulises me rinda pajas,
si salgo con esta empresa.

Lope.

Téngola por mas hazaña
que del astuto se cuenta,
que por los muros de Troya
metió las armas de Grecia.
Tú propio te has de finjir
á tí mismo.

Diego.

No pudiera
sin confianza de amor:
asi engaña, y asi ciega.
Espérame, Lope, aquí,
que ya han abierto la puerta.

Lope.

Vayan contigo, señor,
cuantos planetas y estrellas
son de amor primeras causas,
y de su efecto influencias.

ESCENA V. *Volta sup*

Dichos y doña Leonora á la puerta.

Leonora.
¿Es don Diego?

Diego.

El mismo soy.

Leonora.
Vos seáis bien! ¡Borabuena!
venido á esta vuestra casa.

Diego.
Quien á tanta gloria llega,
no os espanteis que turbado,
no sepa daros respuesta.

Leonora.
¿Venís con salud?

Diego.
Aquí estoy,
cuando sin ella viniera,
hallára salud y vida;
dadme de la vuestra nuevas.

Leonora.
No sé que diga de mí,
si ya he dicho que soy vuestra,
fiada en vuestro valor;
que no es justo que os parezca
liviandad amor tan grande.

Diego.
Lo que los hados conciertan,
como á fuerza superior,
no resiste humana fuerza.

Leonora.
¡Ay, quien os pudiera ver!

Diego.
Dentro de dos dias llega

mi gente, y públicamente
saldré á que todos me vean,
y os vendré á besar las manos.
Agora, en primeras pruebas
de mi amor, aquesta joya
tomad, y ojalá que fuera
un reino cada diamante.

Leonora.

Será un mundo, siendo vuestra;
y perdonad, que la pago
con esta sortija.

Diego.

En ella
dais principio á mi deseo,
y á mi ventura firmeza;
pues la fe del matrimonio
se significa con ella.

Leonora.

En esa fé quiere amor
que á veros y hablarnos venga.
¿Adonde queda don Juan?

Diego.

Allí aguardándome queda.

Leonora.

Llamadle.

Diego.

Voy.

Leonora.

¿Qué ventura!
¡qué lindo talle y presencia!
¡O, oscura noche, si acaso
fueras mas clara, y tuvieras
luna!

Diego.

¿Lope?

Lope.

¿ Señor ?

Diego.

Creo

que no hay fábula que tenga
tal engaño.

Lope.

¿ Al fin , la hablaste ?

Diego.

¿ No te dije que amor ciega ?
Por don Diego me ha tenido.

Lope.

Aun es la verdad mas cierta.

Diego.

La joya que me dió Alonso ,
le dí.

Lope.

Bien creará con ella
que eres tú , porque valia
veinte mil escudos. ¿ Y ella ,
qué te dió ?

Diego.

Aquesta sortija.

Lope.

Dichosamente comienza.

Diego.

Hay un peligro.

Lope.

¿ De qué ?

Diego.

Quiere hablar á don Juan.

Lope.

Llega ,

y díla que eres don Juan.

Diego.

No sé, por Dios, si me atreva.

Lope.

Disfraza un poco la voz,
y conmigo, señor, trueca
esas plumas y esa capa.

Diego.

Bien has dicho: toma.

Lope.

Muestra. (i)

Diego.

Voy.

Lope.

Favorézcate amor.

Diego.

Temeroso voy.

Lope.

No temas.

Diego.

¿Cómo no?

Lope.

Yo lo diré:

¿no hace el amor que parezca
una muger fea, hermosa,
y la que es necia discreta?

Diego.

Claro está.

Lope.

¿Pues porqué dudas
que don Diego y don Juan seas,
á los ojos de muger,
que está de tu amor tan ciega?

(i) Trueca capás y sombreros.

Diego.

Yo llego.

Leonora.

¿Es don Juan?

Diego.

Yo soy.

¿Viste á don Diego?

Leonora.

Quisiera

que el alba le hallára aquí.

Diego.

¿No tiene buena presencia?

Leonora.

Linda en extremo. ¿Qué dice de mí?

Diego.

Que cosa mas bella,
con lo poco que te ha visto,
no ha hecho naturaleza;
mas dice que está corrido.

Leonora.

¿Don Diego, de qué?

Diego.

No creas
que á no turbarse de verte,
tan corto te pareciera.

Leonora.

¿Y yo no estuve perdida,
don Juan, atajada y necia?

Diego.

Gente sienten.

Leonora.

A Dios.

Diego.

A Dios.

(1)

¿Lope, qué es esô?

Lope.

Que entiendas,
que haces falta á don Fernando.

Diego.

Pues camina donde veas,
que no igualan las antiguas
á las historias modernas.

ESCENA VI.

Don Bernardo.

Amor, ¿no fue cobardía
no acometer estos hombres;
pues solo en saber sus nombres
todo mi bien consistía?
¿Hay sucesos mas extraños?
¿Ah, celos! cesasteis hoy.
En busca del Conde voy,
sepa su daño y mi daño.

ESCENA VII.

Don Bernardo y el Conde.

Conde.

¿Quién vá?

Bernardo.

¿Es el Conde?

Conde.

¿Pues quien
tuviera' a queste criado?

Bernardo.

Si antes hubieras llegado,
se te lograra mas bien.

A donno habla en secreto
un caballero.

Conde.

¿A Leonor?

Bernardo.

¿Piensas tú que es el honor
todas las veces discreto?

Conde.

¿Hombre tiene Zaragoza
que intente oculto servilla?

Bernardo.

Zaragoza no, Castilla.

Conde.

¿Quién?

Bernardo.

Don Diego de Mendoza.

Conde.

¿Don Diego aquí?

Bernardo.

Yo le ví;

y con él un caballero,
que él llamaba Lope.

Conde.

Hoy quiero
que mi honor se venga en mí,
No quedará en Zaragoza
casa, jardín, plaza ó calle
donde no vaya á matalle.

Bernardo.

La fama de este Mendoza,
es como la de Amadís;
vendrá á Aragón á probar
aventuras, por ganar
fama.

Conde.

Honor, si esto sufrís
no digáis que habéis nacido

en la casa generosa
del Conde de Urgel

Bernardo.

No hay cosa
que pueda haberte ofendido
como aqueste atrevimiento.

Conde.

Siendo don Juan mi criado
castellano, he sospechado
que sabrá su pensamiento.

Bernardo.

Bien dices; habla á don Juan.

Conde.

Vamos.

Bernardo.

El te dirá de él.

Conde.

¿Mendoza, al Conde de Urgel
aquí discreto y galán?

El parentesco os permito,
pero como no os caseis,
á Castilla volveréis;
pero será por escrito.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON FERNANDO.

Don Fernando, Carlos y Lucinda.

Fernando.

Tarda don Diego, y ya la noche pasa.

Carlos.

Esta escribió, señor, que llegaría.

Lucinda.

Como es tan tarde no hallará la casa.

Carlos.

No le aguardar ha sido culpa mia.

Lucinda.

Si amor es fuego, y desde cerca abrasa,

¿porqué lo que formó la fantasía

tan lejos hace en mí tales efectos?

Mas siendo Dios amor, tendrá secretos.

¿Que esto pueda la fama! extraña cosa!

¿mas qué mucho, si engendra mas deseo?

ESCENA IX.

Dichos, Flora, y poco después don Diego y Lope con las espadas desnudas.

Flora.

Aguardando, señora, cuidadosa,

des mil espadas en la calle veo.

Carlos.

¿Espadas?

Fernando.

¿Donde vas?

Lucinda.

¿Qué rigurosa

fortuna!

Flora.

¿Cómo?

Lucinda.

Mis sospechas creo.

Carlos.

Un hombre viene aquí.

Lope.

Bien se ha fingido.

Fernando.

¿Quién es?

Diego.

Don Diego soy.

Fernando.

Bien seas venido.

Diego.

No sé si he venido bien,
pues apenas á la puerta
de vuestra casa llegué
preguntando si lo era,
cuando cuatro hombres me dicen,
todos de buenas presencias,
¿es don Diego de Mendoza?
Yo, presumiendo que fueran
criados vuestros: respondo
don Diego soy, pero apenas
esta palabra pronuncio,
cuando los cuatro me cercan,
con las desnudas espadas,
y una voz diciendo: *muera*.
Yo, que venia de paz,
y no imaginando guerra,
puse con armas doradas
el valor á la defensa.

Ayudóme este criado:
sospecho que heridos quedan,
que tal vez contra la injuria
prevalece la inocencia.
Solamente oi decir
retírese Vuestra Alteza,
en quien conocí quien es
á quien de mí bien le pesa.
Y si es así, mal hicistes
en mandarme que viniera
á tratar mi muerte aquí;
aunque pienso que es pequeña

una herida , que en un brazo
me dió el que de todos era
mas alto. Esto ha sido así,
para que el caso se entienda ,
y me perdoneis , señores ,
si por las causas propuestas ,
no llego como era justo.

Fernando.

Bien conocereis la pena ,
señor don Diego , que todos
recibimos de la vuestra ,
pues aun no ha dado lugar
que nuestros brazos nos dieran
los indicios de las almas
con que os reciben en ellas.
Carlos de Aragon , mi hijo ,
no entendió , que haber pudiera
tal atrevimiento en hombre
de oscura , ó clara nobleza.
No salió , para que fuese
vuestra venida secreta ,
á recibiros.

Carlos.

Dios sabe ,
don Diego , lo que me pesa :
y á no habernos dicho vos
que entre los de esta pendencia
oisteis que dijo el uno
retírese Vuestra Alteza ,
no quedára sin castigo ;
mas ya sabeis cuanto deba
en la dignidad real
respetarse la grandesa .
Yo no os niego que he tenido
ocasiones de sospecha ;

pero no para entender
que á vuestra vida se atrevan.
Conoced á vuestra esposa,
que con tal nombre os espera.
si lo estorba el mundo.

Diego.

Ahora

que á veros mis ojos llegán,
si fueran dos mil heridas
dichoao nombre les diera.
Dadme, señora, parden
que por tan rara belleza,
justo fue que hubiese envidia,
que no hay bien sin competencia.

Lucinda.

Cuando ya no fuera gusto
de mis padres, que tuviera
dueño en vos, este peligro
que toma el alma á su cuenta
justamente me obligará
á tanto amor y firmeza,
que las altezas del mundo
menos poderosas fueran,
que con las rocas del mar
los vientos que en vano sueñan.
No es tiempo de deteneros,
aunque decís que es pequeña
la herida; Carlos, haced.....

Diego.

Señora, ninguno venga,
que mas importa el secreto,
que mi vida, y pues tan cerca
me dice aqueste criado
que es práctico en esta tierra,
que está la casa del Conde

de Urgel, ~~barón~~ ^{barón} en ~~ella~~ ^{ella},
 porque don Juan de Guzman,
 que está allí por encomienda
 del Almirante, entretanto
 que en Castilla se conciertan
 ciertas desgracias que tuvo,
 esta grande amistad profesa
 conmigo, que nuestros pechos
 una alma sola gobierna.
 Y así es suplico que todos
 me deis perdon y licencia,
 que me vá faltando sangre.

Fernando.
 Esa licencia os niega:
 esta casa es vuestra ya.

Carlos.
 Don Diego, aunque no lo fuera,
 ¿cuál hombre os dejara ir?
Lucinda.

Señor, no hagais tal afrenta
 á mi padre, y á mi hermano.

Diego.
 Mis señores, esto es fuerza;
 y yo sé que os está bien.

Fernando.
 Pues siendo fuerza que sea,
 ola, traed en que vaya.

Diego.
 Eso no, mirad que os queda
 tiempo en que haceros merced;
 y que es bien que no se entienda
 que estoy beuido, y que estoy
 en Zaragoza.

Carlos.
 Conceda.

...uestra crueldad á lo menos
que os acompañe; que es mengua
de un caballero, que vais
solo.

Diego.

En llegando á la puerta,
os dabeis de volver.

Carlos.

Diego

que me volveré.

Lope.

No creas
que has de salir bien de tantos á
desatinos y quimeras.

Diego.

Si el Príncipe me lo manda,
¿no quieres que le obedezca?

Lope.

Parecen estos sucesos
de Penélope la tela,
que cuánto trazas de día
de noche lo desconciertas.

ESCENA X.

Lucinda, don Fernando y Flora.

Lucinda.

¡Qué gallardo caballero!

Fernando.

Basta, que el Príncipe intenta
que no te cases.

Lucinda.

No hará,

si das á tu padre cuenta.

Fernando.

Solo don Diego tan bien.

de esta pendencia' saliera. : *Pass.*

Lucinda.

Flora ?

Flora.

¿Señora?

Lucinda.

al de Angélica la bella
se parece.

Flora.

¿Cómo así?

Lucinda.

Su herida el alma me lleva.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DEL CONDE.

El Conde y Doña Leonora.

Leonora.

**Injustamente me ofendes;
reporta, Conde, el furor,
si estimar tu honor pretendes.**

Conde.

No cumples bien con mi honor,
si con tu amor te desfiades.
Tú con intento liviano
vienes, Leonor, aunque en vano,
de secreto en Zaragoza
á don Diego de Mendoza,
el soberbio castellano.
Tú denoche por la huerta
estás hablando con él,
y él sus amores concierta.

**Puerta del Conde de Urgel ,
es de este reino la puerta.
Si te ha ganado , Aragon
es de Castilla.**

Leonora.

**No son
dignas palabras de tí :
advierete , Conde , que en mí
vive mas clara opinion ;
que esté en la ciudad don Diego ,
ó el soberbio ó el galán ,
hoy lo supe , no lo niego ;
porque don Juan de Guzman
vino á decírmelo luego.
Y si de noche le vió
don Bernardo , no fui yo
con quien don Diego hablaria ,
porque con don Juan seria ,
á quien por dicha buscó.
Porque segun entendí
fueron en Castilla amigos...
pero don Juan viene aqui.**

ESCENA XII.

Dichos y Don Diego.

Diego.

Cercado estoy de enemigos.

Conde.

Sospechoo estoy de tí.....

Diego.

¿ De mí , señor , á qué efecto ?

Conde.

**¿ Tú sabes que en Zaragoza
don Diego está de secreto ?**

Diego.

¿Qué don Diego?

Conde.

El de **Mendoza**,

galan, valiente y discreto:

¿y me lo encubres á mí?

Diego.

Señor, nunca yo entendí

que eso te importara.

Conde.

¿No,

si ayer con mi hermana habló?

Leonora.

El Conde lo entiende así,

porque dice don Bernardo

que nos vió juntos.

Diego.

Señor,

si satisfacerte aguardo

verás que á tu claro honor

debido respeto guardo.

Don Diego viene á Aragon

á casarse de secreto

con Lucinda, y la ocasion

es el Príncipe.

Conde.

En efecto,

zelos de Bernardo son.

Diego.

Bien claro se écha de ver.

Conde.

¿Cómo, que intenta Fernando

casar á Lucinda?

Diego.

Ayer

lo estaban los dos tratando,
y hoy ha de ser su muger.

Conde.

No será, porque la adora
el Príncipe, y voy agora
á que lo remedie luego.

ESCENA XIII.

Leonora y Don Diego.

Leonora.

¿Eso dices de don Diego?

Diego.

Esto es engaño, señora,
que si esto no le dijera,
por ventura le buscara
y mayor mal sucediera.

Leonora.

He reparado en tu cara
y en tu voz....

Diego.

¿Pues qué te altera?

Leonora.

No he visto cosa en mi vida
como los dos parecida.

Diego.

Somoslo en rostro y acciones,
de suerte que de opiniones
era la nuestra ofendida;
porque su padre, y el mío,
no ganaba en esto honor.

Leonora.

No era mucho desvario
igualarte á su valor.

Diego.

El tiene mas gracia y brio
y mejor entendimiento:
hoy nos verás juntos.

Leonora.

Ya
puse en él mi pensamiento.

Diego.

Muy bien empleado está.

Leonora.

Si, don Juan, no me arrepiento.
¿Adónde agora quedo?

Diego.

Al campo salir quería.

Leonora.

¿Dice que le agrado yo?

Diego.

Todo y en todo.

Leonora.

Seria
por cumplimiento.

Diego.

Eso no,
que fuera tener por necio
un hombre de aquel valor.

Leonora.

Si el me aprecia, en lo que precio
su amor, el me tendrá amor.

Diego.

Don Diego hiciera desprecio
del sol y de las estrellas;
del alba, de las mas bellas
flores que la vista admiran;
de los diamantes que tiran
de nuestros ojos centellas,

de los azules que colora
 la púrpura emperadora,
 del oro que el fuego acendra,
 y de las perlas que engendra
 en nacar la blanca aurora;
 del cristal y del marfil,
 si de ese talle gentil
 no admirara la belleza
 de quien la naturaleza
 rompió la estampa sutil.

Leonora.

Parece que te ha prestado
 su ingenio.

Diego.

Y su amor tambien:
 de él lo que digo traslado,
 si no lo traslado bien
 queda su autor escusado.

ESCENA XIV.

Dichos y Lucrecio.

Lucrecio.

Lucinda ha venido á verte.

Leonora.

¿Quién?

Lucrecio.

Lucinda de Aragon.

Leonora.

Pésame, que me divierte
 de aquesta conversacion.

Diego.

Yo me voy.

Leonora.

Don Juan, advierte

que hoy quiero ver á don Diego.

Diego.

Tu intento le aviso luego.

ESCENA XV.

Doña Leonora, Lucinda y Flora.

Lucinda.

¿Señora mia?

Leonora.

¿Lucinda?

Lucinda.

Fortuna la rueda os rinda,
amor el arco y el fuego.

Leonora.

Eso á vos será mejor,
que sois fortuna compuesta
del arco y flechas de amor.

¿Qué buena venida es ésta?

¿Tanta gala! ¿Tal favor!

Lucinda.

Vengo á veros, y también
á que me deis parabien,
Leonor, de que estoy casada.

Leonora.

¿Casada?

Lucinda.

Y bien empleada.

Leonora.

Vos lo merecéis. ¿Con quién?

Lucinda.

No es persona de Aragon,
aunque para esta ocasion
llegó anoche á Zaragoza.

Leonora.
 ¿Quién?

Lucinda.
 Don Diego de Mendoza.

Leonora.
 ¿Cómo? ¿Estraña confusion!

Lucinda.
 ¿No habeis oido decir
 á don Diego el Castellano?

Leonora.
 Mil cosas oigo fingir,
 y asi de que todo es vano,
 Lucinda, os quiero advertir,
 porque pienso que es casado,
 y casado en Aragon.

Lucinda.
 Yo sé que os han engañado;
 cosas del Príncipe son,
 zeloso y desesperado.

Leonora.
 ¿Pues habeislo visto vos?

Lucinda.
 Anoche hablamos los dos
 y fé y palabra nos dimos.

Leonora.
 ¿Anoche?

Lucinda.
 Anoche estuvimos
 juntos en mi casa.

Leonora.

¡Ay Dios! *ap.*

Lucinda.
 Parece que os pesa de esto.

Leonora.
 ¿No me ha de pesar que os dé

su fé y palabra tan presto,
quien dió su palabra y fé
en otra parte?

Lucinda.

¿Qué es esto?
¿Su fé y su palabra ha dado
en otra parte?

Leonora.

Yo soy
testigo que os ha engañado;

Lucinda.

Yo sé que casada estoy,
y está el concierto firmado;
que mal lo pueden fingir
mi padre y Carlos mi hermano.

Leonora.

No me puedo persuadir
que es don Diego el Castellano.

Lucinda.

Todo lo quiero hoy decir
para que os desengañéis:
en vuestra casa está herido,
yo sé que no lo sabéis.

Leonora.

¿Herido?

Lucinda.

Aquí le ha escondido
un criado que tenéis,
que es castellano también.

Leonora.

¿Quién es?

Lucinda.

Don Juan de Guzmán

Leonora.

Vos dais las señas muy bien;

mis esperanzas muerdan ,
 como es justo , el parabién ;
 aunque dijera mejor
 mis desdichas . ¡ O traidor !
 Si á casarte habías venido
 con Lucinda , ¿ qué ha servido
 burlar mi amor y mi honor ?
 Mi amor porque dió en quererte
 sin verte , y mi honor por verte
 en tanta opinión de España ;
 mas era tan vil hazaña
 poderosa á aborrecerte .
 ¿ Mas por qué mis quejas van
 á tí , cruel , dirigidas ?
 sino al infame don Juan
 que aunque tuviera mil vidas ,
 no le valiera el Gutzman .

Lucinda.

Dado me has sospecha justa ,
 mirando tu sentimiento .

Leonora.

Lucinda , ya es cosa injusta
 encubrir mi pensamiento ,
 perdona si te disgusta .
 Anoche me dió don Diego ,
 ese cruel castellano ,
 fe de esposo .

Lucinda.

¿ Cómo ?

Leonora.

A ruego
 de don Juan , le di la mano ,
 asegurándome luego
 con una joya que tiene
 una ele de diamantes ,

en que mas engaño viene
 por las letras semejantes
 que nuestro nombre contiene,
 que en fin, Lucinda y Leonora
 comienzan de una manera.

Lucinda.

¿Don Diego á tí?

Leonora.

Si el honor
 de por medio no estoviera,
 poco importára el amor,
 yo le supiera vender;
 pero ya no puede ser,
 en mi justicia confío;
 tú don Diego será mío,
 tú Aragon se ha de perder.

Lucinda.

¿Serán menos principales
 mis parientes, que lo son
 los tuyos?

Leonora.

En casos tales
 no será igual la razon
 si son los deudos iguales.

Lucinda.

Siempre fuiste mas altiva
 que pide tu calidad.

Leonora.

Si en sangre Real estriva,
 no tengas por novedad
 que como he nacido viva.

Lucinda.

Yo soy Aragon.

Leonora.

Yo soy

Navarra.

Lucinda.

Ya estás muy necia.

Leonora.

Contigo, Lucinda, estoy,
que á quien á mí me desprecia,
esta respuesta le doy.

ESCENA XVI.

Dichos, el Principe, el Conde y don Bernardo.

Principe.

¿Qué es esto?

Leonora.

Sino viniera
Vuestra Alteza, y yo supiera
que amor Lucinda le debe,
á lo que agora se atreve,
yo sé que no se atreviera.

Principe.

¿Pues donde hay tanta amistad,
de enojos hubo ocasion?

Conde.

¿Leonora, que novedad
es esta?

Leonora.

Desdichas son
que ofenden tu calidad.

Conde.

¿Eso como puede ser?

Principe.

Conde, si es pleito, estas damas
su juez me pueden hacer.

Leonora.

¿Como has de juzgar si amas

y mas con tanto poder?
 Pero ya aborrecer debes
 pues Lucinda está casada.

Príncipe.

A eso vengo, que me han dicho
 que está tu esposo en tu casa!

Lucinda.

Señor, mis padres y hermano
 casarme en Castilla tratan
 con don Diego de Mendoza,
 que vos conocéis por fama.
 Vino á Aragon de secreto,
 lo demas que en esto pasa
 bien lo sabéis; si á mi puerta
 os lo ha contado su espada.
 Aquí está don Diego herido.

Príncipe.

Lucinda, en eso te engañas,
 que no solo te he servido
 con la cortesía y gala
 digna de tu calidad,
 y á tus defensas honradas
 he dado la estimacion
 que piden prendas tan altas.
 Si tus padres te han casado
 con don Diego, y tú le amas,
 hoy conocerás quien soy
 y él será tuyo.

Leonora.

Las armas
 profesas más que las letras.
 ¿Ves como el amor te engaña,
 y que no puede ninguno
 juzgar en su misma causa?
 ¿Sin oír las partes juzgas?

Príncipe.

¿Si Lucinda está casada,
que tienes tú que alegar?

Leonora.

Que cuanto Lucinda trata
es decir, por engañarte,
que con don Diego se casa,
que don Diego es mi marido.

Príncipe.

¿Qué dices?

Conde.

¿Qué es esto hermana?

Bernardo.

No me engañaron los celos,
aunque celos siempre engañan.

Leonora.

Que por orden de don Juan,
por sus conciertos y cartas,
me he casado con don Diego.

Bernardo.

Yo ví que los dos hablaban
anoche por el jardín.

Lucinda.

Toda la probanza es falsa,
que anoche el mismo don Diego
me dió la mano en mi casa.

Leonora.

No puede ser, porque á mí
me dió anoche la palabra,
y esta joya en prendas.

Príncipe.

Muestra.

¿Hay confusion mas estraña?
Esta es de diamantes,
se labró para una ingrata

por mi orden.

Leonora.

¿Luego es vuestra?

Príncipe.

La noche que la llevaba,
á un castellano la dió.

Leonora.

¿Vos, porqué?

Príncipe.

Porque su espada
dos veces me dió la vida.

Conde.

¿Luego el dueño de esta hazaña,
fue don Diego de Mendoza?

Príncipe.

Sí, pues él la dió á tu hermana.

ESCENA XVII.

Dichos y Carlos.

Carlos.

¿Está aquí su Alteza?

Príncipe.

Carlos,

¿qué quieres?

Carlos.

Darte esta carta
del Príncipe de Castilla.

Príncipe.

Muestra.

Carlos.

Lucinda, ¿aquí estabas?

Príncipe.

Lee. Mientras solicito con el Rey mi señor perdone á don Diego de Mendoza la muerte de don Nuño,

suplico á Vuestra Alteza le favorezca y ampare en Aragón, que el amor que le tengo.....

No hay para que proseguir,
si aquí don Diego se halla
y yo le debo la vida,
las cartas son escusadas.

Siempre le he visto de noche
á la traza de estas damas,
y tan á oscuras, que apenas
daré señas de su cara.

¿Quién es aqueste don Juan
que sabe de él?

Conde.

En mi casa
le entretengo, porque así
el Almirante lo manda.

Príncipe.

Id por él que él sabrá de él.

Conde.

Yo voy.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos el Conde.

Príncipe:

Pero si se casa
con Lucinda y con Leonor,
mal cumplirá su palabra.

Lucinda.

La que me ha dado, yo sé
que la cumplirá.

Leonora.

Tú engañas
tu esperanza con tu amor.

Lucinda.

Mas que amor, tengo esperanza.

ESCENA XIX.

Dichos, el Conde, don Diego y Lope.

Conde.

Llega, don Juan, que su Alteza
te quiere ver.

Diego.

Hoy levantas
á tu sol la humildad mia.

Lope.

Hoy temo alguna desgracia. *ap.*

Príncipe.

¿Eres don Juan de Guzman?

Diego.

Sí Señor.

Príncipe.

¡Presencia honrada! *ap.*

¿Donde está don Diego?

Lope.

Ahora *ap.*

dá por el suelo la traza.

Diego.

En mi aposento le tengo
mientras estas cosas andan
tan confusas.

Príncipe.

Hame escrito

en su favor una carta
el Príncipe de Castilla,
mientras con su padre trata
el perdon de cierta muerte;
que le entretenga me manda.

No sé que entretenimiento
conforme á su sangre clara,
y á deberle yo la vida,
pueda darle, sino basta
Almirante de Aragon.

Diego.

Señor, por mercedes tantas
vuestros pies beso en su nombre.

Príncipe.

Don Juan, á don Diego llama
que quiero casarle yo.

Diego.

Tan cerca, Señor, se halla,
que quiero darle el recado.
Don Diego, por una carta
del Príncipe de Castilla,
y porque con vuestra espada
librasteis al de Aragon,
que en tanto peligro estaba,
sabed que os hacè Almirante;
id presto á darle las gracias,
y dadme albricias á mí,
albricias de buena gana,
porque sé que de tu bien
la misma parté me alcanza.

Príncipe.

¿Con quién hablas,

Diego.

Yo, señor,
vuestro recado le daba
á don Diego.

Príncipe.

¿Pues aquí
lo que has de decirle ensayas?

Diego.

No Señor, que á mí me digo
las venturas que me aguardan;
porque soy don Diego yo,
y el que por mercedes tantas,
besa vuestros pies mil veces.

Principe.

Igualmente tus hazañas
con tus industrias compiten;
á mis brazos te levanta
del suelo, que á mi cabeza
por laurel que le adornára
hubiera dicho mejor.

Diego.

Tu hechura, Señor, ensalsas.

Lope.

¿Y yo podré ya dejar
de ser Nuño ó calabaza,
y volverme á Lope?

Principe.

Lope,

yo te confirmo en mi gracia.
Lucinda, para que veas
que tiene Alejandro España,
y que mi amor no pretende
de tus desdenes venganza,
don Diego será tu esposo.

Diego.

Señor, perdona y repara
que no he de tener muger,
aunque con tantas ventajas,
donde tú has puesto los ojos.
De tu amor fue aquella traza,
con que fingí que venia,
y por no darle palabra,

fingi la herida tambien.
 Dásela al Conde, y iguala
 tal valor y tal grandeza;
 porque yo he dado á su hermana
 fé y palabra de ser suyo.

Principe.

Quien asi te desengaña
 y te aconseja, Lucinda,
 tu honor estima y alaba.

Lucinda.

Ya que no soy su muger,
 de don Diego soy cuñada,
 y le doy la mano al Conde.

Leonora.

Yo á don Diego con el alma.

Lope.

Quedo, que le falta á Flora
 cierta cosa.

Flora.

¿Qué me falta?

Lope.

¿Conoces al Conde?

Flora.

¿A quién?

Lope.

Al Conde de Argeo y Humaina

Flora.

¿Eres tú?

Lope.

Toca esos huesos.

Diego.

Don Diego de noche acaba;
 si es buena, tendrálalas buenas;
 si es mala, tendrálalas malas.

Don Diego de noche.

Aunque esta comedia no es de las mas interesantes de don Francisco de Rojas, hemos creido que el público la recibirá sin desagrado; porque ademas de ser bastante rara, el pensamiento es bueno; la accion está bien conducida y tiene el mérito siempre muy apreciable del language y de la versificacion, que carece de los vicios que se advierten algunas veces en otras comedias del mismo autor. Parece que se propuso pintar en esta el imperio que ejerce en la imaginacion del bello sexo la fama de un hombre ilustre, celebrado por su valor, por su cortesanía y por sus gracias personales. Esta idea es muy dramática; pero no sacó de ella nuestro poeta todo el partido que debia, porque la combinacion de la fábula es débil y no presenta situaciones interesantes. El amor de doña Leonor á don Diego de Mendoza, no experimenta otro obstáculo que el de don Bernardo, y las solicitudes de este amante se desvanecen sin ningún esfuerzo. Seria mucho mas teatral si este competidor fuese el Príncipe de Aragón, que solo sirve en la comedia para manifestar el valor y nobleza de don Diego y la generosidad y grandeza de aquel ilustre personage. Sus amores con Lucinda no ofrecen resultado alguno, y únicamente producen la resolcion que adopta don Fernando de casarla en Castilla con el mismo don Diego. Si el poeta hubiese pintado al Príncipe enamorado de Leonor, como hemos insinuado, hubiera tenido la fábula un interés mucho mayor, hubiera presentado situaciones mas dramáticas, y con menor número de personages hubiera desenrollado la accion, y dado mas unidad á su obra.

Los defectos que hemos indicado, no impiden que se lea esta comedia con gusto y atención; porque además de la novedad del pensamiento y del interés que produce la pasión de doña Leonor por un hombre á quien no conoce, las escenas están generalmente bien enlazadas, y los diálogos tienen viveza y movimiento. Una de las mejores escenas es la XV. del último acto, en que Lucinda da parte á Leonor de su matrimonio con don Diego, y á nuestro parecer puede competir con las mejores que se han escrito en su género. Los caracteres son nobles, y están bien pintados, y el desenlace es natural, y gracioso el modo con que se descubre don Diego.

INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

| | Página. |
|--------------------------------------|---------|
| <i>Del Rey abajo ninguno</i> | 3 |
| <i>Examen.</i> | 107 |
| <i>Donde hay agravios no hay</i> | |
| <i>zelos.</i> | 111 |
| <i>Examen.</i> | 253 |
| <i>Entre bobos anda en juego. .</i> | 257 |
| <i>Examen.</i> | 393 |
| <i>Don Diego de noche.</i> | 397 |
| <i>Examen.</i> | 640 |

211 h

465

267 h

273

211

255

465 h

